EL SEÑOR DE LA LUZ
ROGER ZELAZNY



A Dannie Plachta,
de la amistad, la sabiduría, el soma.

I

Se dice que a los cincuenta y tres años de su liberación regresó de la Nube Dorada para aceptar una vez más el desafío del Cielo, para oponerse al Orden de la Vida y a los dioses que decretaban ese Orden. Los prosélitos habían orado por este retorno, a pesar de que esas oraciones eran pecado. Nadie debe importunar con plegarias a quienes han ingresado en el Nirvana, no importa en qué circunstancias. Sin embargo, los que vestían la túnica azafrán rezaban pidiendo que Manjusri, el de la Espada, volviera junto a ellos. Se dice que el Boddhisattva los escuchó…

Quien aplacó sus deseos,
quien no está ligado a las raíces
y se nutre de la vacuidad
-libre e imperturbable-,
sigue una senda tan desconocida
como la del pájaro que surca el cielo.

Dhammapada (93)

Los prosélitos lo llamaban Mahasamatman y decían que era un dios. Sin embargo, optó por dejar de lado el Maha- y el -atinan y llamarse Sam. Nunca dijo ser un dios. Pero nunca negó ser un dios. Dadas las circunstancias, admitir cualquiera de las dos cosas no hubiera traído ningún beneficio. Sí, en cambio, lo traía el silencio. Lo envolvía, pues, un aura de misterio.

Fue en la estación de las lluvias...

Fue en la época en que arrecian las aguas...

Fue en la temporada de las lluvias cuando las oraciones de los monjes se elevaron, no mediante la pulsación de nudosas cuerdas o la rotación de las ruedas, sino mediante la gran máquina de orar del monasterio de Ratri, diosa de la Noche.

Las plegarias de alta frecuencia penetraron y sobrepasaron la atmósfera hasta internarse en esa nube dorada llamada el Puente de los Dioses, que ciñe el mundo entero, y sólo se ve por las noches como un arco iris de bronce: el sitio donde el sol cambia de rojo a naranja al mediodía.

Algunos monjes no creían que esta técnica oratoria fuera muy ortodoxa, pero el constructor y operador de la máquina era Yama-Dharma, caído de la Ciudad Celestial, quien, según se decía, hacía siglos había construido el carro de trueno del Señor Shiva, ese artefacto que volaba por el cielo vomitando estelas de llamas.

Aunque estaba en desgracia, Yama aún era juzgado el más poderoso de los artífices, si bien era indudable que los Dioses de la Ciudad lo condenarían a la muerte verdadera si se enteraban de la existencia de la máquina de orar. Por otra parte, era indudable que los Dioses de la Ciudad lo condenarían igualmente a la muerte verdadera sin la excusa de la máquina de orar, en el caso de que llegaran a apoderarse de él. A Yama, en última instancia, 1e incumbía arreglar ese asunto con los Señores del Karma, pero nadie dudaba de que llegada la hora encontraría una salida. Tenía la mitad de años que la Ciudad Celestial, y no pasaban de diez los dioses que recordaban la fundación de esa morada. Se sabía que Yama conocía las modalidades del Fuego Universal aún mejor que el Señor Kubera. Pero estos eran Atributos menores.

Se lo conocía sobre todo por otra cosa, aunque pocos hombres la mencionaban. Alto pero no en exceso, corpulento pero no pesado, se movía con lentitud y fluidez. Vestía de rojo y hablaba poco.

Atendía la máquina de orar, mientras el gigantesco loto metálico que había erigido en la cima del techo del monasterio daba vueltas y vueltas.

Un leve aguacero bañaba el edificio, el loto y la jungla al pie de las montañas. Hacía seis días que emitía kilovatios de plegarias, pero la estática impedía que lo escucharan en Las Alturas. Ya sin aliento, llamó a las deidades más notables de la fertilidad eléctrica, invocándolas por sus Atributos más prominentes.

El rumor del trueno fue la única respuesta, y el pequeño mono que lo ayudaba ahogó una carcajada. -Tanto tus plegarias como tus maldiciones, oh Señor Yama, alcanzan el mismo resultado -comentó el mono-. Es decir, ninguno.

-¿Y te llevó diecisiete encarnaciones llegar a esa verdad? -dijo Yama-. Ahora entiendo por qué eres todavía un mono.

-De ningún modo -dijo el mono, que se llamaba Tak-. En mi caída, menos espectacular que la tuya, hubo cierta malicia personal de parte...

-¡Basta! -dijo Yama, volviéndole la espalda.

Tak advirtió que quizás había puesto el dedo en la llaga. En busca de otro tema de conversación, fue a la ventana, se encaramó sobre el vasto antepecho y observó el cielo.

-Hay una hendidura en las nubes, hacia el oeste. Yama se acercó, miró adonde le indicaban, frunció las cejas y asintió.

-Sí -dijo-. Quédate donde estás y avísame. Se acercó a una consola de controles.

El loto metálico dejó de girar y enfrentó el retazo de cielo desnudo.

-Muy bien -dijo Yama-. Tenemos algún contacto. Recorrió con la mano otro panel, movió una serie de interruptores, ajustó un par de perillas.

Abajo, en los cavernosos sótanos del monasterio, recibieron la señal y prepararon a la anfitriona.

-¡Las nubes vuelven a cerrarse! -gritó Tak. -Ahora no importa -dijo el otro-. Ya lo pescamos. Ahí viene, del Nirvana al loto.

Restallaron más truenos, y la lluvia azotó el loto como granizo. Unos siseantes relámpagos azules serpearon sobre la cima de los montes.

Yama cerró un circuito.

-¿Cómo le caerá tener que usar otra vez un cuerpo? -preguntó Tak.

-¿Por qué no te vas a pelar plátanos con los pies? Tak entendió que lo despedían y abandonó la cámara, mientras Yama tapaba la máquina. Enfiló por un corredor y descendió por una amplia escalera. Cuando llegó al rellano, oyó un rumor de voces y un susurro de sandalias que se acercaban desde una sala lateral.

Sin vacilar se trepó a la pared, aferrándose a una serie de panteras talladas y a una fila de elefantes. Se montó a una viga y aguardó, inmóvil, oculto en un cono de sombra.

Dos monjes con túnica oscura entraron por la galería.

-¿Por qué ella no puede despejarles el cielo? -dijo el primero.

El otro, un hombre de más edad y más corpulento, se encogió de hombros.

-No soy un sabio que pueda responder a esas preguntas. Es obvio que ella se siente inquieta, si no nunca les habría cedido este santuario, ni habría admitido la intervención de Yama. ¿Pero quién conoce los límites de la noche?

-O los caprichos de una mujer -dijo el primero-. Oí que ni los sacerdotes sabían que venía.

-Es posible. En cualquier caso, parece un buen augurio.

-Así parece.

Se internaron en otra galería y Tak prestó atención al ruido de los pasos, que se perdieron a lo lejos.

Tak no se movió.

Era indudable que los monjes no podían aludir sino a la mismísima diosa Ratri, adorada por la orden que había ofrecido refugio a los fieles de Sam, el del Alma Grande, el Iluminado. Ahora había que incluirla a Ratri también entre los caídos de la Ciudad Celestial que llevaban un cuerpo mortal. La diosa tenía buenas razones para lamentar esta situación, y Tak cobró conciencia del riesgo que corría dando refugio a los fieles y sobre todo presentándose físicamente durante la operación. La diosa jamás recobraría el sitial perdido si esto se difundía y ciertas personas se enteraban. Tak recordó la belleza morena de ojos de plata que en otro tiempo cruzaba la Avenida del Cielo en un carro lunar de cromo y marfil, tirado por corceles negros y blancos y conducido por un auriga también negro y blanco, rivalizando en esplendor con la misma Saravasti. El mono sintió que el corazón le daba un brinco dentro del pecho velludo. Tenía que volver a verla. Una noche, hacía mucho tiempo, en una época más feliz y con una forma más aceptable, había bailado con la diosa en un balcón bajo las estrellas. Sólo había sido un momento. Pero Tak lo recordaba, y no es fácil ser un mono y tener un recuerdo semejante.

Bajó de la viga.

Había una torre, una torre alta que se elevaba en la esquina nordeste del monasterio. Dentro de la torre había una cámara, y se decía que allí moraba la diosa. Todos los días limpiaban la cámara, cambiaban las sábanas, quemaban incienso y depositaban dentro una ofrenda votiva al lado de la puerta. Esa puerta estaba habitualmente cerrada con llave.

La cámara, por supuesto, tenía ventanas. ¿Podría entrar un hombre por alguna de ellas? Era una pregunta académica. Un mono podía, según lo demostró Tak.

Trepándose al techo del monasterio, se puso a escalar la torre, saltando entre resbaladizos ladrillos, entre salientes e irregularidades, mientras arriba el cielo gruñía como un perro, hasta que al fin se aferró a la pared bajo el antepecho de una ventana. La lluvia continuaba. Oyó el canto de un pájaro dentro del cuarto. Vio el extremo de una bufanda azul y mojada que colgaba del antepecho.

Tomándose del alféizar, se alzó hasta que pudo mirar adentro.

La diosa estaba de espaldas a la ventana. Vestía un sari azul oscuro y se había sentado en un banco pequeño, en el extremo opuesto de la habitación.

Tak se trepó al antepecho y carraspeó.

La diosa se volvió rápidamente. Un velo le ocultaba el rostro, desdibujándole las facciones. Miró a Tak a través del velo, y luego se incorporó y atravesó la cámara.

Tak estaba azorado. La silueta de la diosa, antes espigada, era ahora ancha de cintura; el andar, antes una rama en la brisa, era ahora un anadeo; la tez parecía demasiado oscura; los perfiles de la nariz y el mentón eran demasiado prominentes, aun a través del velo.

Tak meneó la cabeza.

-Y así te has acercado a nosotros, y con tu venida hemos vuelto al hogar -cantó Tak- *como las aves vuelven al nido en el árbol.*

Ella esperó de pie, erguida como su propia estatua en la sala principal de abajo.

-Guárdanos de la loba y el lobo, y guárdanos del ladrón, oh Noche, y que así nuestro tránsito no conozca dificultades.

Ella extendió el brazo lentamente y apoyó la mano en la cabeza del mono.

-Cuenta con mi bendición, pequeño -dijo al cabo de un instante-. Lo lamento, pero no puedo darte más. No puedo ofrecer protección ni conceder belleza, pues yo misma carezco de esos lujos. ¿Cómo te llamas?

-Tak -dijo el mono.

La diosa se llevó la mano a la frente.

-Una vez conocí a alguien llamado Tak, en otro tiempo, en otro sitio. . .

-Yo soy ese Tak, señora.

La diosa se sentó en el antepecho. Al rato, Tak advirtió que estaba llorando, debajo del velo.

-No llores, diosa. Aquí lo tienes a Tak. ¿Te acuerdas de Tak, el de los Archivos? ¿El de la Lanza Brillante? Aquí está, todavía dispuesto a hacer lo que tú desees.

-Tak... -dijo ella-. ¡Oh, Tak! ¿También tú? ¡No lo sabía! No me enteré. ..

-Una nueva vuelta de la fortuna, señora, y quién sabe. Acaso las cosas sean un día aun mejores que antes. La diosa se encogió de hombros. Él tendió la mano y la retiró.

La diosa se volvió y tomó la mano de Tak. Pasó mucho tiempo, y ella dijo:

-El curso normal de los acontecimientos no nos devolverá nuestra posición ni resolverá el problema, oh Tak de la Lanza Brillante. Tendremos que abrirnos paso por nuestros propios medios.

-¿A qué te refieres? -preguntó él-. ¿A Sam? La diosa asintió.

-Él es el indicado. Es nuestra única esperanza contra el Cielo, querido Tak. Si responde a nuestro llamado, quizá volvamos a vivir.

-¿Por eso te arriesgas, por eso te metes en la mandíbula del tigre?

-¿Por qué otra razón? Cuando no hay esperanzas verdaderas, tenemos que acuñar esperanzas falsas. La moneda falsa a veces circula bien.

-¿Falsa? ¿Tú no crees que él fue el Buddha? La diosa se rió, apenas.

-Sam fue el mayor charlatán de toda la historia, entre los dioses y entre los hombres. Es cierto también que Trimurti no conoció enemigo más digno. ¡No te asombres tanto de lo que digo, Archivista! Sabes que la tela de la doctrina, el sendero y el fin del sendero, toda la vestidura, fue robada de fuentes prehistóricas vedadas. Era un arma, nada más. Parecía fuerte sobre todo porque no era sincero. Si pudiéramos hacerlo volver... -Señora, santo o charlatán, ha vuelto. -No bromees conmigo, Tak.

-Diosa y Señora, acabo de dejar al Señor Yama, quien cerró la máquina de orar con el ceño fruncido, como cada vez que triunfa.

-Nos enfrentábamos a azares tan poderosos... El Señor Agni dijo una vez que eso no era posible.

Tak se irguió.

-Diosa Ratri -declaró-, ¿quién, hombre o dios, o criatura intermedia, sabe más al respecto que Yama?

-No tengo ninguna respuesta, Tak, pues no hay respuesta. ¿Pero cómo puedes estar tan seguro de que atrapó en su red a nuestro pez?

-Porque es Yama.

-Entonces dame el brazo, Tak. Vuelve a escoltarme como aquella otra vez. Contemplemos al Boddhisattva mientras duerme.

Conducida por Tak, la diosa salió del cuarto, bajó las escaleras y entró en las cámaras subterráneas.

La luz, no la luz de las antorchas sino la luz de los generadores de Yama, inundaba la caverna. Tres biombos protegían tres lados del lecho, erguido sobre una tarima. Casi toda la maquinaria estaba enmascarada por biombos y cortinados. Los

monjes de túnica azafrán caminaban en silencio por la vasta habitación. Yama, artífice maestro, estaba junto al lecho.

Cuando ella y Tak se acercaron, algunos de los monjes, tan disciplinados, tan imperturbables, sofocaron unas breves exclamaciones. Tak se volvió a la mujer que lo acompañaba, sintió que le faltaba el aire, y retrocedió un paso.

La mujer ya no era la matrona pequeña y rechoncha con quien había hablado. Tak volvió a encontrarse junto a la Noche inmortal, de quien estaba escrito: La diosa *ha* colmado las vastas *profundidades del espacio. El esplendor de* la *diosa aparta las tinieblas.*

La miró un momento y se cubrió los ojos, pues la diosa mostraba aún una huella de aquel Aspecto distante. -Diosa... -comenzó Tak.

-Acerquémonos -ordenó ella-. Está por despertar. Avanzaron hacia el lecho.

Y en ese instante se produjo el despertar (que más tarde sería retratado en los murales de innumerables pasadizos, tallado en los muros de los Templos y pintado en los cielos rasos de múltiples palacios) de quien es conocido por los nombres de Mahasamatman, Kalkin, Manjusri, Siddharta, Tathagatha, Sujetador de Demonios, Maitreya el Iluminado, Buddha y Sam. A la izquierda estaba la diosa de la Noche; a la derecha se erguía la Muerte; Tak, el mono, se encorvaba al pie del lecho, eterno comentario sobre la coexistencia de lo animal y lo divino.

El Señor de la Luz era de cuerpo regular, tez olivácea y altura y edad medianas; tenía rasgos proporcionados y comunes; abrió los párpados, y los ojos eran oscuros. -¡Salve, Señor de la Luz!

Fue Ratri quien pronunció estas palabras.

Los ojos oscuros parpadearon sin fijarse en un punto. Nada se movía en la cámara.

-¡Salve, Mahasamatman... Buddha! -dijo Yama. Los ojos oscuros se fijaron sin ver.

-Qué tal, Sam -dijo Tak.

La frente se contrajo, los ojos se movieron, miraron a Tak, se volvieron a los otros.

-¿Dónde...? -preguntó en un susurro.

-En mi monasterio -respondió Ratri.

El Señor de la Luz contempló inexpresivamente la belleza de la diosa.

Luego cerró los ojos y apretó los párpados. Se le arrugó la cara. Una mueca de dolor le convirtió la boca en un arco tendido, apuntando con las flechas de los dientes.

-¿Eres en verdad aquel que hemos nombrado? -preguntó Yama.

No hubo respuesta.

-¿Eres aquel que detuvo al ejército del Cielo en las márgenes del Vedra?

La boca se aflojó.

-¿Eres aquel que amó a la diosa de la Muerte?

Los ojos centellearon. Los labios ensayaron una débil sonrisa.

-Es él -dijo Yama. Y luego-: ¿Quién eres, hombre?

-¿Yo? Yo no soy nada -respondió el otro-. Una hoja apresada por un torbellino, quizás. Una pluma en el viento...

-Qué lástima -dijo Yama-, pues ya hay bastantes hojas y plumas en el mundo como para que yo me haya afanado tanto sólo para acrecentar su número. Yo necesitaba a un hombre, uno que pudiese continuar la guerra que interrumpió su ausencia... un hombre poderoso, tan poderoso como para oponerse a la voluntad de los dioses. Pensé que eras ese hombre.

-Yo soy... -El Señor de la Luz volvió a mirar alrededor- Sam. Yo soy Sam. Una vez... hace mucho tiempo... quizá luché. Muchas veces...

-Eras Sam, el del Alma Grande, el Buddha. ¿Lo recuerdas?

-Puede que sí... -Sus ojos se encendieron con un débil resplandor.

- Sí -dijo Sam-. Sí, claro que sí. El más humilde de los soberbios, el más soberbio de los humildes. Luché. Durante un tiempo, prediqué el Camino. Volví a luchar, volví a predicar, fui político, mago, envenenador... Libré una gran batalla, tan atroz que hasta el sol se ocultó para no contemplar esa carnicería... con hombres y dioses, con animales y demonios, con espíritus de la tierra y del aire, del fuego y del agua, con sagartos y caballos, carros y espadas...

-Y perdiste -dijo Yama.

-Es cierto, perdimos. Pero logramos impresionarlos, ¿no es así? Tú, dios de la muerte, fuiste mi auriga. Ahora lo recuerdo todo. Nos tomaron prisioneros y los Señores del Karma iban a juzgarnos. Tú escapaste mediante la muerte voluntaria y el Camino de la Rueda Negra. Yo no pude.

-Correcto. Tu pasado fue expuesto ante los Señores del Karma. Fuiste juzgado. -Yama observó a los monjes, que ahora estaban sentados en el suelo, con la cabeza inclinada, y bajó la voz.- Someterte a la muerte verdadera te habría convertido en mártir. Permitirte estar en el mundo, bajo una forma cualquiera, hubiera abierto las puertas a tu regreso. De modo que, así como tú te apoderaste de las enseñanzas del Gautama de otro tiempo y lugar, ellos se apoderaron de la historia de los últimos días de ese Gautama entre los hombres. Te juzgaron digno del Nirvana. No te proyectaron a otro cuerpo, sino a la gran nube magnética que circunda este mundo. Eso sucedió hace cosa de medio siglo. Oficialmente, hoy eres un avatar de Vishnu, cuyas prédicas fueron mal interpretadas por algunos prosélitos demasiado fervorosos. Personalmente, continuaste existiendo como longitudes de onda que se perpetuaban a sí mismas y que yo logré capturar.

Sam cerró los ojos.

-¿Y te *atreviste* a traerme de vuelta? -Correcto.

-Siempre conocí mi situación.

-Lo sospechaba.

Sam le echó una mirada fulminante.

-¿Y pese a todo te atreviste a sacarme de allí?

-Sí.

Sam meneó la cabeza.

-En verdad mereces que te llamen el dios de la muerte, Yama-Dharma. Me has arrancado a la experiencia última. Quebraste sobre la piedra negra de tu voluntad aquello que está más allá de toda comprensión y todo mortal esplendor. ¿No pudiste dejarme como estaba, en el océano del ser?

-Hay un mundo que requiere tu humildad, tu piedad, tu sublime enseñanza, y tu astucia.

-Estoy viejo, Yama -dijo Sam-. En este mundo, soy tan viejo como el hombre. Fui uno de los Primeros, lo sabes. Uno de los primeros que vinieron a fundar y construir. Los demás, están todos muertos, o son dioses... *dei ex machinis...* También tuve la oportunidad, pero no quise aprovecharla. Muchas veces. Nunca quise ser un dios, Yama. De veras. Sólo después, sólo cuando vi lo que estaban haciendo, traté de desarrollar otros poderes. Pero ya era tarde. Eran demasiado fuertes. Ahora lo único que quiero es dormir el sueño de los siglos, volver al Gran Reposo, la beatitud perpetua, escuchar el cántico de las estrellas a orillas del océano inconmensurable. Ratri se inclinó hacia él y lo miró a los ojos. -Te necesitamos, Sam -le dijo.

-Ya sé, ya sé -dijo él-. Es el eterno retorno de la misma anécdota. El caballo es voluntarioso, así que azúzalo un poco más.

Pero sonreía al decirlo, y ella le besó la frente. Tak dio un brinco en el aire y rebotó en la cama. -El regocijo de la humanidad -observó el Buddha. Yama le alcanzó un manto y Ratri le trajo unas pantuflas.

Lleva tiempo recobrarse de la paz que excede todo entendimiento. Sam dormía. Durmiendo, soñaba; soñando, clamaba, o simplemente gritaba. No tenía apetito; pero Yama le había conseguido un cuerpo robusto y perfectamente saludable, apto para soportar la conversión psicosomática que sigue al reposo divino.

Pero Sam solía quedarse sentado una hora, inmóvil, contemplando un guijarro o una semilla o una hoja. Y en estas ocasiones era imposible llegar a él.

Yama juzgó peligrosa esta situación, y la comentó con Ratri y con Tak.

-No conviene que ahora se aparte del mundo de esa manera -dijo-. Le hablé, pero es como hablarle al viento. No puede volver atrás. Lo intenta, y se agota.

-Quizá no interpretas bien esos esfuerzos -dijo Tak. -¿Qué quieres decir?

-¿Viste cómo observa la semilla? Mira las arrugas que tiene alrededor de los ojos.

-Sí. ¿Y qué pasa?

-Desvía los ojos. ¿Acaso anda mal de la vista?

-No, de ningún modo.

-¿Entonces por qué desvía los ojos?

-Para estudiar mejor la semilla.

-¿Estudiar? Ese no es el Camino que él predicaba. Y sin embargo la *estudia.* No medita buscando en el interior del objeto lo que conduce a la liberación del sujeto. No.

-¿Qué hace entonces?

-Lo contrario.

-¿Lo contrario?

-Estudia el objeto y examina sus peculiaridades, buscando un punto de apoyo. Busca en el interior de la semilla una excusa para vivir. Busca envolverse una vez más en el velo de Maya, en la ilusión del mundo.

-¡Creo que tienes razón, Tak! -dijo Ratri-. ¿Cómo podemos ayudarlo?

-No estoy seguro, señora.

Yama asintió, y el pelo negro le brilló bajo el rayo de luz que entraba en la estrecha galería.

-Has señalado claramente lo que yo no podía ver -reconoció-. Aún no ha regresado del todo, aunque tiene un cuerpo, camina como un ser humano, y habla como nosotros. Aún no podemos alcanzarlo.

-¿Qué podemos hacer? -repitió Ratri.

-Llevarlo a dar largos paseos por el campo -dijo Yama-. Colmarlo de placeres. Conmoverlo con poemas y cánticos. Servirle bebidas fuertes... Aquí en el monasterio no hay ninguna, habrá que conseguirlas. Vestirlo con sedas de colores brillantes. Conseguirle una cortesana, o tres cortesanas. Meterlo otra vez en la vida. Sólo así lo libraremos de las cadenas de Dios. Fui un estúpido no dándome cuenta antes...

-No es para tanto, dios de la muerte -dijo Tak. La llama negra brincó en los ojos de Yama, que al fin sonrió.

-Recibo mi merecido, pequeño -admitió- por los comentarios que vertí quizá irreflexivamente en tus velludas orejas. Te presento mis disculpas, oh criatura simiesca. En verdad eres un hombre, ingenioso y sensible. Tak hizo una reverencia.

Ratri ahogó una risita.

-Dinos, astuto Tak (pues acaso hemos sido dioses demasiado tiempo, y nos falta la perspectiva adecuada), ¿cómo hemos de emprender la tarea de rehumanizarlo, para mejor lograr nuestros fines?

Tak se inclinó ahora ante Ratri.

-Tal como Yama lo ha propuesto -declaró-. Hoy, señora, llevadlo a caminar por las laderas. Mañana, que el Señor Yama lo conduzca hasta el linde del bosque. Al día siguiente, yo lo llevaré entre los árboles y las hierbas, las flores y las viñas. Y luego veremos qué ocurre.

-Así sea -dijo Yama, y así fue.

En las semanas subsiguientes, Sam comenzó a interesarse en estos paseos, al principio con una plácida expectativa, luego con un moderado entusiasmo, y al fin con una vehemencia ardorosa. Se habituó a salir sin compañía y con una ansiedad evidente por períodos cada vez más prolongados: al principio, sólo algunas horas a la mañana; luego, a la mañana y al atardecer. Más tarde, se ausentaba todo el día, y ocasionalmente un día y una noche.

Al cabo de tres semanas, Yama y Ratri comentaron el asunto en la galería, en las primeras horas de la mañana.

-No me gusta -dijo Yama-. No podemos insultarlo imponiéndole nuestra presencia, si él no la desea. Pero hay peligros allá afuera, especialmente para alguien que ha renacido como él. Me gustaría saber en qué pasa las horas.

-Sea lo que fuera, lo ayuda a recobrarse -dijo Ratri, engullendo una confitura y agitando una mano regordeta-. Se lo ve menos distante. Es más locuaz, y hasta bromea. Bebe el vino que le traemos. Está recuperando el apetito.

-No obstante, si se topara con un agente de Trimurti, podría ser el fin.

Ratri masticó con lentitud.

-No es probable, de todos modos, que los agentes de Trimurti vengan por aquí en esta época -afirmó-. Los animales lo considerarán un niño y no lo molestarán. Los hombres han de verlo como un santo ermitaño. Los demonios le temen desde hace mucho tiempo, así que lo respetan.

Pero Yama meneó la cabeza.

-Señora, no es tan sencillo. Aunque he desmantelado buena parte de mi maquinaria y la he ocultado a cientos de leguas de aquí, el tráfico masivo de energías no puede haber pasado inadvertido. Tarde o temprano recibiremos visitas. Usé pantallas y artefactos desviadores, pero algunos de estos sitios han de haber dado la impresión de que el Fuego Universal bailaba sobre el mapa. Pronto tendremos que trasladarnos. Preferiría esperar a que nuestro protegido esté recobrado del todo, pero ...

-¿No hay fuerzas naturales que producen esos mismos efectos?

-Sí, y esas fuerzas suelen actuar en esta zona, por eso la escogí como base de operaciones... así que probablemente no haya consecuencias. Pero tengo mis dudas. Los espías que aposté en los poblados no han informado de ninguna irregularidad por el momento. Pero se dice que el- día mismo del regreso el carro de trueno pasó al galope sobre la tormenta, surcando los cielos y los campos. Fue lejos de aquí, pero me cuesta creer que no tenga ninguna relación.

-Sin embargo, no ha vuelto.

-Que nosotros sepamos, no. Pero temo ...

-Entonces partamos en el acto. Respeto demasiado tus presagios. Tienes más poderes que cualquiera de los Caídos. A mí, sólo presentar un aspecto agradable por más de unos pocos minutos me cuesta un esfuerzo tremendo . . .

-Los poderes que yo tengo -dijo Yama, sirviéndose otra taza de té- no son como los tuyos. -Sonrió, exhibiendo unos dientes regulares, brillantes y largos. La sonrisa se detuvo al borde de una cicatriz en la mejilla izquierda, que se prolongaba hasta el rabillo del ojo. Interrumpió la sonrisa con un parpadeo y prosiguió:Buena parte de mi poder es mero conocimiento, y ni siquiera los Señores del Karma podrían habérmelo arrebatado. El poder de la mayoría de los dioses, en cambio, responde a características fisiológicas especiales, que pierden parcialmente cuando se reencarnan en otro cuerpo. La mente, que aún recuerda, de algún modo, va alterando el cuerpo y engendra una nueva homeostasis, permitiendo que los poderes retornen poco a poco. Los míos retornan con rapidez, y ya no me falta ninguno. Pero aunque así no fuera, puedo usar mi conocimiento como un arma... y eso es poder.

Ratri sorbió el té.

-Venga de donde venga, si tu poder ordena que nos vayamos, tenemos que irnos. ¿Cuándo?

Yama abrió una bolsa de tabaco y lió un cigarrillo. Los dedos oscuros y flexibles, observó la diosa, estaban siempre moviéndose, como si tañeran un instrumento musical.

-Yo diría que no nos demoremos más de una semana o diez días. Luego tendríamos que llevarlo a otro sitio. La diosa asintió.

-¿Adónde?

-A algún pequeño reino meridional, quizá, donde podamos ir de un lado para otro sin que nos molesten. Encendió el cigarrillo y aspiró el humo.

-Tengo una idea mejor --dijo Ratri-. Has de saber que soy el ama del Palacio de Kama en Khaipur, con nombre mortal, por supuesto.

-¿El Fornicatorium, madama? La diosa frunció el ceño.

-Así suele denominarlo el vulgo, pero no me llames "madama" ... huele a broma de mal gusto. Ese lugar está destinado al reposo, al placer, a la santidad, y a producir buena parte de mis ingresos. Presumo que sería un buen refugio para nuestro protegido, mientras él se dedica a recobrarse y nosotros a hacer planes.

Yama se palmeó el muslo.

-¡Perfecto! ¿A quién se le ocurriría buscarlo al Buddha en un lupanar? ¡Muy bien! ¡Excelente! ¡A Khaipur se ha dicho, querida diosa... a Khaipur y al Palacio del Amor!

La diosa se irguió y la sandalia resonó contra el embaldosado.

-¡No toleraré que hables así de mi establecimiento! Yama bajó los ojos y la sonrisa se le borró trabajosamente. Se incorporó con una reverencia.

-Discúlpame, querida Ratri, pero la revelación fue tan repentina.. . -Se ahogó y apartó los ojos. Cuando volvió a mirarla, emanaba decoro y sobriedad. Continuó:La aparente incongruencia me dejó perplejo. Sin embargo, ahora entiendo tu sagacidad. Es un perfecto camuflaje, que te proporciona riquezas, y lo que es más importante, una fuente de informes confidenciales de mercaderes, guerreros y sacerdotes. Es una parte necesaria de la comunidad. Te da jerarquía, y voz en los asuntos públicos. Ser dios es una de las profesiones más antiguas del mundo. Nada más adecuado, pues, que nosotros los caídos nos refugiemos bajo el palio de otra tradición venerable. Te presento mis respetos. Doy gracias por tu sabiduría y clarividencia. No criticaré la conducta de quien me beneficia y conspira conmigo. En realidad, desearía ya estar allí.

Ratri sonrió y volvió a sentarse.

-Acepto tus melosas disculpas, oh hijo de la serpiente. En todo caso, es muy difícil estar enojada contigo. Sírveme un poco más de té, por favor.

Se reclinaron, Ratri a beber el té, Yama a fumar el cigarrillo. A lo lejos, un frente de tormenta cubrió casi todo el horizonte. Sin embargo, aún los iluminaba el sol, y una brisa fresca soplaba en el corredor.

-¿Has visto el anillo, ese anillo de hierro? -preguntó Ratri, sirviéndose otra confitura.

-Sí.

-¿Sabes dónde lo consiguió?

-No.

-Yo tampoco. Pero tendríamos que averiguarlo.

-Así es.

-¿Cómo sería posible?

-Le encargué esa misión a Tak, más habituado que nosotros a las sendas del bosque.

-Bien -dijo Ratri, asintiendo con satisfacción. -Me he enterado -dijo Yama- de que los dioses aún suelen visitar ocasionalmente los palacios más distinguidos de Kama en esta comarca, por lo general disfrazados, pero a veces exhibiendo todos sus poderes. ¿Es verdad?

-Sí. Hace sólo un año el Señor Indra vino a Khaipur. Hace unos tres años, nos visitó el falso Krishna. De todos los habitantes de la Ciudad Celestial, es Krishna el Infatigable quien provoca entre nosotros mayor consternación. La última juerga de Krishna duró un mes, lo que significó la ruina de muchos muebles y los servicios de muchos médicos. Casi nos vació la bodega y la despensa. Una noche, sin embargo, nos deleitó tocando la flauta, y el sonido habría bastado para perdonarle cualquier cosa al viejo Krishna. Pero no fue esa auténtica magia la que nos cautivó aquella noche, pues sólo hay un auténtico Krishna.. . negro y velludo, de ojos rojos y fulgurantes. El que nos visitó bailó sobre las mesas, provocando desórdenes; además el acompañamiento musical era insuficiente.

-¿Y por ese desastre pagó con algo más que una canción?

-Vamos, Yama -rió la diosa-. Que no haya entre nosotros preguntas retóricas.

Yama exhaló el humo con un bostezo.

-El círculo de Surya, el sol, está por cerrarse -dijo Ratri, observando el cielo-, e Indra mata al dragón. Las lluvias no tardarán en llegar.

Una atmósfera gris envolvió el monasterio. Se levantó un viento, y la danza de las aguas arreció sobre los muros. Como un telón de perlas, la lluvia cayó sobre el extremo abierto de la galería hacia donde volvieron los ojos.

Yama sirvió más té. Ratri comió otra confitura.

Tak se abrió paso en la espesura del bosque. Saltaba de árbol en árbol y de rama en rama, siguiendo las huellas. Tenía mojada la piel, pues al sacudir las hojas recibía duchas pequeñas y fugaces. Detrás, las nubes cubrían el cielo, pero el sol de la madrugada resplandecía aún en oriente, y bajo su luz rojiza y dorada el bosque se llenó de colores. Alrededor de Tak cantaban los pájaros, ocultos en el laberinto de ramas, enredaderas, hojas y hierbas que se alzaban como un muro a cada lado del rastro. Los pájaros cantaban, zumbaban los insectos y de vez en cuando se oía un aullido o un ladrido. El viento mecía el follaje. Abajo, el rastro giró bruscamente, internándose en un claro. Tak saltó al suelo y siguió a pie. En cuanto cruzó el claro, volvió a treparse a los árboles. Advirtió que ahora el rastro seguía paralelo a las montañas, acaso orientándose hacia ellas. A lo lejos retumbó el trueno, y al cabo volvió a soplar una brisa fresca. Tak siguió su camino, atravesando húmedas telarañas, ahuyentando aves que se echaban a volar entre crispados estallidos de plumas multicolores. Las huellas continuaban en dirección a las montañas, volviéndose lentamente sobre sí mismas. A veces, se encontraban con otras huellas, profundas y amarillas, mezclándose, cruzándose o alejándose. En estas ocasiones, Tak descendía y examinaba el rastro. Sí, Sam había doblado aquí; Sam se había detenido para beber en *este* estanque, aquí donde las setas doradas eran más altas que un hombre alto, y tan anchas como para que varias personas encontraran refugio contra la lluvia; ahora, Sam había escogido *ese* brazo del sendero; aquí se había detenido para ajustarse un cordel de la sandalia; en este punto, se había inclinado sobre un árbol, que daba señales de albergar una dríade...

Tak siguió adelante, y calculaba estar a una media hora de su presa, lo cual le daba tiempo de sobra para llegar adonde iba e iniciar las actividades que tanto lo entusiasmaban. Un tórrido resplandor coronó las montañas que Tak enfrentaba. Volvió a retumbar el trueno. Las huellas enfilaron hacia la ladera, donde menguaba la vegetación, y Tak caminó en cuatro patas entre altos pastizales. El rastro continuaba su ascenso, y los peñascos se hacían cada vez más prominentes. Las huellas de Sam aún eran visibles, y Tak prosiguió su persecución.

En el cielo, el color polen del Puente de los Dioses se desdibujaba a' medida que las nubes rodaban hacia el este. Restalló un relámpago, rápidamente seguido por un trueno. Al descampado, el viento se intensificó, doblegando el pastizal; la temperatura pareció descender abruptamente.

Librodot

Tak sintió las primeras gotas de lluvia y se apresuró a ocultarse contra una de las paredes de piedra. Ésta parecía una estrecha empalizada, levemente inclinada contra la lluvia. Tak se paseó debajo de la saliente, mientras se desplomaban las aguas y el mundo perdía su color al tiempo que el cielo perdía su último retazo de azul.

Un mar de luz turbulenta apareció en lo alto, y tres veces sus corrientes se precipitaron hacia abajo en un crescendo frenético para quebrarse sobre el colmillo de piedra que se curvaba amenazadoramente contra el viento allá. en lo alto de la cuesta.

Cuando la visión se aclaró, Tak observó algo que sólo entonces llegó a comprender. Era como si cada rayo que había caído hubiese dejado un fragmento de sí mismo, erguido, meciéndose en el aire gris, expulsando fuego pese a, la lluvia persistente.

Entonces Tak oyó la carcajada ... o era un eco que el truene reciente aún hacía retumbar en sus oídos?

No, era una carcajada titánica e inhumana.

Poco después, se oyó un aullido de furia. Luego hubo otro relámpago, otra reverberación.

Otra lengua de fuego vibró junto al colmillo de piedra. Tak se quedó quieto por cinco minutos.

Luego todo se repitió: el aullido, los tres relámpagos y el estrépito.

Ahora había siete columnas de fuego.

¿Se atrevería a acercarse, eludiendo las columnas de fuego, para observar el pico con forma de colmillo desde el lado opuesto?

Y si se acercaba y --confirmando sus sospechas- Sam tenía algo que ver con todo eso, ¿de qué valdría su presencia cuando el mismo Iluminado no podía manejar la situación?

Aunque no halló una respuesta, se encontró empeñado en avanzar, agazapado en el pasto húmedo, alejándose hacia la izquierda.

Cuando estaba a mitad de camino se repitió el suceso, y diez columnas, rojas, doradas y amarillas, se elevaron para fluctuar y volver, fluctuar y volver, como si estuvieran arraigadas en el suelo.

Trémulo y mojado, Tak se acurrucó, examinó su cuota de coraje y vio que era en verdad muy pequeña. Sin embargo, prosiguió hasta que caminó al lado de aquel extraño lugar, y luego lo cruzó.

Apareció detrás, en el centro de un montón de peñascos. Sintió gratitud por el refugio, que además impedía que lo vieran desde abajo. Se asomó, sin apartar los ojos del colmillo.

Comprobó que era parcialmente hueco. En la base había una caverna seca, sin profundidad, y dos figuras arrodilladas en su interior. ¿Santos sumidos en plegaria? Tak estaba intrigado.

Entonces volvió a producirse aquello. El más pavoroso de los rayos se precipitó de pronto sobre los peñascos, pero no fue una vez, ni por un instante. Fue como si una bestia con lengua de fuego lamiera una y otra vez las piedras sin dejar de gruñir, por un lapso de unos quince segundos.

Cuando Tak abrió los ojos, contó veinte torres ardientes.

Uno de los santos se inclinó con un gesto. El otro reía. El sonido llegó a oídos de Tak, junto con las palabras:

-¡Ojos de la serpiente! ¡Ahora me toca a mí!

-¿Por qué cantidad? -preguntó el segundo, y Tak reconoció la voz de Sam, el del Alma Grande.

-¡Doble o nada! -rugió el otro, y se inclinó hacia adelante, se balanceó y luego gesticuló como lo había hecho Sam.

-¡Nina de Srinagina! -salmodió, inclinándose, balanceándose y gesticulando una vez más.

-Los sagrados siete -dijo suavemente Sam. El otro aulló.

Tak cerró los ojos y se tapó las orejas, pues suponía lo que podía suceder después de ese aullido.

Y no estaba equivocado.

Cuando hubieron pasado la fulguración y el tumulto, abrió los ojos a una iluminación sobrenatural. No se molestó en contar. Al parecer, había unas cuarenta de esas especies de antorchas arrojando su sobrecogedora luz: su número se había duplicado.

El ritual continuó. En la mano izquierda del Buddha, el anillo de hierro destelló con su propia luz, pálida y glauca.

Tak volvió a escuchar que decían "Doble o nada", y que el Buddha repetía, a modo de respuesta, "Los sagrados siete".

Esta vez pensó que la ladera se abriría en dos bajo sus pies. Esta vez pensó que el resplandor era la perduración de una imagen impresa en la retina detrás de los párpados cerrados. Se equivocaba.

Cuando abrió los ojos pudo contemplar un auténtico ejército de llamas oscilantes, cuyo resplandor le punzaba el cerebro. Se cubrió los ojos para mirarlo.

-¿Y bien, Raltariki? -preguntó Sam, y una brillante luz esmeralda le relumbraba en la mano izquierda.

-Otra vez, Sam. Doble o nada.

La lluvia cesó por un instante, y, a la luz del multitudinario resplandor que poblaba la ladera, Tak vio que el llamado Raltariki tenía cabeza de búfalo de aguas y un par de brazos adicionales.

Se estremeció.

Se cubrió los ojos y los oídos y apretó los dientes con ansiedad.

Al rato, se produjo de nuevo. El destello y el resplandor lo acosaron hasta que perdió la conciencia.

Cuando se recobró, sólo había una atmósfera grisácea y una mansa lluvia entre él y el refugio rocoso. En la base había una sola figura, al parecer sin cuernos y sin más brazos que los dos habituales.

Tak permaneció inmóvil y esperó.

-Esto -dijo Yama, alcanzándole un aerosol- es repelente para demonios. Te aconsejo que en lo futuro te untes una buena cantidad cada vez que te aventures lejos del monasterio. Pensé que esta región estaba libre de los Rakasha, si no te lo habría dado antes.

Tak aceptó el envase y lo depositó sobre la mesa. Estaban en los aposentos de Yama, donde habían tomado un refrigerio. Yama se recostó en la silla, con un vaso de vino de Buddha en la mano izquierda y medio botellón en la mano derecha.

-El que llaman Raltariki, ¿es realmente un demonio? -preguntó Tak.

-Sí ... y no -dijo Yama-. Si por "demonio" entiendes una criatura maléfica y sobrenatural, investida de grandes poderes, longevidad y habilidad para asumir temporariamente casi cualquier forma... en ese caso, la respuesta es no. Esta es la definición más aceptada, pero es inexacta en un aspecto.

-¿Ah, sí? ¿En cuál?

-No se trata de una criatura sobrenatural. -¿Pero posee todos los demás atributos? -Sí.

-Entonces no veo qué diferencia hay entre que sea sobrenatural o no ... si es maléfico, está investido de grandes poderes y longevidad y la capacidad para cambiar de forma a su gusto.

-Ah, sin embargo la diferencia es muy grande. Es la diferencia entre lo desconocido y lo incognoscible, entre la ciencia y la fantasía ... es un problema de esencia. Los cuatro puntos cardinales son la lógica, el conocimiento, la sabiduría y lo desconocido. Algunos eligen esta última orientación. Otros la pasan por alto. Escoger una es perder de vista las otras tres. Puedo reverenciar lo desconocido, pero jamás lo incognoscible. El hombre que se orienta en esa dirección es un santo o un loco, y yo no sirvo para ninguna de esas dos cosas.

Tak se encogió de hombros y sorbió su vino. -¿Pero los demonios... ?

-Son cognoscibles. Experimenté con ellos durante muchos años, y fui uno de los Cuatro que descendió al Tártaro, como recordarás, después que Taraka huyó del Señor Agni en Palamaidsu. ¿Tú no eres Tak de los Archivos?

-Lo fui.

-¿Leíste algo, entonces, sobre los primeros contactos con los Rakasha que se registraron por escrito?

-Leí las crónicas de los días en que los dominaron... -Entonces sabrás que son los primitivos habitantes de este mundo, que estaban aquí antes que el Hombre llegara de la desaparecida Urath.

-Sí.

-Son criaturas de energía más que de materia. Sus propias tradiciones sostienen que antes tenían cuerpo y vivían en ciudades. La búsqueda de la inmortalidad personal, sin embargo, los condujo por una senda muy diversa de la que siguió el Hombre. Descubrieron la forma de perpetuarse como campos estables de energía. Abandonaron sus cuerpos para vivir eternamente como vórtices de fuerza. Pero no son intelecto puro. Arrastraron consigo su individualidad íntegra, y como nacieron de la materia, la carne no deja de atraerlos. Y aunque pueden revestirse temporariamente con una apariencia carnal, les cuesta hacerlo sin ayuda. Durante siglos erraron por el mundo sin rumbo alguno. Luego la llegada del Hombre los despertó de su inactividad. Para hostigarlo, asumieron la forma de sus pesadillas. Por eso hubo que derrotarlos y encerrarlos mucho más abajo de los Ratnagaris. No podíamos destruirlos a todos. No podíamos consentirles que prosiguieran con sus intentos de apoderarse de las máquinas de la encarnación y de los cuerpos de los hombres. De modo que esas criaturas fueron capturadas y encerradas en grandes botellas magnéticas.

-No obstante, Sam liberó a muchos para que lo obedecieran -dijo Tak.

-Así es. Hizo y mantuvo un pacto demoníaco, de modo que algunos aún deambulan por el mundo. De todos los hombres, al único que quizá respetan es a Siddharta. Y con todos los hombres, comparten un gran vicio.

-¿O sea?

-El juego les gusta con pasión... Son capaces de apostar cualquier cosa, y las deudas de juego constituyen el único punto irrenunciable de honor. Ha de ser así, porque si no perderían la confianza de otros jugadores y lo que acaso es su único placer. Como son muy poderosos, hasta los príncipes se avienen a jugar con ellos, pues tienen la esperanza de ganar sus servicios. De este modo, se han perdido reinos.

-Si, según tu parecer -dijo Tak-, Sam jugaba uno de los antiguos juegos con Raltariki, ¿cuáles habrán sido las apuestas?

Yama vació el vaso de vino y volvió a servirse. -Sam es un loco. No, no lo es. Es un jugador. Hay una diferencia. Los Rakasha dominan a las categorías inferiores de criaturas energéticas. Sam, a través del anillo que posee, ahora tiene poder sobre una guardia de elementos ígneos que le ganó a Raltariki. Se trata de seres fatídicos y sin espíritu... cada uno de ellos tiene la fuerza del rayo.

Tak terminó su vino.

-¿Pero Sam qué habrá apostado? Yama suspiró.

-Todo mi trabajo, todos nuestros esfuerzos por más de medio siglo.

-Es decir... ¿su cuerpo? Yama asintió.

-Para un demonio, no hay mejor incentivo que un cuerpo humano.

-¿Y por qué se habrá arriesgado así Sam? Yama lo miró a Tak, sin verlo.

-Habrá sido el único medio de invocar su voluntad de vivir, de obligarse una vez más a su tarea: poniéndose en peligro, arrojando su propia existencia en cada golpe de dados.

Tak se sirvió otro vaso de vino y lo bebió de un trago.

-Eso sí que para mí es incognoscible -dijo.

Pero Yama meneó la cabeza.

-Sólo desconocido -declaró-. Sam no tiene nada de santo, ni de loco.

"Aunque no está lejos de serlo -añadió luego, y esa noche esparció repelente para demonios en todo el monasterio.

A la mañana siguiente, un hombrecito se acercó al monasterio y se sentó ante la entrada principal, depositando en el suelo un cuenco de mendicante. La sencilla y raída vestimenta, de tela parda y grosera, le cubría los tobillos. Un parche negro le tapaba el ojo izquierdo. El poco pelo que le quedaba era oscuro y muy largo. Con la nariz filosa, el mentón pequeño,- las orejas altas y chatas, la cara parecía de zorro. La piel era tirante y curtida. Al parecer el único ojo verde no parpadeaba nunca.

Permaneció sentado unos veinte minutos antes de que uno de los monjes de Sam notara su presencia y se to comunicara a un monje de la Orden de Ratri. El monje de túnica oscura localizó a un sacerdote y le pasó la información. El sacerdote, que anhelaba impresionar a la diosa con las virtudes de sus servidores, ordenó que acogieran y alimentaran al mendigo, que le ofrecieran ropa nueva y lo albergaran en una celda para que pudiese dormir todo el tiempo que quisiera quedarse.

El mendigo aceptó la comida con la cortesía de un brahmín, pero rehusó comer otra cosa que pan y fruta. También aceptó el negro atuendo de la Orden de Ratri, y se quitó el mugriento sayal. Luego examinó la celda y el colchón limpio que le habían preparado.

-En verdad te lo agradezco, digno sacerdote -dijo con una voz matizada y estentórea, harto más imponente que su persona-. En verdad te lo agradezco, y quiera tu diosa sonreírte por la hospitalidad y generosidad que prodigas en su nombre.

Quien sonrió fue el sacerdote, que aún tenía esperanzas de que Ratri pasara en ese momento por el corredor y contemplara la hospitalidad y generosidad que prodigaba en su nombre. Pero la diosa no pasó. Eran pocos los de la Orden de Ratri que la habían visto, aun en la noche en que asumió sus poderes y caminó entre ellos pues sólo los de la túnica azafrán habían presenciado el despertar de Sam y conocían con certeza la identidad del Iluminado. La diosa solía pasearse por el monasterio cuando sus servidores estaban sumidos en la plegaria o al anochecer, cuando ya se habían retirado. Por lo general descansaba de día; cuando aparecía a la vista de sus servidores, lo hacía con el rostro cubierto y embozado; comunicaba directamente sus órdenes y deseos a Gandhiji, el jefe de la Orden, que en este ciclo pasaba de los noventa y tres años de edad y era prácticamente ciego.

En consecuencia, tanto sus monjes como los de la túnica azafrán estaban intrigados por el aspecto de la deidad y procuraban ganar sus favores en cuanto fuera posible. Se decía que su bendición podía garantizar que uno se reencarnara como brahmín. Sólo a Gandhiji no le importaba, pues había aceptado el camino de la muerte verdadera.

Como Ratri no pasó por el corredor mientras estaban allí, el sacerdote prolongó la conversación.

-Soy Balarama -declaró-. ¿Puedo preguntarte cuál es tu nombre, señor, y adónde te diriges, quizá?

-Soy Aram -dijo el mendicante-, e hice votos de conservarme pobre durante diez años y de guardar silencio durante siete. Por suerte, los siete años han terminado, así que ahora puedo declarar mi gratitud hacia mis benefactores y responder a sus preguntas. Me

dirijo a las montañas para encontrar una caverna apta para la meditación y la plegaria. Quizá pueda aceptar vuestra amable hospitalidad unos pocos días, antes de proseguir mi viaje.

-Por cierto -dijo Balarama- que nos sentiríamos honrados si a un santo le place bendecir nuestro monasterio con su presencia. Cuenta con nuestra bienvenida. Si hay algo que pueda hacerte falta para la travesía, y si nosotros podemos ofrecértelo, te suplico que lo menciones. Aram fijó en él su ojo verde que no parpadeaba y dijo:

-El monje que me vio primero no vestía el atuendo de vuestra Orden. -Al hablar, se tocó la túnica negra.Creo, en cambio que mi pobre ojo vio uno de otro color.

-Sí -dijo Balarama-, pues los fieles del Buddha se albergan entre nosotros cuando descansan de sus peregrinajes.

-Eso es muy interesante -dijo Aram-, pues me gustaría hablar con ellos y acaso aprender algo más de su doctrina.

-Tendrás muchas oportunidades si decides permanecer un tiempo con nosotros.

-Así lo haré, entonces. ¿Cuánto tiempo se quedarán?

-Lo ignoro.

Aram asintió.

-¿Cuándo podré hablar con ellos? -Hoy, al caer la tarde, todos los monjes se reunirán a determinada hora y serán libres de decir lo que quieran, salvo aquellos que han hecho votos de silencio.

-Hasta entonces, permaneceré sumido en mis plegarias -dijo Aram-. Gracias.

Ambos hicieron una leve reverencia, y Aram entró en su habitación.

Al caer la tarde, Aram concurrió a la reunión de los monjes. Los monjes de ambas órdenes esta vez se mezclaban y entablaban conversación.

Sam no concurrió, y tampoco Tak; y Yama nunca concurrió en persona.

Aram ocupó un asiento ante la larga mesa del refectorio, frente a varios monjes del Buddha. Habló un rato con ellos, argumentando sobre la doctrina y la práctica, la casta y el credo, el clima y los problemas del día. -Parece extraño -dijo al rato- que los de vuestra Orden hayan llegado tan lejos hacia el sur y hacia el oeste, y en forma tan repentina.

-Somos una Orden errante -respondió el monje a quien le había hablado-. Seguimos el viento. Seguimos a nuestro corazón.

-¿Hasta la tierra del suelo herrumbrado, y en la temporada del relámpago? ¿Tal vez por esta zona es inminente una revelación que yo pudiera contemplar para ensanchar mi espíritu?

-Todo el universo es una revelación -dijo el monjeTodo cambia, y sin embargo todo permanece. El día sigue a la noche... cada día es distinto, y sin embargo es día al fin. Buena parte del mundo es ilusión, y sin embargo las formas de esa ilusión siguen un paradigma que es parte de la realidad divina.

-Sí, sí -dijo Aram-. Soy muy versado en las formas de la ilusión y la realidad, pero mi pregunta estaba destinada a saber si acaso ha surgido un nuevo maestro en esta comarca, o si ha retornado uno de los antiguos, o si puede acaecer una manifestación divina ante cuya presencia le convenga a mi alma estar alerta.

Mientras hablaba, el mendigo tiró de la mesa un escarabajo rojo del tamaño de una uña, y alzó la sandalia con el propósito de aplastarlo.

-Hermano, te suplico que no le hagas daño -dijo el monje.

-Pero están por todas partes, y los Señores del Karma han declarado que ningún hombre puede reencarnarse en un insecto, con lo cual la muerte de un insecto es un acto intrascendente, kármicamente hablando.

-No obstante -dijo el monje-, como todas las formas de vida configuran un mismo fenómeno, en este monasterio todos practicamos la doctrina del *ahimsa y* nos abstenemos de despojar de su vida a cualquier criatura.

-Pese a todo -dijo Aram-, Patanjali prescribe que más vale la *intención* que el acto que ella gobierna. Por lo tanto, si yo matara por amor y no por malignidad, sería como si no hubiese matado. Confieso que ese no era el caso y que había malignidad de por medio... por lo tanto, aunque no mate, he de soportar el peso de la culpa, dado que la intención existía. Ahora podría pisotearlo y en nada empeoraría mi situación, según el principio del *ahimsa.* Sin embargo, siendo un huésped, por supuesto que respeto vuestras prácticas y me abstengo de hacerlo.

Con estas palabras, apartó la sandalia del insecto, que permaneció inmóvil, con las rojizas antenas erectas. -Es en verdad un erudito -dijo uno de la Orden de Ratri.

-Gracias, pero no es así -afirmó Aram con una sonrisa--. Soy apenas un humilde buscador de la verdad, y en ocasiones el pasado me deparó el privilegio de escuchar los discursos de los doctos. ¡Ojalá gozara otra vez de ese privilegio! Si hubiese un gran maestro o sabio en la comarca, sin duda cruzaría un lecho de brasas candentes para sentarme a sus pies y escuchar sus palabras u observar su ejemplo. Si...

Se interrumpió, pues todas las miradas se habían vuelto bruscamente hacia la entrada que tenía detrás. No movió la cabeza, pero estiró la mano para aplastar un escarabajo que tenía cerca. El extremo de un pequeño cristal y dos minúsculos alambres surgieron por la quitina rota del caparazón.

Luego se volvió. Su ojo verde recorrió la fila de monjes sentados entre él y la puerta y se detuvo sobre Yama, que venía con pantalones de montar, botas, camisa, faja, capa y guantes, todo de color rojo, y con la cabeza ceñida por un turbante color sangre.

-¿"Si"? -dijo Yama-. ¿Decías "si"? ¿Si algún sabio o un avatar de la mente divina residiera en esta comarca, te gustaría conocerlo? ¿Es eso lo que decías, extranjero?

El mendigo se levantó e hizo una reverencia.

-Soy Aram -declaró-, compañero de viaje y de búsqueda de cuantos desean la iluminación.

Yama no devolvió el saludo.

-¿Por qué pronuncias tu nombre al revés, Señor de la Ilusión, cuando todos tus actos y palabras la anuncian a tu paso?

El mendigo se encogió de hombros.

-No comprendo tus palabras.

-Pero volvió a sonreír.- Soy alguien que busca el Recto Sendero -añadió. -Me cuesta creerte, después de presenciar tus falsedades durante no menos de mil años.

-Hablas de la longevidad divina. -Lamentablemente, sí. Has cometido un grave error, Mara.

-¿Cuál?

-Creer que se te permitirá salir de aquí con vida. Admito que espero que sea así.

-Sin tener en cuenta los múltiples accidentes que puede sufrir un viajero solitario en esta región inhóspita. -Hace muchos años que soy un viajero solitario. Siempre son los demás quienes sufren accidentes.

-Acaso creas que aun si tu cuerpo fuera destruido aquí, tu atman se transferiría a otro cuerpo remoto, situado en otro lugar. Entiendo que alguien ha descifrado mis anotaciones, y ahora es posible realizar ese truco.

Las cejas del mendigo se contrajeron levemente. -No percibes las fuerzas que en este mismo momento cercan este edificio e impiden que se lleve a cabo una transferencia semejante.

El mendigo avanzó hacia el centro de la sala.

-Yama -declaró-, eres un necio si piensas que puedes confrontar tus débiles poderes de dios caído con los del Soñador.

-Es posible, Señor Mara -replicó Yama-, pero hace mucho que espero esta oportunidad como para volver a postergarla. ¿Recuerdas lo que prometí en Keenset? Si deseas continuar la ronda de tus existencias tendrás que franquear esta puerta, la única de la sala, y yo te cierro el paso. En este momento, ninguna fuerza exterior puede ayudarte.

Entonces Mara alzó las manos y brotaron llamas por doquier.

Todo ardía. El fuego brincaba sobre los muros de piedra, las mesas, las vestimentas de los monjes. Círculos y volutas de humo cubrieron la sala. Yama permaneció inmóvil, erguido en medio del incendio.

-¿Eso es lo mejor que se te ocurre? -preguntó-. Tus llamas arden por todas partes, pero no queman. Mara dio una palmada y las llamas se disiparon.

En lugar de ellas, la cabeza oscilante, la capucha de plata desplegada, la mecanocobra alcanzó su posición erecta, formando una S que duplicaba a un hombre en altura.

Yama la ignoró. Su mirada sombría, como la sonda de un insecto oscuro, penetró en el único ojo de Mara.

La mecanocobra desapareció. Yama dio un paso al frente.

Mara retrocedió un paso.

Estuvieron así apenas un instante, luego Yama avanzó dos pasos más y Mara volvió a retroceder. La transpiración les perlaba la frente.

El mendigo ahora era más alto y su cabellera más abundante; tenía la cintura más gruesa y los hombros más anchos. Se movía con una gracia antes imperceptible.

Retrocedió un paso más.

-Sí, Mara, hay un dios de la muerte -dijo Yama con los dientes apretados-. Caído o no, la muerte verdadera anida en mis ojos. Enfréntalos. Cuando toques la pared no podrás retroceder más. Siente cómo flaquean tus fuerzas. Siente cómo empiezan a helarse tus manos y tus pies.

Mara exhibió los dientes en un gruñido de furia. El cuello era grueso como el de un toro. Los bíceps eran tan grandes como los muslos de un hombre. El torso vigoroso parecía un barril y las piernas grandes árboles del bosque.

-¿Helarse? -preguntó, tendiendo los brazos-. Con estas manos, Yama, puedo destrozar a un gigante. ¿Y tú qué eres sino un dios corrompido y expulsado? Tu ceño puede influir sobre los ancianos y los débiles. Tus ojos pueden espantar a los animales torpes y a los hombres de las clases inferiores. Estoy tan alto sobre ti como una estrella sobre el fondo del océano.

Las manos enguantadas de rojo se cerraron como cobras sobre la garganta de Mara. -Entonces prueba esa fuerza de la que tanto te burlas, Soñador. Has adoptado la apariencia del poder. ¡Úsala! ¡No me enfrentes con palabras!

Las mejillas y la frente se le pusieron lívidas al cerrarse las manos de Yama en su garganta. Su ojo parecía brincar como un faro verde que rastreara el mundo.

Mara cayó de rodillas.

-¡Basta, Señor Yama -jadeó-. ¿Te matarías a ti mismo?

Se transformó. Sus facciones se diluyeron como si yacieran bajo aguas turbulentas.

Yama contempló su propio rostro, vio sus propias manos enguantadas aferrándole las muñecas.

-Ahora te desesperas, Mara, porque la vida se te escapa. Pero Yama no es un niño para tener miedo de romper el espejo en que te has convertido. Haz tu último intento o muere como un hombre, al fin y al cabo es lo mismo.

Pero una vez más hubo un flujo y una mutación. Esta vez Yama vaciló y sus fuerzas cedieron.

El cabello de bronce de esa mujer le cubrió las manos. Los ojos claros lo enfrentaron. Alrededor del cuello lucía un collar de cráneos de marfil, apenas más pálidos que su piel. Vestía un sari color sangre. Las manos, al rozarlo, casi lo acariciaban...

-¡Diosa! -susurró Yama.

-¿No serás capaz de matara Kali...? ¿Durga...? -dijo con voz asfixiada.

-Vuelves a equivocarte, Mara -susurró-. ¿No sabías que todo hombre mata lo que amó?

Torció las manos y hubo un ruido de huesos rotos.

-Seas diez veces maldito -dijo Yama cerrando los ojos con fuerza-. No volverás a nacer.

Entonces abrió las manos.

A sus pies, yacía en el suelo un hombre alto, de nobles proporciones, la cabeza inclinada sobre el hombro derecho.

Su único ojo al fin se había cerrado.

Yama dio vuelta el cadáver con la punta de la bota. -Erigid una pira y quemad este cuerpo -dijo a los monjes, sin mirarlos-. No omitáis ningún rito. En el día de hoy ha muerto uno de los más grandes.

Luego apartó los ojos de esta obra de sus manos, se volvió sobre los talones y se retiró de la sala.

Esa noche el horizonte se pobló de relámpagos y cayó del cielo una lluvia que parecía de plomo.

Los cuatro estaban sentados en la cámara de la alta torre que se alzaba en la esquina nordeste del monasterio. Yama se paseaba por la habitación, y cada vez que llegaba a la ventana se detenía.

Los otros lo miraban, escuchándolo.

-Tienen sospechas -decía Yama-, pero no están seguros. No devastarían el monasterio de otro dios, exponiendo ante los hombres los desacuerdos que los dividen... a menos que tuvieran alguna certeza. Como no la tienen, investigaron. Es decir que el tiempo aún nos favorece.

Asintieron.

-Un brahmín que renunció al mundo para encontrar su alma pasó por aquí, sufrió un accidente, y murió la muerte verdadera. Cremaron su cadáver y arrojaron las cenizas al río que desemboca en el mar. Eso es lo que pasó... Los monjes errantes del Iluminado estaban de visita. Se alejaron poco después del hecho. ¿Quién sabe adónde se dirigieron?

Tak se irguió tanto como pudo.

-Señor Yama -declaró-, esa historia se puede sostener una semana, un mes, quizá por más tiempo, pero se hará pedazos en manos del Señor cuando juzgue al primero de los monjes de este monasterio que ingrese en la Mansión del Karma. Por las circunstancias, entiendo que algunos de ellos pueden ser juzgados muy pronto, y precisamente por lo que sucedió. ¿Qué pasaría entonces?

Yama, exacta y escrupulosamente, lió un cigarrillo. -Debemos ponernos de acuerdo en que lo que he dicho es lo que realmente ocurrió.

-¿Cómo es posible? Cuando el cerebro de un hombre es sujeto a la rememoración kármica, todos los acontecimientos que ha presenciado en su ciclo vital más reciente son expuestos ante el juez y la máquina como un pergamino.

-Correcto -dijo Yama-. ¿Y tú, Tak de los Archivos, nunca oíste hablar de los palimpsestos... pergaminos que se usaron previamente, se limpiaron y se volvieron a usar?

-Por supuesto, pero la mente no es un pergamino.

-¿No? -sonrió Yama-. Bien, en principio la analogía fue tuya, no mía. ¿Qué es la verdad, al fin y al cabo? La verdad es lo que uno hace de ella.

-Encendió el cigarrillo.

-Estos monjes -prosiguió- han presenciado un hecho extraño y terrible. Me vieron cobrar mi Aspecto y ejercer uno de mis Atributos. Lo vieron a Mara hacer lo mismo... aquí, en este monasterio donde hemos revivido el principio del ahimsa. Ellos saben que un dios puede realizar esos actos sin que pesen en su cuenta kármica, pero su conmoción fue grande y su impresión muy viva. Y todavía falta para que llegue la cremación final. Cuando ocurra, sus mentes han de tener por verdadera la versión que acabo de referir.

-¿Cómo? -preguntó Ratri.

-Esta misma noche, ya mismo -dijo-, mientras la imagen del hecho aún les inflama la conciencia y están perturbados sus pensamientos, se forjará la nueva verdad y se la enclavará donde corresponde... Sam, ya descansaste mucho tiempo. A ti te corresponde realizar esta tarea. Tienes que predicarles un sermón. Tienes que despertar en el interior de todos ellos esos nobles sentimientos y esas refinadas cualidades del espíritu que preparan a los hombres para las intervenciones divinas. Ratri y yo combinaremos nuestros poderes y nacerá una nueva verdad.

Sam cambió de posición y bajó la mirada.

-No sé si podré hacerlo. Hace tanto tiempo...

-Una vez Buddha, siempre Buddha, Sam. Quítale el polvo a alguna de tus antiguas parábolas. Tienes unos quince minutos.

Sam tendió la mano.

-Dame papel y un poco de tabaco.

Tomó el envoltorio y armó un cigarrillo.

-¿Fuego? ... Gracias.

Inhaló el humo profundamente, lo expiró y tosió. -Estoy cansado de mentirles -dijo al fin-. Supongo que eso es lo que ocurre.

-¿Mentirles? -preguntó Yama-. ¿Quién te pidió que mintieras? Cítales el Sermón de la Montaña, si quieres. O algo del Popol Vuh, o de la Ilíada. No me importa lo que digas. Se trata de conmoverlos, de calmarlos un poco. Eso es todo lo que pido.

-¿Y después?

-¿Después? Después me encargaré de salvarlos... a ellos y a nosotros!

Sam asintió con lentitud.

-Si tú lo dices... pero me encuentro algo fuera de forma para enfrentar una situación así. Por supuesto que encontraré un par de verdades e intercalaré algunas alusiones a la piedad. . . pero dame veinte minutos.

-Que sean veinte minutos. Y después empacamos. Mañana nos vamos a Khaipur.

-¿Tan pronto? -preguntó Tak. Yama meneó la cabeza.

-Tan tarde -afirmó.

Los monjes estaban sentados en el suelo del refectorio. Habían corrido las mesas contra las paredes. No había más insectos. Afuera, continuaba la lluvia.

Sam, el del Alma Grande, el Iluminado, entró y tomó asiento frente a ellos.

Entró Ratri, cubierta con un velo y vestida de monja budista.

Yama y Ratri se dirigieron al fondo de la sala y se sentaron en el suelo. En algún lado también estaba Tak, atento a lo que ocurría.

Sam permaneció unos instantes con los ojos cerrados, luego dijo con suavidad:

-Tengo muchos nombres, y ninguno de ellos tiene importancia.

Abrió ligeramente los ojos, pero no movió la cabeza. Tenía la mirada perdida.

-Los nombres no tienen importancia -aseveró-. Hablar es nombrar, pero hablar no tiene importancia. Por una vez sucede algo que no había sucedido nunca antes. Al verlo, un hombre contempla la realidad. No puede referir a otros lo que ha visto. Los otros, sin embargo, desean saberlo, así que lo interrogan con estas palabras "¿Cómo es lo que has

visto?" Y él trata de describirlo. Acaso haya presenciado el primer fuego que ardió en el mundo. Les dice: "Es rojo como una amapola, aunque en él bailan otros colores. No tiene forma, fluye por todas partes como el agua. Irradia calor, como el sol en verano, pero con más fuerza. Permanece un rato sobre un trozo de leña, después la leña desaparece como si la hubieran devorado, y sólo queda algo negro, que se puede tamizar como la arena. Cuando desaparece el leño, él también desaparece". Por lo tanto, quienes lo escuchan piensan que la realidad es acaso como la amapola, como el agua, como el sol, como alguien que come y excreta. Piensan que tiene semejanza con todas las cosas con que la compara el hombre que la conoció. Pero no han visto el fuego. En realidad, no pueden conocerlo. Sólo pueden conocer algo sobre el fuego. Pero el fuego vuelve muchas veces al mundo. Hay más hombres que lo contemplan. Con el tiempo, el fuego es tan común como la hierba y las nubes y el aire que respiran. Comprueban que, si bien es como la amapola, no es una amapola, si bien es como el agua, no es agua, si bien es como el sol, no es el sol, y si bien es como alguien que come y elimina desechos, no es algo que come y elimina desechos, sino algo diverso de cada una de esas cosas y de todas esas cosas en su conjunto. De modo que, al contemplar este nuevo elemento, inventan una nueva palabra para denominarlo. Lo denominan "fuego".

"Si se encuentran con alguien que aún no lo ha visto y le hablan del fuego, él no sabe de qué le hablan, de modo que ellos, a su vez, vuelven a contarle cómo es el fuego. Al hacerlo, saben por propia experiencia que no le refieren la verdad, sino sólo una parte. Saben que este hombre nunca aprehenderá la realidad a través de esas palabras, aunque recurran a todas las palabras del mundo. Este hombre ha de mirar el fuego, olerlo, calentarse las manos a la lumbre, observar el corazón de la llama, o lo ignorará para siempre. Por lo tanto, "el fuego" no tiene importancia, "la tierra", "el aire" y "el agua" no tienen importancia. "Yo" no tengo importancia. Ninguna palabra la tiene. Pero el hombre se olvida de la realidad y recuerda las palabras. Cuantas más palabras recuerda, más sagaz lo juzgan sus semejantes. Observa las grandes metamorfosis del mundo, pero no las ve como se las veía cuando el hombre observó la realidad por vez primera. Los nombres de esas metamorfosis afloran a sus labios y él sonríe, saboreándolas, creyendo que al nombrarlas las conoce. Lo que nunca antes había sucedido, sucede sin embargo. Es un milagro. El gran pimpollo ardiente se derrama y fluye por la superficie del mundo, excretando la ceniza del mundo, sin ser ninguna de las cosas que he nombrado y siendo todas ellas a la vez, y esto es la realidad: lo Innominado. Por lo tanto, os encomiendo que olvidéis vuestros nombres, olvidad las palabras que digo no bien las pronuncio. Atended, mejor, a lo Innominado que yace dentro de vosotros y que brota cuando lo convoco. No escuchéis mis palabras, sino la realidad que hay dentro de mí, y de la que forma parte. Este es el atman, que me escucha a mí antes que a mis palabras. Todo lo demás es irreal. Definir es perder. La esencia de todas las cosas es lo Innominado. Lo Innominado es incognoscible, más poderoso aun que Brahma. Las cosas pasan, pero la esencia permanece. Os halláis, pues, en medio de un sueño.

"La esencia lo sueña como un sueño de formas. Las formas pasan, pero la esencia permanece y sueña nuevos sueños. El hombre nombra estos sueños y piensa que ha capturado su esencia, sin saber que invoca lo irreal. Estas piedras, estos muros, estos cuerpos que veis sentados en torno de vosotros son amapolas y agua y sol. Son los sueños de lo Innominado. Por así decirlo, son el fuego.

"Ocasionalmente, puede aparecer un soñador consciente de que sueña, capaz de ejercer un dominio parcial sobre la estofa de los sueños, sometiéndola a su voluntad, o de despertar a un conocimiento más hondo de sí mismo.

Si elige la senda del autoconocimiento, grande es su gloria, y ha de brillar como un astro por los siglos de los siglos. Si en cambio elige la senda de los Tantras, combinando el Samsara y el Nirvana, abarcando el mundo y continuando su vida en él, será poderoso

entre los soñadores. Puede que su poder nos parezca destinado al bien o al mal, aunque también estos términos carecen de sentido fuera de las denominaciones del Samsara.

"Residir dentro del Samsara, no obstante, equivale a estar sujeto a las obras de quienes son poderosos entre los soñadores. Si son poderosos para el bien, sobreviene una edad dorada. Si son poderosos para el mal, llega una edad de tinieblas. El sueño puede transformarse en pesadilla.

"Está escrito que vivir es padecer. Esto se debe, dicen tos sabios, a que el hombre ha de purgar el peso de su karma si quiere alcanzar la iluminación. Por esta razón, dicen los sabios, ¿de qué le vale al hombre luchar en medio de un sueño contra lo dispuesto por los hados, que es la senda que debe seguir para lograr la liberación? A la luz de los valores eternos, dicen los sabios, el padecer equivale a nada; en términos de Samsara, dicen los sabios, conduce a aquello que es bueno. ¿Qué justificación tiene el hombre, pues, para luchar contra quienes son poderosos para el mal?

Se interrumpió un instante e irguió aun más la cabeza. -Esta noche estuvo entre vosotros Mara, Señor de la Ilusión y poderoso entre los soñadores, poderoso para el mal. Se midió con otro también capaz de obrar sobre la estofa de los sueños, aunque de modo diverso. Se midió con Dharma, capaz de arrojar al soñador fuera de su sueño. Lucharon, y el Señor Mara no está más. ¿Por qué esa lucha entre el dios de la muerte y el ilusionista? Diréis que sus caminos son inescrutables, siendo los caminos de los dioses. No es esa la respuesta.

"La respuesta, la justificación, es la misma para los hombres que para los dioses. El bien o el mal, dicen los sabios, nada significan, pues son del Samsara. Dadle la razón a los sabios, quienes han enseñado a nuestro pueblo desde que existe la memoria de los hombres. Dadles la razón, mas también considerad algo que los sabios no mencionan: aludo a la "belleza", que también es una palabra, pero mirad más allá de la palabra y meditad sobre la Senda de lo Innominado. ¿Y cuál es la Senda de lo Innominado? Es la Senda del Sueño. ¿Y por qué sueña lo Innominado? Nadie que resida en el interior del Samsara lo sabe. Por lo tanto, preguntad más bien qué sueña lo Innominado.

"Lo Innominado, del que todos formamos parte, sueña las formas. ¿Y cuál es el atributo más alto que posee una forma? La belleza. Lo Innominado es pues un artista. No se trata, entonces, de un problema ético, sino estético. Luchar contra quienes son poderosos entre los soñadores, poderosos para el mal, o la fealdad, no es luchar por algo que, según nos enseñaron los sabios, carece de sentido en términos de Samsara o Nirvana, sino luchar para que un sueño sea soñado simétricamente, en términos del ritmo y la exactitud, del equilibrio y la antítesis que lo convertirán en un objeto bello. De esto, nada dicen los sabios. La verdad es tan simple que obviamente la pasaron por alto. Por tal motivo, la estética de la situación me obliga a llamar vuestra atención al respecto. Luchar contra los soñadores que sueñan falsedades, trátese de hombres o de dioses, no puede ser sino la voluntad de lo Innominado. Esta lucha también destruirá el sufrimiento y aligerará el peso del propio karma tanto como la aceptación de la fealdad; pero *este* sufrimiento sirve a un fin más elevado a la luz de los valores eternos citados por los sabios tan a menudo.

"Así os digo, pues, que la estética de cuanto habéis presenciado esta noche pertenece a un orden más alto. Acaso preguntaréis: "¿Cómo he de discernir la belleza de la fealdad, para actuar en consecuencia?" Os digo que a esta pregunta tenéis que responder vosotros mismos. Para ello, primero tenéis que olvidar cuanto os he dicho, pues no he dicho nada. Ahora, morad en lo Innominado.

Alzó la mano derecha e inclinó la cabeza.

Yama se levantó, Ratri se levantó, Tak apareció sobre una mesa.

Los cuatro se retiraron al mismo tiempo, sabiendo que las maquinarias del Karma habían sido transitoriamente derrotadas.

Atravesaban el moteado resplandor de la mañana, bajo el Puente de los Dioses. Un follaje alto, todavía húmedo por la lluvia nocturna, relumbraba a ambos lados del sendero. Las copas de los árboles y las cimas de las montañas lejanas ondulaban entre los flotantes vapores. El cielo estaba límpido. Las débiles brisas matinales aún conservaban huellas del frío de la noche. Los chasquidos, zumbidos y gorjeos de la jungla acompañaban la marcha de los monjes. El monasterio que acababan de dejar era sólo parcialmente visible sobre las cimas de las copas de los árboles; en lo alto, sobre el monasterio; una oscilante columna de humo ascendía hacia el cielo.

Los servidores de Ratri empuñaban la litera de la diosa en medio del cortejo de monjes, sirvientes y guardias armados. Sam y Yama iban casi a la cabeza del grupo. El silencioso Tak los seguía desplazándose sin ser visto entre las ramas y las hojas.

-Aún arde la pira -dijo Yama.

-Sí.

-Incineran al vagabundo que sufrió un ataque cardíaco mientras descansaba con ellos.

-Es verdad.

-Para ser inspiración del momento, pronunciaste un sermón bastante cautivante.

-Gracias.

-¿De veras crees en lo que predicaste? Sam se echó a reír.

-Soy fácil de engañar con mis propias palabras. Creo en todo lo que digo, aunque sé que soy un gran embustero.

Yama bostezó.

-La vara de Trimurti aún azota las espaldas de los hombres. Nirriti se agita en su tenebrosa guarida y hostiga las rutas marítimas del sur. ¿Planeas pasar otra vida dedicado a la metafísica hasta encontrar nuevas justificaciones para enfrentar a tus enemigos? Tu charla de anoche sonaba como si una vez más hubieras caído en considerar.el porqué en lugar del cómo.

-No -dijo Sam-. Sólo quise abordar a mi audiencia por otros medios. Es difícil despertar la rebelión en quienes piensan que todas las cosas son buenas. El esclavo sometido al potro sabe que renacerá, quizá como un obeso mercader, si acepta sus sufrimientos. No tiene las mismas perspectivas que un hombre que sólo vive una vez. Puede tolerarlo todo, pues sabe que cuanto más intensos sean sus dolores presentes, mayores serán sus placeres venideros. Si un individuo así opta por no creer en el bien y el mal, tal vez la belleza y la fealdad cumplan para él la misma función. Sólo cambiaron los nombres.

-¿De modo que esa es la nueva línea partidaria oficial? -preguntó Yama.

-En efecto -dijo Sam.

Yama introdujo la mano en una invisible abertura de su manto y al extraerla blandió una daga que elevó a modo de saludo.

-A la belleza -dijo-. ¡Abajo la fealdad!

Una ola de silencio cubrió la jungla. En los alrededores, se acallaron todos los sonidos.

Yama alzó una mano, mientras con la otra volvía a enfundar la daga.

-¡Alto! -gritó.

Miró hacia arriba, pestañeando contra el sol, la cabeza ladeada a la derecha.

-¡Fuera del camino! -ordenó-. A los matorrales. Le obedecieron en el acto. Las túnicas azafrán se apartaron del sendero. El palanquín de Ratri se internó entre los árboles. La diosa estaba ahora junto a Yama.

-¿Qué es? -preguntó.

-¡Escucha!

Entonces se acercó, surcando el cielo con estrépito. Centelleó sobre los picos de las montañas, voló sobre el monasterio, disipando bruscamente el humo. Estentóreas

explosiones anunciaron su llegada, y el aire se estremeció mientras hendía el viento y la luz.

Era una tan con un rizo muy curvo, que arrastraba una cabellera de fuego.

-El Destructor salió de cacería -dijo Yama.

-¡El carro de trueno! -gritó uno de los mercenarios, haciendo un signo con la mano.

-Pasa Shiva -dijo un monje, los ojos dilatados por el espanto-. El Destructor.

-Si en esos días hubiese conocido mi capacidad de artífice -dijo Yama-, podría haber limitado deliberadamente su vida. De vez en cuando, deploro mi genio.

El carro de trueno pasó debajo del Puente de los Dioses, osciló sobre la jungla y se perdió en el sur. El rugido disminuyó gradualmente; luego reinó absoluto silencio.

Un pájaro ensayó un tímido gorjeo. Otro le respondió. Todos los sonidos de la vida volvieron a despertar, y los viajeros prosiguieron la marcha.

-Volverá -dijo Yama. Y estaba en lo cierto.

Dos veces más tuvieron que apartarse del camino ese día, cuando el carro de la deidad tronó sobre sus cabezas. La última vez giró en círculos alrededor del monasterio, quizás para observar los ritos fúnebres que allí se llevaban a cabo. Luego se elevó sobre las montañas y desapareció.

Esa noche acamparon bajo las estrellas, y la segunda noche hicieron lo mismo.

El tercer día los condujo al río Deeva y a la pequeña ciudad portuaria de Koona. Allí encontraron las naves que deseaban, y en ese atardecer partieron proa al sur, donde el Deeva se unía con el tumultuoso Vedra, y luego prosiguieron hasta llegar por fin frente a los muelles de Khaipur, su destino.

Mientras se deslizaban con la corriente, Sam escuchaba el rumor del río, de pie en el puente a oscuras, las manos sobre la baranda. Contemplaba las aguas donde se elevaba y caía el cielo rutilante y tachonado de estrellas. Fue entonces cuando la noche lo interpeló con la voz de Ratri, desde algún lugar cercano.

-Ya pasaste antes por aquí, Tathagatha. -Muchas veces -respondió.

-El Deeva es hermoso bajo las estrellas, con sus repliegues y ondulaciones.

-Así es.

-Ahora nos dirigimos a Khaipur, al Palacio de Kama. ¿Qué harás cuando lleguemos?

-Dedicaré algún tiempo a la meditación, oh diosa. -¿Sobre qué meditarás?

-Sobre mis vidas pretéritas y los errores cometidos en ellas. He de rever tanto mis tácticas como las del enemigo. -Yama piensa que la Nube Dorada te cambió. -Es posible.

-Cree que te ha aplacado, que te ha debilitado. Siempre has posado de místico, pero él piensa que ahora te convertiste en uno... para tu propio mal, para el mal de todos nosotros.

Sam sacudió la cabeza y se volvió. Pero no vio a Ratri. ¿Acaso la diosa estaba allí invisible, o ya se había retirado? Sam habló con voz suave e inexpresiva.

-Arrancaré esas estrellas del cielo -afirmó- y las arrojaré a la cara de los dioses, si es necesario. Blasfemaré en todos los templos de la región. Recogeré vidas tal como un pescador recoge pescado, con la red si es necesario. Volveré a ascender a la Ciudad Celestial, aunque cada peldaño sea una hoguera o una espada desnuda y el camino esté custodiado por tigres. Un día los dioses bajarán la mirada y me verán subir llevándoles el don que más temen. Ese día se iniciará un nuevo Yuga. Pero antes -concluyó- debo meditar un tiempo.

Se volvió otra vez y contempló las aguas.

Una estrella fugaz cruzó el cielo. La nave continuó su rumbo. La noche suspiró alrededor de Sam.

Sam fijó la mirada en las aguas, recordando.

II

Una vez un pequeño rajá de un pequeño principado llegó con su séquito a Maharta, la ciudad que llaman Pórtico del Sur y Capital del Crepúsculo, para adquirir en ella un nuevo cuerpo. Esto acaeció en los días en que uno podía descubrir en cualquier albañal la urdimbre del propio destino, cuando los dioses eran menos formales, los demonios aún estaban sujetos y la Ciudad Celestial abría ocasionalmente sus puertas a los hombres. Esta es la historia de cómo el príncipe engañó al receptor de devociones instalado frente al Templo, presunción que le valió la hostilidad del Cielo. . .

Pocos son los que renacen como hombres;

son más los que renacen con otra forma.

Anguttara-nikaya (1, 35)

Pasado el mediodía, rumbo a la capital del amanecer, el príncipe, montado en una yegua blanca, ascendió por la ancha avenida de Surya seguido por una escolta de un centenar de hombres, con el consejero Straker a su izquierda, con la cimitarra en la faja y con una parte de su fortuna en las alforjas de los caballos de carga. El calor caía a plomo sobre los turbantes de los hombres, se derretía sobre ellos y volvía a elevarse desde el polvo del camino.

Un carro pasó con lentitud en dirección opuesta, mientras el conductor observaba de soslayo el estandarte enarbolado por el jefe de la escolta; a las puertas de la ciudad, una cortesana estudiaba el tránsito de pie junto a un pabellón; y una jauría de perros callejeros hostigaba a los caballos que pasaban.

El príncipe era alto, con bigotes de color humo. Una red de venas rígidas y prominentes le surcaba las manos, oscuras como el café. Se mantenía erguido, y sus ojos claros y eléctricos parecían los ojos de un pájaro antiguo.

Una multitud se congregó para verlos pasar. Montaban a caballo sólo quienes podían mantenerlos, y eran pocos los que reunían la fortuna necesaria. La montura más común era el sagarto, una criatura escamosa con cuello de serpiente y profusa dentadura, de dudosa estirpe, escasa longevidad y caprichoso temperamento; por alguna razón, las últimas generaciones de caballos se habían vuelto estériles.

Asediado por los curiosos, el príncipe prosiguió su marcha hacia la capital del amanecer.

Al fin se apartaron de la avenida del sol y enfilaron hacia callejas más estrechas. Pasaron junto a los bajos edificios comerciales, las grandes tiendas de los grandes mercaderes, los bancos, los Templos, las tabernas, los burdeles. Avanzaron hasta llegar, en el linde del distrito comercial, a la principesca hostería de Hawkana, el óptimo Anfitrión. Se detuvieron frente a la puerta, pues Hawkana en persona estaba de pie ante los muros, sencillamente vestido, elegante en su corpulencia, sonriente, aguardándolos para llevar adentro personalmente a la yegua blanca.

-Bienvenido, Señor Siddharta -saludó en alta voz, de modo que cuantos pudieran oírlo conocieran la identidad de su huésped-. ¡Bienvenido a esta región dilecta de los ruiseñores, y a los jardines perfumados y las salas de mármol de esta humilde morada! También sean bienvenidos tus jinetes, que han cabalgado largo tiempo contigo y sin

duda procuran, no menos que tú, un muelle reposo y una holganza digna. Confío en que adentro has de encontrar todas las cosas a tu gusto, al igual que en las muchas ocasiones pasadas en que moraste en este recinto en compañía de otros huéspedes principescos y nobles visitantes, demasiados para enumerarlos a todos,, tales como ...

-¡Y buenas tardes a ti también, Hawkana! -saludó el príncipe, pues era un día tórrido y los discursos del hostelero, semejantes a ríos, siempre amenazaban fluir con un caudal incesante-. Apresurémonos a guarecernos. dentro de tus muros, que entre otras virtudes, demasiadas para enumerarlas todas, poseen la de ser frescos...

Hawkana asintió con vivacidad. Tomó las bridas de la yegua, la hizo entrar y la condujo al patio; allí sostuvo el estribo mientras el príncipe desmontaba, luego confió los caballos a los peones del establo y envió a un muchachito afuera, a limpiar la calle donde habían esperado.

En la hostería, los hombres recibieron un baño, de pie en la sala de mármol mientras los sirvientes les derramaban agua sobre los hombros. Luego se ungieron de acuerdo con la costumbre de la casta guerrera, se pusieron ropa limpia y pasaron al comedor.

La comida duró toda la tarde, hasta que los guerreros perdieron la cuenta de los platos que les servían. A la derecha del príncipe, sentado a la cabecera de la mesa, que era larga y baja, tres bailarines entretejían una intrincada danza con sus pasos; en sus dedos tintineaban los címbalos, y lucían la expresión adecuada en el momento adecuado de la danza, mientras cuatro músicos con velos tocaban la música, tradicional a esas horas. Cubría la mesa un lujoso tapiz hilado en azul, pardo, amarillo, rojo y verde, que representaba diversas escenas de guerra y montería; jinetes montados en sagartos y caballos afrontaban con lanzas y arcos la embestida de pandas emplumados, gallos de fuego y plantas de vainas enjoyadas; simios verdes se agitaban en las copas de los árboles; el Ave Garuda aferraba a un demonio aéreo entre las garras, hostigándolo con el pico y las alas; un ejército de peces cornúpetos emergía de las profundidades del mar, blandiendo picas de coral rosado con las aletas unidas y enfrentándose a una hilera de hombres con túnica y casco que enarbolaba teas y venablos para obstaculizarles la marcha.

El príncipe cenó con frugalidad. Jugueteaba con la comida, escuchaba la música, de vez en cuando festejaba las bromas de uno de sus hombres.

Bebió un sorbete, y sus anillos tintinearon sobre la superficie del vaso.

Hawkana apareció junto a él.

-¿Todo bien, Señor? -preguntó.

-Sí, buen Hawkana, todo bien -respondió el príncipe.

-No comes tanto como tus hombres. ¿Acaso te disgusta la comida?

-No es la comida, que es excelente, ni su presentación, que es impecable, digno Hawkana. Es mi apetito, que últimamente ha disminuido.

-¡Ah! -dijo Hawkana con perspicacia-. ¡Tengo justo lo que buscas! ¡Sólo alguien como tú puede apreciarlo de verdad! Hace mucho que descansa en un estante especial de mi bodega. El dios Krishna de algún modo lo había preservado contra el paso de los siglos. Me lo dio hace muchos años, porque los servicios que aquí obtuvo no le disgustaron. Te lo traeré.

Hizo una reverencia y se retiró.

Al volver traía una botella. Antes de ver la etiqueta, el príncipe reconoció la forma de la botella.

-¡Borgoña! -exclamó.

-En efecto -dijo Hawkana-. Llegó de la desaparecida Uratha, hace mucho tiempo.

La olfateó con una sonrisa. Luego vertió una pequeña cantidad en una copa alargada y se la ofreció a su huésped.

El príncipe alzó la copa y saboreó el *bouquet.* Tomó un pequeño sorbo. Cerró los ojos.

La sala guardó silencio, respetando el placer del príncipe.

Luego bajó la copa y Hawkana volvió a servirle el producto de la uva *pinot noir,* que no podía cultivarse en esta tierra.

El príncipe no tocó la copa. En cambio, se dirigió a Hawkana y le dijo: -¿Quién es el músico más viejo de esta casa?

-Éste, Mankara -dijo el anfitrión, señalando al hombre canoso que reposaba en una esquina de la mesa.

-Viejo de edad, no de cuerpo dij$_o$ el príncipe.

-Oh, ese sería Dele -dijo Hawkana-, si puede considerárselo músico. Dice que una vez lo fue. -El muchacho que cuida los establos. -Ah, ya veo. Mándalo buscar.

Hawkana palmeó las manos y le ordenó a un sirviente que fuera al establo, le diera al palafrenero un aspecto presentable y lo trajera de inmediato ante los comensales.

-Por favor, no te molestes en hacerlo presentable. Tráelo directamente -dij$_o$ el príncipe.

Se recostó y esperó con los ojos cerrados. Cuando apareció el palafrenero, le preguntó:

-Dime, Dele, ¿qué música sabes tocar?

-La música que ya no agrada a los oídos de los brahmines -dijo el muchacho.

-¿Cuál era tu instrumento?

-El piano -dijo Dele.

-¿Puedes tocar alguno de éstos?

Señaló los instrumentos que ahora permanecían sin uso sobre la pequeña tarima. que había junto a la pared. El muchacho cabeceó hacia ellos.

-Supongo que podría arreglármelas con la flauta, de ser necesario.

¯¿Conoces algún vals?

-Sí.

¯¿Podrías tocar "Danubio Azul"?

La expresión de hosquedad del joven se disipó para ser reemplazada por una expresión de inquietud. Intercambió una mirada fugaz con Hawkana, quien hizo un gesto afirmativo.

¯Siddharta es un príncipe entre los hombres. pues es de los Primigenios ¯-declaró el anfitrión.

-¿El "Danubio Azul", con una de estas flautas?

-Por favor.

El chico se encogió de hombros.

-Voy a intentarlo -dijo-. Hace tanto tiempo. Sea indulgente conmigo.

Fue hacia el lugar de los instrumentos y le susurró algo al ejecutante de la flauta que escogió. El hombre asintió con la cabeza. Luego se llevó la flauta a los labios y sopló un par de notas. Hizo una pausa, ensayó de nuevo y se volvió hacia el príncipe.

La alzó una vez más e inició el ondulante movimiento del vals. Mientras tocaba, el príncipe sorbía el vino. Cuando se interrumpió para cobrar aliento, el príncipe le indicó que continuara. Tocó, una tras otra, las melodías prohibidas, y los músicos profesionales pusieron una cara de desdén profesional; pero debajo de la mesa, varios pies seguían el compás de la música.

Finalmente, el príncipe terminó el vino. La noche descendía sobre la ciudad de Maharta. Le arrojó al chico una bolsa de monedas, sin prestar atención a las lágrimas que

derramaba al abandonar la sala. Luego se incorporó y estiró, ahogando un bostezo con el dorso de la mano.

-Me retiro a mis aposentos -dijo a sus hombres-. Mientras yo esté ausente, no perdáis vuestras riquezas en el juego.

Se rieron y le desearon buenas noches; ordenaron bebidas fuertes y galletitas saladas. Al retirarse, el príncipe oyó el choque de los dados.

El príncipe se había retirado temprano para poder levantarse antes del alba. Le impartió instrucciones a un sirviente para que al otro día custodiara la puerta y le negara la entrada a todos, alegando que su señor estaba indispuesto.

Antes que las primeras flores se hubiesen abierto a los primeros insectos de la mañana, va había partido de la hostería y sólo un viejo loro verde lo había visto marchar.

No vestía sedas recamadas de perlas, sino harapos, según era su costumbre en tales ocasiones. No lo precedían caracolas y tambores, sino el silencio, mientras caminaba por las calles en penumbra de la ciudad. Nadie circulaba por esas calles, salvo algún médico o prostituta demorados por un servicio de última hora. Un perro callejero lo siguió cuando atravesó el distrito comercial en dirección al puerto.

Tomó asiento sobre un banasto, al pie de un atracadero.

El crepúsculo vino a disipar las tinieblas del mundo; y el príncipe vio cómo las naves cabeceaban con la marea, sin velas, agobiadas de cables, con un monstruo o una doncella tallados en la proa. Cada vez que visitaba Maharta, recorría el puerto.

El parasol rosa de la mañana se abrió sobre el pelo desgreñado de las nubes, y una ráfaga fresca barrió los muelles. Aves voraces emitían ásperos chillidos al volar sobre las torres de ventanales festoneados y luego planear al ras de las aguas de la bahía.

Observó una nave que zarpaba, con una cúpula de altos aparejos de lona henchidos por la brisa salada. A bordo de otras naves, seguras en sus amarras, ahora se intensificaba el movimiento, pues las tripulaciones se preparaban para la carga y descarga de inciensos, corales, aceites y toda clase de géneros, además de metales, ganado, maderas y especias. Aspiró los olores del comercio y escuchó los juramentos de los marineros, pues era admirador de ambas cosas: de la primera, porque olía a riquezas; de la segunda, porque combinaba sus otras dos preocupaciones centrales: la teología y la anatomía.

Poco más tarde habló con un capitán extranjero que acababa de supervisar una descarga de sacos de grano y ahora descansaba a la sombra de los banastos.

-Buen día -saludó-. Líbrense tus travesías de la tempestad y el naufragio, y los dioses te reserven un puerto seguro y un buen mercado para tus cargas.

El otro inclinó la cabeza, tomó asiento sobre un banasto y procedió a llenar una pequeña pipa de arcilla.

-Gracias, anciano -replicó-. Si bien dirijo mis súplicas a los dioses de los Templos que yo escojo, acepto las bendiciones de cualquiera y de todos. Las bendiciones nunca vienen mal, especialmente para un marino.

-¿Fue difícil el viaje?

-Menos difícil de lo que pudo haber sido -dijo el capitán-. Esa candente montaña del mar, el Cañón de Nirriti, vuelve a vomitar sus rayos contra el cielo.

-¡Ah, vienes del sadoeste!

-Sí. Chatisthan, de Ispar-junto-al-mar. Los vientos son propicios en esta época del año, pero por esa misma razón arrastraron las cenizas del Cañón a mayor distancia que nunca. Durante seis días cayó sobre nosotros la nieve negra, y los hedores del mundo de las profun'didades nos acosaron, contaminando el agua y los alimentos, poniéndonos lágrimas en los ojos y fuego en la garganta. Oramos fervorosamente a los dioses y

salimos del paso. ¿Ves cómo está manchado el casco? Tendrías que haber visto las velas... ¡negras como la cabellera de Ratri!

El príncipe se inclinó para observar mejor el navío.

-¿Pero las aguas no eran especialmente turbulentas? -preguntó.

El marino sacudió la cabeza.

-Nos encontramos con un crucero cerca de la Isla de Sal y, según nos dijeron, durante seis días nos libramos de las peores descargas del Cañón. En ese momento inflamó las nubes y produjo enormes marejadas, hundiendo, por lo que sabían los del crucero, dos buques, y quizás uno más. -El marino se inclinó y encendió la pipa.- Así que, como digo, a un marino las bendiciones nunca le vienen mal.

-Busco a un marino -dijo el príncipe-. Un capitán. Se llama Jan Olvegg, aunque quizá se lo conozca por Olvagga. ¿Lo conoces?

-Lo conocí -dijo el otro-, pero hace mucho que no navega.

-Oh, ¿y qué le ocurrió?

El marino volvió la cabeza para estudiarlo con más detenimiento.

-¿Quién eres tú para preguntarlo? -inquirió al fin.

-Me llamo Sam. Jan es un amigo mío muy antiguo.

-¿Cuánto tiempo significa "muy antiguo"?

-Hace muchos, muchos años, en otro lugar, lo conocí cuando él era capitán de un buque que no navegaba por estos océanos.

El capitán se agachó de pronto, recogió un trozo de *madera y se lo arrojó a un perro* que *merodeaba unas* mercancías apiladas al otro lado del atracadero. El animal lanzó un gañido y se apresuró a buscar refugio en un depósito. Era el mismo perro que había seguido al príncipe desde la hostería de Hawkana.

-Cuidado con los sabuesos del infierno -dijo el capitán-. Hay perros y perros... y perros. Tres especies distintas, y en este puerto conviene mantenerlas a raya a todas.

-Luego volvió a examinar al otro.- Tus manos -dijo, gesticulando con la pipa- han usado muchos anillos recientemente. Aún conservan las marcas.

Sam se miró las manos y sonrió.

-Tus ojos no pierden detalle, marinero -respondió-. Admitiré pues lo obvio. He usado anillos recientemente.

-De modo que tú, al igual que los perros, no eres lo que pareces ser. .. y preguntas por Olvagga llamándolo por su nombre más antiguo. Dices llamarte Sam. ¿Eres acaso uno de los Primigenios?

Sam no respondió en seguida, y estudió al otro como si esperara que siguiese hablando.

Dándose tal vez cuenta, el capitán prosiguió:

-Olvagga, por lo que sé, era uno de los Primigenios, aunque nunca habló de eso. Si eres uno de los Primigenios, o uno de los Amos, tienes que saberlo, de modo que no puedo traicionarlo con mis palabras. No obstante, quiero saber si hablo con un amigo o un enemigo. Sam frunció el ceño.

-Jan no tenía fama de ganarse enemigos -dijo-. Hablas como si ahora los tuviera, entre esos que llamas los Amos.

El marino no le quitaba los ojos de encima.

-No eres uno de ellos -dijo al fin-, y vienes de lejos.

-Estás en lo cierto -dijo Sam-, pero dime cómo lo sabes.

-Primero -dijo el otro-, eres un anciano. Uno de los Amos también podría haber adoptado un cuerpo de viejo, pero no lo habría hecho. .. así como tampoco permanecería mucho tiempo con forma de perro. Tendría demasiado temor de sufrir repentinamente la muerte verdadera, al modo de los ancianos. De modo que no lo usaría tanto tiempo como para que los anillos le dejaran marcas en los dedos. A los ricos jamás se los despoja de sus cuerpos. Si se les niega la reencarnación, viven hasta el último día del período que les

corresponde. Los Amos temerían que los secuaces de este hombre se levantaran en armas en caso de que él tuviera que afrontar un tránsito no natural. De manera que un cuerpo como el tuyo no podría obtenerse por ese medio. Un cuerpo que procediera de los depósitos de la vida tampoco tendría marcas en los dedos.

"Por lo tanto -concluyó-, supongo que eres un hombre importante, pero no uno de los Amos. Si conoces a Olvagga desde hace mucho tiempo, entonces eres también uno de los Primigenios, al igual que él. Por el tipo de información que buscas, entiendo que vienes de lejos. Si fueras nativo de Maharta sabrías algo de los Amos, y si supieras algo de los Amos sabrías por qué Olvagga no puede navegar.

-Pareces conocer los asuntos de Maharta mucho mejor que yo... oh marino recién llegado.

-También yo vengo de un lugar distante -admitió el capitán con una sonrisa lánguida-, pero durante doce meses puedo visitar el doble de puertos. Recibo novedades (novedades y chismes y cuentos de todas partes) en más de veinticuatro puertos. Me entero de las intrigas de palacio y de los problemas del Templo. Me entero de los secretos susurrados por las noches a las muchachas doradas, bajo el arco de caña de Kama. Me entero de las campañas de los Khshatriya y de las estimaciones de los grandes mercaderes sobre el futuro de los granos y las especias, las joyas y las sedas. Bebo con los bardos y los astrólogos, con los actores y los sirvientes, con los cocheros y los sastres. A veces, puede que haga escala en el puerto donde se refugian los piratas y allí tenga noticias del destino padecido por sus rehenes. Así que no te extrañes de que yo, que vengo de lejos, pueda saber de Maharta más que tú, que quizá vives a una semana de viaje. De vez en cuando, hasta llego a enterarme de las proezas de los dioses.

-¿Puedes entonces decirme algo de los Amos, y por qué hay que tenerlos por enemigos? -preguntó Sam. -Puedo decirte algo sobre ellos -replicó el capitán-, pues no debieras andar desprevenido. Los traficantes de cuerpos son ahora los Amos del Karma. A la manera de los dioses, ahora guardan en secreto sus nombres individuales, de modo que parecen tan impersonales como la Gran Rueda que dicen representar. Ya no son meros traficantes de cuerpos, sino que se alían con los Templos. También éstos cambiaron, pues los Primigenios que se transformaron en dioses se han mancomunado con ellos desde el Cielo. Si en verdad eres uno de los Primigenios, Sam, tu senda ha de conducirte o bien a la deificación o bien a la extinción, cuando afrontes a estos nuevos Amos del Karma.

-¿Cómo? -preguntó Sam.

-Los detalles debes buscarlos en otra parte -dijo el marino-. Ignoro los procesos gracias a los cuales se cumplen estas cosas. Búscalo a Jannaveg el hacedor de velas en la Calle de los Tejedores.

-¿Es ese el nuevo nombre de Jan? El otro asintió.

-Y cuidado con los perros -dijo-. Más aún, cuidado con cualquier criatura viva capaz de albergar inteligencia.

-¿Cómo te llamas, capitán? -preguntó Sam.

-En este puerto, no tengo ningún nombre o tengo un nombre falso, y no veo motivo para mentirte. Buenos días, Sam.

-Buenos días, capitán. Te agradezco tus palabras. Sam se incorporó y salió de la zona portuaria. Se dirigió al distrito comercial y a las calles de los gremios. El sol, un disco rojo en el cielo, se elevaba al encuentro del Puente de los Dioses. El príncipe atravesó la ciudad despierta, abriéndose paso entre los puestos que exponían las destrezas de los pequeños artesanos. Buhoneros de polvos y ungüentos, de óleos y perfumes, desfilaban junto a él. Los floristas agitaban guirnaldas y ramilletes en la cara de los peatones; y los vinateros guardaban silencio, sentados con sus odres sobre hileras de bancos a la sombra, a la espera de la infalible llegada de los clientes. La mañana olía a comida, almizcle, sudor, excremento, aceites e incienso, todo fundido en un solo aroma

que circulaba por las calles como una nube invisible. Vestido de mendigo como estaba, al príncipe no le pareció fuera de lugar detenerse a charlar con el contrahecho que pedía limosna.

-Salud, hermano -le dijo-. Me alejé de mí barrio para cumplir una, misión. ¿Podrías indicarme la Calle de los Tejedores?

El contrahecho asintió y agitó sugestivamente el cuenco de mendicante.

El príncipe extrajo una pequeña moneda del talego que llevaba oculto debajo de los harapos. La tiró al cuenco del contrahecho, donde no tardó en desaparecer.

-Por allí -el hombre gesticuló con la cabeza-. En la tercera calle, toma a la izquierda. Luego sigue dos manzanas más y llegarás al Círculo de la Fuente, frente al Templo de Varuna. Cuando llegues al Círculo, verás la Calle de los Tejedores indicada por el Signo del Punzón.

El príncipe asintió, palmeó la joroba del contrahecho y - siguió su camino.

Cuando llegó al Círculo de la Fuente se detuvo. Unas cuantas docenas de personas hacían cola ante el Templo de Varuna, la más severa y augusta de todas las deidades. Esta gente no se disponía a entrar en el Templo; más bien parecía entregada a una ocupación que exigía esperar y turnarse. Oyó un tintineo de monedas y se acercó.

Se congregaban frente a una máquina reluciente y metálica.

Un hombre introdujo una moneda en las fauces de un tigre de acero. La máquina comenzó a vibrar. El hombre presionó botones con forma de bestias y demonios. Unas luces relampaguearon a lo largo de los dos Nagas o serpientes sagradas que se contorsionaban en la carátula transparente del artefacto.

Se acercó un poco más.

El hombre bajó la palanca que salía de un costado de la máquina y que parecía una cola de pez.

Una sagrada luz azul inundó el interior de la máquina.

las serpientes palpitaron con un destello rojo; y allí, en medio de la luz y la música tenue que había empezado a sonar, una rueda de orar saltó a la vista y comenzó a girar con ritmo frenético.

El hombre lucía una expresión beatífica. Varios minutos después, la máquina se detuvo automáticamente. El hombre insertó otra moneda y volvió a bajar la palanca, provocando un estentóreo murmullo de protesta por parte de los que estaban primeros en la fila, quienes proclamaban que esa era su séptima moneda, que el día era caluroso, que había más gente esperando para hacer sus plegarias y que por qué no se iba adentro y le hacía tamaña donación directamente a los sacerdotes. Alguien replicó que el hombrecito, obviamente, tenía muchas culpas que expiar. Entonces comenzaron las especulaciones con respecto a la posible naturaleza de sus pecados, acompañadas por estruendosas carcajadas.

Al ver que había varios mendigos que esperaban turno en la fila, el príncipe se puso en la cola y esperó.

Al avanzar la fila, advirtió que mientras algunos presionaban los botones de la máquina, otros se limitaban a insertar un disco metálico chato en la boca del segundo tigre, en el lado opuesto del chasis. Cuando la máquina dejaba de funcionar, el disco caía en una copa y era recuperado por el propietario. El príncipe decidió arriesgar una pregunta.

Se dirigió al hombre que lo precedía en la fila:

-¿A qué se debe --inquirió- que algunos tengan discos propios?

-A que se han inscripto -dijo el otro sin volverse.

-¿En el Templo?

-Sí. -Oh.

Esperó medio minuto y luego preguntó:

-Los que no están inscriptos y desean usarla, ¿presionan los botones?

-Sí -dijo el otro-, detallando nombre, ocupación y domicilio.

-¿Y si uno es forastero, como yo?

-Debe agregar el nombre de su ciudad.

-¿Y si uno es analfabeto, como yo... qué hace? El otro se volvió hacia él.

-Quizá sería mejor -dijo- que en ese caso rece del modo tradicional y entregue la donación directamente en manos de los sacerdotes. O si no, inscríbase y consígase un disco propio.

-Ya veo -dijo el príncipe-. Sí, tiene razón. Tengo que pensarlo. Gracias.

Dejó la fila y rodeó la fuente, encaminándose al Signo del Punzón, colgado de una columna. Se dirigió a la Calle de los Tejedores.

Tres veces preguntó por Janagga el velero, la tercera a una mujer baja, de brazos vigorosos y un pequeño bigote, quien sentada y cruzada de piernas en su puesto, trenzaba un felpudo debajo del alero de lo que acaso alguna vez había sido un establo y aún hedía como si lo fuera.

Le gruñó algunas indicaciones después de examinarlo una y otra vez de arriba abajo, con unos ojos castaños y aterciopelados dotados de un extraño atractivo. Él siguió sus instrucciones, se internó en un callejón en zigzag y bajó por una escalera exterior pegada a la pared de un edificio de cinco pisos, que desembocaba en una puerta que daba al pasillo de un sótano. Adentro estaba húmedo y oscuro.

Golpeó la tercera puerta a la izquierda, que se abrió al cabo de un instante.

El hombre lo miró fijamente.

-¿Sí?

-¿Puedo pasar? Es un asunto de cierta urgencia... El hombre vaciló un momento, luego cabeceó con brusquedad y se hizo a un lado.

El príncipe pasó junto a él y entró en el cuarto. Había un trozo de lona tendida sobre el piso, frente al taburete que el hombre no tardó en volver a ocupar. Invitó al príncipe a sentarse en la única silla que quedaba en la habitación.

Era bajo y de hombros anchos; el cabello era impecablemente blanco, y una catarata incipiente le empañaba las pupilas. Tenía manos pardas y macizas, y dedos de nudosas junturas.

-¿Sí? -repitió.

-Jan Olvegg -dijo el otro.

Los ojos del viejo se dilataron, luego se estrecharon como ranuras. Sopesó en las manos un par de tijeras.

-*It's a long way to Tipperary* -dijo el príncipe. El hombre lo miró con asombro y de repente sonrió.

-*If your heart's not here* -dijo, dejando las tijeras en su mesa de trabajo-. ¿Cuánto tiempo ha pasado, Sam? -preguntó.

-Perdí la cuenta de los años.

-También yo, pero hace unos cuarenta o cuarenta y cinco años que no te veo. Corrió demasiada agua debajo del maldito puente, ¿no te parece?

Sam asintió.

-Realmente, no sé por dónde empezar... -dijo el hombre.

-En principio, dime. .. ¿por qué "Janagga"?

-¿Por qué no? -dijo el otro-. Suena a nombre laborioso y honesto. ¿Y tú cómo andas? ¿Siempre haciendo de príncipe?

-Sigo siendo yo -dijo Sam-, y siguen llamándome Siddharta cuando vienen a visitarme.

El otro se rió.

-Y "Sujetador de Demonios" -declamó-. Muy bien. He de presumir, entonces, ya que tu aspecto no condice con tu fortuna, que estás investigando el ambiente, como es tu costumbre.

Sam asintió.

-Y me he topado con muchas Cosas que no comprendo.

-Sí -suspiró Jan-. Sí. ¿Por dónde tengo que empezar? ¿Por dónde? Empezaré hablándote de mí mismo ... Acumulé demasiado karma negativo como para posibilitar una transferencia ordinaria.

-¿Qué?

-Karma negativo, eso es lo que dije. La vieja religión no sólo es *la* religión ... es la religión revelada, impuesta y aterradoramente demostrable. Pero no pienses en voz muy alta esta última parte. Hace cosa de doce años el Consejo autorizó que quienes debían renovar el cuerpo fueran sometidos a sondeos psíquicos. Eso fue justo antes del cisma entre aceleracionistas y deícratas, cuando la Sacra Coalición se deshizo de los que apoyaban la técnica y decidió mantenerse firme. La solución más sencilla consistía en sobrevivir al problema. La gente del Templo hizo entonces un trato con los traficantes de cuerpos, a los clientes se les sondeó el cerebro y a los aceleracionistas se les negó la reencarnación, o ... bien ... así de simple. Ahora, muchos aceleracionistas no hay. Pero eso fue sólo el comienzo. El partido de los dioses en seguida se dio cuenta de que esa era la vía para el poder. El sondeo de cerebros se ha convertido en una operación standard previa a la transferencia. Los traficantes de cuerpos se han transformado en Amos del Karma y en parte de la estructura del Templo. Releen tu vida pasada, sopesan tu karma y determinan tu vida futura. Es un método perfecto para preservar el sistema de castas y asegurarle el poder a los deícratas. Dicho sea de paso, la mayor parte de nuestros viejos conocidos está metida hasta el halo en el asunto.

-¡Dios mío! -dijo Sam.

-Plural -corrigió Jan-. Siempre se los consideró dioses, con sus Aspectos y Atributos, pero ahora les han dado visos intolerablemente oficiales. Y si resultas ser uno de los Primigenios, más te vale estar bien seguro de si prefieres una rápida deificación o la pira cuando entres en la Mansión del Karma, hoy por hoy. -Concluyó:- ¿Cuándo es tu cita?

-Mañana -dijo Sam- por la tarde... ¿Por qué sigues en pie, cuando no tienes ni un halo ni un puñado de rayos mortíferos?

-Porque tengo un par de amigos que se ocuparon de sugerirme que yo siguiera con vida, apaciblemente, en lugar de afrontar el examen. Me tomé muy en serio ese sabio consejo y en consecuencia sigo reparando velas y, de vez en cuando, armando disturbios en las tabernas locales. De lo contrario... -alzó una mano callosa y chasqueó los dedos-... de lo contrario, si no la muerte verdadera, quizá me toque un cuerpo devorado por el cáncer, o la apasionante vida de un búfalo de aguas castrado, o...

-¿Un perro? -preguntó Sam.

-En efecto -replicó Tan.

Tan colmó el silencio y dos vasos con el gorgoteo del alcohol.

-Feliz infierno. -Volvió a depositar la botella en la mesa de trabajo.

-Siempre con el estómago vacío... ¿Lo elaboraste tú mismo?

-Sí, tengo un aparato para destilar en la habitación de al lado.

-Supongo que debo felicitarte. Si yo tuviese algún karma negativo, esto bastaría para disolverlo.

-La definición del karma negativo es algo que no le gusta a nuestros amigos los dioses.

-¿Qué te hizo pensar que lo tenías?

-Intenté pasarle algunas máquinas a nuestros descendientes de aquí abajo. Recibí unos palos en el Consejo. Me retracté, con la esperanza de que se olvidaran. Pera el aceleracionismo está tan lejos ahora que es difícil que vuelva a surgir en lo que me queda de vida. Es una pena. Me gustaría alzar nuevamente las velas, poner proa hacia otros horizontes. O alzar la nave...

-¿El sondeo es bastante sutil como para localizar algo tan intangible como una actitud aceleracionista?

-El sondeo -dijo Tan- es tan sutil como para captar qué desayunaste hace exactamente once años, y dónde te cortaste esa mañana al afeitarte mientras canturreabas el himno nacional de Andorra.

-Todo estaba en una etapa experimental cuando nos fuimos de... casa -dijo Sam-. Los dos que trajimos eran traductores de ondas cerebrales muy rudimentarios. ¿Cuándo ocurrió la ruptura?

-Escúchame, primo del campo -dijo Tan-. ¿Te acuerdas de un chiquillo, hijo de padres desconocidos, de la tercera generación, llamado Yama? El chico siempre estaba arreglando los generadores, hasta que un día uno estalló y recibió quemaduras tan serias que le dieron su segundo cuerpo (uno de más de cincuenta años) cuando sólo tenía dieciséis. El chico al que le gustaban tanto las armas, ¿te acuerdas? ¿Aquel joven que anestesiaba un ejemplar de cada bicho que encontraba y lo disecaba con tanto placer que lo llamábamos dios de la muerte?

-Sí, lo recuerdo. ¿Todavía vive?

-Si quieres llamarle así. Ahora es el dios de la muerte. . . no es un apodo sino un título. Perfeccionó el sondeo hace cuarenta años, pero los deícratas lo mantuvieron oculto hasta hace poco. Además supe que presentó otras joyitas, también para complacer la voluntad de los dioses ... Como una cobra mecánica capaz de registrar lecturas de encefalogramas a un kilómetro y medio de distancia, cuando retrocede y despliega el abanico. Puede detectar un hombre en una multitud, sea cual fuere su cuerpo. No se conoce ningún antídoto para su veneno. Cuatro segundos y listo... O el cetro de fuego, que según se dice marcó la superficie de las tres lunas cuando el Señor Agni lo blandió desde la costa del mar. Y entiendo que ahora está preparando una especie de máquina destructora de propulsión a chorro para el Señor Shiva... cosas por el estilo.

-Oh -dijo Sam.

-¿Aprobarás el sondeo? -preguntó Jan.

-Temo que no -replicó Sam-. Dime, esta mañana vi una máquina que sólo puede ser descripta, creo, como un rezador automático. ¿Son muy comunes?

-Sí -dijo Jan-: Aparecieron hace cosa de dos años, concreción del sueño que el joven Leonardo tuvo una noche después de un sorbo de soma. Ahora que ha prendido la idea del karma, esos artefactos dan más resultado que un recaudador de impuestos. Cuando el señor ciudadano se presenta en la clínica del dios de la iglesia de su elección en vísperas de su sexagésimo cumpleaños, se dice que se tienen en cuenta tanto sus oraciones como sus pecados para decidir a qué casta ha de pertenecer... así como la edad, el sexo y la salud del cuerpo que recibirá. Eficacia y pulcritud.

-No aprobaré el sondeo -dijo Sam-, por muy larga que sea mi lista de oraciones. Cuando la comparen con mi lista de pecados, seré el hazmerreír.

-¿Qué clase de pecados?

-Pecados que aún he de cometer, pero que ya se inscriben en mi mente a medida que los considero.

-¿Proyectas oponerte a los dioses?

-Sí.

-¿Cómo?

-Aún no lo sé. De todos modos, empezaré por ponerme en contacto con ellos. ¿Quién es el jefe?

-No puedo darte nombres. Manda Trimurti.. . o sea Brahma, Vishnu y Shiva. Quién de los tres tiene más poder en ciertos momentos, eso no lo sé. Algunos dicen que Brahma...

-¿Quiénes son, en realidad? -preguntó Sam.

Jan meneó la cabeza. -No lo sé. Todos tienen un cuerpo distinto al que usaban hace una generación. Todos usan nombres de dioses.

Sam se incorporó. -Volveré más tarde, o te mandaré a buscar.

-Así lo espero... ¿Otro trago?

Sam meneó la cabeza.

-Voy a transformarme de nuevo en Siddharta, a romper mi abstinencia en la hostería de Hawkana y anunciar allí mi propósito de visitar los Templos. Si nuestros amigos ahora son dioses, entonces tienen que comulgar con los sacerdotes. Siddharta va a rezar.

-En ese caso, no reces por mí -dijo Jan, sirviéndose otro trago-. No sé si sería capaz de sobrevivir a una aparición divina.

Sam sonrió. -No son omnipotentes.

-Sinceramente, espero que no -respondió el otro-, pero temo que ese día no está lejos.

-Suerte con tus velas, Jan.

-Skaal.

El Príncipe Siddharta hizo un alto en la Calle de los Herreros, camino al Templo de Brahma. Media hora más tarde emergió de una tienda, acompañado por Strake y tres de sus servidores. Sonriendo, como si en una visión hubiese presenciado cuanto iba a ocurrir, atravesó el centro de Maharta y al fin llegó al alto y vasto Templo del Creador.

Ignorando las miradas de quienes hacían cola frente a la "oramática", subió la escalinata, larga y poco empinada; en la entrada del Templo se encontraba el sumo sacerdote, a quien ya le había anunciado su visita.

Siddharta y sus hombres entraron en el Templo, desarmándose y haciendo las debidas reverencias preliminares hacia la cámara central antes de hablar con el sacerdote.

Strake y los demás guardaron una respetuosa distancia mientras el príncipe depositaba una pesada talega en manos del sacerdote, diciéndole en voz baja:

-Quisiera hablar con Dios.

-El Templo está abierto para todos, Señor Siddharta -respondió el sacerdote mientras le estudiaba el rostro-, para que todos puedan comulgar con el Cielo el tiempo que les plazca.

-No estaba pensando exactamente en eso -dijo Siddharta-. Pensaba en algo más personal que un sacrificio y una prolongada letanía.

-No comprendo...

-Pero sin duda comprendes el peso de esa talega, ¿no? Contiene plata. Tengo otra de oro... a pagar contra entrega. Quiero usar tu teléfono.

-¿Tele...?

-El sistema de comunicaciones. Si fueras uno de los Primigenios, como yo, entenderías mi referencia.

-Yo no ...

-Te aseguro que mi llamada no pesará adversamente en tu actual ministerio. Estoy al tanto de estas cosas y mi discreción siempre ha sido famosa entre los Primigenios. Llama tú mismo a la Primera Base y pregunta, si eso te tranquiliza. Esperaré aquí, en la otra cámara. Diles que Sam quiere hablar un poco con Trimurti. Aceptarán la llamada.

-Yo no sé ...

Sam extrajo la segunda talega y la sopesó en la palma. El sacerdote la miró con avidez y se lamió los labios. -Esperad -ordenó. Dio media vuelta y abandonó la cámara.

Ili, la quinta nota del arpa, zumbó dentro del jardín del Loto Purpúreo.

Brahma reposaba junto a la piscina de agua caliente donde tomaba un baño con su harén. Acodado en el borde, hamacaba los pies sobre el agua y parecía tener los ojos cerrados.

Pero a través de sus largas pestañas observaba a las doce muchachas que jugaban en la piscina, con la esperanza de que alguna lanzara una mirada admirativa a la olivácea extensión de su cuerpo pesado y musculoso. Negro sobre pardo, los bigotes le relucían húmedos y desaliñados, y la cabellera le cubría la espalda como un ala negra. Bajo la amortiguada luz del sol, esbozó una sonrisa brillante.

Pero ninguna de ellas pareció advertirlo, de modo que *Brahma se guardó la sonrisa y desistió. Las muchachas* concentraban toda su atención en el partido de waterpolo que estaban jugando.

Ili, la campanilla de comunicación, zumbó una vez más, mientras una brisa artificial insuflaba un aroma de jazmines en el olfato de Brahma. Suspiró. Ansiaba tanto que ellas lo adoraran, con su físico vigoroso y sus rasgos minuciosamente trazados. Que lo adoraran como a un hombre, no como a un dios.

Pero, aunque las peculiaridades y perfecciones de su cuerpo le consentían hazañas vedadas a cualquier mortal, no dejaba de sentirse incómodo en presencia de un viejo caballo de guerra como el Señor Shiva, quien pese a su predilección por los cuerpos normales, parecía ejercer mayor atractivo sobre las mujeres. Casi daba la impresión de que el sexo fuera algo que trascendiera la biología, y por mucho que él hubiese intentado cancelar ese recuerdo, y destruir ese segmento mental. Brahma había nacido mujer y en cierto modo aún era una mujer. Como aborrecía esta circunstancia, había optado por encarnarse una y otra vez como un hombre destacadamente viril; así lo hacía, pero no obstante percibía que algo no funcionaba, como si llevara en la frente el estigma de su verdadero sexo. Le daban ganas de dar pataditas en el suelo y hacer mohines.

Se incorporó y se dirigió a su pabellón, pasando junto a árboles raquíticos que se retorcían con cierta belleza grotesca, junto a glorietas forjadas con el esplendor de la mañana, junto a estanques de lirios azules, a cordeles de perlas que pendían de anillos forjados con oro blanco, a lámparas con forma de mujer, a trípodes donde ardían inciensos penetrantes, y junto a la estatua de ocho brazos de una diosa azul que tocaba la vina cuando se la interpelaba apropiadamente.

Brahma entró en el pabellón y se encaminó hacia la pantalla de cristal, rodeada por un Naga de bronce que se contorsionaba con la cola entre los dientes. Activó el mecanismo de respuesta.

La nevisca de la pantalla se disipó hasta formar el rostro del sumo sacerdote del Templo de Maharta. El sacerdote cayó de rodillas y tres veces tocó el suelo con la señal de su casta.

-¡Entre las cuatro órdenes de dioses v las dieciocho huestes del Paraíso, es Brahma el más poderoso -salmodió el sacerdote-. ¡Creador de todo, Señor del alto Cielo y de todo cuanto en él subvace. ♩ Un loto sale de tu ombligo, tus manos acarician los océanos, con tres pasos mides todos los mundos. ♩ El tambor de tu gloria despierta terror en el corazón de tus enemigos. f En la mano derecha sostienes la rueda de la ley. ♩ Sostienes las catástrofes, usando como cuerda una serpiente. ♩ ¡Salve! ♩ Acepta, por piedad, la plegaria de tu sacerdote. ♩ ¡Bendíceme v escúchame, oh Brahma! ♩

-Levántate... sacerdote -dijo Brahma, quien había olvidado el nombre-. ¿Qué asunto de encumbrada importancia te incitó a llamarme así?

El sacerdote se levantó, echó una rápida ojeada al cuerpo húmedo de Brahma y volvió a apartar los ojos.

-Señor -dijo el sacerdote-, no quise interrumpir tu baño con mi llamada, pero hay aquí uno de tus fieles que desea hablar contigo sobre algo que juzgo de encumbrada importancia.

-¡Uno de mis fieles! Dile que Brahma, el que todo lo oye, lo oye todo; e indícale que me rece del modo ordinario y en el Templo adecuado.

La mano de Brahma hizo un gesto para cerrar el contacto, pero se contuvo.

-¿Y cómo se enteró de la línea Templo-Cielo? -preguntó-. ¿Y de la comunión directa entre los santos y los dioses?

-Dice -replicó el sacerdote- que es uno de los Primigenios, y me pidió que dijera que Sam quiere hablar un poco con Trimurti.

-¿Sam? -dijo Brahma-. ¿Sam? Me imagino que no será... *¿ese* Sam?

-Es aquel al que conocen como Siddharta, Sujetador de Demonios.

-Aguarda mi gracia -dijo Brahma-, y canta entretanto varios versículos de los Vedas que sean adecuados.

-Escucho y obedezco, mi Señor -dijo el sacerdote, y comenzó sus cánticos.

Brahma se dirigió a otra parte del pabellón y permaneció pensativo ante el guardarropa, mientras decidía qué ponerse.

Cuando lo llamaron, el príncipe dejó de contemplar el interior del Templo. El sacerdote, cuyo nombre él había olvidado, le hacía señas desde un pasillo. Lo siguió por un pasadizo que desembocaba en un depósito. El sacerdote tanteó en busca de un mecanismo oculto y al fin tiró de una fila de anaqueles que se abrieron hacia afuera, como una puerta.

El príncipe entró por este pasaje y se halló en una sala votiva profusamente decorada. Una. reluciente pantalla pendía sobre el altar o consola de control, enmarcada por un Naga de bronce con la cola entre los dientes. El sacerdote se inclinó tres veces.

- ♩ Salve, amo del universo, el más poderoso entre las cuatro órdenes de dioses y las dieciocho huestes del paraíso. ♩ De tu ombligo surge el loto,. tus manos acarician los océanos, en tres pasos... ♩

-Admito que cuanto dices es verdad -respondió Brahma-. Ya te escuché .y tienes mi bendición. Ahora retírate.

-¿♩?

-Lo que oíste. Sin duda Sam te pagó por una línea privada, ¿no es así?

-¡Señor...!

-¡Basta! ¡Fuera de aquí!

El sacerdote se apresuró a inclinarse y salir, cerrando los anaqueles.

Brahma estudió a Sam, que vestía pantalones de montar oscuros, un *khameez* celeste, el turbante verde azulado de Urath y una vaina vacía colgada de una cadena de hierro oscuro que le ceñía la cintura.

Sam lo estudió a su vez. Brahma se erguía sobre un fondo oscuro; vestía una cota de malla ligera, y un manto de plumas sujeto al cuello con un prendedor de ópalo de fuego. Llevaba una corona purpúrea, tachonada de rutilantes amatistas, y en la mano derecha blandía un cetro recamado con las nueve gemas auspiciosas. Los ojos eran dos manchas oscuras sobre el rostro oscuro. Se escuchaba el tenue rasgueo de una *vena.* -¿Sam? -dijo. Sam asintió.

-Estoy tratando de adivinar tu verdadera identidad, Señor Brahma. Confieso que no puedo.

-Así ha de ser -dijo Brahma-, si uno aspira a aparecer como un dios que fue, es y siempre será. -Buena ropa la que tienes puesta -dijo Sam-. Realmente fascinante.

-Gracias. Me resulta difícil creer que todavía existes. Por lo que veo en los expedientes, hace medio siglo que no buscas un cuerpo nuevo. Eso sí que es arriesgarse.

Sam se encogió de hombros.

-La vida está llena de riesgos, juegos, incertidumbres. . .

-Es cierto -dijo Brahma-. Por favor, tráete una silla y siéntate. Ponte cómodo.

Sam aceptó la invitación. Cuando volvió a mirar la pantalla, Brahma estaba sentado en un alto trono tallado en mármol rojo, amparado por un quitasol que hacía juego.

-Eso parece algo incómodo -señaló.

-El almohadón es de goma espuma -replicó el dios con una sonrisa-. Puedes fumar, si gustas.

-Gracias. -Saco extrajo la pipa del talego, la llenó, aplastó cuidadosamente el tabaco y la encendió.

-¿Qué anduviste haciendo tanto tiempo -preguntó el dios-, desde que dejaste los prados del Cielo? -Cultivando mis propios jardines -dijo Sam.

-Aquí pudiste ser útil -dijo Brahma-, en nuestra sección de hidroponia. En todo caso, aún puedes serlo. Cuéntame algo más de tu estadía entre los hombres.

-Cacerías de tigres, disputas fronterizas con reinos vecinos, impedir que decaigan los ánimos en el harén, algunas investigaciones botánicas... cosas así... la sal de la vida -dijo Sam-. Ahora mis fuerzas decaen y busco una vez más la juventud. Pero para volver a obtenerla, entiendo que tienen que examinarme el cerebro. ¿Es cierto?

-En cierto modo -dijo Brahma.

-¿Puedo preguntar con qué fines?

-Que fracasen los malvados y prevalezcan los justos -dijo el dios con una sonrisa.

-Supongamos que soy un malvado. ¿En qué consistirá mi fracaso?

-Tendrás que expiar el peso de tu karma en una forma inferior.

-¿Tienes a mano las cifras del porcentaje de fracasos, confrontadas con las de quienes prevalecen?

-No tengas en menos mi omnisciencia -dijo Brahma, ahogando un bostezo con el cetro- si admito que en este momento no recuerdo esas cifras.

Sam se rió.

-¿Dices que necesitas un jardinero en la Ciudad Celestial ?

-Sí -dijo Brahma-. ¿Te gustaría el empleo?

-No sé -dijo Sam-. Quizás.

-¿Y quizás no? -dijo el otro.

-Y quizás no -admitió Sam-. En los viejos tiempos no había todas estas vueltas con la mente de un hombre. Si uno de los Primigenios quería reencarnarse, pagaba el precio del cuerpo y lo servían en el acto.

-Ya no estamos en los viejos tiempos, Sam. Estamos en los comienzos de una nueva era.

-Casi da la impresión de que quieres eliminar a todos los Primigenios que no están en tus filas.

-En un panteón cabe mucha gente, Sam. También hay un sitial para ti, si optas por reclamarlo.

-¿Y si no?

-Entonces solicita un cuerpo en la Mansión del Karma.

-¿Y si elijo ser un dios?

-No te sondearán el cerebro. Se les aconsejará a los Amos que te atiendan bien y rápido. Se despachará una máquina voladora para trasladarte al Cielo.

-Hace falta pensarlo un poco -dijo Sam-. Me gusta mucho *este* mundo, aunque esté empantanado en una edad oscura. Por otra parte, lo cierto es que esa predilección no me servirá para disfrutar de las cosas que deseo, si decretan someterme a la muerte verdadera o darme un cuerpo de mono para que vagabundee por la selva. Pero tampoco me gusta demasiado la perfección artificial que vi en el Cielo la última vez que lo visité. Quédate conmigo un poco mientras lo medito.

-Considero presuntuosa tal indecisión -dijo Brahma- cuando a uno acaban de hacerle semejante oferta. -Lo sé, y es posible que pensara como tú si cada uno de

nosotros estuviera en el lugar del otro. Pero si yo fuera Dios y tú fueras yo, creo que le concedería un instante de silencio misericordioso al hombre que ha de adoptar una decisión crucial en lo que concierne a su vida.

-¡Sam, eres imposible! Sólo a ti se te ocurre hacerme esperar cuando tu inmortalidad está en juego. Me imagino que no tratas de regatear conmigo, ¿no?

-Bueno, sabes que provengo de una nutrida ascendencia de traficantes de sagartos.. . y hay algo que me muero por tener.

-¿Qué es?

-Las respuestas a unas preguntas que desde hace un tiempo me vienen inquietando.

-¿O sea... ?

-Como sabes, dejé de asistir a las reuniones del Consejo hace más de un siglo, pues se prolongaban interminablemente sólo para postergar las decisiones, y eran ante todo una excusa para un Festival de los Primigenios. Ahora bien, no me opongo a los festivales. En realidad, asistí a ellos durante más de un siglo y medio sólo por volver a beber un buen alcohol de la Tierra. Pero pensé que debíamos hacer algo por los pasajeros, así como por los descendientes de nuestros muchos cuerpos, en lugar de dejarlos vagar por un mundo corrupto, transformándose en salvajes. Pensé que nosotros éramos los indicados para ayudarlos y brindarles los beneficios de la tecnología adquirida, en lugar de construirnos un paraíso inexpugnable y tratar al mundo como una combinación de coto de caza y burdel. Así que muchas veces me pregunté por qué no se hacía esto. Parecería un modo justo y equitativo de administrar un mundo.

-¿De lo cual debo deducir que eres aceleracionista?

-No -dijo Sam-, sólo indagador. Tengo cierta curiosidad por saber los motivos, eso es todo.

-Entonces, en respuesta a tus preguntas -dijo Brahma-, te diré por qué razón no están preparados. Si hubiésemos actuado en seguida, sí, se podría haber hecho. Pero al principio fuimos indiferentes. Luego, cuando se suscitó la cuestión, nos dividimos. Pasó demasiado tiempo. Ellos no están preparados, y no lo estarán por muchos siglos. Si a esta altura se les ofreciera una tecnología avanzada, las guerras consecuentes provocarían la destrucción de cuanto han comenzado a construir. Han llegado lejos. Iniciaron una civilización, al modo de los padres de antaño. Pero todavía son niños, y si jugaran con nuestros regalos, se quemarían como niños. Son nuestros hijos, los hijos de nuestros cuerpos Primigenios, muertos hace tanto tiempo, y de los segundos, y los terceros y los que siguieron después ... por lo tanto, les debemos nuestra responsabilidad de padres. No podemos permitirles que aceleren el proceso y estalle una revolución industrial y se destruya la primera sociedad estable de este planeta. Cumplimos mejor nuestras funciones parentales guiándolos tal como lo hacemos, a través de los Templos. Los dioses son básicamente figuras parentales, de manera que ¿qué puede ser más justo que asumir ese papel y cumplirlo en su integridad?

-¿Entonces por qué destruyes su tecnología embrionaria? Si mal no recuerdo, ya van tres veces que descubren la imprenta, y las tres veces fue suprimida.

-Eso se debe a la misma razón ... todavía no están preparados. Y en realidad no fue un descubrimiento, sino una especie de reminiscencia. Era un tema legendario que a alguien se le dio por reproducir. Si algo ha de aparecer, que aparezca como resultado de factores ya existentes en la cultura, y no que salga del pasado como un conejo de una galera.

-Parece que te has puesto fuerte en esa línea, Brahma. ¿He de presumir, entonces, que tus esbirros van y vienen por el mundo, destruyendo cuanta señal de progreso encuentran?

Librodot

-Eso no es cierto -dijo el dios-. ¡Hablas como si nosotros deseáramos a perpetuidad esta carga de ser dioses, como si procuráramos prolongar una edad oscura para soportar eternamente la fatigosa condición de nuestra forzada divinidad!

-En una palabra -dijo Sam-, sí. ¿Qué me dices de la "gramática" que tienen delante de cada Templo? ¿Está al mismo nivel cultural que un carro celestial?

-Eso es diferente -dijo Brahma-. En tanto manifestación divina, los ciudadanos la contemplan con reverencia y no la cuestionan, por razones religiosas. No es lo mismo que inventar la pólvora.

-Supongamos que algún ateo se apodera de una y la desmantela. Y supongamos que se trata de un Thomas Edison. ¿Qué pasaría entonces?

-Las combinaciones para abrirlas son tramposas. Si la abre alguien que no sea sacerdote, explota y el curioso se va con ella.

-Y advierto que no pudiste suprimir el redescubrimiento de la destilación, pese a que lo intentaste. De modo que decretaste un impuesto al alcohol, pagadero en los Templos.

-La humanidad siempre buscó liberarse a través de la bebida -dijo Brahma-. Siempre ha cumplido algún papel en sus ceremonias religiosas. Así se sienten menos culpables. Es verdad, al principio tratamos de suprimirlo, pero no tardamos en ver que no podríamos. Así, a cambio del impuesto, les bendecimos el alcohol. Menos culpa, menos malestares después de la borrachera, menos recriminaciones ... es psicosomático, tú lo sabes ... y eso no hay impuesto que lo pague.

-Sin embargo hay muchos que prefieren la cerveza profana.

-Viniste a rezar y ahora te quedas para burlarte, ¿no es eso, Sam? Me ofrecí a responder tus preguntas, no a debatir contigo la política de los deícratas. ¿Tomaste una decisión con respecto a mi oferta?

-Sí, Madeleine -dijo Sam-. ¿Y nadie te dijo nunca lo encantadora que eres cuando estás enojada?

Brahma dejó el trono de un salto.

-¿Cómo...? *¿Cómo hiciste para darte cuenta?* -chilló el dios.

-En realidad no me di cuenta -dijo Sam-. Hasta ahora. Era sólo una sospecha basada en la afectación de ciertos gestos y algunos giros verbales que me resultaban familiares. ¿Así que al fin lograste la ambición de toda tu vida, eh? Apuesto a que también tienes un harén. ¿Y qué tal, señora? ¿Cómo se siente uno al ser un muchacho después de haber empezado como una niña? Apuesto a que te envidiarían todos los maricas del mundo. Felicitaciones.

Brahma se irguió cuanto pudo, resplandeciente. A sus espaldas, el trono se inflamó como una hoguera. El rasguido de la *vina* persistió sin pasión. Entonces alzó el cetro y habló.

-Prepárate a recibir la maldición de Brahma... -comenzó.

-¿Para qué? -preguntó Sam-. ¿Porque adiviné tu secreto? Si voy a ser un dios, ¿qué diferencia hay? Otros también lo saben, sin duda. ¿Estás enojado porque adiviné tu identidad haciéndote morder el anzuelo? Supuse que me apreciarías más si yo demostraba mi valía exhibiéndote mi ingenio de este modo. Si te ofendí, te pido disculpas.

-No es porque lo hayas adivinado, ni por la forma en que lo hiciste. Te maldigo porque te burlaste de mí.

-¿Burlarme de ti? -dijo Sam-. No te entiendo. No tuve la intención de faltarte al respeto. En los viejos tiempos, siempre me llevé bien contigo. Si hurgas un poco en tu memoria, verás que digo la verdad. ¿Por qué habría de buscar desventajas burlándome ahora de ti?

-Porque dijiste muy pronto lo que pensabas, sin pensarlo dos veces.

-No, mi Señor. No hice sino bromear contigo como cualquier hombre lo haría con otro al comentar estos asuntos. Lamento que lo hayas tomado a mal. Estoy seguro de que tienes un harén que despertaría mi envidia, y en el que sin duda trataría de deslizarme una noche. Si estás dispuesto a maldecir a alguien por sorprenderlo en ese trance, échame pues tu maldición. -Dio una pitada y su sonrisa quedó aureolada de humo.

Brahma, finalmente, se echó a reír.

-Soy un poco temperamental, es cierto -explicó-, y quizás algo susceptible en lo que respecta a mi pasado. Por supuesto que a menudo he bromeado así con otros hombres. Estás perdonado. Retiro la maldición que te iba a lanzar. ¿Debo entender -preguntó entonces- que has decidido aceptar mi oferta?

-Correcto -dijo Sam.

-Me alegro. Siempre me inspiraste un afecto fraternal. Ahora ve a llamar a mi sacerdote, para que pueda instruirlo en lo concerniente a tu reencarnación. Será hasta, pronto.

-Claro que sí, Señor Brahma. -Sam cabeceó y alzó la pipa. Luego empujó los anaqueles y buscó al sacerdote en la sala de afuera. Varios pensamientos cruzaron por su mente, pero esta vez optó por callarlos.

Esa noche el príncipe reunió en consejo a aquellos de sus servidores que habían visitado a parientes y amigos en Maharta, y a aquellos que habían recorrido la ciudad en busca de chismes y novedades. Gracias a ellos se enteró de que en Maharta sólo había diez Amos del Karma y que habitaban un palacio en las cuestas al sudeste de la ciudad. Solían visitar, en determinados horarios, las clínicas, o salas de lectura, de los Templos, donde comparecían los ciudadanos para ser juzgados cuando solicitaban un cuerpo nuevo. La Mansión del Karma era una maciza estructura negra ubicada en el interior del palacio, y era allí donde el solicitante acudía, poco después del juicio, para someterse a la transferencia. Mientras aún era de día, Strake partió con dos consejeros para sacar apuntes de las fortificaciones del palacio. Dos cortesanos del príncipe recorrieron la ciudad para invitar a un banquete nocturno al Sha de Irabek, hombre de edad y vecino distante de Siddharta, con quien éste había librado tres sangrientas escaramuzas fronterizas y compartido ocasionales cacerías de tigres. El Sha visitaba a ciertos parientes mientras aguardaba su cita con los Amos del Karma. Otro hombre fue enviado a la Calle de los Herreros, a quienes les requirió que duplicaran la orden del príncipe y la tuvieran lista a primera hora de la mañana. Para asegurarse de dicha cooperación, llevaba consigo una cuota de dinero adicional.

Más tarde, el Sha de Irabek llegó a la Hostería de H awkana acompañado por seis parientes, que pertenecían a. la casta mercantil pero venían armados como si fueran guerreros. Sin embargo, al comprobar que la hostería era una residencia pacífica y ningún otro huésped o visitante llevaba armas, dejaron las suyas y tomaron asiento cerca de la cabecera de la mesa, al lado del príncipe.

El Sha era un hombre alto, pero muy cargado de espaldas. Usaba ropajes de color castaño y un turbante oscuro que casi le cubría las cejas, parecidas a orugas y del color de la leche. La barba era un arbusto nevado, cada vez que reía descubría sus dientes que semejaban raíces negras, mientras los párpados inferiores sobresalían enrojecidos, como si estuvieran fatigados y doloridos después de tantos años de impedir que las pupilas tintas en sangre lograran su obvio propósito de saltar de las órbitas. Se reía flemáticamente, golpeaba la mesa y repetía por sexta vez: "¡Los elefantes son muy caros hoy en día, y en el barro no sirven para nada!"; esto venía a cuenta de una conversación que ambos habían entablado sobre cuál era la mejor época del año para emprender una guerra. Se convino que sólo alguien nuevo en el oficio podía cometer la torpeza de

Librodot

insultar al embajador de un país vecino durante la estación de las lluvias, y que ese alguien sería más tarde contemplado como un *nouveau* roi.

Cuando la velada llegaba a su fin el médico del príncipe solicitó permiso para retirarse. (De ese modo podría supervisar la preparación del postre e introduciría un narcótico en los pasteles destinados al Sha.) Cuando se hizo aun más tarde, después de los postres, el Sha sintió una creciente propensión a cerrar los ojos y cabecear entre bostezos, hasta que, con un "Los elefantes no sirven para nada en. . .", se durmió y fue imposible despertarlo. Sus parientes no juzgaron oportuno escoltarlo a casa a esas horas, puesto que el médico del príncipe les había agregado hidrato de cloral en el vino y todos roncaban dispersos en el suelo. El jefe de la corte del príncipe arregló con Hawkana el alojamiento de esos huéspedes, y en cuanto al Sha, fue llevado a la suite de Siddharta, donde al poco tiempo recibió la visita del médico, quien le aflojó las ropas y le habló con voz suave y persuasiva:

-Mañana por la tarde, seréis el príncipe Siddharta y éstos serán vuestros servidores. Os presentaréis en la Mansión del Karma en compañía de ellos, para solicitar el cuerpo que Brahma os prometió sin necesidad de juicio preliminar. Seguiréis siendo Siddharta durante la transferencia, y regresaréis aquí en compañía de vuestros servidores, para que yo os examine. ¿De acuerdo?

-Sí -susurró el Sha.

-Repetid entonces lo que os dije.

-Mañana a la tarde -dijo el Sha-, seré Siddharta, al mando de estos servidores...

Amaneció un día resplandeciente, y a su amparo se saldaron las deudas. La mitad de los hombres del príncipe salió de la ciudad, rumbo al norte. En cuanto estuvieron a prudente distancia de Maharta, enfilaron hacia el sudeste internándose por los montes y sólo se detuvieron para ceñirse las armaduras.

Seis hombres se dirigieron a la Calle de los Herreros, de donde regresaron con pesadas bolsas de lona cuyo contenido se repartió en los morrales de tres docenas de hombres que partieron a la ciudad después del desayuno. El príncipe se reunió con su médico Narada.

-Si juzgué mal la clemencia del Cielo -le dijo-, seré maldito sin lugar a dudas.

Pero el médico sonrió y replicó: -Dudo que la hayáis juzgado mal.

Y así pasaron de la mañana al sereno mediodía, bajo el dorado reflejo del Puente de los Dioses.

Cuando los huéspedes despertaron, se ocuparon de sus respectivos malestares. Al Sha le dieron un posthipnótico y lo mandaron al Palacio de los Amos con seis hombres de Siddharta. A sus parientes les aseguraron que dormía en los aposentos del príncipe.

-En este momento -dijo el médico-, nuestro mayor riesgo es el Sha. ¿Lo reconocerán? Tenemos a nuestro favor que se trata de un potentado menor de un reino distante, que sólo permaneció en la ciudad por un corto período, que pasó casi todo ese tiempo en casa de sus familiares y que aún no se]presentó al juicio. Los Amos no tienen por qué saber nada aún de nuestro aspecto físico. . .

-A menos que Brahma o el sacerdote les hayan dado una descripción de mí -dijo el príncipe-. No me extrañaría que hayan grabado mi comunicación y les hayan pasado la cinta con el propósito de identificarme.

-Sin embargo, ¿por qué habrían de hacerlo? -preguntó Narada-. Es difícil que esperen cautela y elaboradas precauciones por parte de alguien a quien le están haciendo un favor. No, creo que todo va a salir bien. El Sha no podría aprobar un sondeo, por supuesto, pero sí un escrutinio superficial, acompañado como va por vuestros servidores.

En este momento, él *cree* que es Siddharta, y podría sometérselo sin peligro a un detector de mentiras... que es, a mi juicio, el obstáculo más serio que podría encontrar.

Siguieron esperando, y las tres docenas de hombres regresaron con los morrales vacíos, juntaron sus pertenencias, montaron a caballo y se perdieron uno a uno en la ciudad como si fueran en busca de diversiones, aunque en realidad se dirigieron con lentitud hacia el sudeste.

-Adiós, buen Hawkarna -dijo el príncipe, cuando el resto de sus hombres preparó las alforjas y montóHablaré bien de tu morada, como de costumbre, a todos los que encuentre en la región. Deploro interrumpir mi estadía en forma tan imprevista, pero debo partir para sofocar una rebelión en las provincias en cuanto salga de la Mansión del Karma. Sabes que esas cosas ocurren en cuanto un gobernante da la espalda. De modo que, si bien me hubiese gustado disfrutar de otra semana bajo tu techo, temo que habrá que postergar ese placer. Si alguien pregunta por mí, dile que me busque en Hades. -¿Hades, mi Señor?

-Es la provincia más al sur de mi reino, famosa por su clima excesivamente tórrido. Asegúrate de repetir esas mismas palabras, especialmente si vienen los sacerdotes de Brahma, quienes quizá tengan especial interés en mi paradero en los próximos días.

-Así lo haré, mi Señor.

-Y cuida especialmente a ese muchacho Dele. Espero que en mi próxima visita pueda oírlo tocar otra vez. Hawkana hizo una profunda reverencia y se dispuso a iniciar un discurso, de modo que el príncipe en ese momento decidió arrojarle la última bolsa de monedas y formular un comentario adicional con respecto a los vinos de Urath, para luego montar con rapidez y vociferarle órdenes a su gente, de manera que fuera imposible decir una palabra más.

Luego atravesaron el pórtico y se fueron. Sólo quedaron el médico y tres guerreros, que requerían tratamiento a raíz de un vago malestar relacionado con el cambio de clima antes de poder alcanzar a los otros.

Atravesaron la ciudad por calles laterales y al cabo llegaron a la carretera que conducía al Palacio de los Amos del Karma. Mientras la recorrían, Siddharta intercambió señales secretas con sus tres docenas de guerreros ocultos al acecho en varios lugares del bosque.

Cuando cubrieron la mitad de la distancia, el príncipe y los ocho hombres que lo acompañaban se detuvieron y simularon descansar mientras aguardaban a que los otros se adelantaran sigilosamente entre los árboles.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, sin que advirtieran unas figuras en el polvo del camino, siete jinetes que avanzaban hacia ellos y que el príncipe sospechó fueran sus seis lanceros y el Sha. En cuanto los tuvieron más cerca, se adelantaron para saludarlos.

-¿Quiénes sois? -preguntó el jinete alto y de mirada penetrante que montaba la yegua blanca-. ¿Quiénes sois para atreveros a impedir el paso del Príncipe Siddharta, Sujetador de Demonios?

El príncipe lo examinó: era musculoso y curtido, tenía unos veinticinco años, rasgos aguileños y una contextura vigorosa. Súbitamente sintió que sus dudas eran infundadas y que la suspicacia y la desconfianza lo habían traicionado. A juzgar por el apuesto espécimen montado sobre su propia cabalgadura, Brahma había actuado de buena fe, poniendo a su disposición un cuerpo fornido y excelente que ahora le pertenecía al viejo Sha.

-Señor Siddharta -le dijo el servidor que había cabalgado junto al Señor de Irabek-, parece que obraron sin malicia. No veo en él nada reprobable.

-¡Siddharta! -vociferó el Sha-. ¿Quién es este al que osas llamar por el nombre de tu amo? Yo soy Siddharta, Sujetador de... -En eso, echó la cabeza hacia atrás y las palabras se ahogaron en su garganta.

Librodot

El Sha sufrió un ataque. Se puso rígido, perdió la compostura y cayó de la silla. Siddharta acudió a su lado. Tenía espumarajos en las comisuras de la boca, y los ojos desencajados.

-¡Epiléptico! -gritó el príncipe-. Querían darme un cerebro en malas condiciones.

Los otros lo rodearon y lo ayudaron a sostener al Sha hasta que pasó el ataque y éste recobró la lucidez.

-¿Qu-qué pasó? -preguntó.

-Traición -dijo Siddharta-. ¡Traición, oh Sha de Irabek! Uno de mis hombres os llevará con mi médico personal para que os examine. En cuanto hayáis descansado, os sugiero que presentéis una protesta en la sala de lectura de Brahma. Mi médico os atenderá en la morada de Hawkana, antes de daros de alta. Lamento lo ocurrido. Es probable que todo se arregle. Pero de lo contrario, recordad el último sitio de Kapil y considerad que en todo caso estamos iguales. Buenas tardes, hermano. -Lo saludó, y sus hombres ayudaron al Sha a montar el bayo de Hawkana, que Siddharta había tomado en préstamo.

El príncipe montó la yegua y los vio partir. Luego se volvió a los hombres que lo rodeaban y habló en voz bastante alta como para que oyeran quienes aguardaban fuera del camino.

-Entraremos los nueve. Al escuchar dos toques de cuerno, entrad también vosotros. Si se resisten, demostradles que la prudencia es más aconsejable, pues con otros tres toques de cuerno acudirán, en caso necesario, los cincuenta lanceros que hay en los montes. Es un palacio consagrado a la paz, no una fortaleza destinada a las batallas. Apresad a los Amos. No dañéis sus maquinarias ni consintáis que otros lo hagan. Si no se resisten, tanto mejor. Si lo hacen, dejaremos el Palacio y la Mansión de los Amos del Karma como un vasto e intrincado hormiguero después de ser pisoteado por un niño. Buena suerte.

Los dioses no os acompañen!

Volvió las bridas y cabalgó por la carretera seguido por los ocho lanceros, que murmuraban una canción.

El príncipe entró por el ancho pórtico doble, que estaba abierto y sin guardias. De inmediato intentó comprobar la existencia de defensas secretas que Strake quizá no hubiese advertido.

En el patio había un parque y una parte embaldosada. En un amplio jardín, los sirvientes podaban, recortaban y cultivaban. El príncipe buscó sitios donde pudiera ocultarse gente armada, pero no vio ninguno. Los sirvientes lo vieron entrar, pero no interrumpieron su labor.

En el extremo del patio se erguía la Mansión de piedra negra. Avanzó en esa dirección seguido por sus jinetes, hasta que lo llamaron desde los escalones del mismo palacio, que se levantaba a su derecha.

Se detuvo y se volvió para mirar hacia allí. El hombre llevaba una librea negra con un círculo amarillo en el pecho, y blandía un bastón de ébano. Era alto y pesado, con la cara cubierta hasta los ojos. No repitió el saludo, y se quedó allí de pie esperando.

El príncipe condujo su montura al pie de las anchas escaleras.

-Debo hablar con los Amos del Karma -declaró.

-¿Tenéis una cita? -preguntó el hombre.

-No -dijo el príncipe-, pero es un asunto importante.

-Entonces lamento que hayáis viajado inútilmente -replicó el otro-. Es necesaria una cita. Podéis concertarla en cualquier Templo de Maharta.

Golpeó la escalera con el bastón, volvió la espalda y se dispuso a retirarse.

Librodot

-Arrasad el jardín -le ordenó el príncipe a sus hombres-, abatid los árboles, amontonadlo todo y prendedle fuego.

El hombre de negro se detuvo y se volvió.

Sólo el príncipe aguardaba al pie de las escaleras. Los hombres ya cabalgaban hacia el jardín.

-No podéis hacer eso -dijo el hombre. El príncipe sonrió.

Los hombres desmontaron y machetearon los arbustos, abriéndose paso a patadas por los canteros.

-¡Detenedlos!

-¿Por qué razón? Vine a hablar con los Amos del Karma, y me informáis que no puedo. Os digo que puedo hablar y lo haré. Veamos quién de los dos tiene razón.

-Detenedlos -dijo el otro- y llevaré vuestro mensaje a los Amos.

-¡Alto! -ordenó el príncipe-. Pero estad listos para comenzar de nuevo.

El hombre de negro subió las escaleras y desapareció en el interior del palacio.

El príncipe golpeteó con los dedos el cuerno que un cordel le sujetaba al cuello.

Poco después hubo rumores y chasquidos, y hombres armados irrumpieron desde las puertas. El príncipe alzó el cuerno y lo hizo sonar dos veces.

Los hombres vestían armaduras de cuero (algunos todavía se las acomodaban apresuradamente) y cascos del mismo material. Empuñaban la espada con brazos acolchados hasta el codo, y se protegían con escudos de metal pequeños y ovales, cuya insignia era una rueda amarilla sobre campo negro. Las hojas eran largas y curvas. Inundaron las escaleras y permanecieron de pie, como esperando órdenes.

Reapareció el hombre de negro, quien se detuvo en el extremo de la escalera.

-Muy bien -vociferó-, si tenéis un mensaje para los Amos, ¡decidlo!

-¿Sois uno de ellos? -preguntó el príncipe.

-Así es.

-Entonces debéis pertenecer a un rango inferior, puesto que también hacéis las veces de portero. Quiero hablar con el que está al mando de este lugar.

-Pagaréis vuestra insolencia, ahora y en vuestra próxima existencia -observó el Amo.

Entonces treinta y seis lanceros irrumpieron al galope por el pórtico y se pusieron en fila a ambos lados del príncipe. Los ocho que habían comenzado a devastar el jardín montaron a caballo y se acercaron para unirse a la formación, blandiendo las espadas desnudas.

-¿Hemos de entrar en el palacio a caballo? -preguntó el príncipe-. ¿O preferiréis llamar a los demás para que yo pueda dialogar con ellos?

En las escaleras había cerca de ochenta hombres con el acero en la mano. El Amo parecía sopesar las fuerzas de cada uno. Optó por dejar las cosas como estaban.

-No os precipitéis -declaró-, pues mis hombres se defenderán con maligna tenacidad. Aguardad mi regreso. Llamaré a los demás.

El príncipe llenó su pipa y la encendió. Sus hombres permanecieron tiesos como estatuas, con la lanza en ristre. El sudor perlaba las caras de los soldados a pie que ocupaban la primera fila en las escalinatas.

El príncipe, para matar el tiempo, recomendó a sus lanceros: -Ni penséis en exhibir vuestra destreza como en el último sitio de Kapil. Apuntad al pecho, no a la cabeza.

Y prosiguió: -Además, ni soñéis con divertiros con la habitual mutilación de heridos y cadáveres... pues este es un lugar sagrado y no es lícito profanarlo de ese modo.

"Por otra parte -añadió-, si no se consiguen por lo menos diez prisioneros para sacrificarlos a Nirriti el Tenebroso, mi protector, lo tomaré como afrenta personal. . . fuera de estos muros, por supuesto, donde podremos celebrar la Fiesta Negra sin tantos inconvenientes...

Hubo un chasquido a la derecha, y un infante que estaba observando la longitud de la lanza de Strake se desvaneció y cayó desde el último escalón.

-¡Alto! -gritó la figura de negro, que reapareció con otras seis vestidas del mismo modo, en la parte superior de las escaleras-. No profanéis con sangre el Palacio del Karma. La sangre de ese guerrero caído ya está. . .

-Subiéndole a las mejillas -concluyó el príncipe-, siempre y cuando esté consciente, porque muerto no está.

-¿Qué buscáis?

-La figura de negro que lo interpelaba era de mediana altura, pero sumamente corpulenta. Se erguía como un tonel inmenso y oscuro, y. su bastón parecía un rayo negro.

-Aquí hay siete -replicó el príncipe-. Entiendo que aquí viven diez de los Amos. ¿Dónde están los tres que faltan?

-Los que faltan están en este momento en las tres salas de lectura de Maharta. ¿Qué es lo que queréis?

-¿Estáis al mando?

-Sólo la Gran Rueda de la Ley está al mando.

-¿Sois el principal representante de la Gran Rueda en este recinto?

-Lo soy.

-Muy bien. Quiero hablar con vos en privado... allá -dijo el príncipe, señalando la Mansión negra. -¡Imposible!

El príncipe vació la pipa contra el taco, la raspó adentro con la punta de la daga y luego la guardó. Se irguió sobre la yegua blanca Y tomó el cuerno en la mano izquierda. Clavó la mirada en los ojos del Amo. -¿Estáis absolutamente seguro? -preguntó.

La boca del Amo, pequeña y brillante, masculló palabras que no-llegó a pronunciar.

-Está bien -admitió al fin-. ¡Dejadme pasar! -Avanzó entre las filas de guerreros y se detuvo ante la yegua blanca.

El príncipe guió a la yegua con las rodillas, volviéndola hacia la Mansión negra.

-¡Cierren filas, por ahora! -ordenó el Amo.

-Lo mismo digo -dijo el príncipe a sus hombres. Los dos cruzaron el patio, y el príncipe desmontó frente a la Mansión.

-Me debéis un cuerpo -dijo con suavidad.

-¿De qué habláis? -dijo el Amo.

-Soy el príncipe Siddharta de Kapil, Sujetador de Demonios.

-Siddharta ya fue atendido -dijo el otro.

-Hay un error -dijo el príncipe-. Vuestra atención consistió en darle un cuerpo epiléptico, por orden de Brahma. Sin embargo, el hombre que estuvo antes era un impostor involuntario. Yo soy el verdadero Siddharta, oh sacerdote innominado, y he venido a reclamar mi cuerpo... un cuerpo fuerte y saludable, sin enfermedades ocultas. En esto me ayudaréis. Me ayudaréis por las buenas o por las malas, pero me ayudaréis.

-¿Os parece?

-Me parece -respondió el príncipe.

-¡Atacad! -gritó el Amo, y lanzó el bastón contra la cabeza del príncipe.

El príncipe esquivó el golpe y retrocedió, desenvainando la espada. Dos veces detuvo el bastón, pero al fin recibió un golpe en el hombro, un golpe rápido pero suficiente como para que se tambalease. Giró alrededor de la yegua perseguido por su contrincante. Eludiéndolo, escudándose detrás de su cabalgadura, se llevó el cuerno a los labios y lo hizo sonar tres veces. Las notas se elevaron por encima de los fuertes ruidos del combate que cundía en las escalinatas. Jadeante, se volvió y alzó la guardia a tiempo para desviar un golpe que por cierto lo habría matado de haber alcanzado su objetivo.

-Está escrito -dijo el Amo, casi sollozando las palabras- que quien dé órdenes sin estar investido del poder que las respalde, es un necio.

-Si sólo tuviera diez años menos -jadeó el príncipe-, jamás habría recibido tus bastonazos.

El príncipe apuntaba al bastón con el acero esperando romperlo en dos, pero el otro siempre lograba volver el filo de la hoja, de modo que aunque la mellaba y astillaba en partes, la madera no cedía y se conservaba de una pieza.

Usándolo como una vara, el Amo azotó el costado izquierdo del príncipe, que sintió que se le quebraban las costillas... Cayó a tierra.

No fue intencional, pues la espada saltó de sus manos al caer; pero la hoja abrió un tajo en las canillas del Amo, quien cayó de rodillas, aullando.

-Ahora estamos parejos -dijo entrecortadamente el príncipe-. Mi edad contra tu grasa...

Extrajo la daga mientras yacía, pero no pudo empuñarla con firmeza. Apoyó el codo en el suelo. El Amo, con lágrimas en los ojos, intentó incorporarse y volvió a caer de rodillas.

Entonces hubo un estrépito de cascos.

-No soy un necio -dijo el príncipe-, y ahora tengo poder para respaldar mis órdenes.

-¿Qué sucede?

-Llegó el resto de mis lanceros. Si hubiese entrado con todas mis fuerzas, te habrías escondido como un *gekk* en la leña, y me habría llevado días horadar el palacio y encontrarte. Ahora te tengo en la palma de mi mano.

El Amo alzó el bastón.

El príncipe echó el brazo hacia atrás.

-Bájalo le dijo-, o te tiro la daga. No sé si acertaré o no, pero puedo acertar. No tendrás ganas de jugar con la muerte verdadera, ¿no?

El Amo bajó el bastón.

-Conocerás la muerte verdadera -dijo-, cuando los guardianes del Karma hagan picadillo de perro con tus jinetes.

El príncipe tosió y miró sin interés el escupitajo sanguinolento.

-Entretanto, hablemos de política -sugirió.

Cuando se apagó el rumor de la batalla, fue Strake -alto, cubierto de polvo, con el pelo casi tan negro como la sangre que se le secaba en la espada- quien saludó al príncipe y le dijo, entre los resoplidos de la yegua blanca: -Todo terminó.

-¿Oyes eso, Amo del Karma? -exclamó el príncipe-. El picadillo de perro son tus guardias.

El Amo no respondió.

-Ayúdame y conservarás la vida -dijo el príncipe-. Niégate y te la quitaré.

-Te ayudaré -dijo el Amo.

-Strake -ordenó el príncipe--, envía dos hombres a la ciudad: que uno traiga a Narada, mi médico, y que el otro vaya a la Calle de los Tejedores y traiga a Jannaveg el velero. De los tres lanceros que quedan en lo de Hawkana, que sólo uno permanezca para vigilar al Sha de Irabek hasta la caída de la tarde. Después que lo ate y lo deje, y que se reúna aquí con nosotros.

Strake sonrió y saludó.

-Ahora trae gente que me escolte dentro de la Mansión y mantén vigilado a este hombre.

Incinero su viejo cuerpo junto con los otros cadáveres. Los guardianes del Karma, salvo uno, habían perecido en la batalla. De los siete Amos innominados, sólo sobrevivió el que había sido gordo. Los bancos de ovarios y esperma, los tanques de crecimiento y los depósitos de cuerpos no podían ser transportados, pero el equipo de transferencia fue desmantelado bajo las órdenes del doctor Narada y los componentes se cargaron en los caballos de quienes habían caído en el combate. El joven príncipe, montado sobre la yegua blanca, observó cómo las fauces del fuego devoraban los cuerpos. Ocho piras ardían contra el cielo del atardecer. El que había sido hacedor de velas se volvió a la pira más próxima al pórtico; era la última que habían encendido, y las llamas recién lamían la cúspide, donde yacía un corpulento

cadáver envuelto en una túnica negra, con un círculo amarillo sobre el pecho. Cuando lo alcanzaron las llamas, chamuscando la túnica, el perro que estaba echado en el derruido jardín alzó la cabeza y lanzó un aullido que parecía un sollozo.

-Hoy has hecho desbordar tu lista de pecados -observó el hacedor de velas.

-¡Ay, mis oraciones! -respondió .el príncipe-. Me ocuparé de eso en seguida. Sin embargo, serán los teólogos futuros quienes den la última palabra, en cuanto a la aceptabilidad de esas fichas en las máquinas de orar. Que el Cielo adivine qué pasó aquí en el día de hoy... dónde estoy, si estoy, y quién soy. Ha llegado el momento de cabalgar, mi capitán. Primero a las montañas, y luego por distintos caminos, por razones de seguridad. No sé qué ruta he de tomar, pero sí que lleva a las puertas del Cielo y que he de ir armado.

-Sujetador de Demonios -dijo el otro, y él sonrió. Se acercó el jefe de los lanceros. El príncipe le hizo una seña. Se gritaron órdenes.

Las columnas de hombres a caballo avanzaron, atravesaron el pórtico del Palacio del Karma, se apartaron de la carretera y ascendieron por la cuesta que se elevaba al sudeste de la ciudad de Maharta, dejando atrás a los camaradas que ardían como el crepúsculo.

III

Cuéntase que cuando apareció el Maestro, hombres de todas las castas acudían a escuchar sus prédicas, además de animales, dioses, y a veces algún santo deseoso de elevarse y perfeccionarse. Todo el mundo solía admitir que se trataba de un iluminado, salvo quienes lo juzgaban un estafador, un pecador, un criminal o un simple bromista. Éstos no se contaban entre sus adversarios, pero también es cierto que no todos los que encontraban la elevación y la perfección podían contarse entre sus simpatizantes o amigos. Sus prosélitos lo llamaban Mahasamatman y algunos decían que era un dios. Así, en cuanto se comprobó que era un maestro aceptado, respetado, protegido por mucha gente de fortuna, con una reputación que se extendía por todas partes, lo llamaron Tathagatha, es decir El Que Ha Llegado. Cabe destacar que la diosa Kali (a veces llamada Druga en sus momentos de mayor templanza), si bien jamás emitió una opinión formal sobre la condición búdica del Maestro, le concedió el singular honor de enviarle un verdugo sagrado para ofrendarle su tributo, en vez de un vulgar asesino a sueldo.

No desaparece el Dhamma verdadero

hasta que un falso Dhamma viene al mundo.

Cuando viene el falso Dhamma, hace desaparecer

al Dhamma verdadero.

Samyutta-nikaya (11, 224)

Cerca de la ciudad de Alundil había un tupido bosquecillo de árboles de corteza azul, con hojas purpúreas que parecían plumas. Era famoso por su belleza y por la paz monástica que se respiraba a su sombra. Había sido propiedad del mercader Vasu, hasta que éste se convirtió y se lo donó al maestro conocido por los diversos nombres de Mahasamatman, Tathagatha y el Iluminado. El Maestro se refugió en este bosquecillo con sus prosélitos, quienes jamás regresaban sin una limosna cada vez que al mediodía bajaban a la ciudad.

En las cercanías del bosque siempre había un gran número de peregrinos. Los creyentes, los curiosos y los que vivían de la rapiña lo atravesaban constantemente. Venían a caballo, venían en bote, venían a pie.

Alundil no era una ciudad demasiado grande. No le faltaban residencias de madera, pero tampoco chozas destartaladas; la calle principal era de tierra, llena de surcos; había dos bazares grandes y muchos bazares pequeños; había vastos campos de cereal, propiedad de los Vaisyas, al cuidado de los Sudras, extensión azul verdosa que fluía y se encrespaba en los alrededores de la ciudad; había muchas hosterías (aunque ninguna tan exquisita como la legendaria hostería de Hawkana, en la lejana Maharta), pues la afluencia de viajeros era constante; había santos y narradores de historias; y había un Templo.

El Templo se erguía en una colina baja, cerca del centro de la ciudad, con enormes portones en los cuatro flancos. Estos portones, al igual que los muros, estaban repletos de tallas decorativas que representaban músicos y bailarines, guerreros y demonios, dioses y diosas, animales y artistas, amantes y criaturas híbridas, guardianes y devas. Los portones daban al primer patio, donde había más muros y más portones, que a su vez daban al segundo patio. En el primer patio había un pequeño bazar donde se vendían ofrendas para los dioses. También había muchos altares pequeños consagrados a las deidades menores. En este patio, y a toda hora del día, había mendigos pedigüeños, santos meditabundos, niños alegres, mujeres chismosas, incensarios humeantes, aves canoras, al margen del gorgoteo de las pilas purificatorias y el zumbido de las rezadoras automáticas.

El patio interior, en cambio, con sus macizos altares consagrados a las deidades mayores, era un foco que concentraba el fervor religioso. La gente entonaba o vociferaba plegarias, murmuraba versículos de los Vedas, o bien permanecía de pie, o de rodillas, o postrada delante de enormes ídolos de piedra que a menudo estaban tan engalanados de flores, tan tiznados de rojo con pasta *kum-kum,* y tan rodeados por cúmulos de ofrendas, que era imposible discernir qué deidad recibía esa tangible adoración. Periódicamente sonaban las trompas del Templo, y su eco retumbaba unos instantes en medio de un reverente silencio antes que se reiniciaran los clamores.

Era un hecho indiscutido que Kali era la reina del Templo. La estatua, alta y de piedra blanca, dominaba el patio interior desde su altar gigantesco. La sonrisa lánguida, acaso desdeñosa de los otros dioses y sus cultores, era a su modo tan cautivante como las muecas entrelazadas de los cráneos que ceñía a manera de collar. Blandiendo sus puñales, se inclinaba hacia adelante con un paso irresuelto, como si dudara entre matar a los que acudían a su altar o danzar para ellos. Tenía labios carnosos y ojos dilatados. A la luz de las antorchas, parecía moverse.

Correspondía, pues, que su altar se enfrentara al de Yama, dios de la Muerte. Sacerdotes y arquitectos habían resuelto, muy lógicamente, que era la deidad más adecuada para pasar cada minuto del día frente a Kali, con sus ojos fatídicos e implacables clavados en los de la diosa, a cuya media sonrisa respondía con una mueca torcida. Hasta los más devotos preferían dar un rodeo antes que pasar entre los dos altares; y al caer la noche, ese sector del patio era siempre la morada del silencio y la quietud, jamás perturbada por los fieles.

Cuando los vientos de primavera soplaron en la comarca, alguien llamado Rild bajó del norte. Rild, un hombrecito de pelo blanco pese a sus pocos años, cubierto con los

negros ornatos del peregrino; pero cuando lo encontraron en una zanja, devorado por la fiebre, llevaba sujeta al antebrazo la cuerda de estrangular carmesí que denunciaba su auténtica profesión: Rild.

Rild llegó en primavera, en la época del festival, a Alundil la de los campos verde azul, la de las chozas destartaladas y las residencias de madera, la de las calles de tierra y las muchas hosterías, la de los bazares y los santos y los narradores de historias, la del gran renacimiento religioso y su Maestro, cuya reputación se había difundido por doquier; a Alundil, la del Templo donde reinaba la diosa tutelar.

La época del festival.

Veinte años antes, el pequeño festival de Alundil era una celebración casi exclusivamente lugareña. Ahora, en cambio, con el tránsito de los muchos viajeros atraídos por la presencia del Iluminado, quien predicaba el Camino de la Óctuple Vía, el Festival de Alundil congregaba a tantos peregrinos que los alojamientos locales se llenaban hasta desbordar. Los dueños de las tiendas cobraban cifras exorbitantes por el alquiler. Los establos eran arrendados para que los ocupara la gente. Hasta se alquilaban terrenos baldíos para campamentos.

Alundil amaba a Buddha. Muchas otras ciudades habían intentado sacarlo de aquel bosquecillo purpúreo Shengodu, Flor de las Montañas, le había ofrecido un palacio y un harén para que fuera a predicar a las laderas. Pero el Iluminado no fue a las montañas. Kannaka, la del Río Serpiente, le había ofrecido naves y elefantes, además de una casa en la ciudad y una villa en el campo, y también caballos y sirvientes, para que fuera a predicar en los muelles. Pero el Iluminado no fue al río.

El Buddha permanecía en el bosquecillo y todas las cosas iban hacia él. Con el paso de los años, el festival se extendió, creció y se complicó, como un dragón bien alimentado que se recubre de rutilantes escamas. Los brahmines locales no aprobaban las prédicas heterodoxas del Buddha, pero como su presencia les colmaba las arcas, aprendieron a vivir bajo su sombra encorvada sin pronunciar jamás la palabra *tirthika,* hereje.

De modo que el Buddha permanecía en el bosquecillo y todas las cosas iban hacia él, Rild entre ellas.

La época del festival.

Los tambores empezaron al anochecer del tercer día. El tercer día, los macizos tambores de los *kathakali* iniciaron su presuroso estruendo. La discordante reverberación cubrió las distancias, arrastrándose por los campos, internándose en la ciudad, en el bosquecillo purpúreo y en los páramos cenagosos que había en sus lindes. Los ejecutantes, vestidos con mundus blanco, con el torso desnudo y la negra piel reluciente de sudor, trabajaban por turnos, a tal punto era extenuante el vigoroso tamborileo en que estaban empeñados; y ese estrépito hueco jamás se interrumpía, ni siquiera cuando un nuevo equipo pasaba a ocupar su puesto frente a los parches tensos.

Cuando oscureció, los viajeros y aldeanos que habían iniciado la marcha al escuchar el murmullo de los tambores comenzaron a afluir al sitio del festival, vasto como un antiguo campo de batalla. Se acomodaron y esperaron a que se ahondara la noche y se iniciara la representación dramática, sorbiendo el té de dulce aroma que compraban en los puestos al pie de los árboles.

En el centro del campo había un gran caldero de aceite, alto como un hombre, con mechas que colgaban de los bordes. Se encendieron estas mechas y las antorchas centellearon junto a las tiendas de los artistas.

En las cercanías, el retumbar de los tambores era hipnótico y ensordecedor, los ritmos complejos, sincopados, insidiosos. Al aproximarse la medianoche se iniciaron las salmodias litúrgicas, acompasadas por la cadencia de los tambores, que urdían una red alrededor de los sentidos.

Hubo un breve paréntesis cuando llegaron el Iluminado y sus monjes, las túnicas amarillas enrojecidas por el resplandor de las llamas. Se quitaron la cogulla y tomaron asiento en el suelo, con las piernas cruzadas. Poco después, los espectadores sólo estaban atentos a los cánticos y a las voces de los tambores.

Cuando aparecieron los actores, con vestiduras que los agigantaban y con campanillas en los tobillos que tintineaban cuando golpeaban el suelo con los pies, nadie aplaudió: todos los miraban fascinados. Los bailarines *kathakali* eran famosos, adiestrados desde la juventud tanto en la acrobacia cuanto en los cánones seculares de la danza clásica, conocedores de los nueve distintos movimientos del cuello y de los ojos y de los centenares de gestos necesarios para que las manos reactualizaran las antiguas gestas de amor y de guerra, los enfrentamientos de dioses y demonios, los ardorosos combates y las sangrientas traiciones de la tradición. Los músicos declamaban las historias mientras los actores, sin decir nunca una palabra, representaban las imponentes hazañas de Rama y de los hermanos Pandava. Maquillados de verde y rojo, o de negro y blanco inmaculado, recorrían majestuosamente el campo, meciendo las faldas, los halos relucientes como espejos a la luz de las antorchas. A veces, las antorchas vacilaban o chisporroteaban, y era como si un nimbo de luz sacra o profana jugara sobre sus cabezas, desdibujando por completo el sentido de ese acontecimiento, provócando en los espectadores la momentánea sensación de que ellos eran ilusorios y de que las figuras inmensas de esa danza ciclópea eran lo único real en el mundo.

La danza proseguía hasta que rompía el alba, y culminaba al salir el sol. Antes del alba, sin embargo, uno de los monjes de túnica azafrán llegó desde la ciudad, se abrió paso a través de la multitud y habló al oído del Iluminado.

El Buddha comenzó a levantarse, pareció pensarlo mejor y volvió a sentarse. Le comunicó un mensaje al monje, quien asintió y se retiró del festival.

El Buddha, imperturbable, volvió a concentrarse en el drama. Un monje sentado junto a él advirtió que tamborileaba en el suelo con los dedos, y dedujo que el Iluminado debía estar siguiendo el ritmo de los tambores, pues nadie ignoraba que estaba por encima de cosas tales como la impaciencia.

Cuando el drama culminó y Surya el sol pintó de rosa las faldas del Cielo en el límite oriental del mundo, fue cómo si la noche, que acababa de irse, hubiese apresado a la multitud en un sueño crispado y pavoroso, del que ahora todos se despertaban exhaustos para vagar por el nuevo día.

El Buddha y sus seguidores partieron de inmediato en dirección a la ciudad. No se detuvieron para descansar en el camino, sino que atravesaron Alundil con paso rápido pero digno.

Cuando estuvieron de vuelta en el bosquecillo purpúreo, el Iluminado les dijo a los monjes que descansaran y se encaminó a un pequeño pabellón que se alzaba en las honduras del bosque.

Adentro del pabellón se hallaba el monje que esa noche le había llevado el mensaje. Cuidaba de un afiebrado viajero que había encontrado en los cenagales, donde el monje iba a menudo a meditar sobre la putrefacción del cuerpo después de la muerte.

Tathagatha estudió al hombre que yacía sobre el jergón. Los labios eran delgados y pálidos; tenía una frente ancha, pómulos altos, cejas color escarcha, orejas puntiagudas; y Tathagatha intuyó que cuando esos párpados se abrieran, revelarían unos ojos de un color gris o azul desvaído. Tendido allí, inconsciente, mostraba cierta fragilidad (¿transparencia?) quizá en parte a causa de las fiebres que le habían devastado el cuerpo, pero no adjudicable a ellas en

su totalidad. El hombrecito no daba la impresión de ser el portador del objeto que Tathagatha tenía ahora en las manos. Más bien parecía, a primera vista, un hombre muy viejo. Si uno se dignaba mirarlo por segunda vez, entonces advertía que ese pelo descolorido y ese físico enclenque no eran el venerable atributo de un anciano, y acaso se asombrara al descubrir algo infantil en su apariencia. Por el aspecto de la piel, Tathagatha dudó de que el hombre tuviera necesidad de afeitarse con mucha frecuencia. Quizás ocultara una sonrisa ligeramente malévola entre las mejillas y las comisuras de la boca. Aunque quizá no.

El Buddha alzó la cuerda carmesí, sólo utilizada. por los verdugos sagrados de la diosa Kali. Recorrió con los dedos la sedosa longitud y la cuerda se le deslizó por la mano como una serpiente, adhiriéndosele con suavidad. No cabía duda de que estaba destinada a ejecutar el mismo movimiento alrededor de la garganta. Casi inconscientemente, la aferró e hizo con las manos los gestos necesarios.

Luego miró al azorado monje, que lo había observado, sonrió con su sonrisa imperturbable y dejó la cuerda. Con un trapo húmedo, el monje secaba la transpiración de la frente pálida.

El hombre tendido en el jergón se estremeció ante el contacto, y sus ojos se abrieron de pronto. No veían, pues estaban inflamados con la locura de la fiebre, pero Tathagatha tuvo un sobresalto súbito.

Eran negros, tan negros que parecían azabache, y era imposible discernir dónde terminaba la pupila y dónde comenzaba el iris. Esos ojos tan penetrantes en un cuerpo tan frágil y consumido parecían extrañamente perturbadores.

Tendió el brazo y golpeó las manos del hombre. Eran frías e impermeables; parecían de acero. Trazó con la uña un surco vigoroso en el dorso de la mano derecha. Sin dejar marcas o rasguños, la uña se deslizó como sobre una lámina de vidrio. Apretó la uña del pulgar y la soltó. No hubo un repentino cambio de color. Esas manos parecían objetos muertos o mecánicos.

Continuó examinándolo. El fenómeno cesaba a la altura de las muñecas y se repetía en otros sitios. Las manos, el pecho, el abdomen, el cuello y partes de la espalda habían sido inmersos en el baño de la muerte, que confería esa fuerza especial e impenetrable. Una inmersión completa habría resultado fatal, por supuesto, pero en esas condiciones, el hombre había cambiado parte de su sensibilidad táctil por algo que equivalía a guanteletes, peto, gorguera y coraza de acero invisibles. Era, ciertamente, uno de los selectos asesinos de la terrible diosa.

-¿Quién más sabe algo de este hombre? -preguntó el Buddha.

-El monje Simha -respondió el otro-, que me ayudó a traerlo aquí.

-¿Vio.. . -Tathagatha señaló con los ojos la cuerda carmesí-... eso?

El monje asintió.

-Entonces ve a buscarlo. Tráelo en el acto. No le menciones esto a nadie. Di sólo que un peregrino se enfermó y estamos aquí para cuidarlo. Yo me encargaré personalmente de atenderlo y de velar por él.

-Sí, Ilustrísimo.

El monje se apresuró a dejar el pabellón. Tathagatha se sentó junto al jergón y esperó.

Dos días transcurrieron antes que cediera la fiebre y esos ojos negros recobraran la lucidez. Pero durante los dos días, cualquiera que pasara junto al pabellón podía escuchar el persistente murmullo de la voz del Iluminado, quien parecía hablar con el durmiente. De vez en cuando, el hombre farfullaba y hablaba en alta voz, como si tuviera fiebre.

El segundo día, el hombre abrió los ojos de repente y miró hacia arriba. Luego frunció el ceño y volvió la cabeza.

-Buenos días, Rild -dijo Tathagatha.

-¿Tú eres... ? -preguntó el otro, con imprevista voz de barítono.

-Alguien que predica el camino de la liberación -respondió.

-¿El Buddha?

-Así me han llamado.

-¿Tathagatha?

-También me han dado ese nombre.

El otro trató de levantarse, pero fracasó y se volvió a recostar. No lograba apartar los ojos de ese rostro plácido.

-¿Cómo sabes mi nombre? -preguntó al fin.

-Hablaste mucho durante la fiebre.

-Sí, estaba muy mal, y sin duda deliré. Fue ese maldito pantano el que me provocó la fiebre.

Tathagatha sonrió.

-Una de las desventajas de viajar a solas es que cuando caes no cuentas con nadie que te ayude.

-Es verdad -admitió el otro. Los ojos volvieron a cerrarse, y su respiración se hizo más profunda. Tathagatha permaneció en la postura del loto y esperó.

Cuando Rild volvió a despertar, ya anochecía.

-Tengo sed -dijo.

Tathagatha le dio agua.

-¿Tienes hambre? -le preguntó.

-No, todavía no. Mi estómago se rebelaría.

Se incorporó apoyándose sobre los codos, y examinó al que lo cuidaba. Luego volvió a tenderse en el jergón.

-Eres tú -declaró.

-Sí -respondió el otro.

-¿Qué vas a hacer?

-Alimentarte, cuando digas que tienes hambre.

-Después de eso, quiero decir.

-Velar mientras duermes, por si vuelves a ser presa de la fiebre.

-No es a eso a lo que me refiero.

-Ya lo sé.

-Después que haya comido y descansado y recobrado las fuerzas... ¿entonces qué?

Tathagatha sonrió mientras extraía la cuerda de seda de abajo de la túnica.

-Nada -respondió-, nada en absoluto.

-Colgó la cuerda del hombro de Rild y retiró la mano.

El otro sacudió la cabeza y la volvió a reclinar. Estiró la mano y palpó la longitud de la seda carmesí. Se la enroscó en los dedos y luego en la muñeca. La golpeó. -Es sagrada -dijo al cabo de un rato. -Así parece.

-¿Sabes para qué se usa, y con qué propósito?

-Por supuesto.

-¿Entonces por qué no harás nada?

-No necesito moverme o actuar. Todas las cosas vienen hacia mí. Si hay algo que hacer, lo harás tú.

-No comprendo.

-Eso también lo sé.

El hombre fijó la mirada en las sombras.

-Ahora trataré de comer -anunció.

Tathagatha le sirvió caldo y un pan que el otro comió con trabajo. Luego bebió más agua, y al terminar respiraba con pesadez.

-Has ofendido al Cielo -afirmó.

-Eso también lo he advertido.

-Y has ultrajado la gloria de una diosa cuya supremacía en este lugar es indiscutida.

-Lo sé.

-Pero te debo la vida, y he comido tu pan... No hubo respuesta.

-Por ese motivo, he de romper un voto casi sagrado -concluyó Rild-. No puedo matarte, Tathagatha. -Entonces debo la vida al hecho de que tú me debas la tuya. Demos las deudas por compensadas.

Rild lanzó una risita. -De acuerdo -dijo.

-¿Qué harás, ahora que renegaste de tu misión?

-No lo sé. Mi pecado es demasiado grande como para que pueda regresar. Ahora, yo también he ofendido al Cielo, y la diosa apartará el rostro de mis plegarias. Le he faltado.

-En tal caso, quédate aquí. Al menos, compartirás con alguien la pérdida de la gracia.

-Muy bien -aceptó Rild-. No me queda otra posibilidad.

Volvió a dormirse, y el Buddha sonrió.

En los días subsiguientes, mientras seguía el festival, el Iluminado predicó ante las multitudes que atravesaban el bosque purpúreo. Hablaba de la unidad de todas las cosas, grandes y pequeñas, de la ley de la causa, del crecimiento y la muerte, de la ilusión del mundo, de la chispa del atoran, del camino de la salvación mediante la renuncia al yo y la unión con el todo; hablaba de ascesis e iluminación, de la falta de sentido de los rituales brahmínicos, comparando esas formas a cuencos vacíos de contenido. Muchos oían, unos pocos escuchaban, y algunos se quedaban en el bosquecillo purpúreo para vestir la túnica azafrán de los que buscaban la salvación.

Y cuando él impartía sus enseñanzas, Rild permanecía cerca, vestido con las ropas negras y el arnés de cuero, los extraños ojos oscuros siempre fijos en el Iluminado. Dos semanas después de su recuperación, Rild se acercó al Maestro cuando éste recorría el bosque, meditando. Se puso al lado y siguió sus pasos, y al rato le habló. -Maestro, he escuchado tus enseñanzas, y las he escuchado bien. He sopesado mucho tus palabras.

El otro asintió.

-Siempre he sido un hombre religioso -siguió Rild-, de lo contrario no me habrían escogido para el puesto que ocupaba. Cuando se me hizo imposible el cumplimiento de la misión, sentí un gran vacío dentro de mí. Había traicionado a mi diosa, y la vida carecía de significado. El otro lo escuchaba en silencio.

-Pero presté atención a tus palabras -dijo Rildy me han colmado con una suerte de júbilo. Me han indicado otro camino hacia la salvación, un camino que juzgo superior al que antes seguía.

Mientras hablaba, el Buddha le estudiaba el rostro. -Tu camino de renuncia es estricto, lo cual me parece bueno. Se adecua a mis necesidades. Por lo tanto, solicito permiso para ingresar a tu comunidad y seguir tu senda. -¿Estás seguro -preguntó el Iluminado- que no buscas meramente castigarte por lo que en tu conciencia pesa como una traición o un pecado?

-De eso estoy seguro -dijo Rild-. He conservado tus palabras dentro de mí y advertí la verdad que contenían. Al servicio de la diosa, asesiné más hombres que hojas

purpúreas cuelgan de esa rama. Ni siquiera cuento a las mujeres y los niños. De modo que las palabras no me conmueven fácilmente, pues escuché demasiadas y pronunciadas en todos los tonos posibles: súplicas, objeciones, blasfemias. Pero tus palabras me conmueven, y son superiores a las prédicas de los brahmines. Me agradaría ser un verdugo a tu servicio para librarte de tus enemigos con una cuerda azafrán, o con una espada, o una pica, o con mis propias manos, pues soy diestro en toda clase de armas, ya que he dedicado tres vidas a entrenarme con ellas, pero sé que ese no es tu método. La muerte y la vida son para ti una sola cosa, y no procuras la destrucción de tus enemigos. Así que solicito el ingreso a tu Orden. Para mí, no es tan difícil como para otros. Hay que renunciar al hogar, a la familia, a los orígenes y a la propiedad. Carezco de esas cosas. Hay que renunciar a la propia voluntad, y eso ya lo hice. Ahora todo lo que necesito es la túnica amarilla.

-Es tuya -dijo Tathagatha-, con mi bendición. Rild se vistió de monje budista y se consagró al ayuno y la meditación. Una semana más tarde, cuando el festival estaba a punto de terminar, partió a la ciudad a pedir limosna en compañía de otros monjes. Sin embargo, no volvió con ellos. El día se convirtió en crepúsculo, el crepúsculo en oscuridad. Los cuernos del Templo ya habían tocado las últimas notas del nagaswaram, y muchos viajeros ya habían abandonado el festival.

Por un largo rato, el Iluminado recorrió los bosques sumido en la meditación. Luego, también él desapareció. Alejándose de la purpúrea arboleda y del cenagal para dirigirse a la ciudad de Alundil, dominada por los montes de roca y circundada por los campos verde azul, internándose en la ciudad de Alundil, donde aún bullía una multitud de viajeros entregada a sus diversiones, el Buddha recorrió las calles en dirección a la colina del Templo.

Entró en el primer patio, donde reinaba la quietud. Ya no había perros, niños ni mendigos. Los sacerdotes dormían. Un empleado somnoliento estaba echado detrás de un banco del bazar. Muchos altares estaban vacíos, pues ya habían entrado las estatuas. Delante de otros, había fieles de rodillas que elevaban sus plegarias nocturnas.

El Buddha entró en el patio interior. Había un asceta sentado en un jergón, delante de la estatua de Ganesha. También él parecía una estatua, pues no se notaba ningún movimiento. Cuatro lámparas de aceite fulguraban en el patio, y el inquieto resplandor servía ante todo para destacar las sombras que encubrían la mayor parte de los altares. Pequeñas lámparas votivas arrojaban una débil luz sobre algunas de las estatuas.

Tathagatha cruzó el patio y se detuvo frente a la imponente imagen de Kali, a cuyos pies ardía una lámpara diminuta. La sonrisa de la diosa pareció cobrar vida al contemplar al hombre de pie delante de ella.

De su mano pendía un cordel carmesí que se enroscaba en la punta de la daga.

Tathagatha le sonrió, y en ese momento la diosa pareció fruncir el ceño.

Hay que resignarse, querida mía -declaró él-. Esta vez perdiste.

Ella pareció asentir con la cabeza.

-Me satisface haber logrado tan buenos resultados en tan poco tiempo -prosiguió-. Pero aunque hubieses tenido éxito, muchacha, de poco te habría servido. Ya es muy tarde. Di comienzo a algo que no puedes deshacer. Son muchos los que han escuchado las antiguas palabras. Pensabas que estaban perdidas, y lo mismo pensaba yo. Pero los dos nos equivocábamos. La religión que te confiere el poder es muy antigua, diosa, pero mis protestas también se inscriben en una tradición venerable. Así que llámame protestante, y recuerda... ahora soy más que un hombre. Buenas noches.

Dejó el Templo y el altar de Kali, donde la mirada de Yama se le había clavado en la espalda.

Librodot

Pasaron muchos meses antes de que acaeciera el milagro, y cuando acaeció no parecía un milagro, pues había crecido lentamente alrededor.

Rild, que había bajado del norte cuando los vientos de primavera soplaban en la comarca, con la muerte en el brazo y el fuego negro en los ojos, Rild, el de cejas blancas y orejas puntiagudas, habló una tarde, cuando había pasado la primavera, cuando los largos días de verano pendían cálidos debajo del Puente de los Dioses. Habló, con una imprevista voz de barítono, para responder a la pregunta formulada por un viajero.

El hombre le formuló una segunda pregunta, y luego una tercera.

Rild continuó hablando, y algunos monjes y varios peregrinos se congregaron alrededor de él. Las respuestas seguían a las preguntas que ahora todos le hacían, y crecían hasta transformarse en parábolas, ejemplos, alegorías.

Entonces se quedaron sentados a sus pies, y los oscuros ojos de Rild se transformaron en extraños estanques, y su voz descendía como del Cielo, nítida y suave, melodiosa y convincente.

Lo escucharon, y después los viajeros siguieron su camino. Pero en la travesía conocieron otros viajeros y hablaron con ellos, y, antes de que terminara el verano, los peregrinos que acudían al bosquecillo purpúreo solicitaban conocer al discípulo del Buddha y escuchar también sus palabras.

Tathagatha compartía las prédicas con él. Juntos comentaban el Camino de la Octuple Vía, la gloria del Nirvana, la ilusión del mundo y las cadenas con que el mundo sujeta al hombre.

Y a veces, el sereno Tathagatha escuchaba las palabras de su discípulo, quien había asimilado todas sus prédicas, las había meditado larga y profundamente y ahora, como si hubiese descubierto la entrada a un mar secreto, se zambullía con su mano de acero en aguas recónditas de donde extraía verdades y bellezas que luego prodigaba entre los peregrinos.

Pasó el verano. Ahora no cabía duda de que había dos iluminados: Tathagatha y su pequeño discípulo, a quien llamaban Sugata. Hasta se decía que Sugáta tenía poderes curativos, y que cuando los ojos le brillaban con extraño fulgor y las manos heladas entraban en contacto con un miembro torcido, ese miembro volvía a enderezarse. Se decía que durante uno de los sermones de Sugata un ciego había recobrado súbitamente la vista.

En dos cosas creía Sugata: en el Camino de la Salvación y en Tathagatha, el Buddha.

-Ilustrísimo -le dijo un día-, mi vida estaba vacía hasta que me revelaste la Senda Verdadera. Cuando recibiste la iluminación, antes que iniciaras tus prédicas, ¿fue como una ráfaga de fuego y un rugir de aguas y estuviste en todas partes y fuiste parte de todo ... las nubes y los árboles, los animales del bosque, toda la gente, la nieve de las cimas y los huesos dispersos en el campo?

-Sí -dijo Tathagatha.

-También yo conozco la alegría de todas las cosas -dijo Sugata.

-Sí, lo sé -dijo Tathagatha.

-Ahora veo por qué decías que todas las cosas vienen hacia ti. Haber traído al mundo semejante doctrina... Comprendo que los dioses te envidiaran. i Pobres dioses! Merecen compasión. Pero tú lo sabes, Tú lo sabes todo. Tathagatha no respondió.

Cuando los vientos de primavera volvieron a soplar sobre la comarca, habiéndose cumplido un año desde la llegada del segundo Buddha, un alarido pavoroso descendió un día de las alturas.

Los pobladores de Alundil se lanzaron a las calles para observar el cielo. Los Sudras interrumpieron su labor en el campo para mirar hacia arriba. En el gran Templo de la colina hubo un repentino silencio.

En el bosquecillo purpúreo, los monjes volvieron la cabeza.

El que había nacido para dominar el viento recorría las alturas... Venía del norte, verde y rojo, amarillo y pardo... por el camino del aire, y el aleteo era como una danza...

Hubo otro chillido, y luego un poderoso batir de alas, mientras horadaba las nubes hasta convertirse en un minúsculo punto negro.

Luego cayó como un meteoro en llamas, inflamado en ardientes colores y un candente resplandor, y cuanto más crecía, más costaba creer que un ser viviente pudiese alcanzar ese tamaño, esa elegancia, esa magnificencia...

Mitad espíritu, mitad pájaro, una leyenda que oscurecía el cielo.

Monte de Vishnu, cuyo pico despedaza los carros. El Ave Garuda circunvolaba Alundil.

Dio unas vueltas y desapareció tras los montes rocosos que se alzaban detrás de la ciudad.

-¡Garuda! -La palabra corrió por la ciudad, los campos, el Templo, el bosquecillo.

Quizá no volara solo, y se sabía que únicamente un dios podía montar al Ave Garuda.

Había silencio en Alundil. Después de esos alaridos y ese batir de alas, esas alas de trueno, las voces parecían naturalmente propensas al susurro.

El Iluminado estaba de pie en el camino que conducía al bosquecillo, rodeado por sus monjes, mirando hacia los montes rocosos.

Sugata acudió a su lado.

-Fue apenas la primavera pasada... -dijo. Tathagatha asintió.

-Rild fracasó -dijo Sugata-. ¿Qué novedad nos trae ahora el Cielo?

El Buddha se encogió de hombros.

-Temo por ti, Maestro -dijo Sugata-. En todas mis existencias, tú has sido mi único amigo. Tus enseñanzas me han dado la paz. ¿Por qué no te dejan tranquilo? Eres el más inofensivo de los hombres, y tu doctrina la más delicada. ¿Qué mal podrías hacerles?

El otro se volvió.

En ese momento, agitando vigorosamente las alas y lanzando un grito entrecortado por el pico abierto, el Ave Garuda volvió a elevarse sobre los montes. Esta vez no circunvoló la ciudad, sino que ascendió a gran altura y enfiló hacia el norte. Volaba tan rápidamente que desapareció en pocos segundos.

-Su jinete desmontó y se quedó abajo -sugirió Sugata.

El Buddha se internó en el bosquecillo purpúreo. Llegó de allende los montes de piedra, a pie.

Llegó a un sendero que se abría paso entre los peñascos, se internó en él y sus botas hollaron en silencio el camino rocoso.

Más adelante corría un murmullo de aguas. Un arroyo se interponía en su camino. Acomodándose sobre los hombros la capa color de sangre, dobló por un recodo.

El mango de rubí de la cimitarra destelló sobre la faja carmesí.

Al rodear una esquina de piedra se detuvo.

Alguien lo esperaba, de pie junto al tronco que cruzaba el arroyo.

Por un instante entornó los ojos, luego siguió avanzando.

Era un hombrecito vestido de negro como un peregrino, enfundado en un arnés de cuero del que pendía una hoja de acero corta y curva. El hombre tenía la cabeza totalmente rasurada, excepto un pequeño rizo de pelo blanco. Las cejas eran color de escarcha, los ojos oscuros, la piel pálida; las orejas parecían puntiagudas.

Librodot

El viajero alzó la mano y le dirigió estas palabras:

-Buenas tardes, peregrino.

El hombre no respondió, sino que le cerró el paso poniéndose delante del tronco que cruzaba el arroyo.

-Perdóname, peregrino, pero quiero cruzar y tú de ese modo me lo impides -le dijo.

-Si piensas que vas a cruzar, Señor Yama, estás equivocado -respondió el otro.

El del Atuendo Rojo sonrió, exhibiendo una larga hilera de dientes parejos y blancos.

-Siempre es un placer ser reconocido -admitió-, aun por alguien que transmite informaciones erróneas con respecto a otras cosas.

-No peleo con palabras -dijo el hombre de negro.

-¿Ah, no? -El otro enarcó las cejas con una expresión exageradamente inquisitiva.- ¿Y con qué peleas, puede saberse? Me imagino que no con esa pieza de metal curvo que llevas colgando.

-Pues con ninguna otra.

-Al principio la tomé por algún bárbaro instrumento religioso. Entiendo que esta es una región plagada de cultos extraños y sectas primitivas. Por un momento te confundí con un devoto de alguna de esas supersticiones. Pero si, como dices, se trata de un arma, espero que estés familiarizado con su uso.

-Un poco -respondió el hombre de negro.

-Me alegro -dijo Yama-, pues me disgustaría tener que matar a un hombre que no sabe defenderse. No obstante, me veo en la obligación de puntualizar que cuando comparezcas ante el Altísimo para ser juzgado, se te imputará suicidio.

El otro sonrió a desgano.

-En cuanto estés listo, dios de la muerte, ayudaré a que tu espíritu salga de esa envoltura carnal.

-Sólo una cosa más, entonces -dijo Yama-, y pondré fin a este diálogo. Dime qué nombre darle a los sacerdotes, para que ellos sepan para quién celebran sus ritos.

-Hace muy poco que renuncié a mi último nombre -respondió el otro-. Por esa razón, el consorte de Kali ha de recibir la muerte de manos de un innominado.

-Rild, eres un idiota -dijo Yama, sacando la espada. El hombre de negro empuñó su arma.

-Y es aconsejable que enfrentes sin nombre tu destino. Traicionaste a tu diosa.

-La vida está llena de traiciones -respondió el otro, antes de atacar-. Al oponerme a ti, y de este modo, también traiciono las esperanzas de mi nuevo maestro. Pero seguiré los dictados de mi corazón. Por lo tanto, ni el viejo ni el nuevo nombre son adecuados para mí, y tampoco los merezco... ¡así que no me llames por nombre alguno!

Luego, su puñal pareció de fuego: brincaba por todas partes, con destellos y chasquidos.

La embestida hizo retroceder a Yama, palmo a palmo, moviendo sólo la muñeca. para detener los golpes que llovían sobre él.

En cuanto retrocedió diez pasos, conservó su posición, no dispuesto a perderla. Los quites se ampliaron ligeramente, pero las estocadas se hicieron más repentinas, entrelazándose con fintas y ataques imprevistos.

Midieron fuerzas hasta que la transpiración cayó a chorros en el suelo; y entonces Yama comenzó a presionar a su contrincante con lentitud, obligándolo a una retirada. Paso a paso, recuperó los diez que había cedido.

Cuando pisaron nuevamente el terreno donde habían iniciado el duelo, Yama admitió, por sobre el clamor de los aceros:

-¡Has aprendido bien tus lecciones, Rild! ¡Mejor aún de lo que yo creía! ¡Te felicito!

Mientras hablaba, su oponente urdió con el puñal una elaborada finta doble y lo tocó ligeramente, cortándole el hombro. La sangre que brotó del tajo se confundió con el color de la vestimenta.

Yama entonces dio un brinco, desbarató la guardia de su enemigo y le lanzó una estocada al costado del cuello que pudo haberlo decapitado.

El hombre de negro levantó la guardia, sacudió la cabeza, desvió otro ataque y a su vez atacó, pero fue desviado.

-Así que el baño de la muerte te protege la garganta -dijo Yama-. Buscaré otro lado por donde entrar, entonces. -Y su espada cantó una canción más rápida, mientras buscaba un punto más bajo.

Yama desencadenó toda la furia de esa espada, respaldada por los siglos y los maestros de muchas edades. No obstante, el otro afrontaba sus ataques, con quites cada vez más abiertos y un retroceso cada vez más veloz, siempre arreglándoselas para devolver los golpes, y contra-atacar a cada paso.

Retrocedió hasta que estuvo de espaldas al arroyo. Entonces Yama se aplacó un poco y comentó:

-Hace un siglo, cuando por un tiempo fuiste alumno mío, me dije a mí mismo: "Éste posee la habilidad de un maestro". Y no me equivocaba, Rild. Por lo que yo recuerdo, eres acaso el espadachín más grande de todos los tiempos. Casi puedo perdonar tu apostasía al observar tu destreza. La verdad, es una lástima...

Simuló una estocada al pecho, y a último momento eludió el quite y buscó la muñeca del otro.

Dando un paso atrás, defendiéndose con tenacidad y lanzando estocadas a la cabeza de Yama, el hombre de negro se apostó a la cabeza del tronco echado sobre la hendidura en cuyo fondo corría el arroyo.

-¡La mano también, Rild! Por cierto, la diosa ha sido generosa con su protección. ¡A ver esto!

El acero rechinó al trabarse con el otro, y la hoja abrió un tajo en el bíceps del hombre de negro.

-¡Ajá! ¡Un lugar que la diosa olvidó! -gritó Yama-. ¡Busquemos otro!

Las hojas se trababan y se soltaban, en fintas, ataques, quites, respuestas.

Yama detuvo un ataque complejo con una embestida; y su hoja más larga sacó otra vez sangre del brazo de Rild.

El hombre de negro saltó sobre el tronco, lanzándole a la cabeza un golpe que Yama logró contener. Intensificando aun más el ataque, Yama lo obligó a retroceder sobre el tronco y luego pateó el flanco de ese puente precario.

El otro saltó hacia atrás y aterrizó en la ribera opuesta. Apenas tocó el suelo, también él lo pateó y el tronco giró sobre sí mismo.

Antes de que Yama pudiera montarlo, se soltó de los bordes y se precipitó al arroyo, donde asomó con un brinco antes de seguir hacia el oeste arrastrado por la corriente.

-¡Yo diría que es un salto de sólo dos a dos metros y medio, Yama! ¡Cruza de una vez! -gritó el otro.

El Dios de la Muerte sonrió.

-Aprovecha para tomar aliento mientras puedes -declaró-. El aliento es el menos apreciado entre los dones de los dioses. Nadie le canta himnos de alabanza al buen aire que el rey y el mendigo, el amo y el perro respiran por igual. i Pero ay del que no lo tenga! Aprecia cada bocanada de aire, Rild, como si fuera la última... ¡pues ésa tampoco tardará en llegar!

-Se dice que eres sabio al respecto, Yama -dijo el que se había llamado Rild y Sugata-. Se dice que eres un dios cuyo reino es la muerte y cuya ciencia se extiende más allá del alcance de los mortales. Quisiera interrogarte, por lo tanto, mientras permanecemos ociosos.

Yama no recibió estas palabras, como las anteriores, con una sonrisa de burla. Había en ellas un eco ritual. -¿Qué es lo que quieres saber? Te concedo la gracia de una pregunta.

Entonces, con las antiguas palabras del *Katha Upanishad,* el que se había llamado Rild y Sugata salmodió: -"Hay dudas respecto de un hombre cuando ha muerto. Algunos dicen que aún existe. Otros dicen que no. Esto me gustaría saber, guiado por tus enseñanzas." Yama respondió con las antiguas palabras:

-"Hasta los dioses tienen dudas en lo que a eso se refiere. No es fácil de comprender, pues la naturaleza del atman es cosa sutil. Hazme una nueva pregunta. ¡Déjame libre de esta gracia!"

-"Disculpa mi insistencia, oh Muerte, pero es imposible encontrar otro maestro como tú, y por cierto no hay gracia que pueda interesarme más en este momento."

-"Conserva la vida y sigue tu carnino" -dijo Yama, envainando la espada-. "Te libero de tu destino. Elige hijos y nietos; elige elefantes, caballos, rebaños de ganado y oro. Elige cualquier otra gracia: hermosas doncellas, carros, instrumentos musicales. Te los daré para que te sirvan. Pero no me preguntes sobre la muerte."

-"Oh Muerte" -cantó el otro-, "esas cosas son poco duraderas. Guárdate tus doncellas, tus caballos, tus bailes y canciones para ti mismo. No aceptaré otra gracia sino la que pedí... Dime, oh Muerte, qué hay después de la vida, de lo cual dudan tanto los hombres como los dioses".

Yama se puso rígido, sin continuar el poema.

-Muy bien, Rild -dijo, clavando sus ojos en los del otro-, pero, como verás, no es un reino sujeto a las palabras.

Se quedaron así por un momento; luego el hombre de negro se movió. Se cruzó la cara con el brazo, cubriéndose los ojos, y dejó escapar un único sollozo.

En eso, Yama se quitó la capa y la arrojó por encima del arroyo como una red.

La capa, cuyos pesados bordes estaban preparados para semejante maniobra, cayó sobre su oponente, apresándolo.

Mientras luchaba por liberarse, el hombre de negro escuchó unos pasos rápidos y el estampido de las botas rojas de Yama al caer de este lado del arroyo. Se deshizo de la capa y alzó la guardia, eludiendo el nuevo ataque de Yama. Detrás, el terreno ascendía en una cuesta, y se hacía más escarpado a medida que Rild retrocedía. En un momento tuvo la cabeza de Yama a la altura del cinturón. Entonces devolvió los ataques de su oponente, quien ascendía con lentitud por la cuesta.

-Dios de la muerte, dios de la muerte -salmodió-, disculpa mi presuntuosa pregunta, y dime que no me has mentido.

-Pronto lo sabrás -dijo Yama, tratando de herirle las piernas.

Yama le lanzó una estocada capaz de traspasar a un hombre, a la altura del corazón. Pero la hoja resbaló en el pecho de su contrincante.

Cuando llegó a un sitio donde el terreno era quebradizo, el hombrecito pateó una y otra vez, arrojando sobre el otro una lluvia de polvo y pedruscos. Yama se cubrió los ojos con la mano izquierda, pero la lluvia de piedras arreció. Algunas, al rodar por el suelo, le pasaron por debajo de las botas y le hicieron perder pie, precipitándolo cuesta abajo. Rild entonces empezó a patear rocas pesadas, y hasta arrancó un peñasco y lo siguió, blandiendo el puñal.

Incapaz de ponerse de pie a tiempo para afrontar el ataque, Yama rodó y volvió a resbalar cuesta abajo. Logró detenerse al borde de la hendidura, pero vio que el peñasco se le venía encima y trató de apartarse. Se aferró al suelo con ambas manos, y la espada se le cayó al agua.

A duras penas logró incorporarse y desenvainar la daga para contener la puñalada que caía de lo alto. El peñasco cayó al agua con estrépito.

Entonces alzó la mano izquierda, apresando la muñeca que guiaba el puñal. Atacó con la daga y sintió que apresaban su propia muñeca.

Estuvieron así, agarrados con todas sus fuerzas, hasta que Yama se incorporo y rodó de costado, apartándolo al otro de sí.

Sin embargo, aún aferrados, ambos siguieron rodando con la fuerza de ese empellón. El borde de la hendidura quedó al costado, abajo, arriba de ellos. Sintió que la mano golpeaba el lecho del arroyo, perdiendo la daga.

Cuando ambos emergieron a la superficie en busca de aire, sólo tenían agua en las manos.

-Es el momento del bautismo final -dijo Yama, lanzando un golpe con la mano izquierda.

El otro contuvo el puñetazo, asestándole otro a su vez. Se movieron a la izquierda llevados por las aguas, hasta que sus pies se asentaron en la roca y los dos lucharon con dificultad en medio de la corriente.

A medida que avanzaban, el arroyo se ensanchaba y se hacía menos profundo, hasta que tuvieron el agua a la cintura.

En ciertos lugares, la orilla parecía estar más cerca de la superficie del agua.

Yama descargaba golpe tras golpe, con los puños y con el canto de la mano; pero era como atacar a una estatua, pues el que había sido el verdugo sagrado de Kali recibía los golpes sin alterarse, y los devolvía con puñetazos demoledores. La mayor parte de estos impactos eran amortiguados por el agua o desviados por la guardia de Yama, pero uno le dio entre las costillas y la cadera y otro le resbaló sobre el hombro izquierdo y le sacudió la mejilla.

Yama se arrojó hacia atrás y buscó aguas menos profundas.

El otro lo siguió y se le arrojó encima; el torso impenetrable se topó con una bota roja, y sus ropas recibieron un tirón hacia adelante y hacia abajo. Voló por sobre la cabeza de Yama y aterrizó de espaldas en un suelo pizarroso.

Yama se incorporó sobre sus rodillas y se volvió, mientras el otro se ponía de pie y sacaba una daga del cinturón. Tenía aún un rostro impávido cuando se agazapó.

Las miradas de ambos se enfrentaron por un instante, pero esta vez el otro no se estremeció.

-Ahora puedo afrontar tu mirada de muerte, Yama -afirmó-, sin que me detenga. ¡Me has enseñado demasiado bien!

Y mientras Rild atacaba, Yama apartó las manos de la cintura y azotó los muslos del otro con la faja mojada. Haciéndolo caer, lo asió y lo atrajo hacia él, quitándole el arma; pateó el fondo y ambos volvieron a caer en aguas más profundas.

-Nadie le canta himnos al aliento -dijo Yama-. Pero ay del que no lo tenga!

Luego lo arrastró hacia el fondo, aferrándole el cuerpo con brazos semejantes a argollas de hierro.

Más tarde, mucho más tarde, la húmeda figura se erguía junto al arroyo; hablaba con suavidad y con el aliento entrecortado.

-Fuiste el más grande. . . de cuantos se alzaron contra mí... en todas las edades. . . de que tengo memoria... Es una verdadera lástima...

Luego, después de cruzar el arroyo, continuó su camino entre los montes de piedra, siempre a pie.

Al entrar en la ciudad de Alundil, el viajero se detuvo en la primera posada que encontró. Tomó un cuarto y ordenó una tina de agua. Se bañó mientras un sirviente le lavaba la ropa.

Antes de cenar, se asomó a la ventana y miró a la callé. El aire hedía a sagarto, y desde la calle subía el murmullo de muchas voces.

La gente dejaba la ciudad. En el patio trasero, una caravana se aprestaba a salir por la mañana. Esta noche terminaba el festival de la primavera. Abajo en las calles, los comerciantes todavía trabajaban, las madres todavía adormecían a sus hijos cansados y un príncipe local volvía con sus hombres de una partida de caza, con dos gallos de fuego a lomo de un sagarto que venía al trote. Una fatigada prostituta discutía algo con un

sacerdote que parecía aun más fatigado, y él no dejó de sacudir la cabeza hasta que se alejó. En lo alto del cielo resplandecía una de las lunas -la cual, vista a través del Puente de los Dioses, parecía dorada-, y una luna más pequeña acababa de asomarse sobre el horizonte. Una brisa fresca agitaba el aire nocturno, trayéndole, por sobre los olores de la ciudad, los aromas típicos de la primavera: los pequeños brotes y la hierba blanda, el límpido olor del trigo verde azul de primavera, la tierra húmeda, el mugido de la creciente. Inclinándose hacia adelante, pudo ver el Templo que se erguía en la colina.

Llamó a un sirviente para que le trajera la cena al cuarto y mandara buscar a un mercader local.

Comió con lentitud, sin prestarle mucha atención a la comida, y cuando terminó hicieron entrar al mercader. El hombre traía una caja llena de muestras, y el viajero al fin se decidió por una hoja curva y larga y una daga corta y recta, echándose ambas a la cintura. Después salió y recorrió la maltrecha calle principal de la ciudad. Los amantes se abrazaban en los pórticos. Pasó frente a una casa donde los deudos lloraban a un difunto.

Un mendigo lo siguió, cojeando unos metros, hasta que él se volvió y le clavó la mirada, diciéndole:

-Tú no eres cojo.- El hombre se apresuró a alejarse, confundiéndose con la multitud. En lo alto; los fuegos artificiales comenzaron a estallar contra el cielo, trazando largas estelas color cereza que se precipitaban a tierra. Desde el Templo llegó el sonido de los cuernos de calabaza que tocaban música nagaswaram. De una puerta salió un hombre tambaleante y se le cayó encima, y él le quebró la muñeca en cuanto advirtió que intentaba quitarle el dinero. El hombre profirió un juramento y pidió ayuda, pero él lo arrojó a una cloaca y siguió su camino; una oscura mirada le bastó para disuadir a dos compinches que se acercaban.

Al fin llegó al Templo, y vaciló un instante. Por fin entró en el patio interior detrás de un sacerdote que trasladaba una pequeña estatua.

Lanzó una mirada en torno, luego se apresuró a ir al sitio donde se levantaba la estatua de la diosa Kali. La estudió un largo rato, desnudando el acero y poniéndolo a sus pies. Cuando lo recogió y se volvió, notó que un sacerdote lo observaba. Saludó al hombre con un ademán. El hombre se acercó y le deseó buenas noches. -Buenas noches, sacerdote -respondió.

-Que Kali santifique tu espada, guerrero.

-Gracias. Ya lo ha hecho.

El sacerdote sonrió.

-Hablas como si no tuvieras ninguna duda.

-Y es un poco presuntuoso de mi parte, ¿no?

-Bueno, no creo que sea lo más apropiado.

-Sin embargo, sentí que su poder descendía sobre mí cuando contemplaba su altar.

El sacerdote se estremeció.

-Pese a mi oficio -declaró-, esa es una sensación de poder de la que prefiero prescindir.

-¿Temes el poder de la diosa?

-Digamos -dijo el sacerdote- que pese a su magnificencia, el altar de Kali no recibe visitas tan frecuentes como los de Lakshmi, Sarasvati, Shakti, Citala, Ratri y otras diosas menos formidables.

-Pero Kali es más grande que cualquiera de ellas.

-Y más terrible.

-¿Y con eso? Pese a su poder, no es una diosa injusta: El sacerdote sonrió.

-¿Qué hombre que haya vivido más de veinte años desea justicia, guerrero? Por mi parte, me siento infinitamente más atraído por la misericordia. Prefiero las deidades capaces de perdonar.

-Bien dicho -dijo el otro-, pero yo, como tú has dicho, soy un guerrero. Mi carácter se parece mucho al suyo. La diosa y yo pensamos del mismo modo. Estamos de acuerdo casi en todo. Cuando no lo estamos, tengo en cuenta que ella es además una mujer.

-Yo vivo aquí -dijo el sacerdote-, y no me tomo tanta confianza al hablar de los dioses que están a mi cargo.

-Sólo en público -dijo el otro-. No me hables de los sacerdotes. He bebido con muchos de vosotros, y sé que sois tan blasfemos como el resto de la humanidad.

-Hay un tiempo y un lugar para todo -dijo el sacerdote, mirando de soslayo la estatua de Kali.

-Sí, sí. Ahora dime por qué no habéis limpiado recientemente el altar de Yama. Está cubierto de polvo.

-La limpiaron ayer, pero desde entonces lo visitó tanta gente que inevitablemente se ensució.

El otro sonrió.

-¿Entonces por qué no hay ofrendas a sus pies, ni restos de sacrificios?

-Nadie le ofrenda flores a la: Muerte --dijo el sacerdote-. Vienen, miran y se van. Los sacerdotes siempre pensamos que las dos estatuas estaban bien ubicadas.

Hacen una pareja terrible, ¿no? La Muerte, y la señora de la destrucción.

-Un equipo poderoso -dijo el otro-. ¿Pero quieres decirme que nadie le hace sacrificios a Yama? ¿Nadie en absoluto?

-Salvo nosotros, los sacerdotes, cuando el calendario devocional lo requiere, y a veces un aldeano, cuando tiene un ser querido en trance de muerte y se le ha negado la reencarnación directa... salvo en estos casos, no, nunca vi que le dedicaran un sacrificio a Yama, con sencillez, sinceridad, buena voluntad, o afecto.

-Debe de estar ofendido.

-De ningún modo, guerrero. ¿Acaso cada criatura viviente no es en sí misma un sacrificio a la Muerte?

-En verdad, tienes razón. ¿Qué necesidad tiene Yama de buena voluntad o afecto? Las ofrendas son innecesarias, pues él toma lo que quiere.

-Como Kali -admitió el sacerdote-. Y en la saña de ambas deidades busqué con frecuencia una justificación para el ateísmo. Lamentablemente, se manifiestan con demasiada fuerza en el mundo como para que nos neguemos a reconocer que existe. Es una lástima.

El guerrero se echó a reír.

-¡Un sacerdote que cree contra su voluntad! Me parece muy bien. ¡Esas cosas me hacen gracia! Toma, cómprate un tonel de soma... para usos sacrificiales.

-Gracias, guerrero. Así lo haré. ¿Quieres celebrar conmigo una pequeña libación, ahora en el Templo?

-¡Claro que sí, por Kali! Pero que sea pequeña. Acompañó al sacerdote al edificio central y descendió con él las escaleras que bajaban al sótano, donde se sirvieron dos vasos de soma de un tonel.

-Por tu salud y tu longevidad -dijo el guerrero, alzando el vaso.

-Por tus mórbidos patronos... Yama y Kali -dijo el sacerdote.

-Gracias.

Tragaron el potente brebaje, y el sacerdote trajo dos vasos más.

-Protégete la garganta contra el frío de la noche.

-Muy bien.

-Es bueno ver que algunos de estos viajeros se van -dijo el sacerdote-. Sus devociones han enriquecido al Templo, pero también nos han cansado mucho.

-¡Por la partida de los peregrinos!

-¡Por la partida de los peregrinos! Volvieron a beber.

-Pensé que la mayor parte venía a verlo al Buddha -dijo Yama.

-Así es -dijo el sacerdote-, pero, por lo demás, no les interesa ponerse en contra de los dioses por esa causa. Por eso, antes de visitar el bosquecillo purpúreo, suelen hacer sacrificios o donaciones al Templo para que se eleven plegarias.

-¿Qué sabes de ese que llaman Tathagatha, y de sus enseñanzas?

El otro apartó la mirada.

-Soy un sacerdote de los dioses y un brahmín, guerrero. No deseo hablar de ese hombre.

-¿De modo que también a ti te atrae?

-¡Basta! Ya te dije cuáles eran mis deseos. No es un tema que me interese comentar.

-No tiene importancia... y pronto tendrá menos todavía. Gracias por el soma. Buenas noches, sacerdote.

-Buenas noches, guerrero. Que los dioses iluminen tu senda con su sonrisa.

-Y también la tuya.

Subió las escaleras, abandonó el Templo y prosiguió su camino a través de la ciudad, siempre a pie.

Cuando llegó al bosquecillo purpúreo, había tres lunas en el cielo, pequeñas luces parpadeaban entre los árboles, pálidos pimpollos de fuego estallaban sobre la ciudad, y una brisa algo *húmeda* agitaba el follaje.

Avanzó en silencio y penetró en el bosquecillo. Cuando llegó a la zona iluminada, se encontró frente a sucesivas hileras de figuras sentadas e inmóviles. Cada una de ellas llevaba una túnica amarilla con una capucha amarilla en la cabeza. Había centenares en esa posición, y todas guardaban silencio.

Se aproximó a la que estaba más cerca.

-Vine a ver a Tathagatha, el Buddha -dijo. El hombre no pareció oírlo.

-¿Dónde está?

El hombre no respondió.

Se inclinó y observó los ojos entrecerrados del monje. Por un momento, les dirigió una mirada fulminante, pero era como si el otro estuviera dormido, pues esos ojos ni parecían advertir los suyos.

Entonces elevó la voz para que lo oyeran en todo el bosque:

-Vine a ver a Tathagatha, el Buddha. ¿Dónde está? Fue como si hablara con las piedras.

-¿Creéis poder ocultarlo de esta manera? -gritó-. ¿Creéis que porque sois muchos, y todos vestidos iguales, y os negáis a responderme, creéis que por eso no puedo encontrarlo entre vosotros?

Sólo le respondió el suspiro del viento que llegaba desde el linde del bosque. Las luces temblaron y el ramaje purpúreo se estremeció.

Se rió.

-Puede que en esto tengáis razón -admitió-. Pero alguna vez tendréis que moveros si pensáis seguir viviendo... y puedo esperar tanto como cualquier hombre.

Se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la corteza azul de un árbol alto, el acero sobre las rodillas. En seguida se adormeció. Cabeceó varias veces. Al fin apoyó el mentón sobre el pecho y empezó a roncar.

Caminaba por una pradera verde azul, y el pastizal se inclinaba para abrirle una senda. Al final de la senda había un árbol macizo, un árbol que no parecía crecer sobre el mundo sino mantener al mundo unido con sus raíces, mientras las ramas echaban brotes entre las estrellas.

Al pie del árbol había un hombre sentado, con las piernas cruzadas y una tenue sonrisa sobre los labios. Sabiendo que este hombre era el Buddha, se acercó y se detuvo frente a él.

-Salud, oh Muerte -dijo el hombre sentado, coronado por una aureola rosada que resplandecía a la sombra del árbol.

Yama, en lugar de responder, desnudó la espada.

El Buddha siguió sonriendo, y cuando Yama avanzó se oyó el sonido de una música distante.

Se detuvo y miró en derredor, sin bajar la espada. Los cuatro Regentes del mundo venían de todas partes, bajando del Monte Sumernu: el Amo del Norte avanzaba a la cabeza de sus Yakshas, vestidos de oro y montados sobre caballos amarillos, con escudos que irradiaban una luz dorada; el Ángel del Sur venía seguido por sus huestes, los Kumbhandas, montados en corceles azules, protegidos por escudos de zafiro; del Este venía el Regente cuyos jinetes llevaban escudos de perla y vestían atuendos de plata; y del Oeste venía Aquel cuyos Nagas montaban caballos color sangre, y todos vestían de rojo y empuñaban escudos de coral. Los cascos no parecían tocar la hierba, y sólo se oía el reverberar de una música cada vez más estentórea.

-¿Por qué se acercan los Regentes del mundo? -preguntó Yama sin darse cuenta.

-Vienen a llevarse mis huesos -respondió el Buddha, sin dejar de sonreír.

Los cuatro Regentes se detuvieron, seguidos por sus hordas, y Yama los enfrentó.

-Venís a llevaros sus huesos -dijo Yama-, ¿pero quién vendrá por los vuestros?

Los Regentes desmontaron.

-No puedes disponer de este hombre, oh Muerte -dijo el Amo del Norte-, pues pertenece al mundo, y nosotros, los amos del mundo, lo defenderemos.

-Oídme, Regentes que moráis en el Monte Sumernu -dijo Yama, cobrando su Aspecto-. A vuestras manos se ha confiado el mundo, pero la Muerte se lleva del mundo lo que le place, y cuando le place. No os corresponde hacer objeciones a mis Atributos o a mi modo de obrar.

Los cuatro Regentes se interpusieron entre Yama y Tathagatha.

-Objetaremos tu modo de obrar con éste, Señor Yama.

Pues en sus manos él tiene el destino de nuestro mundo. Sólo podrás tocarlo tras derrotar a las cuatro Potestades.

-Así sea -dijo Yama-. ¿Quién de vosotros será el primero en enfrentarme?

-Yo -dijo el que hablaba, y desenvainó su espada de oro.

Yama, investido de su Aspecto, partió el blando metal como manteca y con la parte chata de la hoja golpeó la cabeza del Regente, derribándolo en el acto.

Un gran clamoreo cundió en las filas de los Yakshas, y dos de los jinetes dorados se adelantaron para llevarse a su jefe. Después volvieron grupas y cabalgaron de regreso al Norte.

-¿Quién es el que sigue?

El Regente del Este se adelantó, con una espada recta, de plata, y una red tejida con rayos de luna.

-Yo -dijo, y le arrojó la red.

Yama le puso un pie encima, la apresó entre los dedos y le dio un tirón, con lo cual su oponente perdió el equilibrio. Cuando el Regente cayó hacia adelante, Yama invirtió su espada y con el pomo le golpeó la mandíbula.

Dos guerreros de plata lo miraron enfurecidos. Luego bajaron los ojos y se llevaron a su Amo hacia el Este, mientras el cortejo arrastraba una música discordante.

-¡El que sigue! -dijo Yama.

Entonces avanzó el fornido jefe de los Nagas, quien dejó las armas y se quitó la túnica, diciendo: -Quiero luchar contigo, dios de la muerte.

Yama dejó sus armas y se desnudó el torso.

Mientras todo esto ocurría, el Buddha seguía sentado a la sombra del gran árbol, sonriendo como si ese desfile de armas no significara nada para él.

El jefe de los Nagas atrapó la nuca de Yama con la mano izquierda, echándole la cabeza hacia adelante. Yama le hizo lo mismo; entonces el otro contorsionó el cuerpo, pasando el brazo derecho por el hombro izquierdo de Yama y detrás del cuello, cerrándolo con fuerza sobre la cabeza de su adversario y apretándola contra la cadera, encorvándose mientras arrastraba al otro hacia adelante. Echado sobre la espalda del jefe de los Nagas, Yama le apresó el hombro izquierdo con la mano izquierda y luego pasó la mano derecha detrás de las rodillas del *Regente, levantándole* las piernas al tiempo *que* caía hacia atrás por encima de su hombro.

Por un momento lo sostuvo como si acunara a un niño, *luego lo* alzó hasta los hombros y aflojó los brazos. Cuando el Regente tocó el suelo, Yama cayó de rodillas sobre él y se levantó. El otro no.

Cuando partieron los jinetes del Oeste, sólo el Ángel del Sur, con sus ropas azules, se erguía frente al Buddha.

-¿Y tú? -preguntó el Dios de la Muerte, volviendo a tomar las armas.

-No alzaré contra ti armas de acero, de cuero o de piedra, imitando a los niños con sus juguetes, oh Dios de la Muerte. Tampoco mediré mis fuerzas contra las tuyas -dijo el Ángel-. Sé que de ese modo me vencerías, pues nadie- es superior a ti en esa clase de luchas.

-Entonces vuelve a montar tu caballo azul y aléjate -dijo Yama-, ya que no estás dispuesto a enfrentarme. El Ángel, en lugar de responder, lanzó al aire el escudo azul, que giró como una rueda de zafiro, aumentando de tamaño mientras rotaba sobre ellos.

Luego el escudo cayó y se hundió en el suelo sin ruido alguno, creciendo a medida que se perdía de vista. En el sitio donde había caído, volvió a juntarse la hierba. --¿Y eso qué significa? -preguntó Yama.

"-No lucharé activamente. Me limito a defender. Mi poder es el de la oposición pasiva. El mío es el poder de la vida, como el tuyo es el poder de la muerte. Puedes destruir cualquier cosa que mande contra ti, pero no puedes destruirlo todo, oh Muerte. El mío es el poder del escudo, no el de la espada. La Vida se te opondrá, Señor Yama, para defender a tu víctima.

El Ángel se volvió, montó su corcel azul y cabalgó baria el sur seguido por sus Kumbhandas. El eco de la música no lo acompañó, sino que permaneció en el lugar que él había ocupado.

Yama avanzó una vez más, acero en mano.

-Tus esfuerzos no sirvieron de nada -dijo-. Te llegó la hora.

Lanzó una estocada.

La hoja no alcanzó el blanco, pues una rama del gran árbol cayó entre ellos y le arrebató la cimitarra.

Se agachó a buscarla y las hierbas la cubrieron, entrelazándose hasta formar una red hermética e indestructible.

Con un juramento, empuñó la daga y volvió al ataque. Una vigorosa rama se inclinó, meciéndose delante del blanco, y la hoja se incrustó con firmeza entre sus fibras. Luego la rama volvió a brincar hacia arriba, llevándose el arma y poniéndola fuera del alcance de Yama.

El Buddha mantenía los ojos cerrados, sumido en la meditación; su aureola relumbraba en las sombras.

Yama avanzó un paso con las manos en alto. Las hierbas se le anudaron en los tobillos, reteniéndolo donde estaba.

Luchó por un momento, tirando de esas raíces implacables. Luego desistió y alzó las manos, echando la cabeza hacia atrás, mientras la muerte le bailaba en los ojos.

-¡Escuchadme, oh Potestades! -gritó-. ¡A partir de este momento, este sitio padecerá la maldición de Yama! ¡Este terreno no volverá a albergar a ningún ser viviente! ¡No cantará ni un pájaro, no se arrastrará ni una víbora! ¡Será un lugar yermo y desierto, sólo poblado por rocas y dunas de arena! ¡Ni una brizna de hierba se elevará al cielo desde aquí! ¡Lanzo esta maldición, y caiga esta condena sobre los defensores de mi enemigo!

Las hierbas comenzaron a marchitarse, pero antes de que lo soltaran estalló un formidable estrépito, mientras el árbol cuyas raíces mantenían unido al mundo y cuyas ramas apresaban a las estrellas como peces en una red, caía hacia adelante, partido al medio, desgarrando el cielo con las ramas, despedazando el suelo con las raíces, derramando una lluvia verde azul con sus hojas. Una sección maciza del tronco se abatió sobre Yama, arrojando una sombra negra como la noche.

A lo lejos vio al Buddha, siempre sumido en la meditación como si no advirtiera el caos que estallaba alrededor de él.

Luego, sólo las tinieblas y un sonido semejante al fragor del trueno.

Yama sacudió la cabeza y abrió los ojos.

Estaba sentado en el bosquecillo purpúreo, la espalda apoyada contra el tronco de un árbol azul, la espada sobre las rodillas.

Nada parecía haber cambiado.

Los monjes seguían sentados, en hileras, frente a él, como si meditaran.

La brisa era todavía húmeda y fresca y hacía vacilar la luz de las lámparas.

Yama se levantó y de algún modo supo adónde debía ir para encontrar lo que quería.

Dejó atrás a los monjes y se internó en un despejado sendero que conducía al corazón del bosque.

Llegó a un pabellón purpúreo, pero lo encontró vacío. Siguió avanzando, y caminó por el sendero hasta que el bosquecillo se convirtió en páramo. Aquí, el terreno era húmedo y un vapor flotaba en el aire. Pero el camino aún era fácil de distinguir, a la luz de las tres lunas.

El sendero descendía, los árboles azules y purpúreos eran más bajos e intrincados. A los costados del camino empezaron a aparecer pequeños charcos con fragmentos de espuma leprosa y plateada en la superficie. Un hedor de pantano le penetró las fosas nasales, y en los matorrales silbaron unas extrañas criaturas.

Escuchó un cántico a lo lejos, y comprendió que los monjes que acababa de dejar, ahora estaban despiertos y andaban por el bosque. Habían concluido la tarea de combinar pensamientos para imponerle la visión de la invulnerabilidad de su conductor. Acaso ese cántico era una señal destinada a . . .

¡Allí estaba!

Sentado sobre una roca en medio del campo, recibía en su plenitud la luz de las lunas.

Yama desenvainó la espada y avanzó.

Cuando estuvo a unos veinte pasos, el otro volvió la cabeza.

-Salud, oh Muerte -le dijo.

-Salud, Tathagatha. -Dime qué haces aquí.

-Se ha decidido que el Buddha ha de morir.

-Eso no responde a mi pregunta, sin embargo. ¿A qué has venido?

-¿Acaso no eres el Buddha?

-Me han llamado Buddha, y Tathagatha, y el Iluminado, y muchas otras cosas. Pero, en respuesta a tu pregunta, no, no soy el Buddha. Ya has hecho lo que querías hacer. Hoy mataste al auténtico Buddha.

-Ha de estar fallándome la memoria, pues confieso que no recuerdo haber cometido ese acto.

-Al auténtico Buddha lo llamábamos Sugata -respondió el otro-. Antes de eso, lo conocíamos por Rild.

-¡Rild! -rió Yama-. ¿Estás tratando de decirme que era algo más que un verdugo a quien disuadiste de cumplir con su deber?

-Hay muchos que son verdugos a quienes se disuade de cumplir con sus deberes -replicó el que estaba sentado en la roca-. Rild renunció voluntariamente a su misión y adhirió a la búsqueda del Camino. De los hombres que conocí, fue el único que realmente alcanzó la iluminación.

-Esto que has predicado, ¿no es una religión pacifista?

-Sí.

Yama reclinó la cabeza y lanzó una carcajada.

-¡Dioses! ¡Menos mal que no se trata de una doctrina beligerante! ¡Tu distinguido discípulo, iluminado y todo, esta tarde estuvo a punto de sacarme la cabeza!

Una expresión de fatiga cubrió el ancho rostro del Buddha.

-¿Piensas que tenía posibilidades de vencerte? Yama guardó silencio un instante.

-No -dijo al fin.

-¿Piensas que lo sabía?

-Quizás -respondió Yama.

-¿No os conocíais mutuamente antes del enfrentamiento de hoy? ¿Acaso ambos no habían presenciado la destreza del otro?

-Sí -dijo Yama-. Nos conocíamos.

-Entonces él no ignoraba tu habilidad y preveía el resultado del duelo.

Yama guardó silencio.

-Fue voluntariamente a su martirio, sin que yo lo supiera en el momento. No creo que tuviera esperanzas de vencerte.

-¿Por qué, entonces? -Para demostrar algo.

-¿Qué podía llegar a demostrar de ese modo?

-No lo sé. Sólo sé que todo debe ser como te he dicho, pues yo lo conocía. Escuché muy a menudo sus sermones, sus parábolas sutiles, para creerlo capaz de realizar semejante acto sin algún propósito. Mataste al auténtico Buddha, dios de la muerte. Tú sabes lo que soy yo.

-Siddharta -dijo Yama-, sé que eres un fraude. Sé que no eres el Iluminado. Comprendo que cualquiera de los Primigenios podría haber recordado la doctrina que predicas. Optaste por resucitarla y simulaste ser el inventor. Decidiste difundirla con la esperanza de crear una oposición contra la religión mediante la cual gobiernan los verdaderos dioses. Admiro tus esfuerzos, la sagacidad del proyecto y de su ejecución. Pero tu error más grande es, a mi juicio, haber escogido un credo pacifista para oponerte a una doctrina activa. Me llama la atención que lo hayas hecho, habiendo tantas religiones más apropiadas para el caso.

-Quizás sentía un poco de curiosidad por ver cómo funcionaba una corriente anacrónica -respondió el otro.

-No, Sam, eso no es cierto -afirmó Yama-. Presiento que sólo es parte de un proyecto más amplio, y que durante todos estos años, mientras simulabas ser un santo y pronunciabas sermones en los que no creías, estuviste elaborando otros planes. Un ejército, grande en el espacio, puede mostrarse vulnerable en muy corto tiempo. Un hombre, breve en el espacio, puede extender su oposición por un período de muchos

Librodot

años si tiene la oportunidad de triunfar. Tú lo sabes, y ahora que has sembrado las semillas de una doctrina robada, proyectas iniciar otra fase de la oposición. Tú, un solo hombre, quieres enfrentar el Cielo como una antítesis múltiple, oponiéndote a la voluntad divina a través de los años, de muchas maneras y con diversas máscaras. Pero este es el fin, falso Buddha.

-¿Por qué, Yama?

-Lo pensamos con mucho cuidado -dijo Yama-. No queríamos transformarte en mártir, estimulando más que nunca el desarrollo de las cosas que enseñabas. Por otra parte, si no te deteníamos, iban a seguir difundiéndose. Por lo tanto, se decidió que debías morir a manos de un agente del Cielo... demostrando así cuál religión es la más fuerte. De modo que, con martirio o sin él, el budismo pasará a ser una religión de segunda categoría. Por esa razón, ahora tienes que morir la muerte verdadera.

-Cuando pregunté "¿Por qué?" me refería a otra cosa. Me contestaste mal. Lo que preguntaba es por qué tú condesciendes a esto, Yama. ¿Por qué tú, con tu destreza de guerrero y la vastedad de tu ciencia, actúas como siervo de una banda de borrachos que no son dignos de pulir tu acero ni de lavar tus tubos de ensayo? ¿Por qué tú, que podrías ser el espíritu más libre de todos nosotros, te rebajas a lacayo de tus inferiores?

-Con lo que has dicho, no tendrás una muerte limpia.

-¿Por qué? Sólo te hice una pregunta que muchos han de haber pensado antes que yo. Yo no me ofendí cuando me llamaste falso Buddha. Yo sé lo que soy. Quién eres tú, Dios de la Muerte?

Yama envainó la espada en la faja y extrajo una pipa que había comprado el día anterior en la posada. Le puso tabaco, la encendió y aspiró el humo.

-Es obvio que tenemos que charlar un poco más, al menos para que a ninguno le queden preguntas sin responder -declaró-, de manera que voy a ponerme cómodo. -Se sentó sobre una roca baja.- Primero, un hombre puede ser superior a sus camaradas en algunos aspectos y sin embargo servirlos, si todos sirven a una causa común que es más grande que cualquier hombre. Entiendo que sirvo a una causa semejante, de lo contrario no haría lo que hago. Supongo que sientes lo mismo con respecto a lo tuyo, o no tolerarías esta vida de miseria y ascetismo... aunque noto que no estás tan delgado como tus prosélitos. Recuerdo que hace unos años, en Maharta, te ofrecieron ser un dios, y te burlaste de Brahma, asolaste el Palacio del Karma, y llenaste de fichas falsas todas las máquinas de orar de la ciudad.

El Buddha se rió. Yama se rió un momento con él y prosiguió:

-Hoy, salvo tú, no quedan aceleracionistas en el mundo. Es una causa perdida, que ante todo jamás debió transformarse en una causa. Reconozco que tengo cierto respeto por la conducta que has observado con el paso de los años. Hasta he pensado que si alguien te hiciera notar que tu actual posición no tiene esperanzas, aún puede persuadirte de que te unas a la causa del Cielo. Vine aquí para matarte, pero si todavía puedo convencerte y recibir tu palabra como garantía, con la promesa de que renunciarás a esta lucha absurda, estoy dispuesto a respaldarte. Te llevaré conmigo, de vuelta a la Ciudad Celestial, donde estás a tiempo de aceptar lo que rechazaste una vez. Ellos me escucharán, porque me necesitan.

-No -dijo Sam-, pues no estoy convencido de la fatuidad de mi posición y estoy plenamente dispuesto a continuar el espectáculo.

Desde el campamento del bosquecillo purpúreo descendían los cánticos. Una de las lunas desapareció detrás de las copas de los árboles.

-¿Por qué tus seguidores no baten el bosque y tratan de salvarte?

-Vendrían si yo los llamara, pero no los llamaré. Es innecesario.

-¿Por qué me hicieron soñar ese sueño ridículo? El Buddha se encogió de hombros.

-¿Por qué no se levantaron para matarme mientras dormía?

-No es el estilo de ellos.

-Pero tú pudiste hacerlo, ¿no? Siempre que no hubiera testigos. ¿Siempre que nadie supiera que había sido el Buddha?

-Quizás -dijo el otro-. Como bien sabes, la fuerza o la debilidad personal de un conductor dicen muy poco de los méritos de su causa.

Yama le dio una chupada a su pipa. El humo le coronó la cabeza y se disipó en la niebla, que se hacía cada vez más densa.

-Sé que aquí estamos solos, y que estás desarmado -dijo Yama.

-Estamos solos. Mi mochila está oculta a poca distancia de aquí, en el camino.

-¿Tu mochila?

-Aquí ya he concluido. Tus conjeturas son correctas. Empecé lo que quería empezar. Antes de que concluyamos nuestro diálogo, partiré.

Yama rió.

-El optimismo de un revolucionario siempre suscita una especie de asombro. ¿Cómo te vas a ir? ¿En una alfombra mágica?

-Me iré como se van otros hombres.

-Ah, veo que eres condescendiente. ¿Y las potestades del mundo se levantarán para defenderte? No veo ningún gran árbol que pueda protegerte con sus ramas. No veo ninguna hierba inteligente que pueda apresarme los pies. Dime cómo harás para irte.

-Te sorprendería un poco.

-¿Qué te parece si luchamos? No me gusta matar a un hombre desarmado. Si en realidad tienes tu equipo oculto por aquí cerca, ve a buscar tu espada. Es mejor que no tener ninguna oportunidad. Inclusive me han comentado que el Señor Siddharta fue en su época un temible espadachín.

-No, te agradezco. Otra vez, puede ser. Hoy no. Yama volvió a exhalar el humo de la pipa, se estiró y bostezó.

-Entonces no se me ocurren más preguntas para hacerte. Discutir contigo es inútil. No tengo nada más que decir. ¿Hay algo que quieras agregar a toda esta conversación?

-Sí -dijo Sam-. ¿Cómo es esa perra, Kali? Me han comentado tantas cosas diferentes que empiezo a creer que es de todo para todos los hombres...

Yama dejó caer la pipa, que le golpeó el hombro y esparció una lluvia de chispas sobre el brazo. Dio un brinco, y la cimitarra relumbró como un relámpago sobre su cabeza.

Cuando tocó la extensión arenosa que había delante de la roca, se sintió paralizado. Estuvo a punto de caer, logró mantenerse en equilibrio y quedó de pie. Luchó por moverse, pero no pudo.

-Algunas arenas movedizas -dijo Sam- son más movedizas que otras. Por suerte, ésa tiene bastante consistencia, así que te queda un buen rato para decidir. Me gustaría seguir hablando contigo, si pensara que hay alguna oportunidad de persuadirte de que te unas a mí. Pero sé que no la hay... como tampoco tú podrías persuadirme de acompañarte al Cielo.

-Me libraré de ésta -dijo Yama con serenidad, renunciando a sus esfuerzos-. De algún modo me libraré y volveré a perseguirte.

-Sí -dijo Sam-. Creo que no te equivocas. De hecho, en unos minutos te daré instrucciones para que salgas del paso. Por el momento, sin embargó, representas algo que todo predicador ansía: una audiencia cautiva que representa a la oposición. Así que tengo un breve sermón para ti, Señor Yama.

Yama alzó la espada, desistió de arrojársela, y volvió a envainarla en la faja.

-Predica pues -le dijo, y logró clavar su mirada en los ojos del otro.

Sam vaciló un poco, pero inició su discurso.

-Es asombroso -dijo- cómo ese cerebro de mutante que tienes engendró una mente capaz de transferir sus poderes a cada nuevo cerebro que eliges ocupar. Han pasado años desde que ejercí por última vez mi única habilidad, como la ejerzo ahora, pero ella también se comporta del mismo modo. Sea cual fuere el cuerpo que habite, parece que mi poder me sigue siempre. Entiendo que aún sucede así con la mayoría de nosotros.

Sitala, por lo que escuché, puede controlar temperaturas a gran distancia. Cuando toma otro cuerpo, el poder la acompaña en el nuevo sistema nervioso, aunque al principio actúa débilmente. Sé que Agni puede incinerar objetos fijando la mirada en ellos por un cierto tiempo, con el deseo de que ardan. Ahora, toma como ejemplo esa mirada mortal que me diriges. ¿No es asombroso que hayas conservado ese don en todo tiempo y lugar, pese al transcurso de los siglos? Muchas veces me intrigó el fundamento fisiológico de ese fenómeno. ¿Hiciste alguna investigación al respecto?

-Sí -dijo Yama, los ojos flamígeros bajo las cejas oscuras.

-¿Y cuál es la explicación? Una persona nace con un cerebro anormal, más tarde transfieren su psique a uno normal y sin embargo las habilidades anormales no son destruidas en la transferencia. ¿A qué se debe?

-Porque en realidad uno tiene una sola imagen corporal, que es de naturaleza eléctrica, además de química. De inmediato comienza a' modificar su nuevo entorno fisiológico. En gran medida trata al nuevo cuerpo como algo enfermo, e intenta curarlo transformándolo en el viejo cuerpo. Si el cuerpo que ahora habitas fuera físicamente inmortal, algún día llegaría a parecerse a tu cuerpo original.

-Qué interesante.

-Por esa razón el poder transferido es débil al principio, pero se intensifica si uno continúa ocupando el cuerpo. Por eso es mejor cultivar un Atributo, y quizás emplear también auxiliares mecánicos.

-Bien. Es algo que me tenía intrigado. Gracias. De paso, sigue probando con tu mirada mortal... es dolorosa, ¿sabes? Así que algo es algo. Ahora, en cuanto al sermón. .. un hombre orgulloso y arrogante como tú, con reconocidas y admirables aptitudes didácticas, dio en investigar el campo de una enfermedad que produce degeneraciones y deformaciones. Un día la contrajo él mismo. Como todavía no había elaborado un método para curarla, se dedicó a mirarse en el espejo y comentar: "Pero a mí me queda bien". Tú eres ese hombre, Yama. No tratarás de vencer a tu enfermedad. Por el contrario, estás orgulloso de ella. Tu furia te traicionó, de modo que sé que no miento al decir que el nombre de tu enfermedad es Kali. No entregarías el poder en manos indignas si esa mujer no te lo pidiera. Yo la conocí hace mucho tiempo y estoy seguro de que no ha cambiado. No puede amar a un hombre. Sólo le interesan aquellos que le ofrendan el caos. Si alguna vez dejas de ceder a sus propósitos te hará a un lado, dios de la muerte. No te digo esto como enemigo, sino de hombre a hombre. Lo sé. Créeme que lo sé. Acaso es una pena que nunca hayas sido realmente joven, Yama, y no conocieras tu primer amor en la primavera de tu vida... Por lo tanto, la moraleja de mi sermón en esta pequeña montaña es esta: ni siquiera un espejo puede reflejarte si no quieres verte a ti mismo. Llévale la contra una vez para probar la verdad de mis palabras, aunque sea en algo sin importancia, y verás con qué rapidez reacciona, y de qué modo. ¿Qué harás si tus propias armas se vuelven contra ti, Muerte?

-¿Terminaste de hablar? preguntó Yama.

-Sobre ese tema, sí. Un sermón es una advertencia, y ya fuiste advertido.

-No sé hasta dónde llega tu poder, Sam, pero veo que en este momento te protege de mi mirada mortal. Considérate afortunado por mi debilidad...

-Por cierto que sí, pues mi cabeza está por partirse. ¡Malditos sean tus ojos!

-Un día volveremos a medir nuestras fuerzas, y aunque puedas soportar mi poder, ese día caerás. Si no es por mi Atributo, será por mi espada.

-Si eso es un desafío, prefiero diferir la aceptación. Te sugiero que medites mis palabras antes de llevarlo a cabo.

En ese momento, Yama estaba hundido hasta la mitad del muslo.

Sam suspiró y abandonó su asiento.

Librodot

-Hay un solo sendero limpio para llegar a esta roca, y voy a tomarlo para alejarme de aquí. Ahora te diré cómo salvar tu vida, si no eres demasiado orgulloso. Le encomendé a los monjes que acudieran a este lugar si escuchaban un grito de auxilio. Antes te dije que no iba a pedir ayuda, y dije la verdad. Sin embargo, si empiezas a pedir socorro con esa poderosa voz que tienes, ellos vendrán antes de que te hundas demasiado.

Te llevarán a tierra firme y tratarán de no hacerte daño, pues ese es el estilo de ellos. Me gusta la idea de que el dios de la muerte sea salvado por los monjes de Buddha. Buenas noches, Yama, ahora te dejo.

Yama sonrió.

-Habrá otra oportunidad, oh Buddha -afirmó-. Puedo esperar. Huye tan lejos y tan rápido como puedas. El mundo no es lo bastante amplio para ocultarte de mi ira. Te seguiré, y por mí conocerás esa iluminación que es una pura llamarada del infierno.

-Entretanto -dijo Sam- te sugiero que solicites ayuda de mis fieles o aprendas el dificultoso arte de respirar en el lodo.

Cruzó el campo buscando su camino, mientras la mirada de Yama le quemaba la espalda.

Cuando llegó al camino, se volvió y miró a Yama.

-Y quizás quieras explicar en el Cielo -dijo- que me fui de la ciudad en viaje de negocios.

Yama no respondió.

-Creo que voy a hacer un trato para conseguir armas -concluyó-, unas armas bastante especiales. Así que cuando vengas a buscarme, trae a tu amiguita. Si le gusta lo que ve, quizá ella te convenza y podamos unirnos.

Luego se internó en el sendero y se alejó silbando en la noche, bajo una luna que era blanca y una luna que era dorada.

IV

Cuéntase cómo el Señor de la Luz descendió al Pozo de los Demonios para hacer un trato con el jefe de los Rakasha. Obró de buena fe, pero los Rakasha son los Rakasha. Es decir, son criaturas maléficas, dotadas de grandes poderes y longevidad, y de la capacidad de adoptar casi cualquier forma. Los Rakasha son prácticamente indestructibles. Su defecto principal: la falta de un verdadero cuerpo; su virtud principal: la honradez en las deudas de juego. Que el Señor de la Luz descendiera al Pozo del Infierno quizá nos demuestra que sentía cierta inquietud por la situación del mundo...

Cuando batallaron los dioses y los demonios, ambos vástagos de Rajapati, los dioses se apropiaron del principio vital del Udgitha, pensando que así derrotarían a los demonios.

Meditaron sobre el Udgitha que funciona a través de la nariz, pero los demonios lo penetraron con el mal. Por lo tanto, con el aliento uno percibe tanto los aromas gratos como los olores pestilentes. Pues el aliento está contaminado por el mal.

Meditaron sobre el Udgitha en tanto palabra, pero los demonios lo penetraron con el mal. Por lo tanto, uno dice verdades y falsedades. Pues las palabras están contaminadas por el mal.

Meditaron sobre el Udgitha que funciona a través del ojo, pero los demonios lo penetraron con el mal. Por lo tanto, uno ve bellezas y fealdades. Pues el ojo está contaminado por el mal.

Meditaron sobre el Udgitha en tanto oído, pero los demonios lo penetraron con el mal. Por lo tanto, uno escucha cosas buenas y cosas malas. Pues el oído está contaminado por el mal.

Luego meditaron sobre el Udgitha en tanto intelecto, pero los demonios lo penetraron con el mal. Por lo tanto, uno piensa cosas atinadas, buenas y verdaderas, y también desatinos, depravaciones y falsedades. Pues la mente está contaminada por el mal.

Chhandogya Upanishad (I, n, 1-6)

El Pozo del Infierno se abre en la cima del mundo y desciende hasta sus raíces.

Quizá sea tan viejo como el mundo; y si no lo es tendría que serlo, porque parece que lo fuera. Comienza con un pórtico. Hay una enorme y bruñida puerta de metal, instalada por los Primigenios, pesada como el pecado, que triplica a un hombre en altura; de ancho tiene la mitad de esa distancia. Tiene un codo de espesor, y un anillo de bronce del tamaño de una cabeza, una cerradura protegida por una lámina de presión y una inscripción que reza ásperamente: "Vete de aquí. No tienes por qué venir. Si tratas de entrar, fracasarás y serás maldito. Si de algún modo logras hacerlo, después no te quejes de que entraste desprevenido, ni nos molestes con tus plegarias desde tu lecho de muerte". Firmado: "Los Dioses".

Está cerca del pico de una montaña muy alta llamada Channa, en medio de una región de montañas muy altas llamadas Ratnagaris. En ese lugar el suelo está siempre cubierto de nieve, y una pelambre de colores irisados recubre el dorso de los carámbanos que sobresalen de las cimas heladas de los riscos. El aire es filoso como una espada. El cielo es brillante como el ojo de un gato.

Muy pocos pies han hollado el camino que conduce al Pozo del Infierno. La mayor parte de quienes lo visitaron fueron sólo a mirar, para ver si esa puerta enorme realmente existía; y cuando volvieron y dijeron que la habían visto, casi todos se burlaron de ellos.

Algunos raspones en la lámina que protege la cerradura testimonian que hubo quienes trataron de entrar. Sin embargo, el equipo necesario para forzar esa puerta no podría ser trasladado, ni siquiera instalado en la posición apropiada. El camino que conduce al Pozo del Infierno tiene menos de treinta centímetros de ancho en los últimos cien metros; y quizá pudieran pararse seis hombres, muy juntos, en el que una vez fue el umbral espacioso de la puerta.

Se cuenta que Pannalal el Sabio, después de aguzar la mente con la meditación y diversas prácticas ascéticas, adivinó cómo abrir la cerradura, entró en el Pozo del Infierno y pasó un día y una noche debajo de la montaña. Por eso, a partir de entonces, lo llamaron Pannalal el Loco.

El pico llamado Channa, donde se halla la gran puerta, está a cinco días de viaje de una pequeña aldea, en el lejano reino septentrional de Malva. Esta aldea montañesa que se encuentra cerca de Channa carece de nombre, pues la habita un pueblo feroz e independiente que no tiene el menor interés en que el poblado figure en los mapas de los recaudadores de impuestos del rajá. Del rajá baste comentar que es de mediana altura y de mediana edad, ligeramente obeso, no más piadoso ni libertino que lo habitual, y que cuenta con una fabulosa fortuna. Cuenta con esa fortuna porque abruma a sus súbditos con impuestos. Cuando sus súbditos se empiezan a quejar y por el reino circulan rumores de rebelión, el rajá le declara la guerra a un reino vecino y duplica los impuestos. Si la guerra no anda bien, ejecuta a varios generales y le ordena a su Ministro de Paz que negocie un tratado. Si por casualidad la guerra toma un giro favorable, exige tributos para compensar

Librodot

el insulto que fue causa del conflicto. Pero por lo general todo culmina en una tregua, con sus súbditos agriados por la lucha y reconciliados con los abrumadores impuestos. El rajá se llama Videgha y es padre de muchos niños. Le gustan los pájaros grak (a los que se les puede enseñar a cantar canciones obscenas) y las serpientes (a las que suele alimentar con pájaros grak sin oído para la música), y también le gusta jugar a los dados. No siente especial predilección por los niños.

El Pozo del Infierno comienza con el gran pórtico en lo alto de las montañas, en el extremo norte del reino de Videgha, más allá del cual no hay ningún reino de los hombres. Comienza allí y baja en tirabuzón por el corazón de la montaña Channa, abriéndose, como un tirabuzón, en vastas cavernas ignoradas por los mapas de los hombres, internándose en lo más profundo de la cordillera Ratnagari con hondos pasadizos que se entrelazan con las raíces del mundo.

A esta puerta llegó el viajero.

Vestía con sencillez, viajaba solo, y parecía saber exactamente adónde iba y qué hacía.

Ascendió por el camino de Channa, dejando sus huellas en el rostro descarnado de la montaña.

Le llevó casi toda la mañana llegar a su destino, la puerta.

Cuando llegó, descansó un momento, bebió un trago de su botella de agua, se secó la boca con el dorso de la mano, sonrió.

Luego se sentó de espaldas a la puerta y comió su almuerzo. Cuando terminó, arrojó al abismo las envolturas de papel y observó cómo caían, llevadas de un lado al otro por las corrientes de aire, hasta que las perdió de vista. Entonces encendió la pipa y se puso a fumar.

Después de tomarse un descanso, se levantó y enfrentó de nuevo la puerta.

Apoyó la mano en la combinación y esbozó con lentitud una serie de gestos. Cuando alzó la mano, la puerta emitió un sonido musical.

Luego asió el anillo y se echó hacia atrás, con los músculos del hombro en tensión. La puerta se movió, despacio primero, luego con mayor rapidez. El viajero se apartó, mientras la puerta se abría y giraba sobre el umbral.

En la superficie interior de la puerta había otro anillo, gemelo del primero. Cuando lo vio, se apresuró a aferrarlo antes que se pusiera fuera de su alcance.

La abertura a sus espaldas exhaló una bocanada de aire tibio.

Después de entrar y cerrar la puerta, se detuvo sólo para encender una de las muchas antorchas que llevaba. Luego avanzó por el corredor, que se hacía cada vez más ancho.

El suelo se inclinaba abruptamente, y después de cien pasos el techo era tan alto que no se veía.

A los doscientos pasos, llegó al borde del pozo.

Ahora se hallaba en el centro de una vasta tiniebla resquebrajada por las llamas de la antorcha. Los muros, salvo el que tenía atrás y a la derecha, habían desaparecido. El piso terminaba a pocos pasos.

Después del borde se abría lo que parecía ser un abismo insondable. No podía abarcarlo con la mirada, pero sabía que era de forma toscamente circular; también sabía que el radio de su circunferencia crecía al descender.

Bajó por la vereda que serpenteaba junto a la pared del pozo, y sintió la ráfaga de aire tibio que ascendía desde las profundidades. Esta vereda era artificial. Uno se daba cuenta de ello, pese a que era escarpada. Era precaria y estrecha; en varias partes estaba quebrada, y en otras se habían acumulado las piedras. Pero su tortuosa y constante inclinación delataba que obedecía a un propósito y un proyecto.

Recorrió la vereda con mucho cuidado. A su izquierda tenía la pared. A la derecha, nada.

Al cabo de lo que pareció un siglo y medio, vislumbró un minúsculo destello de luz suspendido allá abajo, en medio del aire.

Sin embargo, por efecto de la curvatura de la pared, el camino se inclinó gradualmente de tal forma que la luz ya no quedó suspendida a lo lejos, sino abajo y ligeramente a la derecha.

Otra curva de la vereda puso la luz directamente frente a él.

Cuando pasó junto al nicho de la pared en cuyo interior ardía la llama, oyó que una voz le gritaba en la mente.

-¡Amo, libérame y pondré el mundo a tus pies!

Pero se apresuró a seguir, sin mirar siquiera esa especie de rostro que había en la abertura.

Ahora podían verse otras luces flotando en el océano de negrura que yacía a sus pies.

El pozo seguía ensanchándose. Estaba lleno de destellos resplandecientes, que parecían llamas pero no eran llamas; lleno de formas, rostros, borrosas imágenes, que elevaban un grito cuando él pasaba junto a ellos.

-¡Libérame! ¡Libérame!

Pero él no se detuvo.

Llegó al fondo del pozo y lo cruzó, pasando entre piedras rotas y evitando las hendiduras del suelo rocoso. Finalmente llegó a la pared opuesta, donde bailaba un gran fuego color naranja, que se volvió rojo cereza cuando él se acercó y azul como el corazón de un zafiro cuando se detuvo al lado.

Lo duplicaba en altura. Palpitaba y se retorcía. Despedía pequeñas llamaradas que en lugar de tocarlo se contraían como si chocaran con una barrera invisible.

Durante el descenso había visto tantas llamas que había perdido la cuenta. Sabía que además había otras ocultas dentro de las cavernas abiertas en el fondo del pozo.

Cada llama que había visto en el descenso lo había interpelado según su propio medio de comunicación, de modo que las palabras habían retumbado en su cabeza como tambores: amenazas, súplicas, promesas. Pero este inmenso resplandor azul, más deslumbrante que cualquiera de los otros, no le había impartido ningún mensaje.

En su corazón fulgurante no había formas que se volvieran o contorsionaran para asustarlo. Era una llama y seguía siendo una llama.

Encendió otra antorcha y la hincó entre dos rocas.

-¡Hombre aborrecible, has regresado!

Las palabras lo estremecieron como latigazos. Recobró la firmeza, enfrentó a la llama azul y respondió:

-¿Te llamas Taraka?

-Quien me sujetó aquí tendría que conocer mi nombre -dijo la voz-. No pienses, oh Siddharta, que tu nuevo cuerpo me impide reconocerte. Yo miro el flujo de energía que configura tu verdadero ser... no la carne que lo enmascara.

-Ya veo -respondió el otro.

-¿Viniste a mi prisión a burlarte de mí?

-¿Me burlé de ti cuando te sujeté?

-No, no lo hiciste.

-Hice sólo lo que debía hacer para preservar mi propia especie. Los hombres eran débiles y su número escaso. Tu raza se ensañó con ellos y estuvo a punto de destruirlos.

-Te adueñaste de nuestro mundo, Siddharta. Nos encerraste aquí. ¿Con qué nueva indignidad planeas humillarnos?

-Quizás haya un modo de compensar los daños.

-¿Qué estás buscando?

-Aliados.

-¿Quieres que nos pongamos de tu parte en una lucha?

-En efecto.

-Y cuando termine, tratarás de volver a encarcelarnos.

-No, si antes llegamos a un acuerdo.

-Dime tus condiciones -dijo la llama.

-En los viejos tiempos tu pueblo se paseaba, visible e invisible, por las calles de la Ciudad Celestial.

-Es verdad.

-Ahora está mejor fortificada.

-¿De qué manera?

-Vishnu el Preservador y Yama-Dharma, Señor de la Muerte, han cubierto todo el Cielo, y no sólo la Ciudad, como en los días de antaño, con una cúpula que según dicen es impenetrable.

-No existen las cúpulas impenetrables.

-Sólo repito lo que oí.

-Hay muchos modos de entrar en una ciudad, Señor Siddharta.

-¿Serías capaz de descubrirlos y revelármelos?

-¿Es ese el precio de mi libertad?

-De tu libertad... sí.

-¿Y los otros de mi raza?

-Si todos desean la libertad, han de ponerse de acuerdo para ayudarme a sitiar esa Ciudad y tomarla por asalto.

-¡Libéranos, y el Cielo caerá!

-¿Hablas por los otros?

-Soy Taraka. Hablo por todos.

-¿Qué garantía me ofreces, Taraka, de que se cumplirá este trato?

-¿Mi palabra? Soy capaz de jurar por lo que más gustes...

-Esa facilidad para los juramentos no es precisamente una garantía cuando uno hace un trato. Y tu fuerza es una debilidad en circunstancias como esta. Eres tan fuerte que no puedes garantizarle a la otra parte el poder de ejercer dominio sobre ti. No tienes dioses por quienes jurar. Lo único que puede comprometerte es una deuda de juego, y no hay nada por qué jugar aquí.

-Tú puedes dominarnos a nosotros.

-Individualmente, quizás. Pero en conjunto no.

-El problema es difícil -dijo Taraka-. Daría cualquier cosa por mi libertad... pero todo lo que tengo es poder, puro poder, que es por esencia intransmisible. Una fuerza mayor podría dominarlo, pero esa no es la respuesta. En realidad no sé cómo asegurarte el cumplimiento de mi promesa. Si yo estuviera en tu lugar, por cierto que no confiaría en mí.

-Es un verdadero dilema. Así que por ahora voy a liberarte sólo a ti, para que visites el Polo y explores las defensas del Cielo. En tu ausencia volveré a considerar la cuestión. Haz lo mismo, y quizás podamos llegar a un acuerdo equitativo cuando regreses.

-¡Acepto! ¡Sácame de esta cárcel!

-Conoce pues mi poder, Taraka -dijo-. Así como sujeto, puedo liberar... ¡así!

La llama saltó fuera de la pared.

Convertida en una bola de fuego, rodó por el pozo como un cometa; ardió como un pequeño sol, alumbrando las tinieblas; cambiaba de colores al volar, de modo que las rocas brillaban con un resplandor entre agradable y siniestro.

Luego revoloteó sobre la cabeza del que llamaba Siddharta, enviándole sus vibrantes palabras

-No te imaginas mi placer al sentir mis fuerzas nuevamente en libertad. Me gustaría probar una vez más tu poder.

Siddharta se encogió de hombros.

La bola de fuego se contrajo. Su brillo creció a medida que disminuía de tamaño, y lentamente se posó en el suelo.

Allí quedó temblando como un pétalo caído de un pimpollo gigantesco; luego se arrastró a duras penas por el fondo del Pozo del Infierno y volvió al nicho. -¿Satisfecho? preguntó Siddharta.

-Sí -fue la tardía respuesta-. Tu poder no ha disminuido, Sujetador. Libérame de nuevo.

-Este juego me cansa un poco, Taraka. Puede que lo mejor sea dejarte como estás y buscar ayuda en otra parte.

-¡No! ¡Te di mi promesa! ¿Qué más quieres?

-Quiero que no haya disputas entre nosotros. O cuento con tu ayuda ahora mismo, o no cuento con ella. Eso es todo. Elige, y actúa según tu elección... y tu palabra.

-Muy bien. Libérame, y visitaré la helada montaña donde se yergue el Cielo para informarte sobre sus debilidades.

-¡Entonces, parte!

Esta vez, la llama emergió con más lentitud. Se meció delante de él, adoptó un perfil vagamente humano.

-¿Cuál es tu poder, Siddharta? ¿Cómo haces lo que haces? le preguntó.

-Llámalo electrodirección -dijo el otro-, la mente sobre la energía. Es un término tan apto como cualquier otro. Pero sea cual fuere el nombre que le des, no vuelvas a desafiarlo. Con él puedo matarte, aunque ningún arma hecha de materia te pueda lastimar. ¡Parte de una vez!

Taraka desapareció como un tizón que cae en el río, y Siddharta se quedó solo entre las piedras, con su antorcha que horadaba las tinieblas circundantes.

Descansó, y un murmullo de voces penetró en su mente con promesas, tentaciones y súplicas. Visiones de riqueza y esplendor flotaron delante de sus ojos.. Vio desfilar harenes maravillosos, tuvo banquetes a sus pies. Lo envolvieron, adormeciendo su alma, esencias de almizcle y champaka, y el azulado resplandor de ardientes inciensos. Caminó entre flores seguido por muchachas de ojos brillantes que le llevaban copas de vino y sonreían, escuchó el canto de una voz de plata, y criaturas sobrenaturales danzaron en la superficie de un lago cercano.

-Libéranos, libéranos -recitaban.

Pero él sonreía, observaba, y permanecía inactivo.

Los ruegos, las súplicas y las promesas se transformaron paulatinamente en un coro de amenazas y maldiciones. Avanzaron hacia él esqueletos con armadura, niños empalados en espadas fulgurantes. Lo rodearon abismos de donde saltaban llamas con olor a azufre. Colgada de una rama, una serpiente se hamacó delante de sus ojos, escupiendo veneno. Una lluvia de arañas y de sapos arreció sobre él.

-¡Libéranos... o tus sufrimientos serán infinitos! -clamaban las voces.

-Insistid y Siddharta se enojará -declaró-, y entonces perderéis vuestra única oportunidad de ser libres. Entonces hubo paz alrededor. Siddharta vació la mente, dormitando.

Dos veces comió allí en la caverna, y luego volvió a dormirse.

Más tarde regresó Taraka, bajo la forma de un pájaro de enormes alas, y le informó

-Los de mi raza pueden entrar por los respiraderos, pero los hombres no. Además, dentro de la montaña hay muchos elevadores. Muchos hombres podrían subir fácilmente en los más grandes. Por supuesto, hay guardias que los vigilan. Pero matando a los guardias y desconectando las alarmas, esto podría realizarse. Por lo demás, a veces abren la cúpula en diversos sitios, para permitir el ingreso o la salida de las máquinas voladoras.

-Muy bien -dijo Siddharta- Yo gobierno un reino a algunas semanas de viaje. Hace muchos años qué me reemplaza un regente, pero si vuelvo puedo reclutar un ejército. Un nuevo movimiento religioso cunde en la región. Ahora, los hombres no temen tanto a los dioses. -¿Quieres saquear el Cielo?

-Sí, quiero entregarle sus tesoros al mundo.

-Eso me gusta. No será fácil de lograr, pero con un ejército de hombres y un ejército de los nuestros hay posibilidades de hacerlo. Liberemos a mi pueblo, para poner manos a la obra.

-Creo que no me queda más remedio que confiar en ti -dijo Siddharta-. Así que, en efecto, pongamos manos a la obra.

-Cruzó el fondo del Pozo del Infierno hacia el primer túnel que se internaba en las profundidades.

Ese día liberó a sesenta y cinco, y las cavernas se llenaron de color, de movimiento y de luz. En el aire reverberaban los poderosos gritos de alegría y el ruido que hacían al deslizarse por el Pozo del Infierno, cambiando constantemente de forma y exultantes de libertad.

Entonces uno de ellos cobró repentinamente la forma de una serpiente voladora y se precipitó hacia él, las garras abiertas y amenazantes.

Por un momento, concentró su atención en la serpiente. La serpiente lanzó un grito breve y exánime. Luego se astilló en una lluvia de chispas de color blanco azulado. Cuando las chispas se disiparon, había desaparecido por completo.

En las cavernas se impuso el silencio, y las luces titilaban o se perdían en las paredes de roca.

Siddharta interpeló al foco de luz de mayor tamaño, Taraka.

-¿Acaso ése me atacó para probar mis fuerzas? -preguntó-. ¿Para comprobar si también puedo matar, como te lo había dicho?

Taraka se acercó y revoloteó delante de él.

-No te atacó siguiendo órdenes mías -aseguró-. Me da la impresión de que estaba medio loco a causa de su encierro.

Siddharta se encogió de hombros.

-Por un tiempo pueden divertirse a gusto -dijo-. Quisiera descansar un poco. Y se retiró a la caverna más pequeña.

Volvió al fondo del pozo, donde se echó sobre su manta, y durmió.

Tuvo un sueño. Estaba corriendo.

Lo precedía su sombra. Él corría hacia ella, y la sombra se agigantaba.

Creció hasta dejar de ser su sombra y transformarse en un trazo grotesco.

De pronto supo que su sombra había sido alcanzada por la de su perseguidor: alcanzada, aplastada, inmersa, y dominada.

Luego padeció un momento de pánico terrible, en la ciega planicie por la que huía.

Supo que esa era ahora su propia sombra.

El destino que lo había perseguido ya no estaba a sus espaldas.

Supo que él era su propio destino.

Sabiendo que al fin se había alcanzado a sí mismo, rió en alta voz, aunque en realidad hubiera querido gritar. Cuando despertó, estaba caminando.

Subía por la sinuosa vereda de la pared del Pozo del Infierno.

Al caminar, pasaba junto a las llamas encarceladas. Cuando pasaba, de nuevo volvían a gritarle

-¡Amos, liberadnos!

Y los bordes del témpano que era su mente se deshelaron con lentitud.

Amos.

En plural. No en singular. Amos, habían dicho.

Entonces supo que no caminaba a solas.

Ninguna de esas formas trémulas y fulgurantes surcaba las tinieblas, alrededor o debajo de él.

Los que estaban prisioneros seguían prisioneros. Los que estaban libres se habían marchado.

Ahora trepaba por la alta pared del Pozo del Infierno, sin antorchas que le iluminaran el camino. Sin embargo, veía.

Veía con toda claridad la vereda rocosa como si lo envolviera la luz de las lunas.

Sabía que sus ojos eran incapaces de esa proeza. Y lo habían interpelado en plural.

Y su cuerpo avanzaba, pero no bajo el gobierno de la voluntad.

Hizo un esfuerzo por detenerse, por no hacer ningún movimiento.

Continuó subiendo por la vereda, y fue entonces cuando sus labios se movieron, formando las palabras:

-Veo que te has despertado. Buenos días.

Una pregunta cobró forma en su mente, y su propia boca se encargó de responderla en el acto

-Sí, ¿y qué sensación tienes, Sujetador, al verte sujeto en tu propio cuerpo?

Siddharta esbozó otro pensamiento

-No creí que los de tu raza fueran capaces de dominarme contra mi voluntad... ni siquiera mientras dormía. -Para ser honesto -dijo el otro-, yo tampoco lo creía. Pero, como tenía a mi disposición los poderes combinados de muchos de los míos, me pareció que valía la pena intentarlo.

-¿Y los otros? ¿Dónde están?

-Se fueron. A vagar por el mundo, hasta que los convoque.

-¿Y estos que todavía siguen prisioneros? Si hubieses esperado, los habría liberado a ellos también.

-¿Qué me importan estos otros? ¡Ahora estoy libre y vuelvo a disponer de un cuerpo! ¿Qué más puedo pretender?

-¿Es decir que he de olvidarme de la ayuda que me prometiste?

-De ningún modo -respondió el demonio-. Volveremos sobre el asunto en, digamos, una luna menos. La idea realmente me atrae. Creo que una guerra con los dioses sería algo excelente, sin duda. Pero primero quisiera gozar un poco de los placeres de la carne. ¿Por qué vas a reprocharme que quiera divertirme después de haberme impuesto siglos de tedio y sujeción?

-Debo admitir, sin embargo, que te reprocho que uses así de mi persona.

-Sea como fuere, tendrás que soportarlo por un tiempo. También tú podrás disfrutar de lo que yo disfrute. ¿Por qué no tratas de sacar el mejor partido de la situación?

-¿Dices que realmente estás dispuesto a entablar una guerra contra los dioses?

-Claro que sí. Ojalá la idea se me hubiese ocurrido a mí en los viejos tiempos. Posiblemente, jamás nos hubieses sujetado. Posiblemente, ya no habría hombres ni dioses en este mundo. Aunque jamás estuvimos muy dispuestos a una acción conjunta. La independencia de espíritu es el natural complemento de nuestra independencia personal. Cada cual peleaba sus propias batallas en el conflicto general con la humanidad. Yo soy el jefe, es cierto, pues soy el más viejo, el más fuerte y el más sabio. Acuden a mí para que les aconseje, me sirven cuando les ordeno. Pero nunca les ordené que se unieran para batallar. Sin embargo, más tarde lo haré. La novedad será un buen estímulo para distraer la monotonía.

-Te sugiero que no esperes, porque no habrá un "más tarde", Taraka.

-¿Por qué no?

-Vine al Infierno acosado por los zumbidos y picaduras de la ira de los dioses. Ahora hay sesenta y seis demonios sueltos en el mundo. Su presencia no tardará en ser advertida. Entonces los dioses sabrán quién lo hizo y tomarán medidas contra nosotros. Perderemos el elemento sorpresa.

-Luchamos contra los dioses en los días de antaño... -Y estos no son los días de antaño, Taraka. Ahora los dioses son más fuertes, mucho más fuertes. Estuviste prisionero mucho tiempo, y el poder de ellos se acrecentó con los siglos. Aun cuando tengas a tu mando el primer ejército de Rakasha de la historia y yo los respalde en la batalla con un poderoso ejército de hombres, aun así el resultado final será incierto. Postergar las cosas equivale a arrojarlas por la borda.

-Preferiría que no me hablases de ese modo, Siddharta, porque me inquietas.

-Esa es mi intención. Si te encuentras con Yama, pese a tu poder él te sorberá la vida con los ojos. Vendrá aquí, a los Ratnagaris, porque está siguiéndome. La libertad de los demonios servirá de señal para atraerlo. Puede traer a otros consigo. Y acaso descubras que no es fácil enfrentarlos.

El demonio no respondió. Llegaron al extremo superior del pozo, y Taraka recorrió los doscientos pasos que lo separaban de la enorme puerta. Estaba abierta, y él se asomó al umbral y miró hacia abajo.

-¿Dudas del poder de los Rakasha, eh, Sujetador? -le preguntó-. ¡Mira!

Dio un paso en el vacío. No cayeron.

Flotaban, como las hojas que él había tirado... ¿cuánto tiempo hacía?

Descendían suavemente.

Aterrizaron a mitad de camino en el sendero que bajaba por la montaña llamada Channa.

-No sólo puedo apropiarme de tu sistema nervioso -dijo Taraka-, sino que he envuelto todo tu cuerpo, cubriéndolo con las energías de mi ser. Que venga el del Atuendo Rojo con sus ojos que sorben la vida. Me gustaría enfrentarlo.

-Aunque puedas caminar por el aire -dijo Siddharta-, hablar así es una temeridad.

-La corte del príncipe Videgha no está lejos de aquí, en Palamaidsu -dijo Taraka-, pues allí lo visité al regresar del Cielo. Entiendo que es aficionado al juego, así que allá vamos.

-¿Y si el Dios de la Muerte viene a unirse a la partida?

-¡Que venga! -gritó el otro-. Me estás aburriendo, Siddharta. ¡Vuélvete a dormir!

Hubo una breve oscuridad y un gran silencio que se agigantaba y se retraía.

Los días que siguieron fueron brillantes fragmentos. Solía percibir jirones de diálogos o canciones, el colorido espectáculo de galerías, cámaras, jardines. Una vez entrevió una mazmorra con hombres estirados en el potro, y se oyó a sí mismo reír.

Entre estos fragmentos lo visitaban sueños y ensoñaciones alumbrados por el fuego, inundados por la sangre y las lágrimas. En una catedral tenebrosa e infinita arrojó dados que eran soles y planetas. Los meteoros restallaban sobre su cabeza, los cometas trazaban arcos fulgurantes sobre una bóveda de cristal negro. Lo invadió un júbilo transido de temor, y supo que si bien esa sensación era de otro, en parte le pertenecía. El temor era suyo.

Cuando Taraka bebía en exceso, o yacía jadeante en el bajo y ancho diván de su harén, menguaba un poco la fuerza con que asía el cuerpo que había robado. Pero esa irrupción había debilitado la mente de Siddharta, y su cuerpo estaba ebrio y exhausto; y sabía que aún no era el momento apropiado para oponerse a la sujeción del señor de los demonios.

A veces veía no con los ojos del cuerpo que alguna vez le había pertenecido, sino con los ojos de un demonio, hacia todas partes, y desnudaba de su carne y de sus huesos a quienes lo acompañaban, para contemplar la llama que ardía dentro de ellos, tiznada por los matices y las sombras de las pasiones, enardecida por los destellos de la avaricia, la

lujuria y la envidia, acerada por la codicia y la voracidad, humeante de odio, desdibujada por el miedo y el dolor. Su infierno era un reino policromo, sólo mitigado, a veces, por el frío resplandor azul del intelecto de un sabio, la blanca luz de un monje agonizante, el aura rosada de una noble dama que lo rehuía, y los colores sencillos y danzantes de los niños que jugaban.

Recorría con paso firme los altos salones y las anchas galerías del palacio real de Palamaidsu, uno de sus botines. El príncipe Videgha yacía encadenado en su propia mazmorra. En todo el reino, ningún súbdito advertía que era un demonio quien ahora ocupaba el trono. Las cosas parecían ser como habían sido siempre. Siddharta entrevió las calles de la ciudad recorridas a lomo de elefante. Se había ordenado que todas las mujeres se pararan delante de sus casas. Escogió las que más le gustaban y las hizo llevar a su harén. Siddharta advirtió, con repentino asombro, que él colaboraba en la elección, entablando disputas con Taraka acerca de las virtudes de tal o cual matrona, dama o doncella. Los apetitos del señor de los demonios lo habían contaminado, y ahora se convertían en los suyos. Al darse cuenta de esto, prestó mayor atención y no siempre era la mano del demonio la que llevaba a sus labios el cuerno de vino o empuñaba el azote en la mazmorra. Llegó a ser consciente durante períodos más largos, y entonces supo, no sin espanto, que en su interior, como en el interior de cada hombre, anidaba un demonio capaz de actuar según sus propias normas.

Hasta que un día se opuso al poder que le gobernaba su cuerpo y le torcía la mente. Se había recobrado mucho, y coexistía con Taraka en todos sus actos, como espectador silencioso y como copartícipe activo.

Estaban en el balcón que daba al jardín, contemplando el día. Con un simple gesto, Taraka había ennegrecido todas las flores. Criaturas semejantes a lagartos habitaban ahora los árboles y los estanques, croando y deslizándose entre las sombras. Los inciensos y perfumes que flotaban en el aire eran espesos y empalagosos. Volutas de humo negro reptaban por el suelo como serpientes.

Tres veces habían atentado contra su vida. El capitán de la guardia palaciega había sido el último en intentarlo. Pero la espada que blandía se había transformado en un reptil y le había mordido el rostro, arrancándole los ojos e inyectándole en las venas un líquido ponzoñoso que lo había hinchado y amoratado. Había muerto implorando un trago de agua.

Siddharta estudió la conducta del demonio, y en ese momento atacó.

Su poder había vuelto a crecer lentamente desde la última vez que lo había esgrimido aquel día en el Pozo cadáveres para perseguir a sus víctimas y abrazarlas. Se obraban tenebrosos milagros, como ese bosque de árboles retorcidos que brotó de las baldosas de mármol en la misma sala del trono, un bosque donde los hombres dormían sin despertarse, gritando a medida que una pesadilla reemplazaba a otra pesadilla. Pero una atmósfera extraña y diferente impregnaba el palacio.

Taraka ya no sentía satisfacción.

-¿Cuál es la maldición del Buddha? -repitió en cuanto volvió a sentir la presencia de Siddharta. Siddharta no respondió en seguida.

El otro continuó:

-Creo que pronto te devolveré tu cuerpo. Estoy harto de estas diversiones, de este palacio. Estoy harto, y creo que ya se acerca el día en que debemos declararle la guerra al Cielo. ¿Qué dices, Sujetador de Demonios? Te dije que sería fiel a mi palabra. Siddharta no respondió.

-Mis placeres decrecen día a día. ¿Sabes por qué, Siddharta? ¿Puedes decirme por qué me invaden sensaciones desconocidas que amargan mis momentos más intensos, debilitándome y aplacándome cuando debería estar exaltado, cuando debería estar rebosante de júbilo? ¿Es esta la maldición del Buddha?

Librodot

-Sí -dijo Siddharta.

-Entonces dispénsame de tu maldición, Sujetador de Demonios, y partiré hoy mismo. Te devolveré este manto de carne. i Anhelo una vez más los fríos y límpidos vientos de las alturas! ¿Ahora me dejarás en libertad?

-Es muy tarde, oh jefe de los Rakasha. Tú mismo atrajiste esa maldición sobre ti. Tú mismo la has buscado.

-¿Yo mismo? ¿Cómo lograste sujetarme esta vez?

-¿Recuerdas que te burlaste de mí cuando luchamos en el balcón? Me dijiste que también yo me complacía con el dolor que tú infligías a otros. Tenías razón, pues todos los hombres albergan una parte de tinieblas y otra de luz. El hombre es una criatura dividida, no la llama nítida y pura que tú eras antes. El intelecto a menudo combate con las emociones, la voluntad con los deseos... los ideales están reñidos con el medio, y quien los sigue deplora la pérdida de lo antiguo... pero si no los sigue, lamenta haber traicionado un sueño noble y nuevo. Cualquiera de sus actos entraña a la vez una pérdida y una ganancia, una llegada y una partida. Siempre añora lo que se fue y en parte teme lo que está por venir. La razón se opone a la tradición. Las emociones se oponen a las restricciones impuestas por sus semejantes. Siempre, de la fricción entre estas cosas, resulta eso que con sorna llamaste la maldición del hombre: la culpa.

"Debes saber, pues, que como convivimos en el mismo cuerpo y yo compartí tu conducta, no siempre voluntariamente, transitamos un camino donde el tránsito no avanzaba en una sola dirección. Así como doblegaste mi voluntad por medio de tus actos, tu voluntad fue a la vez doblegada por la revulsión que algunos de ellos me causaban. Ahora conoces la culpa, que siempre ha de arrojar una sombra sobre lo que comas y bebas. Por eso ha flaqueado tu placer. Por eso quieres escapar. Pero no te servirá de nada. Te seguirá por todo el mundo. Se elevará contigo al reino de los fríos y límpidos vientos. Te perseguirá dondequiera que vayas. Esta es la maldición del Buddha.

Taraka se cubrió la cara con las manos.

-O sea que esto es el llanto -dijo al cabo. Siddharta no respondió.

-Maldito seas, Siddharta -dijo-. Has vuelto a sujetarme, me has arrojado a una prisión más terrible que el Pozo del Infierno.

-Tú mismo te has sujetado. Fuiste tú quien quebró el pacto. Yo me mantuve fiel.

--Los hombres suelen sufrir cuando quiebran un pacto con los demonios -dijo Taraka-, pero ningún Rakasha ha sufrido jamás de este modo.

Siddharta no respondió.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, la puerta del aposento de Siddharta crujió con estrépito. -¿Quién se atreve? -vociferó mientras la puerta se rompía hacia adentro, los goznes se desprendían de la pared y la tranca se partía como un palo seco.

Cabeza de tigre cornúpeto sobre hombros de simio, desmesurados cascos en vez de pies, garras en vez de manos, el Rakasha irrumpió en la habitación, exhalando humo por la boca; se volvió transparente por un segundo, después de nuevo plenamente visible, se disipó una vez más, volvió a aparecer. Las garras manaban algo que no era sangre, y una ancha quemadura le cruzaba el pecho. En el aire había olor a pelo chamuscado y carne quemada.

-¡Amo! -gritó-. ¡Vino un forastero, y solicita una audiencia contigo!

-¿Y no lograste convencerlo de que yo no estaba disponible?

-Señor, una veintena de guardias humanos le cerró el paso, y él hizo un gesto... Les apuntó con la mano, y hubo un destello de luz tan brillante que ni los Rakasha podían mirarlo de frente. Duró sólo un instante, pero todos desaparecieron como si nunca

hubiesen existido... Además abrió un enorme boquete en el muro que los protegía... No quedaron escombros. Sólo un boquete, limpio y bien recortado. ..

-¿Y después lo atacaste?

-Muchos Rakasha nos arrojamos sobre él, pero tiene puesto eso que nos repele. Hizo otro gesto y tres de nosotros desaparecieron, se disiparon en esa luz... Yo no la recibí en pleno, su poder apenas me rozó. Por lo tanto, me envió a traerte este mensaje... Ya no puedo tenerme en pie...

En eso el Rakasha desapareció, y donde había estado quedó un globo de fuego. Ahora las palabras penetraban en la mente en lugar de articularse como sonidos.

-Dice que vayas a verlo sin demora. De lo contrario, amenaza con destruir el palacio.

-¿Los tres que quemó también recobraron sus formas?

-No -respondió el Rakasha-. Ya no están...

-¡Descríbeme a ese forastero! -ordenó Siddharta, que tenía que hacer esfuerzos para que las palabras le salieran de los labios.

-Es muy alto -dijo el demonio-, y usa pantalones y botas negras. Sobre la cintura lleva una vestimenta extraña. Es como un guante blanco que sólo tiene costuras en la mano derecha y que le cubre el brazo y los hombros, envolviéndole el cuello y ciñéndole estrechamente toda la cabeza. Sólo se le ve la parte inferior del rostro, porque se tapa los ojos con unos enormes anteojos negros que sobresalen medio palmo de la cara. Lleva al cinto una funda corta del mismo material blanco que la ropa, pero en lugar de una daga tiene una vara. Debajo de esa ropa, allí donde le tapa los hombros y se une con el cuello, hay una joroba, como si ocultara un pequeño bulto.

-¡Agni! -dijo Siddharta-. ¡Acabas de describir al Dios del Fuego!

-Tiene que serlo, en efecto -dijo el Rakasha-. Pues cuando penetré sus carnes con la mirada para ver los colores de su auténtico ser, vi una llamarada semejante al corazón del sol. Si existe un dios del Fuego, sin duda es éste.

-Hemos de darnos a la fuga -dijo Siddharta-, pues va a haber un gran incendio. Con éste no podemos luchar, así que marchémonos cuanto antes.

-No temo a los dioses -dijo Taraka-, y me gustaría medir fuerzas con éste.

-No puedes derrotar al Señor de las Llamas -dijo Siddharta-. Su vara de fuego es invencible. Se la dio el Dios de la Muerte.

-Entonces se la arrebataré y la volveré contra él.

-¡Nadie puede empuñarla sin quedar ciego y perder una mano! Por eso el dios se viste en forma tan extraña. ¡No perdamos más tiempo!

-Quiero verlo con mis propios ojos -dijo Taraka-. Tengo que verlo.

-No dejes que tu nuevo hallazgo, la culpa, te induzca a coquetear con la autodestrucción.

-¿La culpa? -dijo Taraka-. ¿Ese mezquino roedor de la mente del que me hablaste? No, no se trata de la culpa. Se trata de que nuevos poderes han surgido en el mundo donde nadie, salvo tú, podía vencerme. Los dioses no eran tan fuertes en los viejos tiempos, y si en verdad ha crecido su poder, alguien debe ponerlo a prueba... ¡yo! Mi naturaleza, hecha de energía, me exige combatir cada nueva energía que surge, para derrotarla o para ser sojuzgado por ella. Tengo que poner a prueba la fuerza del Señor Agni, para vencerlo.

-¡Pero en este cuerpo somos dos!

-Tienes razón... Si este cuerpo es destruido, te prometo llevarte conmigo. Ya he fortificado tus llamas y eres como uno de los míos. Si este cuerpo muere, seguirás viviendo como un Rakasha. Nuestro pueblo también usó cuerpos alguna vez, y recuerdo el arte de fortificar las llamas para que puedan arder con independencia del cuerpo. Contigo puse en práctica ese arte, así que no temas.

-Muchas gracias.

-¡Ahora afrontemos la llama, y apaguémosla! Dejaron el aposento real y bajaron la escalera. Muy abajo, encarcelado en su propia mazmorra, el príncipe Videgha sollozaba en sueños.

Salieron por la puerta que había detrás de los cortinados a espaldas del trono. Cuando apartaron los cortinados, vieron que la gran sala estaba desierta, con excepción de los durmientes del bosque tenebroso y aquel que se erguía en el centro con un brazo blanco cruzado sobre un brazo desnudo, aferrando una vara de plata entre los dedos de la mano enguantada.

-¿Lo ves ahí de pie? -dijo Siddharta-. Confía en su poder, y tiene sus razones. Es Agni de los Lokapalas. Si no hay obstáculos de por medio, puede ver hasta el punto más lejano del horizonte como si lo tocara con la punta de los dedos, y hacer blanco a esa distancia. Se dice que una noche marcó a las mismas lunas con esa vara. Le basta unir la base a un contacto que tiene en el guante para que el Fuego Universal brote con un brillo enceguecedor, obliterando la materia y dispersando las energías que se interpongan en su camino. Aún no es tarde para retirarnos... ¡Agni! -oyó que gritaba su boca-. ¿Solicitaste audiencia con el que manda aquí?

Los anteojos negros se volvieron hacia él. Los labios de Agni se estiraron para desvanecerse en una sonrisa que se disolvió en palabras.

-Pensé que te encontraría aquí -dijo con voz nasal y penetrante-. Era demasiada santidad y tuviste que cortar con ella, ¿no? ¿Cómo quieres que te llame: Siddharta, Tathagatha, Mahasamatman... o lisa y llanamente Sam?

-Idiota -respondió Sam-. Aquel que conociste como el Sujetador de Demonios, por todos o cualquiera de esos nombres, hoy está sujeto al poder de otro. ¡Tienes el privilegio de dirigirte a Taraka de los Rakasha, Señor del Infierno!

Sonó un chasquido, y los lentes se pusieron rojos.

-Sí, veo que dices la verdad -respondió el otro-. Tengo ante mí un caso de posesión demoníaca. Una situación interesante. Y sin duda difícil, también. -Se encogió de hombros, y añadió:- Pero me da lo mismo destruir a dos que a uno.

-¿Te parece? -preguntó Taraka, tendiendo los brazos.

Hube entonces un estruendo y el bosque negro se dispersó por el suelo al instante, sofocando al que allí estaba con el abrazo de las ramas chamuscadas. El estruendo continuó, y el suelo se movió varias pulgadas debajo de ellos. Del techo provino un crujido y el estrépito de la piedra al partirse. El polvo y la mampostería comenzaron a desmoronarse.

Luego siguió un relámpago enceguecedor y los árboles desaparecieron, dejando unos tocones bajos y unas manchas de hollín.

Con un chirrido y un fragor estremecedor, el cielo raso se derrumbó.

Mientras se retiraban por la puerta que había a espaldas del trono, vieron que la figura, erguida en el centro de la sala, alzaba la vara directamente encuna de la cabeza y trazaba con ella un pequeño círculo.

Arriba estalló un cono resplandeciente que disolvía cuanto tocaba.

Los labios de Agni no dejaban de sonreír mientras la lluvia de escombros caía sin alcanzarlo.

El estruendo seguía. El suelo se resquebrajó y las paredes comenzaron a temblar.

Cerraron la puerta de un golpe, y Sam sintió un vértigo turbulento cuando la ventana, que un momento antes estaba en el extremo del corredor, pasó junto a él como un rayo.

Enfilaron hacia el cielo, perdiéndose en lo alto. Una especie de hormigueo o burbujeo le invadió el cuerpo y se sintió como una criatura líquida atravesada por una corriente eléctrica.

Al mirar hacia atrás con la visión del demonio, que veía en todas las direcciones, contempló a Palamaidsu, ya tan lejana que parecía un cuadro enmarcado y colgado de una pared. En la alta colina del centro de la ciudad, el palacio de Videgha se derrumbaba, y grandes estrías de luz semejantes a rayos invertidos brincaban desde las ruinas hasta el cielo.

-Ahí tienes la respuesta, Taraka -dijo Sam-. ¿Quieres que una vez más pongamos a prueba su poder?

-Tenía que cerciorarme -dijo el demonio.

-Ahora déjame advertirte otra cosa. Cuando dije que Agni podía ver hasta el punto más remoto del horizonte si no había obstáculos de por medio, no estaba bromeando. Si se libera pronto y vuelve la mirada hacia aquí, nos detectará. No creo que puedas viajar más rápido que la luz, y te sugiero que vueles bajo y utilices el terreno para cubrirte.

-Nos he vuelto invisibles, Sam.

-Los ojos de Agni penetran a más profundidad que los de un hombre en las franjas rojas y violetas.

Luego perdieron altura rápidamente. Frente a Palamaidsu, sin embargo, Sam pudo ver que el único testimonio que quedaba del palacio de Videgha era una nube de polvo en una ladera grisácea.

Con la velocidad de un torbellino volaron hacia el norte, hasta que al fin sobrevolaron los Ratnagaris. Cuando llegaron a la montaña llamada Channa, descendieron hasta aterrizar en el umbral de la entrada al Pozo del Infierno.

Entraron y cerraron la puerta.

-Seguirán persiguiéndonos -dijo Sam-, y ni siquiera el Pozo del Infierno nos servirá de refugio.

-¡Qué confiados están en su poder -dijo Tarakapara que venga sólo uno de ellos!

-¿No te parece que esa confianza tiene fundamento?

-Sí -dijo Taraka-. ¿Pero qué hay del dios del Atuendo Rojo de quien me hablaste, el que sorbe la vida con los ojos? ¿No creías que mandarían al Señor Yama en lugar de Agni?

-Sí -dijo Sam, mientras se dirigían al pozo-, estaba seguro de que nos seguiría, y todavía lo estoy. La última vez que lo vi, lo puse en una situación algo incómoda. Creo que me perseguirá por todas partes. Quién sabe si no nos ha tendido una emboscada en el fondo mismo del Infierno.

Llegaron al borde del pozo y bajaron por la vereda.

-No está adentro -anunció Taraka-. Aquellos que siguen sujetos ya me habrían advertido si por aquí hubiese pasado alguien que no fuera un Rakasha.

-Vendrá -afirmó Sam-, y cuando el del Atuendo Rojo venga al Pozo del Infierno, nadie lo detendrá en su carrera.

-Pero muchos lo intentarán -dijo Taraka-. Ahí tienes a uno.

La primera llama apareció a la vista en un nicho lateral.

Cuando pasaron, Sam la liberó y la llama brincó en el aire como un pájaro de fuego, arrojándose en espiral hacia el abismo.

Bajaron paso a paso, y cada nicho dejaba en libertad la llama que encerraba. A una orden de Taraka, algunas se elevaron y desaparecieron por el borde del pozo, saliendo por la poderosa puerta en cuya cara externa estaban inscriptas las palabras de los dioses.

Cuando llegaron al fondo del pozo, Taraka dijo:

-Liberemos también a los que están encerrados en las cavernas.

Y se internaron por pasadizos y grutas profundas, liberando a los demonios allí encerrados.

Luego, después de un tiempo -Sam no supo calcular cuánto-, todos estuvieron en libertad.

Librodot

Los Rakasha se congregaron en la caverna, formando grandes falanges de fuego, y sus gritos se aunaron en una nota vibrante y uniforme que rodaba como espuma, encrespándose en la cabeza de Sam, quien por fin advirtió, no sin perplejidad, que estaban cantando.

-Sí -dijo Taraka-, y lo hacen por primera vez en muchos siglos.

Sam escuchó las ondas que le sacudían el cráneo y, en medio del zumbido y el resplandor, percibió parte del significado cuando las sensaciones que acompañaban el cántico se articularon en palabras y cadencias que le resultaban más familiares:

Somos las huestes malditas del Infierno,
los desterrados de la llama caída.
Somos la raza abatida por el hombre.
Lo maldecimos. ¡ Que nadie lo nombre!

Nuestro fue el mundo antes de los dioses,
en días previos a la raza humana.
Cuando hombres y dioses se hayan ido,
una vez más el mundo será nuestro.

Los montes caerán, se secarán los mares;
y las lunas se borrarán del cielo.
Un día ha de caer el Puente de Oro,
y ha de expirar toda criatura.

Nosotros, los malditos, surgiremos
cuando caigan los dioses y los hombres.
Las huestes del Infierno nunca mueren.
¡Esperamos, para alzarnos de nuevo!

Sam escuchó estremecido ese cántico donde enumeraban sus glorias pretéritas, confiados en su destreza para sobrevivir a cualquier circunstancia, para afrontar cualquier poder ajeno con una suerte de toma de yudo cósmica -un empellón, un tirón y una larga espera-, como si les bastara aguardar a que la fuerza de sus adversarios se volviera contra ellos mismos para provocar su extinción. En ese momento, casi llegó a creer que cantaban la verdad y que un día, sobre el transfigurado paisaje de un mundo muerto, sólo perduraría el aleteo de los Rakasha.

Luego desvió la atención hacia otros asuntos y se deshizo de esas reflexiones. Pero en los días subsiguientes (y a veces, años más tarde), de nuevo lo hostigaron para socavar sus esfuerzos y corroer sus alegrías, para sumirlo en la perplejidad y en la culpa, en la melancolía y en la humillación.

Al tiempo, uno de los Rakasha que había partido regresó y descendió al pozo. Aleteó en el aire e informó lo que había visto. Mientras hablaba, sus llamas adoptaron la forma de una tau.

-Así es la forma del carro -dijo- que resplandeció en el cielo y luego bajó al valle que hay más allá del Pico del Sur.

-Sujetador de Demonios, ¿conoces esa nave? -preguntó Taraka.

-Me la han descripto alguna vez -dijo Sam-. Es el carro de trueno del Señor Shiva.

-Descríbeme al que la ocupaba -le dijo al demonio.

-Había cuatro, Señor.

-¡Cuatro!

-Sí. Uno es el que has descripto como Agni, Señor del Fuego. Lo acompaña alguien que luce cuernos de toro sobre el yelmo bruñido, con una armadura que parece de bronce herrumbrado, pero no es de bronce; tiene labradas las formas de muchas serpientes, y no parece pesarle cuando se mueve. En su única mano lleva un tridente brillante, y ningún escudo le protege el cuerpo.

-Ese es Shiva -dijo Sam.

-Y con estos dos viene uno totalmente vestido de rojo, de semblante oscuro. Éste no habla, pero de vez en cuando le dirige una mirada a la mujer que lo acompaña, a su izquierda. Ella es de tez clara y cabello rubio, y también viste una armadura roja. Sus ojos son como el mar, y con frecuencia sonríe con labios del color de la sangre de los hombres. Un collar de cráneos le ciñe la garganta. Lleva un arco y una espada corta al cinto. Con las manos empuña un extraño instrumento, semejante a un cetro negro que culmina en un cráneo de plata que también es una rueda.

-Estos dos son Yama y Kali -dijo Sam-. Ahora escúchame, Taraka, el más poderoso de los Rakasha, pues te describiré las fuerzas que vienen contra nosotros. El poder de Agni ya lo conoces bien, y en cuanto al del Atuendo Rojo, ya te hablé de él. Ahora bien, la que viene a la izquierda de la Muerte también es capaz de sorber con la mirada la vida que contempla. Su cetro chilla como las trompetas que anuncian el fin del Yuga, y todos los que oyen su gemido son derribados y confundidos. Ella es tan temible como su Señor, que es implacable e invencible. Pero el que tiene el tridente es el mismo Señor de la Destrucción. Es cierto que Yama es Rey de los Muertos y Agni Señor de las Llamas, pero el poder de Shiva es el poder del caos. Suya es la fuerza que escinde a un átomo de otro, capaz de destruir las formas de todas las cosas. Contra estos cuatro, dé nada vale todo el poder del Infierno. Por lo tanto, retirémonos de inmediato, pues lo más seguro es que se dirijan hacia aquí.

-¿Acaso no te prometí, Siddharta -dijo Taraka-, que te ayudaría a combatir a los dioses?

-Sí, pero yo me refería a un ataque por sorpresa. Ahora, éstos han cobrado su Aspecto y han asumido sus Atributos. Si así lo hubiesen preferido, y sin necesidad de que el carro de trueno aterrizara, Channa ya no existiría y en lugar de esta montaña habría un profundo cráter, en el mismo corazón de los Ratnagaris.

Tenemos que huir para enfrentarlos otro día.

-¿Recuerdas la maldición del Buddha? -preguntó Taraka-. ¿Recuerdas cómo me enseñaste qué es la culpa, Siddharta? Yo lo recuerdo, y siento que te debo esta victoria. Te debo algo por tus sufrimientos, y en pago pondré a estos dioses en tus manos.

-¡No! ¡Si has de ofrecerme tus servicios, que sea otra vez! ¡El mejor servicio que ahora puedes brindarme es llevarme lejos de aquí, y pronto!

-¿Acaso temes presentar batalla, Señor Siddharta?

-¡Sí, claro que sí! ¡Es una temeridad! ¿Qué hay de vuestra canción "Esperamos para alzarnos de nuevo"? ¿Dónde está la paciencia de los Rakasha? Dicen que pueden esperar a que se sequen los mares y que caigan los montes, que las lunas se borren del cielo... ¡pero no pueden esperar a que yo disponga el momento y el lugar de la batalla! A estos dioses

los conozco mejor que tú, pues alguna vez fui uno de ellos. No actúes con precipitación.

i Si quieres ayudarme, líbrame de este encuentro!

-Muy bien. Seguiré tu consejo, Siddharta. Tus palabras me conmueven, Sam. Pero me gustaría medir sus fuerzas, de modo que enviaré contra ellos a algunos de los Rakasha. Pero tú y yo nos alejaremos, internándonos en las raíces del mundo. Allí aguardaremos el anuncio de la victoria. Si, por alguna razón, los Rakasha son derrotados, entonces te llevaré lejos de aquí y te devolveré tu cuerpo. Sin embargo, me gustaría compartirlo unas horas más, para saborear tus pasiones durante la lucha. Sam inclinó la cabeza.

-Amén -dijo. Con un cosquilleo en el cuerpo, sintió que lo alzaban del suelo y lo llevaban por vastas cavernas ignoradas por los mapas de los hombres.

Mientras circulaban de un recinto abovedado al otro, descendiendo por túneles, grietas y fosos, a través de laberintos, grutas y corredores de piedra, Sam dejó vagar la mente en un retrospectivo descenso a los pasadizos de su memoria. Pensó en los días de su reciente ministerio, cuando había intentado injertar las enseñanzas de Gautama en el tronco de la religión que gobernaba el mundo. Pensó en Sugata, ese extraño personaje cuyas manos habían impartido tanto la muerte como la bendición. Con el transcurso del tiempo, los nombres de ambos se fundirían, al igual que sus actos. Había vivido demasiado para ignorar cómo el tiempo moldeaba las leyendas. Ahora sabía que había existido un verdadero Buddha. Sus prédicas; por muy espurias que fueran, habían atraído a este auténtico creyente que de algún modo había alcanzado la iluminación, impresionando a los hombres con su santidad y entregándose por decisión propia en las manos de la misma Muerte. Sabía que Tathagatha y Sugata serían parte de la misma leyenda, y que Tathagatha brillaría a la luz que arrojaba su discípulo. Sólo sobreviviría el único Dhamma. Luego evocó la batalla de la Mansión del Karma, y las maquinarias aún ocultas en un lugar secreto. Y entonces pensó en las innúmeras transferencias que había padecido, en las batallas que había librado, en las mujeres que había amado en el curso de los siglos; reflexionó sobre cómo podía ser el mundo y sobre cómo era este mundo, y por qué. Y nuevamente se enfureció contra los dioses. Recordó los días en que un puñado de ellos había combatido a los Rakasha y los Nagas, a los Gandharvas y al Pueblo-del-Mar, a los demonios Kataputna y a las Madres del Terrible Fulgor, a los Dakshinis y a los Pretas, a los Skandas y a los Pisakas, derrotándolos, arrancando un mundo del caos y fundando en él la primera ciudad de los hombres. Había visto a esa ciudad pasar por todas las etapas que una ciudad puede atravesar, hasta el momento actual, en que la habitaban aquellos que podían violentar un momento sus propias mentes y transformarse en dioses, cobrando un Aspecto que fortificaba sus cuerpos, intensificaba sus voluntades y ampliaba el poder de sus deseos convirtiéndolos en Atributos capaces de abatirse sobre sus adversarios con una fuerza semejante a la magia. Pensó en esa ciudad y en esos dioses, y supo de su belleza y su rectitud, de su fealdad y su injusticia. Pensó en su esplendor y su colorido, que contrastaban con el resto del mundo, y lloró en medio de la furia, pues supo que nunca podría tener la certidumbre de que oponerse a ella fuera un gran acierto o un gran error. Por eso había esperado tanto tiempo sin hacer nada. Ahora, cualquier cosa que hiciera daría como resultado una victoria a la vez que una derrota, un éxito a la vez que un fracaso; y tanto si de esas acciones resultaba el desvanecimiento del sueño de la ciudad, como si resultaba su continuación, el peso de la culpa le correspondería a él.

Esperaron en la oscuridad.

Esperaron mucho tiempo, y en silencio. El tiempo era lento como un viejo que sube una montaña.

Estaban en el borde de un estanque negro, y esperaban.

-¿No deberíamos haber recibido noticias?

-Quizá. Quizá no.

-¿Qué haremos?

-¿Qué quieres decir?

-Si no vienen nunca, ¿cuánto esperaremos aquí?

-Vendrán, cantando.

-Así lo espero.

Pero no hubo cánticos ni movimientos. Alrededor de ellos se extendía la quietud de un tiempo que no tenía objetos para corroer.

-¿Cuánto hemos esperado?

-No sé. Mucho.

-Presiento que no todo anda bien.

-Es posible. ¿Quieres que nos elevemos un poco para investigar, o prefieres que te dé la libertad ahora mismo?

-Esperemos un poco más.

-Muy bien.

Otra vez caminaron dentro del silencio.

-¿Qué fue eso?

-¿Qué?

-Un sonido.

-No oí nada y estamos usando los mismos oídos.

-No con los oídos del cuerpo... ¡Ahí está!

-No oí nada, Taraka.

-Persiste. Es como un grito, pero no tiene fin.

-¿Lejos?

-Sí, muy lejos. Escucha a mi manera.

-¡Sí! Creo que es el cetro de Kali. Entonces, la batalla continúa.

-¿Tanto tiempo? Entonces los dioses son más fuertes de lo que yo suponía.

-No, los Rakasha son más fuertes de lo que yo suponía.

-Estemos perdiendo o ganando, Siddharta, los dioses están ocupados en la lucha. Si podemos acercarnos, quizá encontremos su nave sin vigilancia. ¿La quieres?

-¿Apoderarse del carro de trueno? Es una idea magnífica... Como arma es poderosa, y además es un buen transporte. ¿Qué posibilidades tenemos de lograrlo?

-Estoy seguro de que los Rakasha pueden contenerlos tanto tiempo como sea necesario... y el Pozo del Infierno es un buen tramo. Nosotros no tenemos por qué bajar por el sendero. Estoy cansado, pero todavía puedo elevarme contigo en el aire.

-Elevémonos un poco para investigar.

Dejaron el borde del estanque negro, y el tiempo volvió a acosarlos mientras ascendían.

Al avanzar, vieron un globo de fuego que se dirigía hacia ellos. Se plantó en el suelo de la caverna y se convirtió en un árbol de fuego verde.

-¿Cómo va la batalla? -preguntó Taraka.

-Los tenemos a raya -anunció el árbol de fuego-, pero no podemos acercarnos.

-¿Por qué no?

-Hay algo que nos repele. No sé cómo llamarlo, pero no podemos aproximarnos demasiado.

-¿Cómo peleáis entonces?

-Una constante tempestad de rocas arrecia sobre ellos. Les arrojamos fuego y agua y vientos turbulentos también.

-¿Y ellos cómo responden?

-El tridente de Shiva se abre camino a través de todos los obstáculos. Pero por mucho que destruya, seguimos tirándole más. Así que está erguido como una estatua, deshaciendo las tormentas que no dejamos de lanzar. De vez en cuando se vuelve para

matar, mientras el Señor del Fuego rechaza el ataque. El cetro de la diosa Kali aturde a quienes lo miran. Una vez aturdidos, afrontan el tridente o la mano o los ojos de la Muerte.

-¿Y no lograsteis dañarlos?

-No.

-¿Dónde están?

-Bajando por la pared del pozo. Todavía andan cerca del borde. Descienden con lentitud.

-¿Cuántas bajas tuvimos?

-Dieciocho.

-Entonces fue un error interrumpir nuestra espera para entablar batalla. El costo es muy alto y no se gana nada... Sam, ¿quieres que intentemos tomar el carro?

-El riesgo vale la pena... Sí, intentémoslo.

-Vuelve a tu puesto -ordenó al Rakasha que echaba ramas y se mecía ante él-. Vuelve, que te seguiremos más despacio. Subiremos por el lado de la pared opuesto al de ellos. Cuando iniciemos el ascenso, redoblad el ataque. Distraedlos hasta que hayamos pasado. Retenedlos para darnos tiempo a adueñarnos del carro que está en el valle. Cuando lo hayamos logrado, volveré con mi verdadera forma y daremos fin a la batalla.

-Escucho y obedezco -respondió el otro, y se esparció en el suelo para transformarse en una serpiente de luz verde que los precedió reptando.

Avanzaron apresuradamente, corriendo parte del camino, a fin de preservar las fuerzas del demonio para el salto definitivo contra la gravitación.

Habían descendido una gran distancia en las honduras de los Ratnagaris, y el viaje de regreso parecía interminable.

No obstante, llegaron al fondo del pozo; y había tanta claridad que Sam, aun con los ojos de su cuerpo, podía ver con nitidez. El estrépito era ensordecedor. Si él y Taraka hubiesen tenido que comunicarse mediante el lenguaje, la comunicación habría sido imposible.

Como una orquídea fantástica sobre una corteza de ébano, el fuego brotaba de las paredes del pozo. Cuando Agni agitaba la mano, las llamas, contorsionándose, cambiaban de forma. En el aire, como insectos brillantes, danzaban los Rakasha. Un fragor lo provocaban las ráfagas de viento, otro el estampido de las piedras. Sobre ellos se alzaba el ulular de la rueda de plata, que Kali agitaba delante de su rostro como un abanico, y se hacía mucho más terrible cuando el persistente chillido se agudizaba al punto de ser inaudible. Las rocas se partían y derretían y se disolvían en el aire, mientras candentes fragmentos brotaban como chispas de una forja, saltando, rodando y quebrando con un rojo fulgor las tinieblas del Pozo del Infierno. Las paredes que rodeaban el pozo lucían muescas, grietas y roturas en los sitios tocados por el fuego y el caos.

-Ahora -dijo Taraka-. ¡Vamos!

Se elevaron y ascendieron por el costado del pozo. Los Rakasha intensificaron el ataque, que fue respondido con un vigoroso contraataque. Sam se tapó los oídos con las manos, pero de nada le valió contra las ardientes agujas que le punzaban el cerebro cuando el cráneo de plata se volvía hacia él. Un poco a la izquierda, todo un sector de la roca desapareció súbitamente.

-No nos localizaron -dijo Taraka.

-Todavía -respondió Sam-. Ese maldito Dios del Fuego puede penetrar un mar de tinta con la mirada y localizar un grano de arena a la deriva. Si se vuelve hacia aquí, espero que puedas esquivar su...

-¿Qué te pareció? -preguntó Taraka, pues de pronto ascendieron más de cien metros, girando un poco a la izquierda.

Se lanzaron hacia arriba, perseguidos por una llamarada que se estrelló contra las rocas. Esto se interrumpió cuando los demonios, con un grito, arrancaron gigantescos peñascos y se los arrojaron a los dioses entre huracanes y cortinas de fuego.

Llegaron al borde del pozo, lo cruzaron, y dejaron de ofrecer un blanco a sus enemigos.

-Ahora tenemos que bordear todo el camino para llegar al corredor que conduce a la puerta.

Un Rakasha irrumpió desde el pozo y se apresuró a alcanzarlos.

-¡Se retiran! -gritó-. La diosa ha caído. ¡El del Atuendo Rojo la sostiene mientras huyen!

-No se retiran -dijo Taraka-. Quieren cortarnos el paso. ¡Hay que bloquearles el camino, destruir la vereda! ¡Rápido!

Como un meteoro, el Rakasha se zambulló en el pozo.

-Me estoy cansando, Siddharta. No sé si podré cubrir la distancia que va desde el umbral hasta el pie de la montaña.

-¿Puedes cubrir una parte?

-Sí.

-¿Ese tramo de cien metros donde la senda es estrecha?

-Creo que sí.

-¡Bien! Corrieron.

Mientras bordeaban el Pozo del Infierno, apareció otro Rakasha y los siguió en su carrera.

-¡Es inútil! -gritó-. Hemos destruido la vereda dos veces. ¡Las dos veces, el Señor de las Llamas quemó las piedras para abrirse paso!

-¡Entonces nada más puede hacerse! ¡Ahora quédate con nosotros! Necesitamos tu ayuda para otra cosa.

Los precedió a gran velocidad, un prisma carmesí alumbrándoles el camino.

Rodearon el pozo y se internaron en el túnel. Cuando llegaron a la salida, abrieron la puerta y se pararon en el umbral. El Rakasha que los había guiado cerró la puerta bruscamente, diciendo:

-¡Nos siguen!

Sam saltó del umbral. Mientras caía, la puerta brilló al rojo vivo y se derritió.

Con la ayuda del segundo Rakasha, descendieron toda la distancia que los separaba de la base de la montaña Channa, subieron por una vereda y doblaron en un recodo. El pie de otro monte los protegía ahora de los dioses. Pero la roca estalló, instantáneamente calcinada.

El segundo Rakasha saltó hacia arriba, giró sobre sí mismo y desapareció.

Corrieron por la vereda en dirección al valle donde estaba el carro de trueno. Cuando llegaron, el Rakasha los alcanzó.

-Vienen Kali, Yama y Agni -informó-. Shiva se quedó frente al corredor para cubrir la retaguardia. Agni va a la cabeza de todos. El del Atuendo Rojo ayuda a la diosa, que está cojeando.

Delante de ellos, en el valle, yacía el carro de trueno. Grácil y sin ornatos, del color del bronce aunque no era de bronce, se alzaba sobre una ancha planicie cubierta de hierba. Parecía una torre derrumbada, o la llave de la casa de un gigante, o alguna parte imprescindible de un instrumento de música celestial que se hubiera desprendido de una constelación para precipitarse a tierra.

En cierto modo parecía incompleto, aunque sus líneas eran irreprochables. Estaba investido de esa belleza peculiar típica de las armas más sofisticadas, que requiere un buen funcionamiento para ser convincente.

Sam se acercó, encontró la escotilla y entró.

-¿Puedes manejarlo, Sam? -preguntó Taraka-. ¿Puedes hacerlo correr por el cielo y escupir destrucción a través de la tierra?

-Estoy seguro de que Yama hizo los controles del modo más sencillo posible. Suele simplificar las cosas, si puede. Alguna vez tripulé las máquinas aéreas del Cielo, y apostaría a que ésta es similar.

Entró en la cabina, se acomodó en el asiento del piloto y observó el panel.

-¡Maldita sea! -exclamó, estirando y retrayendo la mano.

De pronto apareció el otro Rakasha, que atravesó el casco metálico de la nave y revoloteó sobre la consola.

-Los dioses se acercan rápidamente -anunció-. Especialmente Agni.

Sam conectó una serie de interruptores y presionó un botón. El panel de instrumentos se cubrió de luces y empezó a emitir un zumbido.

-¿A qué distancia está? -preguntó Taraka.

-Casi a medio camino. Ensanchó el sendero con sus llamas. Ahora corre como por una carretera. Incinera los obstáculos para abrirse paso.

Sam bajó una palanca y ajustó un dial, leyendo los indicadores. La nave se estremeció.

-¿Estás listo? -preguntó Taraka.

-No puedo despegar en frío. Tiene que calentarse. Para colmo, este tablero es más tramposo de lo que yo pensaba.

-El tiempo apremia.

-Sí.

A la distancia, el sonido de varias explosiones se elevó sobre el creciente gruñido del carro de trueno. Sam subió la palanca un punto y reajustó la perilla.

-Trataré de demorarlos -dijo el Rakasha, y desapareció como había venido.

Sam subió la palanca dos puntos más, y se oyó un resoplido que no tardó en apagarse. La nave quedó de nuevo en silencio.

Bajó la palanca a la posición inicial, giró la perilla, presionó otra vez el botón.

El carro de trueno volvió a estremecerse con un ronroneo. Sam subió la palanca un punto, ajustó la perilla. Al cabo de un momento repitió la operación, y el ronroneo se transformó en un suave gruñido.

-Desapareció -dijo Taraka-. Muerto.

-¿Quién? ¿Qué?

-El que fue a detener al Señor de las Llamas. Fracasó. Las explosiones se multiplicaron.

-Están destruyendo el Pozo del Infierno -dijo Taraka.

Con la frente perlada de sudor, Sam aferraba la palanca y esperaba.

-¡Ahí viene... Agni!

Sam miró a través del largo y curvo parabrisas. El Señor de las Llamas descendió al valle.

-Adiós, Siddharta.

-Aún no -dijo Sam.

Agni miró hacia el carro y levantó su vara. Nada sucedió.

Erguido, apuntaba con la vara; después la bajó y la sacudió.

La volvió a levantar.

Tampoco esta vez brotaron las llamas.

Se acarició la nuca con la mano izquierda, hizo algún ajuste en su equipo. En cuanto lo tocó, salió una luz de la vara y abrió un enorme boquete en el suelo.

Volvió a apuntar la vara. Nada.

Entonces echó a correr hacia la nave.

-¿Electrodirección? -preguntó Taraka.

-Sí.

Sam bajó la palanca, ajustó más la perilla. Lo envolvió un enorme rugido.

Presionó otro botón y la popa de la nave empezó a crepitar. Cuando Agni llegó a la escotilla movió otra palanca.

Hubo una llamarada y un tintineo metálico.

Se levantó del asiento, salió de la cabina y entró en el pasillo.

Agni había entrado, y apuntó con su vara.

-¡No te muevas... Sam! ¡Demonio! -gritó, por sobre el rugido de los motores; y mientras hablaba, sus anteojos enrojecieron y él sonrió-. Demonio -declaró-, ¡no te muevas, de lo contrario arderás junto con tu anfitrión!

Sam se lanzó sobre él.

Agni cayó con facilidad, pues no había pensado que el otro pudiera alcanzarlo.

-¿Cortocircuito, no? -dijo Sam, y lo golpeó en la garganta-. ¿O manchas solares? -y le pegó en la sien. Agni cayó de lado, y Sam le asestó un golpe definitivo con el canto de la mano, justamente encima de la clavícula.

Pateó la vara al otro extremo del pasillo, y cuando corrió a cerrar la escotilla supo que ya era tarde.

-Vete, Taraka -dijo-. De ahora en adelante, esta lucha me pertenece. No hay nada que puedas hacer.

-Prometí ayudarte.

-No tienes nada que ofrecer, ahora. Márchate mientras puedes.

-Si esa es tu voluntad. Pero quiero decirte unas últimas palabras...

-¡Ahórratelas! La próxima vez que pase por aquí...

-Sujetador de Demonios, esto lo aprendí de ti... Lo siento. Yo...

Algo se retorció y desgajó dentro del cuerpo y de la mente de Sam cuando la mirada letal de Yama lo penetró, calando más hondo que su propio ser.

También Kali lo miró a los ojos; y, en ese momento, alzó el cráneo de plata.

Fue como si una sombra se levantara y otra cayera.

-Adiós, Sujetador de Demonios -fueron las palabras que retumbaron en su mente.

Luego el cetro comenzó a chillar. Se sintió caer.

Había una vibración.

Dentro de su cabeza, alrededor, en todas partes.

La vibración lo despertó, y sintió que los dolores le cubrían todo el cuerpo, como vendajes.

Tenía cadenas en las muñecas y los tobillos.

Estaba echado en el piso de un pequeño compartimiento. El del Atuendo Rojo estaba sentado junto a la puerta, fumando.

Yama sacudió la cabeza sin hablar.

-¿Por qué estoy vivo? -le preguntó Sam.

-Vives al efecto de cumplir una cita concertada hace muchos años, en Maharta -dijo Yama-. Brahma tiene especial interés en verte.

-Pero yo no tengo especial interés en verlo a Brahma.

-Parece haber algo de eso, por lo que demostraste en los últimos años.

-Veo que te pudiste librar del barro. El otro sonrió.

-Eres insoportable -le dijo.

-Lo sé. Practico a menudo.

-¿Parece que se te arruinó el negocio, no?

-Lamentablemente, sí.

-A lo mejor puedes recuperar tus pérdidas. Vamos camino al Cielo.

-¿Piensas que tengo una oportunidad?

-Quizás. Los tiempos cambian. Puede que Brahma sea esta semana un dios misericordioso.

-Mi psicoanalista me recomendó que me especializara en causas perdidas.

Yama se encogió de hombros.

-¿Qué pasó con el demonio? -preguntó Sam-. El que estaba conmigo.

-Le pegué -dijo Yama- un poco fuerte. No sé si acabé con él o si sólo lo quité del paso. Pero no tienes por qué volver a preocuparte por él. Te rocié con repelente para demonios. Si la criatura todavía vive, pasará mucho tiempo antes de que se recobre de nuestro contacto. A lo mejor nunca. Pero dime, ¿cómo ocurrió? Pensé que si había alguno inmune a la posesión demoníaca, ese eras tú.

-Lo era. ¿Qué es el repelente para demonios?

-Descubrí una sustancia química, inofensiva para nosotros, intolerable para cualquier criatura hecha de energía.

-Un producto útil. Me hubiera venido bien cuando los sujeté.

-Sí. En el Pozo del Infierno lo llevábamos.

-Toda una batalla, por lo que pude ver.

-Sí. ¿Cómo es... la posesión demoníaca? ¿Qué se siente cuando hay otro que domina tu voluntad?

-Es extraño -dijo Sam- y aterrador, y bastante instructivo al mismo tiempo.

-¿En qué sentido?

-Este mundo era de ellos -dijo Sam-. Nosotros se lo arrebatamos. ¿Por qué no han de ser todo aquello que nosotros aborrecemos? Para ellos, los demonios somos nosotros.

-¿Pero qué se siente?

-¿Cuando hay otro que domina tu voluntad? Tendrías que saberlo.

La sonrisa de Yama se esfumó, luego volvió a aparecer.

-Te gustaría que te golpee, ¿no, Buddha? Te haría sentir superior. Lamentablemente, soy un sádico y no voy a hacerlo.

Sam se rió.

-Touché, Muerte -le dijo. Estuvieron un rato en silencio.

-¿Puedes convidarme un cigarrillo? Yama le dio uno y lo encendió.

-¿Cómo es actualmente la Primera Base?

-Apenas reconocerías el lugar -dijo Yama-. Si todos los que viven allí se murieran hoy mismo, dentro de diez mil años seguiría en perfectas condiciones. Seguirían brotando las flores, seguiría sonando la música y las fuentes seguirían abriendo su abanico. Seguirían sirviéndose comidas calientes en los jardines. La misma Ciudad es inmortal.

-Una residencia apropiada, supongo, para quienes se autodenominan dioses.

-¿Se autodenominan? -exclamó Yama-. Te equivocas, Sam. La divinidad es algo más que un nombre. Es una condición ontológica. Para alcanzarla no basta la inmortalidad, pues hasta el labriego más miserable puede lograr la continuidad de la existencia. ¿Acaso consiste en confeccionarse un Aspecto? No. Cualquier hipnotizador competente puede hacer trucos con su imagen personal. ¿Consiste en disponer de un Atributo? Por supuesto que no. Puedo diseñar máquinas más poderosas y precisas que cualquier facultad que pueda cultivar un hombre. Para ser un dios tienes que ser tú mismo a tal punto que tus pasiones se correspondan con las fuerzas del universo, de modo que quienes te contemplen lo sepan sin necesidad de saber cómo te llamas. Un antiguo poeta dijo que el mundo está lleno de ecos y correspondencias. Otro escribió un largo poema sobre un infierno donde cada hombre padecía un suplicio cuya naturaleza coincidía con las fuerzas que habían gobernado su vida. Ser un dios significa ser capaz de reconocer en la propia personalidad las cosas importantes, y luego hacer sonar esa nota que las pone en concordancia con el resto de lo existente. Luego, al margen de la moral, la lógica o la estética, uno es el viento o el fuego, el mar, las montañas, la lluvia, el sol o las estrellas, el vuelo de una flecha, el final del día, el éxtasis del amor. Uno domina mediante las

pasiones que lo dominan. Entonces, quienes contemplan a los dioses dicen, aun sin conocer sus nombres: "Es el Fuego. Es la Danza. Es la Destrucción. Es el Amor". Así que, para responder a tu afirmación, no se autodenominan dioses. Todos los demás los llaman dioses, todos los que los ven.

-¿Así que esa es la melodía que tocan con sus banjos fascistas?

-No elegiste el adjetivo adecuado. -Tú acabas de usar todos los demás.

-Parece que nunca nos pondremos de acuerdo al respecto.

-Si te preguntan por qué oprimen un mundo y tú respondes con toda esa basura poética, no. No creo que pueda haber acuerdo alguno.

-Entonces busquemos otro tema de conversación. -Sin embargo, yo te contemplo y digo "Es la Muerte". Yama no respondió.

-Extraña pasión la que te domina. Oí que fuiste viejo antes de ser joven. . .

-Sabes que es verdad.

-Eras un genio de la mecánica y un experto en armamentos. Perdiste tu infancia en una explosión y te convertiste en un viejo ese mismo día. ¿Fue en ese momento cuando la Muerte se transformó en tu pasión dominante? ¿O fue antes? ¿O después?

-No tiene importancia -dijo Yama.

-¿Sirves a los dioses porque crees en lo que me has *dicho... o* porque odias a la mayor parte de la humanidad?

-No te mentí.

-Entonces la Muerte es idealista. Qué divertido.

-No tanto.

-¿O será, Señor Yama, que ninguna de las dos conjeturas es correcta? Que tu pasión dominante...

-Ya mencionaste su nombre -dijo Yama-, en el mismo discurso en que la comparaste con una enfermedad. Estabas en un error y sigues estándolo. No me interesa escuchar de nuevo el mismo sermón, y dado que ahora no estoy hundiéndome en la arena movediza, no estoy dispuesto a escucharlo.

-Calma -dijo Sam-. Pero dime, ¿cambian alguna vez las pasiones dominantes de los dioses?

Yama sonrió.

-La diosa de la danza fue una vez el dios de la guerra. Al parecer, todo puede cambiar.

-En cuanto a mí -dijo Sam-, puede que cambie después de morir la muerte verdadera. Pero entretanto odiaré al Cielo hasta el último aliento. Si Brahma me hace quemar, escupiré en las llamas. Si me hace estrangular, haré lo posible por morderle la mano al verdugo. Si me cortan la garganta, ojalá que mi sangre herrumbre el acero. ¿Esa es una pasión dominante?

-Tienes buena pasta para dios -dijo Yama.

-¡Por dios! -dijo Sam.

-Antes de que ocurra lo que deba ocurrir, sea lo que fuere -dijo Yama-, me aseguraron que tendrás permiso para asistir a la boda.

-¿Boda? ¿Tú y Kali? ¿Pronto?

-Cuando la luna menor llegue al plenilunio -respondió Yama-. De modo que sea cual fuere la decisión de Brahma, al menos podré invitarte con un trago antes que se cumpla.

-Eso te lo agradezco, dios de la muerte. Pero siempre tuve entendido que en el Cielo no se celebran bodas.

-Esa tradición está por romperse -dijo Yama-. Ninguna tradición es sagrada.

-Buena suerte, entonces -dijo Sam.

Yama asintió, bostezó, encendió otro cigarrillo.

-De paso -dijo Sam-, ¿cuál es la última moda en ejecuciones celestiales? Lo pregunto solamente para estar informado.

-En el Cielo no hay ejecuciones -dijo Yama. Abrió un gabinete y sacó un tablero de ajedrez.

V

Del Pozo del Infierno ascendió al Cielo, donde cohabitó con los dioses. La Ciudad Celestial alberga muchos misterios, incluidas algunas de las claves de su propio pasado. No se sabe todo lo que allí aconteció durante su estadía. Se sabe, sin embargo, que a los dioses les hizo ciertas peticiones en nombre del mundo, granjeándose la simpatía de algunos y la enemistad de otros. Hay quienes dicen que de haber traicionado a la humanidad y aceptado los ofrecimientos de los dioses, habría podido ser el eterno Señor de la Ciudad en lugar de hallar la muerte en las garras de los gatos-fantasmas de Kaniburrha. Dicen sus detractores, no obstante, que no rechazó tales ofrecimientos y que él mismo fue víctima de una traición, por lo cual volvió a simpatizar con la doliente humanidad por el resto de sus días, que fueron pocos...

Rodéate de rayos, portaestandarte, armada con la espada, la rueda, el arco, devoradora, sustentadora, Kali, noche de destrucción en Fin-del-mundo, que recorres el mundo por la noche, protectora, pérfida, serena, adorada y adorable, Brahmani, Madre de los Vedas, moradora de los sitios más silenciosos y furtivos, afortunada y gentil, omnisciente, veloz como el pensamiento, investida de cráneos, dueña del poder, el crepúsculo, conductora invencible y piadosa, guía de los desorientados, pródiga en favores, sabia, audacia con forma de mujer, corazón de camaleón, practicante de austeridades, maga, paria, inmortal y eterna...

Aryatarabhattarikanainashtottarasatakastotra (36-40)

Entonces, como tantas veces en el pasado, el viento le peinaba la piel nívea.

Caminaba entre las ondulantes hierbas color limón. Caminaba por un sendero sinuoso bajo árboles oscuros y flores silvestres, a cuya derecha se alzaban riscos de jaspe, entre las venas abiertas de rocas lechosas surcadas por estrías color naranja.

Entonces, como tantas veces en el pasado, avanzaba sobre el muelle acolchado de sus pies, la piel peinada por el viento, blanca como el mármol, envuelta en las mil fragancias de la selva y la pradera cercanas; allí, en el crepúsculo del lugar que sólo existía a medias.

Sola, marchaba por el camino sin edad que atravesaba la selva parcialmente ilusoria. El tigre blanco es un cazador solitario. Si había otros que seguían la misma senda, a ninguno le interesaba la compañía.

Entonces, como tantas veces en el pasado, contempló la cuenca del cielo, tersa y grisácea, y las estrellas que relucían como fragmentos de hielo. Dilató sus ojos, se detuvo y se echó hacia atrás, mirando para arriba.

¿Cuál era su presa?

De su garganta salió un sonido profundo, como una risa finalmente ahogada por la tos. De pronto saltó a la cima de un peñasco alto y allí se quedó lamiéndose los hombros. Cuando salió una luna, la observó. Parecía una imagen esculpida en nieve, con los ojos inflamados por llamas de topacio.

Entonces, como siempre, se preguntó si se hallaría en la verdadera selva de Kaniburrha. Presentía que aún estaba dentro de los confines de la selva real. Pero no tenía modo de saberlo a ciencia cierta.

¿Cuál era su presa?

El Cielo se erguía sobre una meseta que en otros tiempos era una cordillera. Las montañas fueron derretidas y aplanadas para configurar una base chata. Del sur verde se trajo tierra: la carne que recubriría esa estructura ósea. Una cúpula transparente protegía toda la región, aislándola del frío polar y de todas las cosas que adentro resultaban indeseables.

El Cielo, en sus templadas alturas, gozaba de un prolongado crepúsculo y de prolongados días de ocio. Brisas renovadas, que se entibian en cuanto entran, circulaban por la Ciudad y la selva. En el interior de la cúpula podían generarse nubes. Con esas nubes se podía provocar lluvia y hacerla caer casi en cualquier parte. Hasta era posible producir una nevisca, pero esto nunca se había hecho. Siempre había sido verano en el Cielo.

En el verano del Cielo se levantaba la Ciudad Celestial.

La Ciudad Celestial no creció como crecen las ciudades de los hombres, alrededor de un puerto o en las cercanías de un terreno apto para el cultivo o el pastoreo, de un territorio de caza, de rutas comerciales o regiones pródigas en algún recurso natural codiciado por quienes se instalan allí. La Ciudad Celestial fue concebida en las mentes de los primeros habitantes. No creció en forma lenta y azarosa, añadiendo aquí un edificio, reconstruyendo allá una avenida, derribando una estructura para dejarle sitio a otra hasta que todas las partes configuraran una totalidad irregular de mal gusto. No. Cada necesidad funcional y cada pulgada de magnificencia fue considerada y calculada por quienes la planearon y por las máquinas amplificadoras de diseños. Estos planes fueron coordinados y ejecutados por un arquitecto sin par. Vishnu el Preservador tuvo en su pensamiento toda la Ciudad Celestial, hasta el día en que circunvoló la Altísima Cúspide a lomo del Ave Garuda, miró hacia abajo y la Ciudad perfecta quedó aprehendida en una gota de transpiración que le perló la frente.

De modo que el Cielo nació de la mente de un dios, y su concepción fue estimulada por los deseos de sus compañeros. Fue fundada por elección, y no por necesidad, en ese páramo gélido, nevado y rocoso, en el Polo del mundo, donde sólo los poderosos podían erigir su morada.

(¿Pero qué presa perseguía ella?)

Bajo la cúpula del Cielo se extendía, junto a la Ciudad Celestial, la gran selva de Kaniburrha. En su sabiduría, Vishnu había previsto la necesidad de un equilibrio entre la metrópoli y la extensión agreste. Si todo el mundo fuera ciudad, había razonado el dios, sus habitantes transformarían una parte en selva, pues algo dentro de ellos deseaba que se impusiera un límite al orden y hubiese un comienzo del caos. De modo que en su mente había crecido una espesura surcada por ríos e impregnada de los aromas de la fecundidad y la corrupción, estremecida por los gritos de las bestiales criaturas que poblaban sus sombras, agitada por el viento y bruñida por la lluvia, sometida a los ciclos de muerte y crecimiento.

Esa extensión salvaje se interrumpía en el linde de la Ciudad. Así como la Ciudad se mantenía dentro de sus propios límites, entrar en ella estaba vedado.

Pero entre las criaturas que vivían en la selva, había bestias feroces que ignoraban límites o fronteras e iban y venían a su antojo. Entre ellas se destacaban los tigres albinos. Así fue escrito por los dioses que los gatos-fantasmas no podrían posar los ojos sobre la

Ciudad Celestial; y en sus ojos, a través de los sistemas nerviosos que guían la visión, se acuñó la impresión de que la Ciudad no existía. Para el cerebro de un gato blanco no había más mundo que la selva de Kaniburrha. Si caminaban por las calles del Cielo, hollaban un sendero en la selva. Si los dioses les acariciaban la piel al verlos pasar, era como si los tocara el viento. Cuando subían por una ancha escalinata, trepaban por una cuesta rocosa. Los edificios eran riscos, las estatuas eran árboles; los peatones eran invisibles.

No obstante, si uno de la Ciudad penetraba en la verdadera selva, el gato y el dios cohabitaban en el mismo plano de la existencia: una vegetación salvaje, portadora de equilibrio.

Volvió a toser, como tantas veces en el pasado, y el viento le peinó la piel nívea. Era una gata-fantasma que durante tres días había asolado la selva de Kaniburrha, matando para devorar la cruda carne roja de sus víctimas, lanzando su profundo y fiero maullido, lamiéndose la piel con la lengua ancha y rosada, sintiendo la lluvia que le repiqueteaba en la espalda, goteando desde la hojarasca azotada por las aguas que enviaban las nubes, milagrosamente reunidas en el centro del Cielo. Le ardía el lomo; la noche anterior se había apareado con un torbellino de pelambre color muerte que le había desgarrado el lomo con las patas; el olor de la sangre los había instigado a una danza frenética. Ronroneó mientras la envolvía la frescura del crepúsculo y despuntaban las lunas -tan semejantes a sus ojos en cuarto creciente-, una de oro, otra de plata, otra de color castaño oscuro. Se sentó en la roca, lamiéndose las patas y preguntándose cuál había sido su presa.

En el jardín de los Lokapalas, Lakshmi yacía con Kubera, cuarto guardián del mundo, en un canapé perfumado próximo a la piscina donde tocaban las Apsaras. Los otros tres Lokapalas estaban ausentes esa noche... Riéndose, las Apsaras salpicaban el canapé con las aguas aromatizadas. Krishna el Oscuro, sin embargo, escogió ese momento para soplar su siringa, y las muchachas desviaron la mirada de Kubera el Gordo y Lakshmi la Adorable y apoyaron los codos en el borde de la piscina, contemplándolo mientras yacía tendido bajo un árbol floreciente, entre odres de vino y restos de diversas comidas.

Krishna recorrió toda la escala y emitió una nota larga y plañidera y una serie de balidos de cabra. Guari la Bella, con quien había pasado una hora desnudándose para luego, al parecer, olvidar su presencia, se apartó del dios, se zambulló en la piscina y desapareció en una de las múltiples grutas subacuáticas. Krishna hipó, ensayó una melodía, se interrumpió, inició otra.

-¿Es cierto lo que dicen acerca de Kali? -preguntó Lakshmi.

-¿Qué es lo que dicen? -gruñó Kubera, estirando el brazo para alcanzar un tazón de soma.

Ella le quitó el tazón, bebió un sorbo y se lo devolvió. Kubera lo vació de un trago y un sirviente volvió a llenarlo cuando lo depositó en la bandeja.

-¿Que quiere celebrar su boda con un sacrificio humano?

-Es probable -dijo Kubera-. No me extrañaría en ella. Es una perra sedienta de sangre. Siempre anda transmigrando a algún animal feroz para divertirse un poco. Una vez se encarnó en un gallo de fuego y le desgarró la cara a Sitala por algo que le había dicho.

-¿Cuándo?

-Oh, hace diez... u once avatares. Sitala tuvo que usar un velo una larga temporada, hasta que le tuvieron listo el nuevo cuerpo.

-Una pareja extraña -le dijo Lakshmi, mientras le mordía la oreja-. Creo que tu amigo Yama es el único capaz de vivir con Kali. Supongamos que se enoja con un amante y le clava esa mirada fatídica en los ojos. ¿Quién otro podría tolerarla?

-No es cosa de broma -dijo Kubera-. Así fue como perdimos a Kartikeya, Señor de las Batallas.

-No me digas.

Librodot

-Sí. Esa mujer es extraña. Se parece a Yama, y sin embargo no es como él. Él es un dios de la muerte, es cierto. Pero su estilo consiste en matar con rapidez y pulcritud. Kali parece una gata.

-¿Y Yama habla alguna vez de la fascinación que ella ejerce sobre él?

-¿Viniste aquí a recoger chismes o a transformarte en uno?

-Ambas cosas -replicó Lakshmi.

En ese momento, Krishna cobró su Aspecto, exhibiendo el Atributo de la divina embriaguez. La siringa exhaló una contagiosa melodía, amarga y tenebrosa, torva y dulce. La embriaguez que lo poseía se expandió por el jardín, en ondas que alternaban la alegría con la tristeza. Se irguió sobre sus piernas flacas y oscuras y empezó a bailar. Las facciones chatas eran inexpresivas. El pelo húmedo y negro formaba apretados anillos que parecían de alambre; tenía la barba igualmente ensortijada. Mientras se movía, las Apsaras salieron de la piscina para seguirlo. La flauta de Krishna siguió el rastro de las melodías antiguas, y cuanto más rápido avanzaba él, más frenéticas se volvían, hasta que al fin prorrumpió en el Rasa-Lila, la Danza de la Lujuria, y su cortejo lo siguió con las manos en las caderas, girando en movimientos cada vez más veloces.

Kubera estrechó a Lakshmi con más fuerza.

-Eso sí que es un Atributo -dijo ella.

Rudra el Torvo inclinó el arco y disparó una flecha. La flecha hendió el aire y al fin se clavó en el centro de un blanco distante.

El Señor Murugan, que estaba a su lado, bajó el arco con una risita y dijo:

-Vuelves a ganar. Eso no puedo superarlo.

Aflojaron los arcos y se dirigieron al blanco en procura de las flechas.

-¿Ya lo has visto? -preguntó Murugan.

-Lo conocí hace mucho tiempo -dijo Rudra.

-¿Aceleracionista?

-Entonces no lo era. En realidad no era nada, políticamente hablando. De todos modos, era uno de los Primigenios, uno de los que habían contemplado Urath.

-¿Ah, sí?

-Se destacó en las guerras contra el Pueblo-del-Mar y contra las Madres del Terrible Fulgor.

-Aquí, Rudra trazó un signo en el aire.- Más tarde -prosiguió-, esto se tuvo en cuenta, y lo pusieron al frente de las campañas en el norte durante las guerras contra los demonios. En esos días se lo conocía por Kalkin, y fue entonces cuando empezaron a llamarlo Sujetador. Desarrolló un Atributo apto para luchar contra los demonios, y con él destruyó a la mayor parte de los Yakshas y sujetó a los Rakasha. Cuando Yama y Kali lo capturaron en el Pozo del Infierno, en Malwa, ya había logrado liberar a estos últimos. Así que los Rakasha están de nuevo sueltos en el mundo.

-¿Por qué lo hizo?

-Mama y Agni dicen que había hecho un pacto con el jefe de los demonios. Sospechan que le ofreció alquilarle el cuerpo a cambio de la promesa de que sus tropas nos hicieran la guerra.

-¿Podemos sufrir un ataque?

-Lo dudo. Los demonios no son tontos. Si no pudieron derrotar a cuatro de los nuestros en el Pozo del Infierno, dudo que se atrevan a atacarnos a todos aquí en el Cielo. En este mismo momento, Yama se encuentra en la Vasta Mansión de la Muerte abocado al diseño de armas especiales.

-¿Y dónde está su prometida?

-¿Quién puede saberlo? -dijo Rudra-. ¿Y a quién puede importarle?

Murugan sonrió.

-Alguna vez me pareció verte más que interesado en ella.

-Es demasiado fría, demasiado burlona -dijo Rudra.

-¿Te rechazó?

Rudra volvió su rostro oscuro, que jamás sonreía, hacia el rubio dios de la juventud.

-Ustedes, los dioses de la fertilidad, son peores que los marxistas -le dijo-. Creen que las relaciones humanas se limitan a una sola cosa. Fuimos amigos por un tiempo, nada más, pero ella es muy ingrata con sus amigos y por eso los pierde.

-¿Entonces te rechazó?

-Supongo que sí.

-Y cuando tomó como amante a Morgan, el poeta de las praderas (ese que un día se encarnó en grajo y se fue volando), empezaste a cazar grajos, y en un mes tus flechas habían exterminado a casi todos los grajos que había en el Cielo.

-Y los sigo cazando.

-¿A qué se debe?

-No me gusta como cantan.

-Ella es demasiado fría, demasiado burlona -acordó Murugan.

-No me gusta que *nadie* se burle de mí, dios de la juventud. ¿Puedes correr más rápido que las flechas de Rudra?

Murugan volvió a sonreír.

-No -contestó-, y mis amigos los Lokapalas tampoco... y tampoco lo necesitarían.

-Cuando asumo mi Aspecto -dijo Rudra- y empuño mi gran arco, que es una dádiva de la misma Muerte, entonces puedo lanzar una flecha de rastreo térmico capaz de seguir a cualquier blanco móvil durante millas, hasta partirlo como un rayo.

-Pasemos a otra cosa -dijo Murugan, repentinamente interesado en el blanco-. Entiendo que nuestro huésped se burló de Brahma hace unos años, en Maharta, y que profanó lugares sagrados. Tengo entendido, sin embargo, que es el mismo que fundó la religión de la paz y la iluminación.

-El mismo.

-Interesante.

-No está todo dicho.

-¿Y Brahma qué hará? Rudra se encogió de hombros.

-Sólo Brahma lo sabe -respondió.

En el lugar llamado Fin-del-mundo, donde más allá de los límites del Cielo no hay nada salvo el distante destello de la cúpula, y muy abajo la tierra desierta, oculto bajo una niebla blanca, se yergue el Pabellón del Silencio con sus flancos abiertos, con su techo redondo y gris donde nunca caen las lluvias, con sus balcones y balaustradas perlados de niebla en la mañana y barridos por el viento al caer la tarde, y con sus aireados aposentos donde a veces, sentados en los muebles negros y austeros, o paseando entre las columnas grises, puede verse a los dioses en contemplación, a los guerreros exhaustos o a los heridos por el amor, que vienen aquí para meditar sobre las cosas fútiles o dañinas bajo un cielo que está más allá del Puente de los Dioses, en medio de un recinto de piedra donde los colores son escasos y sólo se oye el silbido del viento. Allí, desde poco después de la época de los Primigenios, han acudido el filósofo y la hechicera, el sabio y el mago, el suicida y el asceta libre del deseo de renacer o reencarnarse; allí, en el centro de la renuncia y el abandono, del retiro y el apartamiento, están las cinco salas denominadas Memoria, Temor, Pesadumbre, Polvo y Desesperación; y este recinto fue construido por Kubera el Gordo, a quien nada le importaba de ninguno de estos sentimientos, pero que, como amigo del Señor Kalkin, lo había hecho edificar a pedido de Candi la Cruel, a veces conocida como Durga y como Kali, pues entre todos los dioses sólo él poseía el Atributo de la correspondencia inanimada, mediante la cual podía infundir a la obra de sus manos pasiones y sentimientos que luego serían experimentados por los que habitaran entre ellas.

Estaban sentados en la sala llamada Pesadumbre, y bebían soma sin embriagarse.

El crepúsculo inundaba el Pabellón del Silencio, y los vientos que se arremolinaban en el Cielo no cesaban de acariciarlos.

Estaban sentados con ropas negras sobre los asientos negros, y él apoyaba la mano en la de ella, sobre la mesa que se interponía entre ambos; y los horóscopos de todos sus días se deslizaban por el muro que separaba al Cielo de los cielos; y consideraban en silencio las páginas de los siglos vividos.

-Sam -dijo ella al fin-, ¿no fueron épocas felices?

-Sí -respondió él.

-Y en esos días, antes de que dejaras el Cielo para ir a vivir entre los hombres... ¿me amabas entonces?

-Realmente no me acuerdo -dijo él-. Hace tanto tiempo. Entonces éramos muy diferentes... con mentes diferentes y cuerpos diferentes. Esos dos, quienesquiera que fuesen, probablemente se amaron. Yo no recuerdo.

-Pero yo me acuerdo de la primavera del mundo como si fuera ayer...¡esos días en que cabalgábamos juntos rumbo a la batalla, y esas noches en que arrancamos las estrellas de los cielos recién pintados! El mundo era tan nuevo y diferente entonces, con una amenaza al acecho en cada flor y una bomba detrás de cada mañana. Juntos derrotamos a un mundo, tú y yo, pues por cierto que nada teníamos a favor y que todo estaba en contra de nuestra venida. Nos abrimos paso por la tierra y los mares, con el fuego y la espada, y luchamos en el fondo del océano y en lo alto del cielo, hasta que no quedó nada que se nos opusiera. Entonces construíamos ciudades y reinos, y designábamos a quienes queríamos para que los gobernaran, y cuando dejaban de divertirnos los volvíamos a derrocar. ¿Qué saben de esos tiempos los dioses más jóvenes? ¿Cómo pueden comprender el poder que saboreamos nosotros, los Primigenios?

-No pueden -respondió él.

-Cuando teníamos una corte en nuestro palacio junto al mar y yo te di muchos hijos, y nuestras flotas zarpaban a la conquista de las islas, ¿no eran días hermosos y llenos de gracia? ¿Y las noches de fuego y vino y perfumes? ¿No me amabas entonces?

-Creo que esos dos se amaban, sí.

-¿Esos dos? No somos tan diferentes. No hemos cambiado tanto. Aunque transcurran siglos, hay ciertas cosas que no cambian dentro de uno, que no se alteran pese a la cantidad de cuerpos en que uno se encarne, al número de amantes que tomemos, pese a todas las cosas bellas o deleznables que uno haga o contemple, pese a la suma de pensamientos o de sensaciones que hayamos tenido. La propia identidad se yergue en el centro de todo esto y observa.

-Abre una fruta y encontrarás una semilla. ¿Es ese el centro? Abre la semilla y adentro no hay nada. ¿Es ese el centro? Somos diferentes de esos dos que compartían con entusiasmo las batallas. Fue bueno haberlos conocido, pero eso es todo.

-¿Te fuiste a vivir fuera del Cielo porque te cansaste de mí?

-Quería un cambio de perspectiva.

-Durante muchos y largos años te odié por haberte ido. A veces, solía sentarme en la sala llamada Desesperación, pero la cobardía me impidió ir más allá de Fin-del-mundo. Después hubo momentos en que te perdonaba e invocaba a los Rishi para que trajeran tu imagen delante de mí, de modo que te observaba mientras tú hacías tu vida y era casi como si volviésemos a caminar juntos. En otras oportunidades anhelé tu muerte, pero convertiste a mi verdugo en un amigo como hoy conviertes mi ira en perdón. ¿Quieres decir que ya no sientes nada por mí?

-Quiero decir que ya no te amo. Sería grato que hubiese algo constante e inmutable en el universo. Si existe algo semejante, entonces se trata de algo mucho más fuerte que el amor, y yo no lo conozco.

-Yo no he cambiado, Sam.

-Reflexiona cuidadosamente, diosa, sobre todo lo que has dicho, sobre todo lo que has evocado en el día de hoy. En realidad, no has estado recordando a un hombre, sino a los días de matanza que esos dos compartieron. Ahora, una era más apacible se ha iniciado en el mundo. Añoras el fuego y el acero de antaño. Crees que es el hombre, pero es el destino que esos dos compartieron por un tiempo, un destino pretérito, el que acucia tu memoria, y tú lo llamas amor.

-¡Llámelo como lo llame, no cambió! Sus días no pertenecen al pasado. ¡Se trata de algo constante dentro del universo, y te invito a compartirlo conmigo una vez más!

-¿Y el Señor Yama?

-¿Y el Señor Yama? Tú conociste a aquellos que podrían contarse entre sus iguales, si aún vivieran.

-¿Es decir, entonces, que es su Aspecto lo que te interesa?

Ella sonrió, arropada en las sombras y el viento.

-Por supuesto.

-¡Diosa, diosa, olvídame! Ve a vivir con Yama y sé su amada. Nuestros días pasaron, y me niego a recordarlos. Fueron felices, pero pasaron. Así como hay un tiempo para todo, hay un tiempo para el fin de todo. Esta es la era de la consolidación de las conquistas del hombre en este mundo. Es un tiempo para compartir el conocimiento, no para cruzar las espadas.

-¿Lucharías contra el Cielo por ese conocimiento? ¿Intentarías saquear la Ciudad Celestial y abrirle sus bóvedas al mundo?

-Sabes que sí.

-Entonces aún podemos tener una causa común. -No, diosa, no te engañes. Tus simpatías están con el Cielo, no con el mundo. Eso lo sabes. Si yo ganara mi libertad y te unieras a mí y lucháramos, quizá serías feliz por un tiempo. Pero ganáramos o perdiéramos, temo que al fin serías más desdichada que antes. -Escúchame, dulce santo del bosquecillo purpúreo. Es muy amable de tu parte que te anticipes a mis sentimientos, pero Kali dirige sus simpatías adonde le place, a su antojo y sin deberle nada a nadie. ¡Es la diosa mercenaria, recuérdalo! Quizá sea verdad todo lo que has dicho, y quizá ella miente al decirte que todavía te ama. Pero como es implacable y el regusto del combate la enardece, sigue el olor de la sangre. Presiento que hasta es capaz de convertirse al aceleracionismo.

-Cuidado con lo que dices, diosa. Quién sabe si no nos están escuchando.

-Nadie nos escucha -dijo ella-, pues rara vez se pronuncian palabras en este recinto.

-Razón de más para que alguien sienta curiosidad por las que se pronuncian.

Ella permaneció un rato en silencio.

-Nadie nos escucha -dijo luego.

-Tus poderes se han acrecentado.

-Sí. ¿Y los tuyos?

-Creo que también.

-¿Entonces aceptarás mi espada, mi rueda, mi arco, en nombre del aceleracionismo?

-No.

-¿Por qué no?

-Haces promesas con demasiada facilidad. Estás tan dispuesta a dar tu palabra como a dejar de cumplirla, y por eso nunca podré confiar en ti. Si luchamos y vencemos en nombre del aceleracionismo, puede que sea también la última gran batalla de este mundo. Eso es algo que no podrías desear ni consentir.

-Eres un tonto al hablar de últimas grandes batallas, Sam, pues la última gran batalla es siempre la que está por venir. ¿Quieres que adopte una forma más atractiva para convencerte de que soy sincera? ¿Quieres que te abrace con un cuerpo que tenga el sello de la virginidad? ¿Eso hará que confíes en mi palabra?

-La duda, Señora, es la castidad del espíritu, y el mío tiene su sello.

-Entonces has de saber que sólo te traje aquí para atormentarte, -y que tienes razón... Escupo sobre tu aceleracionismo y, en lo que a mí concierne, ya tienes los días contados.

Quise darte falsas esperanzas, para que luego cayeras desde un punto más alto. Sólo te han salvado tu estupidez y tu debilidad.

-Lo lamento, Kali...

-¡No quiero tus disculpas! Sin embargo, me habría gustado ser dueña de tu amor para poder esgrimirlo contra ti al fin de tus días, para que te fuera más difícil afrontarlo. Pero, como bien dices, hemos cambiado demasiado... y ya no vales la pena. No creas que no podría haberte incitado, de todos modos, a amarme otra vez, con sonrisas y caricias como las de antaño. Pues siento el calor que hay dentro de ti, y me resulta fácil despertar las pasiones de un hombre. Pero no mereces una muerte portentosa, que te precipite de las alturas de la pasión a las honduras de la desesperación. No tengo tiempo para ofrecerte más que mi desprecio.

Las estrellas los circundaban, calladas y tenaces, y la mano de Kali se apartó de la mano de Sam, mientras la diosa servía dos copas más de soma para que los protegiera contra el frío nocturno.

-Kali.

-¿Sí?

-Si de algún modo te satisface, todavía te quiero. O bien no existe nada que pueda llamarse amor, o bien la palabra no significa lo que yo pensé que significaba en diversas oportunidades. Es un sentimiento sin nombre, en realidad... mejor dejémoslo así. De modo que tómalo y vete y diviértete. Sabemos que un día los dos volveríamos a ser enemigos acérrimos, en cuanto nos libráramos de los adversarios comunes. Hemos vivido hermosas reconciliaciones, ¿pero ha valido la pena el dolor que las precedió? Que te baste con saber que has vencido y que tú eres la diosa que adoro... ¿Acaso la adoración y el horror religioso no son una combinación de amor y de odio, de deseo y temor?

Bebían soma en la sala llamada Pesadumbre, cautivos del sortilegio obrado por Kubera.

Kali habló:

-¿Pretendes que te abrace y te bese, diciéndote que te mentí cuando dije que mentía. .. para que tú puedas reírte y decir que mentiste y gozar de la venganza final? Vamos, Señor Siddharta! Más vale que uno de nosotros hubiera muerto en el Pozo del Infierno, pues el orgullo de los Primigenios es indomable. No deberíamos haber venido aquí... a este lugar.

-No.

-¿Nos vamos?

-No.

-En eso estoy de acuerdo. Quedémonos aquí y adorémonos mutuamente por un tiempo.

Le tomó la mano y se la acarició.

-¿Sam?

-¿Sí?

-¿Te gustaría hacerme el amor?

-¿Y así sellar mi destino? Claro que sí.

-Entonces vayamos a la sala llamada Desesperación, donde el viento es más apacible y hay un diván...

La siguió desde Pesadumbre a Desesperación; el pulso se aceleró en su garganta, y cuando la recostó desnuda en el diván y le acarició la tersa blancura del vientre, supo que Kubera era por cierto el más poderoso de los Lokapalas, pues el sentimiento al que la sala estaba dedicada lo inundó, aun cuando lo poseía el deseo y él poseía a la diosa. Hubo un aflojamiento, un apretamiento, un suspiro, y las últimas lágrimas que ardían por brotar.

-¿Qué es lo que deseas, Señora Maya?

-Háblame del aceleracionismo, Tak de los Archivos. Tak estiró el cuerpo largo y espigado y la silla se reclinó con un crujido.

A sus espaldas, los bancos de datos permanecían inmóviles, y ciertos raros registros poblaban los largos y altos anaqueles con sus cubiertas de color y el aire con sus olores mohosos.

Estudió con los ojos a la mujer, sonrió y sacudió la cabeza. Ella lucía ropa verde y ceñida, y una mirada impaciente; el cabello era agresivamente rojo, y unas pecas borrosas le salpicaban la nariz y los hemisferios de las mejillas. Las caderas y los hombros eran anchos, y la estrecha cintura parecía oponerse a esa tendencia con una disciplina estricta.

-¿Por qué sacudes la cabeza? ¿Todo el mundo viene a ti en busca de informes?

-Eres joven, señora. Has vivido, si no me equivoco, tres avatares. A esta altura de tu carrera, estoy seguro de que en verdad no quieres que inscriban tu nombre en la lista especial que incluye a los jóvenes que buscan ese conocimiento.

-¿Lista?

-Lista.

-¿Para qué sirve una lista semejante?

Tak se encogió de hombros.

-Los dioses coleccionan las cosas más extrañas, y algunos de ellos juntan listas.

-Siempre oí decir que el aceleracionismo era una salida muerta.

-Entonces, ¿por qué este repentino interés en los muertos?

Ella se rió, y sus ojos verdes se cruzaron con los ojos grises de su interlocutor.

Los Archivos estallaron, y Tak de pronto se encontró en el salón de bailes de la Altísima Cúspide. Era de noche, tan tarde que pronto amanecería. Evidentemente, se había celebrado una larga fiesta; pero ahora la multitud de la que formaba parte se había concentrado en un rincón del salón, y todos escuchaban al hombre bajo, moreno y robusto que acompañaba a la diosa Kali y hablaba. Este era Sam el Buddha, el del Alma Grande, quien acababa de llegar con su guardiana. Hablaba del budismo y el aceleracionismo, y de los días de la sujeción de los demonios, y del Pozo del Infierno, y de las blasfemias del Señor Siddharta en la ciudad de Maharta, junto al mar. Hablaba, y su persistente voz era hipnótica, tan hipnótica como su presencia cautivante, cálida y acogedora. Hablaba, y la multitud salía despacio y se acercaba para escucharlo. Todas las mujeres eran muy feas, salvo Maya, quien rió entre dientes y palmeó las manos. Los Archivos volvieron a su sitio y Tak a su silla, todavía con una sonrisa.

-Entonces, ¿por qué este repentino interés en los muertos? -repitió Tak.

-¡Ése no está muerto!

-¿No? -dijo Tak-. ¿Te parece que no...? Maya, murió en el momento en que puso pie en la Ciudad Celestial. Olvídalo. Olvida sus palabras. Haz de cuenta que nunca existió. No dejes ningún rastro de él en tu memoria. Un día querrás reencarnarte... y debes saber que los Amos del Karma buscarán las huellas de ese hombre en todas las mentes que visiten sus moradas. El Buddha y sus palabras son una abominación a los ojos de los dioses.

-¿Pero por qué?

-Es un anarquista tirabombas, un revolucionario de ojos peludos. Quiere destruir el mismo Cielo. Si deseas informes más específicos, tendré que usar las máquinas para reunir los datos. ¿Firmarías una solicitud?

-No...

-Entonces desalójalo de tu mente y cierra la puerta.

-¿De veras es tan malo?

-Es peor.

-¿Entonces por qué sonríes mientras me dices estas cosas?

-Porque no soy una persona muy seria. Sin embargo, mi temperamento nada tiene que ver con mi mensaje. Así que préstale atención.

-Tú pareces estar al tanto de todo. ¿Los archivistas son inmunes a esas listas?

-En absoluto. Mi nombre la encabeza. Pero no porque yo sea archivista. Él es mi padre.

-¿Ese individuo? ¿Tu padre?

-Sí. Pero hablas como una persona muy joven. Dudo de que él se haya enterado de que me engendró. ¿Qué es la paternidad para los dioses, que habitan una sucesión de cuerpos y tienen veintenas de hijos con otros que también cambian de cuerpo cuatro o cinco veces por siglo? Soy el hijo de un cuerpo que él una vez habitó, nacido de una mujer que también pasó por muchos cuerpos, y yo, por mi parte, tampoco vivo en el cuerpo donde nací. La relación, por lo tanto, es del todo intangible, y en principio sólo tiene interés en el nivel de la metafísica especulativa. ¿Cuál es el verdadero padre de un hombre? ¿Las circunstancias que unieron a los dos cuerpos que lo engendraron? ¿Acaso el hecho de que, por alguna razón, en algún momento del tiempo, hubo entre esos dos una atracción que excluía otra alternativa? ¿Y en ese caso, por qué? ¿Fue por mero apetito carnal, por curiosidad, o por obra de la voluntad? ¿O fue otra cosa? ¿Compasión? ¿Soledad? ¿Afán de dominar? ¿Cuál sentimiento, o cuál pensamiento, fue el padre del cuerpo en el que por vez primera atisbé la conciencia? Sé que el hombre que habitó ese cuerpo-padre particular en ese particular instante del tiempo es una personalidad compleja y vigorosa. Los cromosomas nada significan para nosotros, por cierto que no. Si vivimos, no arrastramos esas marcas por los siglos de los siglos. En realidad no heredamos nada en absoluto, salvo ocasionales dotes en propiedades y dinero. Los cuerpos significan tan poco al fin y al cabo que resulta mucho más interesante especular sobre los procesos mentales que nos arrancaron al caos. Me complace que haya sido él quien me trajo a la vida, y a menudo me pregunto cuáles son los motivos. Veo que tu cara, súbitamente, ha perdido el color. No quise inquietarte con esta charla, simplemente satisfacer en algo tu curiosidad, y exponerte algunos de los pensamientos que nosotros, los de más edad, solemos dedicar a estos asuntos. U n día tú también lo considerarás con una actitud similar, estoy seguro. Pero lamento verte tan alterada. Siéntate, por favor. Perdona mi cháchara. Eres la Señora de la Ilusión. ¿Acaso las cosas de que he hablado no se asemejan a la materia que trabajas? Estoy seguro de que por mi modo de hablar puedes advertir por qué mi nombre encabeza la lista que te mencioné. Un caso de culto al héroe, supongo. Mi creador es muy destacado... Ahora te has sonrojado un poco. ¿Te gustaría una bebida fresca? Aguarda un momento... Aquí tienes. Bebe esto. Ahora bien, en cuanto al aceleracionismo... es simplemente una doctrina de la coparticipación. Prescribe que nosotros, los del Cielo, compartamos con los que viven abajo nuestros conocimientos, poderes y sustancia. Este acto de caridad tendría por objeto elevarlos a un rango más alto de la existencia, semejante al que ocupamos nosotros. Entonces todos los hombres serían como dioses, ya ves. Claro que el resultado de esto consistiría en que ya no habría dioses, sólo hombres. Les daríamos el conocimiento que poseemos de las ciencias y las artes, y al hacerlo destruiríamos la sencillez de su fe y quitaríamos todo fundamento a sus esperanzas de que las cosas mejoren... pues la mejor manera de destruir la fe o la esperanza es dejar que las aspiraciones se cumplan. ¿Por qué hemos de consentir que los hombres padezcan colectivamente el peso de la divinidad, como lo deseaban los aceleracionistas, cuando no vacilamos en otorgarlo individualmente si llegan a merecerlo? A los sesenta años, un hombre comparece en las Mansiones del Karma. Se lo juzga, y si se comportó bien, observando las normas y restricciones de su casta, tributándole al Cielo las debidas consideraciones, progresando intelectual y moralmente, entonces este hombre será elevado a una casta superior, y eventualmente se elevará a la divinidad misma y vendrá a vivir aquí a la Ciudad. Cada hombre recibe provisionalmente las dádivas que merece -salvo, por supuesto, en caso de infortunados accidentes- y así cada hombre, más que la sociedad como una masa compacta, puede alcanzar la divina heredad que los ambiciosos aceleracionistas deseaban distribuir inescrupulosamente entre todos, aun entre aquellos que no estaban preparados. Notarás que esta actitud era espantosamente injusta y

proletarizante. En realidad, lo que querían era disminuir las exigencias necesarias para ser dios. Estas exigencias son necesariamente estrictas. ¿Acaso tú entregarías el poder de Shiva, de Yama o de Agni en manos de un niño? No lo harías, a menos que fueras una necia. No, a menos que desearas despertarte una mañana y comprobar que el mundo ya no existe. Y esto, sin embargo, es lo que habrían provocado los aceleracionistas, y por esa razón se los detuvo. Ahora ya sabes todo acerca del aceleracionismo... Caramba, pareces terriblemente acalorada. ¿Puedo quitarte ese abrigo mientras te traigo algo más de beber? ... Eso es... En fin, ¿por dónde andábamos, Maya? Ah sí... lo de tirarle flores a los cerdos... Bien, los aceleracionistas declaraban que todo lo que acabo de decir era cierto, pero sostenían además que el sistema está corrupto. Pusieron objeciones a la probidad de quienes autorizaban la encarnación. Algunos hasta se atrevieron a decir que el Cielo se componía de una inmortal aristocracia de hedonistas mal intencionados empeñados en jugar con el mundo. Otros se atrevieron a proclamar que los mejores hombres nunca llegan a dioses, sino que terminan por morir la muerte verdadera o por encarnarse en formas de vida inferiores. Hasta hubo quienes se atrevieron a decir que tú misma habías sido elegida para la deificación sólo porque tu forma original y tus actitudes excitaron la fantasía de alguna divinidad lujuriosa, y no por las otras virtudes que obviamente posees, querida mía... Caramba, cuántas pecas tienes... Sí, estas eran las prédicas de esos aceleracionistas tres veces malditos. Estos eran los argumentos y acusaciones esgrimidos por el padre de mi espíritu, aunque me avergüence decirlo. ¿Cómo no ha de intrigarlo a uno semejante ascendencia? Él vivió un ciclo de días turbulentos, y representa el último gran cisma entre los dioses. Aunque obviamente perversa, la figura del padre de mi espíritu es poderosa sin lugar a dudas, y tengo por él el respeto que los hijos de antaño tenían por los padres de sus cuerpos... ¿Ahora sientes frío? A ver, permíteme... Eso es... Eso es ... Eso es... Vamos, téjenos una ilusión, amor mío, donde nos movamos en un mundo libre de tantas necedades... Así me gusta. Vuélvete para aquí... Haz que surja un nuevo Edén dentro de esta casamata, mi muchachita de los labios mojados y de los ojos muy verdes... ¿Qué dices? ... ¿Qué es lo que más me importa en este instante del tiempo? ... La verdad, mi amor, la sinceridad, y el deseo de compartir...

Ganesha el hacedor de dioses caminaba con Shiva por la selva de Kaniburrha.

-Señor de la Destrucción -dijo-, entiendo que ya estás considerando las represalias contra quienes, aquí en la Ciudad, escuchan las palabras de Siddharta con algo más que una sonrisa desdeñosa.

-Por supuesto -dijo Shiva.

-Porque es el mejor modo de anular la eficacia de esas palabras.

-¿Eficacia? Explícate.

-Mata al pájaro verde que está posado en esa rama. Shiva sacudió el tridente y el pájaro cayó.

-Ahora mata a su compañera.

-No la veo.

-Entonces mata a algún otro de la bandada.

-No veo ninguno.

-Y ahora que ése ha muerto, no los encontrarás. De modo que, si es tu deseo, ataca a los primeros que escuchen las palabras de Siddharta.

-Comprendo tu explicación, Ganesha. Por un tiempo él quedará libre. Claro que sí.

Ganesha el hacedor de dioses contempló la selva circundante. Aunque se paseaba por el imperio de los gatos-fantasmas, no temía ningún daño. Porque el Señor del Caos lo acompañaba, y lo protegía el Tridente de la Destrucción.

Vishnu Vishnu Vishnu miraba miraba miraba a Brahma Brahma Brahma...

Estaban en la Sala de los Espejos.

Brahma exponía sus ideas acerca de la Óctuple Vía y la gloria del Nirvana.

Después de tres cigarrillos, Vishnu carraspeó.

-¿Sí, Señor? -preguntó Brahma.

-¿Puedo preguntar por qué este tratado budista?

-¿No lo encuentras fascinante?

-No demasiado.

-Es en verdad muy hipócrita de tu parte.

-¿Qué quieres decir?

-Un maestro debería exhibir al menos un módico interés en sus propias lecciones.

-¿Maestro? ¿Lecciones?

-Por supuesto, Tathagatha. ¿Por qué otra razón el dios Vishnu iba a querer encarnarse entre los hombres en los últimos años, si no para enseñarles el Camino de la Iluminación?

-¿Yo...?

-Salve, reformador, que supiste ahuyentar el temor a la muerte verdadera de las mentes de los hombres. Aquellos que no volvieron a renacer ahora se han ido al Nirvana.

Vishnu sonrió.

-¿Más vale integrar las cosas que luchar por extirparlas?

-Casi un epigrama.

Brahma se incorporó, observó los espejos, lo observó a Vishnu.

-Así que una vez que dispongamos de Sam, tú habrás sido el verdadero Tathagatha.

-¿Cómo dispondremos de Sam?

-Aún no lo he decidido, pero estoy abierto a las sugerencias.

-¿Puedo sugerir que se lo reencarne en grajo?

-Puedes. Pero en ese caso, alguien podría desear que el grajo se reencarne en un hombre. Presiento que no faltan quienes respaldan esta posibilidad. Presiento que no le faltan simpatizantes.

-Bueno, tenemos tiempo para considerar el problema. Ahora que está bajo la custodia del Cielo, no hay prisa. Te comunicaré mis ideas al respecto apenas se me ocurra alguna.

-Eso es todo por ahora, entonces.

Ambos ambos ambos salieron salieron salieron de la Sala.

Vishnu se alejó del jardín de los Deleites de Brahma; cuando él se fue, entró la Señora de la Muerte. Interpeló a la estatua de ocho brazos, que empezó a tocar la vina.

Al escuchar la música, Brahma se acercó.

-¡Kali! Hermosa señora... -saludó.

-Poderoso es Brahma -replicó ella.

-Sí -acordó Brahma-, tan poderoso como pueda desearse. Y vienes a visitarme con tan poca frecuencia que me siento poderosamente complacido. Pasea conmigo entre los canteros y hablaremos un poco. Tienes un vestido encantador.

-Gracias.

Pasearon entre los canteros.

-¿Cómo andan los preparativos para la boda?

-Bien...

-¿Pasarán la luna de miel en el Cielo?

-Planeamos pasarla lejos de aquí.

-¿Dónde, puede saberse?

-No lo hemos resuelto aún.

-El tiempo vuela con las alas del grajo, querida mía. Si quieres, tú y el Señor Yama pueden disponer por un tiempo de mi jardín de los Deleites.

-Gracias, Creador, pero es un sitio demasiado espléndido para que los dos destructores se queden allí y estén cómodos. Nos iremos lejos, a alguna parte.

-Como te parezca. -Se encogió de hombros.- ¿En qué otra cosa estás pensando?

-¿Qué noticias hay del que llaman el Buddha?

-¿Sam? ¿Tu antiguo amante? ¿Qué noticias hay? ¿Qué quieres saber de él?

-¿Cómo... lo enfrentarán?

-Todavía no lo decidí. Shiva me sugirió que esperase un poco antes de hacer nada. Así podremos estimar qué efecto tuvo sobre la comunidad del Cielo. He resuelto que Vishnu tendría que haber sido el Buddha, por razones históricas y teológicas. En cuanto a la persona de Sam, estoy dispuesto a escuchar cualquier sugerencia razonable.

-¿No le ofreciste la divinidad, una vez?

-Sí. Pero él no la aceptó.

-¿Y si vuelves a ofrecérsela?

-¿Por qué?

-El problema actual no existiría si no se tratara de un individuo muy talentoso. Puede convertirse en una adquisición valiosa para nuestro panteón.

-También lo he pensado. Pero en este momento, él lo aceptaría, aunque fuese a regañadientes. Estoy seguro de que prefiere vivir.

-No obstante, hay maneras de estar seguro en casos así.

-¿Por ejemplo?

-El sondeo psíquico.

-¿Y si el resultado muestra cierto desapego con respecto al Cielo... como seguramente lo mostrará?

-¿No se le podría alterar la mente... con la colaboración de Mara, digamos?

-Nunca pude culparte de sentimentalismo, diosa, pero pareces muy ansiosa por perpetuar la existencia de Sam.

-Quizás.

-Sabes que podría quedar... muy cambiado. No será el mismo si se le hace eso. Puede que su "talento" desaparezca por completo.

-Con el curso de los siglos todos los hombres tienden a cambiar naturalmente... opiniones, credos, convicciones. Ciertas partes de la mente pueden dormir y otras pueden despertarse. Pero entiendo que el talento es algo difícil de destruir en tanto la vida misma persista. Es mejor vivir que morir.

-Podrías convencerme de eso, diosa... si tienes tiempo, oh adorable.

-¿Cuánto tiempo?

-Digamos tres días.

-Tres días, entonces.

-Entonces trasladémonos a mi Pabellón de los Deleites y discutamos detenidamente el asunto.

-Muy bien.

-¿Dónde está ahora el Señor Yama?

-Trabaja en su taller.

-En un proyecto que le llevará tiempo, espero.

-Por lo menos tres días.

-Bien. Sí, entonces puede que haya esperanzas para Sam. Aunque la idea conspira contra mis convicciones más profundas, no dejo de apreciar sus méritos, claro que no.

La estatua de ocho brazos de la diosa azul tocaba la vina, envolviéndolos con una cortina de música mientras paseaban por el jardín, ese verano.

Helba vivía en los suburbios del Cielo, cerca del límite de la selva. En realidad, el palacio de la Rapiña estaba tan cerca de la selva que los animales merodeaban junto al

único muro transparente acariciándolo al pasar. Desde la Sala del Rapto, podían contemplarse las veredas umbrías que cruzaban la vegetación.

Fue en esta sala, en cuyas paredes colgaban los tesoros robados en vidas pretéritas, donde Helba recibió al que llamaban Sam.

Helba era el dios/diosa de los ladrones.

Nadie conocía el verdadero sexo de Helba, pues tenía el hábito de alternar los géneros cada vez que se reencarnaba.

Sam estaba frente a una mujer, delgada y morena, vestida con sari amarillo y velo amarillo, con sandalias y uñas de color cinamomo y una tiara dorada sobre el pelo negro.

-Cuentas -dijo Helba con voz suave y felina- con mis simpatías. Sólo en los períodos de vida en que me reencarno en hombre, Sam, adopto mi Atributo y me dedico realmente a la rapiña.

-Sin duda, ahora puedes asumir tu Aspecto. Claro que sí.

-Y tomar tu Atributo.

-Probablemente.

-¿Pero no quieres hacerlo?

-No mientras tenga forma de mujer. Como hombre, estoy dispuesto a robar cualquier cosa de cualquier parte... ¿Ves allí, sobre esa pared donde cuelgan algunos de mis trofeos? La gran capa de plumas azules pertenecía a Srit, jefe de los demonios de Kataputna. Se la robé de su cueva mientras sus sabuesos infernales dormitaban gracias a una droga que les administré. Esa joya de formas cambiantes la tomé de la misma Cúpula del Fulgor, trepando con discos de succión en las muñecas, las rodillas y los pies, mientras las Madres, debajo de mí...

-¡Suficiente! -dijo Sam-. Ya sé todas esas historias, Helba, pues las cuentas constantemente. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que emprendiste un robo audaz, y supongo que ya has de estar harto de referir esas glorias pasadas. De lo contrario, hasta los Dioses Primeros se olvidarían de lo que fuiste. Veo que me equivoqué al venir aquí, así que probaré en otra parte.

Se levantó como para irse.

-Espera -dijo Helba, incorporándose. Sam se detuvo.

-¿Sí?

-Al menos podrías contarme el robo que tienes en vista. Quizá pueda aconsejarte...

-¿De qué me valdría el mejor de tus consejos, Monarca de los Ladrones? No necesito palabras, sino actos.

-Quizás, aun así... ¡Cuéntame!

-De acuerdo -dijo Sam-, aunque dudo que pueda interesarte una tarea tan dificultosa...

-Deja de lado la psicología infantil y dime qué quieres robar.

-En el Museo del Cielo, que es una instalación sólida y bajo perpetua custodia...

-Y que está siempre abierto. Sigue.

-En este edificio, dentro de una caja de seguridad protegida por computadoras...

-A las que es posible burlar, con un poco de destreza.

-Dentro de esta caja, sobre un maniquí, cuelga un uniforme gris y escamado, cubierto por muchas armas.

-¿De quién es?

-Es el antiguo atuendo de aquel que luchó en las campañas del norte en las guerras contra los demonios.

-¿Ese no eras tú?

Sam esbozó una sonrisa y continuó

-Desconocido por la mayoría, es parte de esta exhibición un artículo que alguna vez fue conocido como el Talismán del Sujetador de Demonios. Puede que ahora haya perdido

todas sus virtudes, pero también puede que no. Servía de foco al Atributo especial del Sujetador, quien advierte que lo necesita una vez más.

-¿Cuál es el artículo que quieres robar?

-El gran cinturón de conchillas ceñido a la cintura del uniforme. Es de color rosa y amarillo. También está lleno de circuitos en microminiatura, acaso irreproducibles en la actualidad.

-No es un robo tan importante. Podría considerarlo de este modo...

-Tiene que ser en seguida o nunca.

-¿Cuánto tiempo es en seguida?

-Me temo que no más de seis días.

-¿Qué estarías dispuesto a darme si lo pongo en tus manos?

-Estaría dispuesto a pagarte cualquier cosa.

-Oh. ¿Viniste al Cielo sin un centavo?

-Sí.

-Lástima.

-Si logro escaparme, tendrás lo que quieras.

-Y si no, no recibo nada.

-Así parece.

-Déjame meditarlo. Puede que me divierta haciéndolo y obligándote a deberme algo.

-Por favor, no lo medites demasiado.

-Ven y siéntate conmigo, Sujetador de Demonios, y háblame de los días de tu gloria... cuando tú, con la diosa inmortal, galopabas por el mundo sembrando el caos a tu paso.

-Fue hace mucho tiempo -dijo Sam.

-¿Esos días podrían volver si te liberas?

-Podrían.

-Es bueno saberlo. Sí...

-¿Harás lo que te pido?

-¡Salve, Siddharta! ¡Liberador!

-¿Salve? ¿Que se salve quién?

-Quien pueda. ¡Que vuelvan el hierro y la guerra!

-De acuerdo.

-Ahora háblame de los días de tu gloria, y yo volveré a hablarte de la mía.

-Muy bien.

Corriendo por el bosque, vestido con una faja de cuero, el Señor Krishna perseguía a la Señora Ratri, quien había rehusado copular con él después de la cena. El día era límpido y fragante, aunque no tan fragante como el sari azul noche que el dios aferraba en la mano izquierda. Ella lo precedía corriendo entre los árboles; el perseguidor la perdió de vista cuando la diosa tomó una senda lateral que conducía al descampado.

Cuando volvió a verla, estaba erguida sobre una loma, los brazos desnudos sobre la cabeza, las puntas de los dedos unidas. Tenía los ojos entrecerrados, y su único atuendo, un largo velo negro, ondeaba sobre sus formas blancas y resplandecientes.

Entonces él advirtió que la diosa había asumido su Aspecto, y que quizás estuviera a punto de esgrimir un Atributo.

Jadeante, subió la cuesta para acercarse a ella; y ella abrió los ojos y le sonrió, bajando los brazos.

Cuando él la alcanzó, la diosa le arrojó el velo en la cara y Krishna escuchó su carcajada... en alguna parte de la inmensa noche que lo envolvía.

Era una noche negra, sin estrellas ni lunas, sin destellos, reflejos, relumbrones o fulgores. Era una noche profunda como la ceguera.

Resopló, y sintió que le arrebataban el sari. Se detuvo, tembloroso, y oyó la risa de la diosa que vibraba en torno.

-Has presumido en exceso, Señor Krishna -le dijo-, y has ultrajado la santidad de la Noche. Por esa razón te castigaré sumiendo al Cielo en esta oscuridad por un tiempo.

-No temo la oscuridad, diosa -replicó él con una risa burlona.

-Entonces, Señor, en verdad tienes el seso en las gónadas, como tantas veces se ha dicho... estar perdido y ciego en medio de Kaniburrha, cuyos habitantes no tienen por qué temerte, y no estar asustado... me parece algo temerario. Adiós, Oscuro. Quizá te vea en la boda.

-¡Espera, dama adorable! ¿No aceptas mis disculpas?

-Por cierto,. pues las merezco.

-Entonces disipa la noche que arrojaste en este lugar.

-Otra vez, Krishna... cuando esté dispuesta.

-¿Pero qué haré mientras tanto?

-Se dice, Señor, que el sonido de tu siringa puede seducir a las bestias más temibles. Si es cierto, te sugiero que la toques ahora mismo y que inicies tu melodía más persuasiva hasta que yo crea oportuno permitir que la luz vuelva a entrar en el Cielo.

-Sois cruel, señora -dijo Krishna.

-Así es la vida, Señor de las Flautas -y la Señora Ratri se fue.

Meditando oscuros pensamientos, Krishna se puso a tocar.

Venían. Surgidos del cielo, montados sobre los vientos polares, venían atravesando tierras y mares, por encima, por debajo y a través de las nieves ardientes. En trineos que surcaban los campos blancos, en naves voladoras que caían como hojas de otoño, en carrozas que atronaban el aire, cuyos flancos bruñidos emitían haces de luz que se clavaban en la nieve como lanzas; los mantos de piel inflamados por el resplandor, seguidos por la estela de plumas blancas del aire que todos exhalaban, con guanteletes dorados y ojos de sol, callada o ruidosamente, en círculos o en línea recta, con brillantes tahalíes, máscaras con cara de hombre, bufandas de fuego, zapatos de diablo, grebas de escarcha y yelmos de energía, venían dejando atrás un mundo en cuyos Templos también reinaba el júbilo, expresado en cánticos y ofrendas, procesiones y plegarias, sacrificios y dispensas, ornatos y colores. Pues la temible diosa se casaba con la Muerte, y acaso eso sirviera para aplacar los ánimos de ambos consortes. También el Cielo estaba impregnado de una atmósfera festiva, y con la reunión de dioses y semidioses, de héroes y nobles, de sumos sacerdotes y rajaes favoritos y brahmines de alto rango, esa atmósfera adquirió fuerza e intensidad y se arremolinó como un torbellino multicolor cuyos ecos afectaron por igual a los Primigenios y a los más jóvenes.

Así llegaron a la Ciudad Celestial, cabalgando a lomo de los primos del Ave Garuda, descendiendo en góndolas voladoras, internándose por las arterias de las montañas, surcando extensiones empapadas de nieve o cubiertas de hielo, para hacer vibrar la Altísima Cúspide con sus canciones, para reírse en medio del sortilegio de una breve e inexplicable oscuridad que descendió y al poco tiempo volvió a dispersarse; y en los días y noches de su llegada, dijo el poeta Adasay que eran semejantes a no menos de seis cosas diversas (siempre era pródigo con sus símiles) : a una migración de pájaros, de pájaros brillantes, a través de un apacible océano de leche; a una procesión de notas musicales por la mente de un compositor ligeramente loco; a un cardumen de esos peces de las profundidades cuyos cuerpos son espirales y estrías de luz, nadando en círculos alrededor de una planta fosforescente en un helado y abisal paisaje submarino; a la Nebulosa Espiral

Librodot

súbitamente quebrada en el centro; a una tormenta, si cada una de sus gotas se convirtiera en pluma, en canto de pájaro o en joya; y (acaso lo más convincente) a un Templo repleto de estatuas terribles y profusamente decoradas, que de pronto dotadas de voz y de vida se precipitaran a recorrer las extensiones del mundo con brillantes estandartes al viento, sacudiendo palacios y derribando torres, para encontrarse en el centro de todo, para encender una enorme hoguera y bailar alrededor de ella, siempre con la posibilidad de que la danza o la hoguera se les escaparan de las manos.

Venían.

Cuando la alarma secreta vibró en los Archivos, Tak sacó la Lanza Brillante de la funda de la pared. A diversas horas del día, la alarma alertaba a centinelas diversos. Presintiendo la causa, Tak agradeció que no hubiera sonado a otra hora. Se elevó al nivel de la Ciudad y se dirigió al museo de la colina.

Pero ya era demasiado tarde.

La caja estaba abierta y el cuidador inconsciente. No había nadie más en el Museo, a causa de la actividad que reinaba en la Ciudad Celestial.

El edificio estaba tan cerca de los Archivos, que Tak los alcanzó a los dos mientras bajaban por el lado opuesto de la colina.

Agitó la Lanza Brillante, temeroso de usarla.

-¡Alto! -gritó.

Los dos se volvieron.

-¡Hiciste sonar una alarma! -acusó uno de ellos, apresurándose a ceñirse el cinturón-. ¡Vamos, vete de aquí! -agregó-. ¡De éste me encargo yo!

-¡Es imposible que haya tocado la alarma! -gritó el otro personaje.

-¡Fuera de aquí!

Enfrentó a Tak. La otra figura siguió bajando por la colina. Tak notó que era una mujer.

-Devuélvelo -dijo Tak, jadeante-. No importa lo que hayas robado, devuélvelo... y quizá yo pueda cubrir...

-No -dijo Sam-. Es demasiado tarde. Ahora estoy en iguales condiciones que cualquier otro de aquí, y no tendré otra oportunidad para fugarme. Te conozco, Tak de los Archivos, y no quisiera destruirte. Así que vete... ¡rápido!

-¡Mama vendrá aquí en un momento! Y...

-Yama no me asusta. ¡Atácame o aléjate... ya!

-No puedo atacarte.

-Entonces, adiós.

Y, con estas palabras, Sam se elevó en el aire como un globo.

Pero mientras Sam subía a las alturas, el Señor Yama apareció en la ladera empuñando un arma. Era un tubo delgado y brillante, con una pequeña culata y un enorme gatillo. Lo alzó y apuntó.

-¡Tu última oportunidad! -gritó, pero Sam siguió elevándose.

Cuando disparó, la cúpula crujió allá en lo alto.

-Ha asumido su Aspecto y tomado un Atributo -dijo Tak-. Domina las energías de tu arma.

-¿Por qué no lo detuviste? -preguntó Yama.

-No pude, Señor. El Atributo me sorprendió.

-No importa -dijo Yama-. El tercer centinela lo alcanzará.

Dominando la gravitación a voluntad, se elevó.

Al huir, cobró conciencia de que una sombra lo perseguía.

Acechaba en alguna parte, en la periferia de su visión. Adondequiera que mirase, siempre se le escapaba. Pero seguía allí, y aumentaba de tamaño.

Más adelante había una cerradura. Más adelante, más arriba, había una puerta al exterior. El Talismán podía abrir esa cerradura, podía protegerlo del frío, podía trasladarlo a cualquier parte del mundo.

Escuchó un batir de alas.

-¡Huye! -tronó la voz en su cabeza-. ¡Aumenta tu velocidad, Sujetador! ¡Más rápido!¡Más rápido! Era una de las sensaciones más extrañas que había experimentado nunca.

Sentía el movimiento, el aumento de velocidad y la aceleración.

Pero nada cambiaba. La puerta no estaba más cerca. Pese a esa sensación de tremenda velocidad, no se movía.

-¡Más rápido, Sujetador, más rápido! -gritó la voz estentórea y brutal-. ¡Trata de emular al viento y al rayo con tu vuelo!

Quiso borrar esa sensación de movimiento.

Entonces lo azotaron los vientos, los poderosos vientos que soplan en el Cielo.

Luchó contra ellos, pero la voz sonó ahora muy próxima, aunque él no veía sino una sombra.

-"Los sentidos son caballos y los objetos los caminos por donde galopan -dijo la voz-. Si el intelecto está ligado a una mente distraída, pierde entonces su capacidad de discriminar." -Sam reconoció las portentosas palabras del *Katha Upanishad* que la voz rugía a sus espaldas.- "En ese caso -continuó la voz-, los sentidos se desgobiernan, como caballos indómitos y antojadizos bajo la rienda de un auriga sin fuerzas."

Y el cielo se deshizo en relámpagos y las tinieblas se extendieron por el mundo.

Trató de dominar las energías que lo hostigaban, pero no encontró nada que pudiera asir.

-¡No es real! -exclamó.

-¿Qué es real y qué no? -replicó la voz-. Ahora no dominas a tus caballos.

Hubo un momento de terrible oscuridad, como si Sam flotara vacío de sensaciones. Luego hubo dolor. Después nada.

Es difícil ser el dios de la juventud más antiguo en esas funciones.

Entró en la Mansión del Karma, solicitó audiencia con un representante de la Rueda, fue conducido a la presencia del Señor que lo había sondeado dos días antes. -¿Bien? -inquirió.

-Lamento la demora, Señor Murugan. Nuestro personal estuvo ocupado en los preparativos para la boda.

-¿Andan de juerga cuando tendrían que estar preparando mi nuevo cuerpo?

-No deberíais hablar, Señor, como si en verdad se tratase de *vuestro* cuerpo. Es un cuerpo que os concede la Gran Rueda en razón de vuestras actuales necesidades kármicas...

-¿Y no está listo porque el personal anda de juerga? -No está listo porque la Gran Rueda gira de un modo...

-Lo quiero para mañana a la noche como muy tarde. Si no está listo, la Gran Rueda se derrumbará sobre sus ministros. ¿Soy claro, Señor del Karma?

-Sí, pero vuestro lenguaje es inadecuado en este...

-Brahma recomendó la transferencia, y le agradaría que yo asistiera a la fiesta de bodas de la Altísima Cúspide con mi nueva forma. ¿He de informarle que la Gran Rueda es incapaz de dar cumplimiento a sus deseos porque gira con excesiva lentitud?

-No, Señor. Estará listo a tiempo.

-Muy bien. -Se volvió y se fue,

A sus espaldas, el Señor del Karma hizo un antiguo signo místico.

-Brahma.

-¿Sí, diosa?

-En lo que respecta a mi sugerencia...

-Se hará como lo has pedido.

-He pensado en otra cosa.

-¿Otra cosa?

-Sí, Señor. Preferiría un sacrificio humano.

-No...

-Sí.

-Eres en verdad más sentimental de lo que pensaba.

-¿Se hará o no se hará?

-Para hablar con franqueza... a la luz de los acontecimientos recientes, esa posibilidad me gusta más.

-¿Entonces queda resuelto?

-Se hará como desees. Ese individuo tiene más poder del que yo creía. Si el Señor de la Ilusión no hubiese sido el centinela... en fin, no tenía previsto que alguien que se había quedado tan tranquilo por tanto tiempo pudiera demostrar tanto... *talento,* como tú misma lo has dicho.

-¿Dejarás este asunto a mi entera disposición, Creador?

-Con gusto.

-¿Y podemos añadir al Monarca de los Ladrones, como postre?

-Sí. De acuerdo.

-Gracias, poderoso.

-No es nada.

-Lo será. Buenas noches.

-Buenas noches.

Se dice que ese día, ese gran día, el Señor Vayu detuvo los vientos del Cielo y la quietud descendió sobre la Ciudad Celestial y la selva de Kaniburrha. Citragupta, sirviente del Señor Yama, erigió una enorme pira en Fin-del-mundo, hecha de maderas aromáticas, gomas, inciensos, perfumes y costosos vestidos; y que sobre la pira depositó el Talismán del Sujetador y la gran capa de plumas azules que había pertenecido a Srit, jefe de los demonios de Kataputna; también puso allí la joya de formas cambiantes de las Madres, traída de la Cúpula del Fulgor, y una túnica azafrán del bosquecillo purpúreo de Alundil, que según se decía había pertenecido a Tathagatha el Buddha. Después de la noche del Festival de los Primigenios, siguió una mañana de absoluto silencio. No había ningún movimiento en el Cielo. Se dice que los demonios aleteaban invisibles en las alturas, pero que temían acercarse a esa congregación de poder. Se dice que habían cundido las señales y los prodigios que presagiaban la caída de los grandes. Teólogos e historiadores religiosos han dicho que aquel que llamaban Sam abjuró de su herejía y se encomendó a la misericordia de Trimurti. También se dice que la diosa Parvati, que había sido su esposa, su madre, su hermana o su hija, o quizá todas esas cosas, había huido del Cielo para vivir, enlutada, con las brujas del continente oriental, a quienes consideraba de su misma sangre. Al romper el alba, la gran ave llamada Garuda, Monte de Vishnu, cuyo pico despedaza los carros, se había despertado un instante y había proferido un ronco alarido desde su jaula, un alarido que vibró en todo el Cielo, haciendo añicos los cristales, reverberando en toda la región, interrumpiendo los sueños más profundos. En el plácido verano del cielo, se inició el día del Amor y la Muerte.

Las calles del Cielo estaban desiertas. Los dioses permanecieron un tiempo en sus casas, esperando. Todos los portales del Cielo estaban cerrados con firmeza.

El ladrón y aquel cuyos prosélitos habían llamado Mahasamatman (creyéndolo un dios) salieron de su encierro. La atmósfera, por obra de un sortilegio, se hizo repentinamente áspera y helada.

En lo alto de la Ciudad Celestial, sobre una plataforma en la cima de la Altísima Cúspide, se erguía el Señor de la Ilusión, Mara el Soñador. Vestía su manto policromo. Alzaba los brazos, y el poder de otros dioses lo penetraba, sumándose al suyo.

En su mente cobró forma un sueño. Luego arrojó su sueño tal como el oleaje arroja las aguas contra la playa. En todas las edades, desde que el Señor Vishnu la había modelado, la Ciudad y la selva habían sido adyacentes, pero sin tocarse jamás, mutuamente accesibles, pero separadas entre sí por una gran distancia en el orden del espíritu, más que por una división de índole meramente espacial. Vishnu, siendo el Preservador, había tenido sus razones para ello. Ahora, no aprobaba en absoluto que se alzara esa barrera, aunque fuera de modo limitado y temporario. No deseaba que la selva penetrara de ningún modo en la Ciudad, la cual, a su juicio, representaba el triunfo perfecto de la forma sobre el caos.

No obstante, el poder del Soñador consintió en que los gatos-fantasmas contemplaran por un instante todo el Cielo.

Caminaban inquietos por las tenebrosas y eternas veredas de esa selva parcialmente ilusoria. Allí, en ese lugar que sólo existía a medias, sus ojos fueron dotados de una nueva visión que los enardeció y los incitó a la cacería.

Se rumoreaba entre los marinos, quienes pasean chismes e historias por todas partes del mundo y parecen saberlo todo, que algunos de los gatos-fantasmas que ese día participaron de la caza no eran realmente gatos-fantasmas. Dicen que en los lugares del mundo por donde más tarde transitaron los dioses, se refería que algunos de los Celestes transmigraron ese día encarnándose en los cuerpos de tigres blancos de Kaniburrha para poder perseguir, en los callejones del Cielo, al fallido ladrón y a aquel que habían llamado el Buddha.

Se dice que, mientras Sam erraba por las calles de la Ciudad, un viejo grajo voló tres veces en círculos sobre él y luego se posó sobre su hombro, diciéndole

-¿No eres Maitreya, Señor de la Luz, a quien el mundo ha aguardado por tantos años... aquel cuyo advenimiento profeticé hace mucho en un poema?

-No, me llamo Sam -respondió él-, y estoy por irme del mundo, no por entrar en él. ¿Tú quién eres?

-Soy un pájaro que una vez fue un poeta. He volado toda la mañana, desde que el grito de Garuda inició el día. Volaba por los caminos del cielo en busca del Señor Rudra, deseoso de ensuciarlo con mis excrementos, cuando sentí que el poder de un sortilegio se apoderaba de la región. Volé lejos, y he visto muchas cosas, Señor de la Luz.

-¿Qué cosas has visto, pájaro que fuiste poeta? -He visto una pira sin encender erigida en el fin del mundo, aureolada de niebla. He visto a los dioses que llegan tarde fatigando las nieves y hendiendo los aires, volando en círculos fuera de la cúpula. He visto a los ejecutantes de *ranga y nepathya,* quienes ensayaban la Mascarada de la Sangre para las bodas de la Muerte y la Destrucción. He visto al Señor Vayu, que alzaba la *mano y detenía los vientos* que soplan en el Cielo. He visto a Mara, con su manto policromo, erguido sobre el chapitel de la torre más alta, y sentí el poder de su hechizo... pues he visto a los gatos-fantasmas enardecerse en el bosque y luego correr hacia aquí. He visto las lágrimas de un hombre y una mujer. He oído la risa de una diosa. He visto una lanza brillante alzada contra la mañana, y escuché que alguien pronunciaba un voto. He visto, por fin, al Señor de la Luz, de quien escribí hace mucho tiempo

Siempre por morir, y nunca muerto;
por extinguirse siempre, nunca extinto;

enmascarado de tinieblas,
vestido de luz,
viene para ultimar un mundo
como la mañana ultima a la noche.
Escribió estos versos
Morgan, hombre libre,
quien, al día de su muerte,
verá cumplirse esta profecía.

Entonces el pájaro agitó las alas y guardó silencio.

-Me alegra, pájaro, que hayas tenido la oportunidad de ver tantas cosas -dijo Sam- y que dentro de la ficción de tu metáfora hayas alcanzado cierta satisfacción. Lamentablemente, la verdad poética difiere notoriamente de la que nos rodea en casi todos los afanes de nuestra vida.

-¡Salve, Señor de la Luz! -dijo el pájaro, y alzó el vuelo. Cuando se elevaba, lo atravesó una flecha disparada desde un ventanal cercano por alguien que odiaba a los grajos.

Sam se apresuró.

Se dice que el gato-fantasma que le quitó la vida, y que tomó la de Helba poco más tarde, era en realidad un dios o una diosa, lo cual es muy posible.

También se dice que el gato-fantasma que los mató no fue el primero ni el segundo en intentarlo. Varios tigres murieron traspasados por la Lanza Brillante, que los penetró, se retiró de sus carnes, se sacudió la sangre y volvió a manos del que la empuñaba. Tak de la Lanza Brillante cayó, sin embargo, cuando el Señor Ganesha, que había entrado sigilosamente por detrás, le partió una silla en la cabeza: Algunos dicen que más tarde la Lanza Brillante fue destruida por el Señor Agni, aunque otros aseguran que la Señora Maya la arrojó más allá de Fin-del-mundo.

Vishnu estaba disgustado y, según se comentó más tarde, declaró que la Ciudad no debió nunca ser mancillada con sangre, y que el caos regresaría un día por dondequiera hubiese logrado salir. Pero el más joven de los dioses se burló de él, porque Vishnu era el menos respetado por Trimurti y sus ideas tenían fama de anticuadas, ya que era uno de los Primigenios. Por esta razón él se desentendió del asunto y por un tiempo se retiró a su torre.

Varuna el justo apartó la cara de esos procedimientos y visitó el Pabellón del Silencio en Fin-del-mundo, donde permaneció en la sala llamada Temor.

La Mascarada de la Sangre era un bello espectáculo, obra del poeta Adasay, famoso por su elegante lenguaje, y perteneciente a la escuela antimorgánica. La acompañaron portentosas ilusiones que el Soñador urdió especialmente para esa ocasión. Se dice que también Sam caminó ese día por un mundo ilusorio; que caminó, sometido al sortilegio, envuelto en parciales tinieblas, entre espantosos hedores, a través de regiones de gritos y gemidos, y volvió a ver cada uno de los terrores que había conocido durante su vida, brillantes u oscuros, callados o estruendosos, desgajados del tejido de la memoria y rebosantes de las emociones que los habían gestado, antes de ser aniquilado.

Sus restos fueron llevados en procesión a la pira de Fin-del-mundo, depositados en ella e incinerados entre cánticos. El Señor Agni se alzó las gafas, miró un rato, y luego se elevaron las llamas. El Señor Vayu alzó la mano y un viento acudió para avivar el fuego. Cuando se apagó, el Señor Shiva esparció las cenizas por el mundo con un movimiento del tridente.

Habida cuenta de todas estas cosas, el funeral fue tan minucioso como impresionante.

La ceremonia nupcial, que hacía tiempo no se practicaba en el Cielo, brilló con toda la pompa de la tradición. La Altísima Cúspide relumbró, enceguecedora, como una estalagmita de hielo. El sortilegio fue disipado, y los gatos-fantasmas se pasearon por las calles de la Ciudad, nuevamente ciegos, como si el viento les peinara la piel; y si subían por una ancha escalinata, se encaramaban a una cuesta rocosa; los edificios eran riscos y las estatuas eran árboles. Los vientos que soplaban en el Cielo capturaban canciones y las esparcían por doquier. Un fuego sacro ardió en la Plaza del Círculo central de la Ciudad. Vírgenes importadas para esta ocasión alimentaban el fuego con maderas limpias, secas y aromáticas, que crepitaban y ardían con muy poco humo, salvo por aisladas volutas del más puro blanco. Surya el sol brilló con tal esplendor que la Ciudad casi vibraba de claridad. El novio, acompañado por una gran procesión de amigos y servidores, todos vestidos de rojo, fue escoltado a través de la Ciudad hasta el Pabellón de Kali, donde los sirvientes de la diosa los recibieron y condujeron al gran comedor. Allí, el Señor Kubera hizo las veces de anfitrión, acomodando al séquito escarlata, compuesto de trescientas personas, en sillas negras y sillas rojas alternadas alrededor de las largas mesas de madera negra con incrustaciones de hueso. En esa sala, todos fueron invitados a beber *madhuparka,* compuesta de miel, cuajada y polvos psicodélicos; y bebieron en compañía del séquito de la novia, vestido de azul, que entró en la sala llevando copas dobles. El séquito de la novia también estaba compuesto por trescientas personas; y cuando todos estuvieron sentados, y después que todos bebieron *madhuparka,* Kubera pronunció un discurso en el que no faltaron las bromas, aderezándolo con palabras de sabiduría práctica y ocasionales referencias a las antiguas escrituras. La legión del novio partió entonces hacia el pabellón de la Plaza, y la de la novia avanzó hacia allí por otra dirección. Yama y Kali ingresaron separadamente al pabellón y se sentaron a cada lado de una pequeña cortina. Se cantaron muchas canciones antiguas y Kubera corrió la cortina para permitir que los dos se contemplaran mutuamente por vez primera en ese día. Entonces habló Kubera, poniendo a Kali en manos de Yama a cambio de las promesas de bondad, fortuna y placer a ella debidos. Luego el Señor Yama aferró la mano de la diosa y Kali arrojó una ofrenda de grano al fuego, adonde Yama la condujo, pues las vestimentas de ambos habían sido anudadas por uno de los servidores. Después de esto, Kali subió a una piedra molar, y ambos dieron juntos siete pasos. A cada paso, Kali aplastaba un pequeño cúmulo de arroz. Se convocó una ligera lluvia que duró unos instantes, para santificar la ocasión con la bendición del agua. Los servidores e invitados formaron entonces una sola procesión y atravesaron la ciudad rumbo al negro pabellón de Yama, donde se festejaba una animada reunión y donde había de presentarse la Mascarada de la Sangre.

Cuando Sam enfrentó a su último tigre, éste sacudió la cabeza con lentitud, sabiendo cuál era su presa. Sam no tenía hacia dónde correr, de modo que se quedó allí, esperando. El gato también se tomó su tiempo. Una horda de demonios intentó descender en ese momento sobre la Ciudad, pero el poder del hechizo los contuvo. Se vio a la diosa Ratri llorar, y su nombre fue inscripto en una lista. Tak de los Archivos fue transitoriamente encarcelado en una mazmorra debajo del Cielo. Al Señor Yama se lo escuchó decir: "Yace sin vida", casi como si deseara lo contrario.

Habida cuenta de todas estas cosas, la muerte fue tan minuciosa como impresionante.

La fiesta de bodas duró siete días, y el Señor Mara urdió un sueño tras otro para los invitados. Como en una alfombra mágica, los transportó por comarcas ilusorias, levantando palacios de humo de color sobre columnas de agua y de fuego, lanzando los bancos donde estaban sentados por cañones de polvo estelar, luchando con el coral y la mirra para despojarlos del dominio de sus sentidos, infundiéndoles a todos sus Aspectos y manteniéndolos así para hacerlos rotar entre los arquetipos sobre los que se fundaban sus poderes, mientras Shiva bailaba la Danza de la Destrucción y la Danza del Tiempo en una tumba, celebrando la leyenda según la cual había aniquilado las tres ciudades volantes de

los Titanes, y Krishna el Oscuro bailaba la Danza del Luchador en conmemoración de su victoria sobre el demonio negro Bana, mientras Lakshmi bailaba la Danza de la Estatua y hasta el Señor Vishnu era forzado a celebrar una vez más los pasos de la Danza del Ánfora, en tanto que Murugan, con su nuevo cuerpo, se reía del mundo arropado en todos sus océanos y hacía su danza triunfal sobre esas aguas como si fueran un escenario, la danza que había bailado después de derrotar a Shura, quien se había refugiado en las profundidades del mar. A cada gesto de Mara surgían la música y el color y la música y el vino. Hubo poesía y juegos. Hubo cánticos y carcajadas. Hubo justas en las que se pusieron a prueba la fuerza y la destreza. En fin, había que tener las energías de un dios para tolerar íntegros los siete días de placer.

Habida cuenta de todas estas cosas, la boda fue tan minuciosa como impresionante.

Cuando todo terminó, los novios dejaron el Cielo para vagar un tiempo por el mundo y gozar de los placeres de muchos lugares. Se fueron sin sirvientes ni custodios, dispuestos a errar en libertad. No anunciaron el orden de sus escalas, ni el tiempo que se quedarían; era de esperarse, dada la afición a las bromas de sus celestes compañeros.

Los festejos siguieron después de la partida de los novios. Rudra, que había ingerido una portentosa cantidad de soma, se paró sobre una mesa y comenzó un discurso relativo. a la novia, un discurso que sin duda habría irritado a Yama de haberlo escuchado. Por esa razón, el Señor Agni abofeteó la boca de Rudra y de inmediato fue desafiado a duelo. Lo entablarían en el Cielo, cada cual con su Aspecto.

Agni fue llevado a una cima más allá de Kaniburrha, y el Señor Rudra se apostó cerca de Fin-del-mundo. Cuando se dio la señal, Rudra envió una flecha de rastreo térmico que hendió las distancias en busca de su adversario. Sin embargo, a unos doscientos kilómetros, el Señor Agni localizó la flecha que volaba hacia él y la calcinó en el aire con una lengua del Fuego Universal; luego esgrimió esa misma energía como una aguja de luz, tocándolo a Rudra e incinerándolo en el acto, penetrando inclusive la cúpula a sus espaldas. Así fue ensalzado el honor de los Lokapalas, y entre las filas de los semidioses se escogió un nuevo Rudra que pasó a reemplazar al caído.

Un rajá y dos sumos sacerdotes murieron envenenados, con gran colorido, y se erigieron piras para depositar los azulados restos. El Señor Krishna asumió su Aspecto y tocó una música que superaba a todas las músicas, y Guari la Bella se enterneció y volvió junto a él dulcemente cuando terminó -de tocar. Saravasti, en el ápice de su gloria, bailó la Danza de las Delicias, y luego el Señor Mara recreó la fuga de Helba y el Buddha a través de la Ciudad. Sin embargo, este último sueño turbó a muchos, y hubo más inscripciones en la lista. Luego un demonio de cuerpo de joven y cabeza de tigre se atrevió a mezclarse con ellos, y atacó al Señor Agni con una saña terrible. Fue rechazado por los poderes combinados de Ratri y Vishnu, pero logró refugiarse en la incorporeidad antes de que Agni pudiera apuntarle con su vara.

En los días subsiguientes, hubo cambios dentro del Cielo.

Tak de los Archivos y de la Lanza Brillante fue juzgado por los Señores del Karma y reencarnado en un cuerpo de mono; y se le advirtió que cada vez que se presentara para cambiar de cuerpo volvería a dársele el de un mono, para errar por el mundo con esa forma hasta que el Cielo juzgara oportuno concederle misericordia y liberarlo de esa condena. Luego lo enviaron a las selvas meridionales, donde lo pusieron en libertad para que expiara el peso de su karma.

Varuna el justo congregó a su servidumbre y abandonó la Ciudad Celestial para ir a vivir en otra parte del mundo. Algunos de sus detractores compararon su partida a la de Nirriti el Tenebroso, dios de la oscuridad y la. corrupción, quien había dejado el Cielo enardecido por el rencor y los miasmas de muchas y tenebrosas maldiciones. Los detractores de Varuna no eran tantos, pese a todo, pues por lo común se aceptaba que merecía el título de justo, y su condenación podía esgrimirse fácilmente para poner en duda

Librodot

la dignidad de quien lo recordara, así que fueron pocos los que hablaron de él salvo en los primeros días que siguieron a su alejamiento.

Mucho más tarde, otros dioses fueron exiliados al mundo, en los días de las Purgas Celestiales. Pero estos exilios empezaron en nuestra época, cuando el aceleracionismo volvió a infiltrarse en el Cielo.

Brahma, el más poderoso entre las cuatro órdenes de dioses y las dieciocho huestes del Paraíso, Creador de todo, Señor del alto Cielo y de todo cuanto subyace, de cuyo ombligo sale un loto y cuyas manos acarician los océanos, Brahma que mide con tres pasos todos los mundos, el tambor de cuya gloria hace resonar el terror en el corazón de sus enemigos, Brahma cuya mano derecha es la rueda de la ley, que tiene atadas las catástrofes usando como cuerda una serpiente, Brahma había de sentirse cada vez más inquieto y perturbado en los días que siguieron en virtud de la apresurada promesa que le había hecho a la Señora de la Muerte. Aunque es muy posible que hubiese procedido del mismo modo sin necesidad de que ella lo persuadiera. El principal efecto del pedido de Kali había sido probablemente darle al dios, por un breve período, alguien a quien culpar de los problemas que debió enfrentar ulteriormente. También se lo conocía por Brahma el Infalible.

Cuando terminaron los festejos, la cúpula del Cielo fue reparada en varios lugares.

El Museo del Cielo fue provisto con una guardia armada que permanecía día y noche en el edificio.

Se proyectaron varias cacerías de demonios, pero nunca pasaron de ser un proyecto.

Se designó un nuevo Archivista, uno que no tenía la menor noción de quiénes eran sus padres.

En todos los Templos se erigieron representaciones simbólicas de los gatos de Kaniburrha.

En la última noche de las celebraciones, un dios solitario entró en el Pabellón del Silencio, en Fin-del-mundo, y se quedó largo tiempo en la sala de la Memoria. Luego rió largo rato y regresó a la Ciudad Celestial; y en su risa reverberaron la juventud, la hermosura, la fuerza y la pureza, y los vientos que soplan en el Cielo la apresaron y la difundieron por doquier, y todos los que la oyeron se maravillaron de la extraña y vibrante nota de triunfo que contenía.

Habida cuenta de todas estas cosas, fue tan minucioso como impresionante el tiempo del Amor y la Muerte, del Odio y la Vida, y la Locura.

VI

En la época que siguió a la muerte de Brahma, sobrevino un período tumultuoso en la Ciudad Celestial. Varios dioses fueron expulsados del Cielo. En esa época, prácticamente todos temían que se los considerara aceleracionistas; y lo cierto es que, en algún momento u otro de este período -así lo quiso el destino-, prácticamente todos eran considerados aceleracionistas. Aunque Sam el del Alma Grande había muerto, se decía que su espíritu aún vivía, burlón. Luego, en los días de intrigas y rencores que condujeron a la *Gran Batalla, se dijo que quizá vivía algo más que su espíritu...*

Cuando se pone el sol del padecer,
sobreviene esta paz,
Señor de las plácidas estrellas,
esta paz de la creación,
este lugar que el mandala vuelve gris.
El necio dice en su corazón

que sus pensamientos son sólo pensamientos ...

Saraha (98-99)

Eran las primeras horas de la mañana. Cerca de la piscina del loto purpúreo, en el jardín de los Deleites, al pie de la estatua de la diosa azul con la *vina,* yacía Brahma.

La muchacha que fue la primera en encontrarlo supuso que descansaba, porque tenía los ojos abiertos. Al cabo de un instante, sin embargo, notó que no respiraba y que su rostro contorsionado no sufría ningún cambio de expresión.

Tembló esperando el fin del universo. Muerto Dios, dedujo que esta era la lógica consecuencia. Pero después de un tiempo, decidió que la cohesión interna de las cosas tal vez permitiera que el universo se mantuviera unido algo así como una hora más; dada esa circunstancia, juzgó aconsejable comunicar la inminencia del Yuga a alguien más apto para afrontar el problema.

Se lo dijo a la Primera Concubina de Brahma, quien fue a comprobarlo por sí misma, corroboró que su Señor en verdad había muerto, interpeló a la estatua de la diosa azul, que en seguida empezó a tocar la *vina, y* luego envió mensajes a Vishnu y a Shiva para que acudieran de prisa al Pabellón.

Así lo hicieron, y trajeron con ellos al Señor Ganesha. Examinaron el cuerpo, admitieron que, en efecto, se trataba de un cadáver y ordenaron que ambas mujeres se encerraran inmediatamente en sus aposentos, so pena de muerte.

Luego conferenciaron.

-Necesitamos urgentemente otro creador -dijo Vishnu-. Podéis proponer nombramientos.

-Nombro a Ganesha -dijo Shiva.

-Rehuso aceptar -dijo Ganesha.

-¿Por qué?

-No me gusta estar en medio del escenario. Prefiero estar un poco entre bambalinas.

-Entonces consideremos las alternativas posibles, rápido.

-¿No sería conveniente -preguntó Vishnu- averiguar la causa de este hecho antes de proceder?

-No -dijo Ganesha-. Lo primero de todo es elegir un sucesor. Aun antes del examen postmortem. El Cielo no puede estar sin un Brahma.

-¿Qué te parece uno de los Lokapalas?

-Quizás.

-¿Yama?

-No. Es demasiado serio, demasiado concienzudo...

un técnico, no un administrador. Además, creo que es emocionalmente inestable.

-¿Kubera?

-Demasiado listo. A Kubera le tengo miedo.

-¿Indra?

-Demasiado terco.

-¿Agni, entonces?

-Puede que sí, puede que no.

-¿Acaso Krishna?

-Demasiado frívolo. Nunca está sobrio.

-¿A quién sugieres?

-¿Cuál es nuestro mayor problema en la actualidad?

-No veo que tengamos problemas mayores en la actualidad -dijo Vishnu.

-Entonces convendría tener uno ahora mismo -dijo Ganesha-. Entiendo que nuestro mayor problema es el aceleracionismo. Sam regresó, agitando y enturbiando las aguas.

-Sí -dijo Shiva.

-¿El aceleracionismo? ¿Para qué ponerse a patear un perro muerto?

-Ah, pero no está muerto. No entre los hombres. Y además servirá para que la atención se desvíe del problema de la sucesión dentro de Trimurti y reconquistar siquiera una solidaridad superficial aquí en la Ciudad. A menos, por supuesto, que ustedes prefieran emprender una campaña contra Nirriti y sus zombies.

-No, gracias.

-Ahora no.

-Mmm... sí, entonces el aceleracionismo es nuestro mayor problema en la actualidad.

-De acuerdo. El aceleracionismo es nuestro mayor problema.

-¿Quién le tiene más odio?

-¿Tú?

-No digas tonterías. Aparte de mí.

-Dinos, Ganesha.

-Kali.

-Lo pongo en duda.

-Yo no. Las bestias gemelas, el budismo y el aceleracionismo, arrastran el mismo carro. El Buddha se burló de ella. Ella es mujer. Kali encabezará la campaña.

-Para eso tendría que renunciar a ser mujer.

-No me importunes con pequeñeces.

-De acuerdo... Kali.

-¿Y qué hacemos con Yama?

-¿Con Yama? Déjalo por mi cuenta.

-Con todo placer.

-Lo mismo digo.

-Muy bien. Entonces recorred todo el mundo en el carro de trueno y a lomo del gran pájaro Garuda. Encontrad a Yama y a Kali. Traedlos de vuelta al Cielo. Esperaré a que regresen. Entretanto, consideraré el problema de la muerte de Brahma.

-Perfecto.

-De acuerdo. -Buenos días.

-¡Vama, buen mercader, espera! Quiero hablar unas palabras contigo.

-Sí, Kabada. ¿Qué deseas?

-Es difícil encontrar las palabras que quiero decirte. Pero se relacionan con cierto estado de cosas que ha suscitado considerable inquietud en varios de tus vecinos. -No me digas. Habla pues.

-Se refiere a la atmósfera...

-¿La atmósfera?

-Los vientos y las brisas, quizás...

-¿Vientos? ¿Brisas?

-Y lo que llevan consigo.

-¿Lo que llevan consigo? -Olores, buen Vama.

-¿Olores? ¿Qué olores?

-Olores de.. . bien, olor a.. . a materia fecal.

-¿A... ? ¡Oh, sí! Claro, es verdad. Puede haber algo de eso. Me acostumbré tanto que me había olvidado.

Librodot

-¿Puedo preguntar cuál es la causa?

-La causa es el producto de la defecación, Kabada.

-Eso no lo ignoro. Te pregunto por qué hay esos olores, no su fuente y su naturaleza.

-Hay esos olores a causa de los baldes de mi pieza del fondo, que están llenos de... esa materia.

-¿Cómo?

-Sí. Anduve guardando de ese modo todo lo que produjo mi familia. Hace ocho días que lo hago. -¿Con qué finalidad, noble Vama?

-¿No oíste hablar de un objeto, un objeto maravilloso, un objeto donde se arrojan esas cosas (tiene agua adentro) y después se tira una palanca, se produce un poderoso gorgoteo y esas cosas desaparecen en las profundidades de la tierra.

-Algo oí decir...

-¡Oh, es cierto, es cierto! Existe. Lo inventó recientemente uno a quien no debo mencionar, y tiene muchos caños y un asiento sin fondo, es decir, hueco. Es el descubrimiento más maravilloso del siglo... ¡y él me hará uno dentro de pocas lunas!

-¿Tú con semejante invento?

-Sí. Será instalado en la salita que construí en el fondo de mi casa. Hasta puedo ofrecer una cena esa noche e invitar a mis vecinos para que lo usen.

-Es en verdad una maravilla... y tú eres generoso.

-Creo que sí.

-Pero... ¿y los olores?

-Son provocados por los baldes de excrementos que guardo hasta que instale ese artefacto.

-¿Por qué?

-Prefiero que en mi expediente kármico se asiente que utilicé ese artefacto para mis excrementos desde hace ocho días, y no dentro de varias lunas. Revelará mi rápido progreso en la vida.

-¡Ah! Ahora comprendo la sabiduría de tu conducta, Vama. No era mi intención que pensaras que poníamos obstáculos a un hombre que procura elevarse. Perdóname si te di esa impresión.

-Estás perdonado.

-Tus vecinos te aman, con olores y todo. Cuando hayas alcanzado una condición más alta, no dejes de recordarlo.

-Por supuesto.

-Ese progreso debe de ser caro.

-Mucho.

-Digno Vama, nos deleitaremos con la atmósfera y todos sus hediondos portentos.

-Esta es apenas mi segunda existencia, buen Kabada, pero ya siento que el destino llama a mi puerta.

-También yo. Los vientos del Tiempo son cambiantes, y le traen muchas cosas maravillosas a la humanidad. Los dioses te guarden.

-También a ti. Pero no te olvides de la bendición del Iluminado, a quien mi segundo primo Vasu cobijó en su bosquecillo purpúreo.

-¿Cómo olvidarla? Mahasamatman también era un dios. Algunos dicen que Vishnu.

-Mienten. Era el Buddha. -Agrega sus bendiciones, entonces.

-Muy bien. Buen día, Kabada. -Buenos días, oh ilustre varón.

Yama y Kali llegaron al Cielo. Descendieron a la Ciudad Celestial a lomo del Ave Garuda. Entraron en la Ciudad en compañía de Vishnu. No se detuvieron una sola vez,

sino que fueron directamente al Pabellón de Brahma. En el jardín de los Deleites se encontraron con Shiva y con Ganesha.

-Oídme, Muerte y Destrucción -dijo Ganesha-. Ha muerto Brahma, y sólo nosotros cinco lo sabemos. -¿Cómo sucedió? -preguntó Yama.

-Parece que lo envenenaron.

-¿Le hicieron la autopsia?

-No.

-Yo me encargaré de hacerla.

-Bien. Pero hay otro problema a considerar, que es aun más grave.

-Dilo.

-Su sucesor.

-Sí. El Cielo no puede estar sin un Brahma.

-Exacto... Dime, Kali, ¿qué te parece ser Brahma, el de la silla dorada y las espuelas de plata?

-No sé...

-Entonces piénsalo. Se te considera la más indicada.

-¿Y el Señor Agni?

-No está tan alto en la lista. No parece ser tan antiaceleracionista como Madame Kali.

-Ya veo.

-Yo también.

-Por lo tanto, es un buen dios, pero no un gran dios.

-Sí. ¿Quién pudo matar a Brahma?

-No tengo idea. ¿Y tú? -En este momento, no.

-¿Pero lo descubrirás, Señor Yama?

-Sí, pero con mi Aspecto.

-Quizás vosotros dos queráis hablar a solas.

-Así es.

-Entonces por ahora os dejamos. En una hora cenamos juntos en el Pabellón.

-Sí.

-Sí.

-Hasta luego...

-Hasta luego.

-Hasta luego.

-¿Señora?

-¿Sí?

-Con un cambio de cuerpo, el divorcio es automático, a menos que uno firme un contrato de continuidad.

-Sí.

-Brahma ha de ser necesariamente un hombre.

-Sí.

-Niégate.

-Mi Señor...

-¿Vacilas? -Todo es tan repentino, Yama...

-¿Y hasta pierdes tiempo para pensarlo?

-Es mi deber.

-Me decepcionas, Kali. -No fue esa mi intención.

-Y te conmino a que rechaces el ofrecimiento.

-Soy una diosa por derecho propio, además de tu esposa, Señor Yama.

-¿Qué significa eso?

-Sé tomar decisiones por mi cuenta.

-Si aceptas, Kali, todo terminará entre nosotros.

-Es obvio.

-En el nombre de los Rishis, ¿qué es el aceleracionismo sino una tormenta sobre un hormiguero? ¿Por qué de pronto se le oponen tanto?

-Acaso sienten necesidad de oponerse a algo.

-¿Por qué eliges tomar el mando?

-No sé.

-A menos que tengas alguna razón especial para ser antiaceleracionista, querida mía.

-No sé.

-Soy muy joven, comparado con otros dioses, pero escuché decir que el héroe con quien cabalgaste en los primeros días del mundo, Kalkin, es el mismo que hoy llaman Sam. Si tuvieras razones para odiar a tu antiguo Señor, y si ese es Sam, entonces sería fácil comprender por qué te han alistado contra el movimiento que él inició. ¿Podría haber algo de verdad en esto?

-Podría haberlo.

-Si me amas, y eres en verdad mi esposa, deja que elijan a otro.

-Mama...

-En una hora querrán saber tu decisión.

-Ya la he tomado.

-¿Cuál es?

-Lo lamento, Yama…

Yama abandonó el Jardín de los Deleites antes de la cena. Aunque consideraran su actitud como una poco saludable ruptura del protocolo, Yama era juzgado, entre todos los dioses, el más reacio a la disciplina. Él no ignoraba este juicio, y tampoco las razones que lo sustentaban. Así que dejó el jardín de los Deleites y se dirigió al lugar donde el Cielo se interrumpe.

Ese día y esa noche permaneció en Fin-del-mundo, sin que ningún visitante lo perturbara. Pasó un tiempo en cada una de las cinco salas del Pabellón del Silencio. Como sus pensamientos le pertenecen, tampoco nosotros lo importunaremos. Por la mañana regresó a la Ciudad Celestial.

Allí se enteró de la muerte de Shiva.

El tridente había abierto otro agujero en la cúpula, pero la cabeza había sido aplastada con un instrumento chato, todavía no identificado.

Yama fue a ver a su amigo Kubera.

-Ganesha, Vishnu y el nuevo Brahma ya fueron a ver a Agni, para que él reemplace al Destructor -dijo Kubera-. Creo que aceptará.

-Excelente, para Agni -dijo Yama-. ¿Quién mató a Dios?

-Reflexioné mucho al respecto -dijo Kubera-, y creo que en el caso de Brahma debió tratarse de alguien con quien tenía suficiente confianza como para invitarlo a su jardín, y en el caso de Shiva, alguien lo bastante conocido como para poder sorprenderlo. Quien te habla no sabe más sobre el caso.

-¿La misma persona?

-Apostaría a que sí.

-¿Podría ser parte de un complot aceleracionista?

-Me parece difícil. Los que simpatizan con el aceleracionismo no disponen de una verdadera organización. El aceleracionismo ha regresado hace muy poco al Cielo

como para haber superado ese problema. Una intriga, quizás. Lo más probable es que haya sido un solo individuo, sin respaldo de terceros.

-¿Qué otras razones podía haber?

-Una venganza. O alguna deidad menor, ansiosa de adquirir un rango más alto. ¿Por qué se mata la gente?

-¿Se te ocurre alguien en particular?

-El problema más grande, Yama, será eliminar sospechosos, no encontrarlos. ¿Pusieron la investigación en tus manos?

-Ya no estoy seguro. Creo que sí. Pero descubriré al culpable,' sea cual fuere su rango, y lo mataré.

-¿Por qué?

-Necesito algo que hacer, alguien que...

-¿Matar?

-Sí.

-Lo lamento, amigo.

-Yo también. Sin embargo, es mi privilegio y mi intención.

-Ojalá no hubieses hablado conmigo al respecto. Obviamente es algo muy confidencial.

-No le contaré a nadie si tú no le cuentas a nadie.

-Te aseguro que no.

-Y sabes que cuidaré de los registros kármicos, contra el sondeo psíquico.

-Fue por eso que lo mencioné, y que también hablé de Shiva. De acuerdo.

-Buen día, amigo.

-Buen día, Yama.

Yama abandonó el Pabellón de los Lokapalas. Al poco tiempo, entró allí la diosa Ratri.

-Salve, Kubera.

-Salve, Ratri.

-¿Por qué estás solo?

-Porque no tengo a nadie que me acompañe. ¿Por qué vienes aquí... sola?

-Porque no tenía a nadie con quien hablar, hasta ahora.

-¿Buscas consejo, o conversación?

-Ambas cosas.

-Siéntate.

-Gracias. Tengo miedo.

-¿También tienes hambre?

-No.

-Sírvete alguna fruta y una copa de soma.

-Bueno.

-¿Cuál es tu temor, y cómo puedo ayudarte?

-Vi que el Señor Yama salía de aquí...

-Sí.

-Cuando le miré el rostro, advertí que *existe* un dios de la I11uerte, y que existe un poder que hasta los dioses podrían temer...

-Yama es fuerte, y es mi amigo. La Muerte es poderosa, y no es amiga de nadie. Pero ambos coexisten en uno solo, lo cual es extraño. Agni también es fuerte, y es el fuego. Él es mi amigo. Krishna podría ser fuerte si quisiera. Pero no es su deseo. Desgasta sus cuerpos con fantástica rapidez. Bebe soma, se dedica a la música y a las mujeres. Aborrece el pasado y el futuro. Es mi amigo. Soy el menos importante de los Lokapalas, y

Librodot

no soy fuerte. Cualquiera sea el cuerpo que adopte, no tardo en engordar. De mis tres amigos, soy más un padre que un hermano. En ellos, sé apreciar la embriaguez y la música y el amor y el fuego, porque estas son cosas de la vida, y así puedo amar a mis amigos como hombres y como dioses. Pero el otro Yama me causa temor a mí también, Ratri. Porque cuando asume su Aspecto se asemeja a la vacuidad, y este pobre gordo se pone a temblar. Entonces no es amigo de nadie. Así que no te sientas incómoda por temer a mi amigo. Sabes que cuando un dios se siente atribulado, su Aspecto acude a confortarlo, oh diosa de la noche, y así ves que ahora se cierne el crepúsculo en esta glorieta, pese a que el día dista de haber concluido. Has de saber que viste a un Yama atribulado.

-Se fue muy pronto.

-Sí.

-¿Puedo preguntar por qué?

-Me temo que el asunto es confidencial.

-¿Se relaciona con Brahma?

-¿Por qué lo preguntas?

-Creo que Brahma ha muerto. Temo que a Yama le encomendaron descubrir al asesino. Temo que me descubra a mí, pese a que yo puedo atraer un siglo de oscuridad sobre el Cielo. Me descubrirá a mí, y no puedo afrontar la vacuidad.

-¿Qué sabes con respecto a este presunto asesinato?

-Creo que fui o bien la última en verlo a Brahma vivo o bien la primera en verlo muerto, depende de lo que significaran sus espasmos.

-¿Cuáles fueron las circunstancias?

-Fui a su Pabellón ayer por la mañana, con el propósito de interceder ante él y hacerlo desistir de su ira, para que Parvati pudiese regresar. Me dijeron que lo buscase en el jardín de los Deleites y fui hasta allí ...

-¿Te dijeron? ¿Quién te dijo?

-Una de sus mujeres. No sé cómo se llama. -Sigue adelante. ¿Qué ocurrió después?

-Lo encontré al pie de la estatua azul que toca la vina. Tenía espasmos. No respiraba. Luego dejó de contorsionarse y quedó rígido. No tenía pulso ni palpitaciones. Así que convoqué a una parte de la noche para que me cubriera y abandoné el jardín.

-¿Por qué no pediste ayuda? Quizá no era demasiado tarde.

-Porque quería que muriera, por supuesto. Lo odiaba por lo que le hizo a Sam, y por echar a Parvati y a Varuna, y por lo que le hizo al Archivista Tak, y por...

-Suficiente. Podríamos pasarnos así el día entero. ¿Te fuiste directamente del jardín, y volviste a detenerte en el Pabellón?

-Pasé por el Pabellón y vi a la misma muchacha. Me hice visible y le dije que no había podido encontrarlo a Brahma y que volvería más tarde... ¿Está muerto, no? ¿Ahora qué voy a hacer?

-Sírvete otra fruta y un poco más de soma. Sí, está muerto.

-¿Yama me perseguirá?

-Claro que sí. Perseguirá a todos los que hayan estado cerca del lugar del hecho. Sin duda utilizaron un veneno razonablemente rápido, y tú estabas allí casi en el. momento de la muerte. Así que por supuesto te seguirá, y te hará un sondeo psíquico, igual que a todos los otros. Esto revelará tu inocencia. Así que te sugiero que simplemente esperes a que te llamen. No le hables a nadie de esta historia.

-¿Qué le digo a Yama?

-Si él llega a ti antes que yo llegue a él, díselo todo, incluyendo el hecho de que hablaste conmigo. Esto se debe a que se supone que yo no estoy enterado de lo que pasó. La muerte de uno de los integrantes de Trimurti se mantiene en secreto el mayor tiempo posible, aun a costa de otras vidas.

-Pero los Señores del Karma lo leerán en tu memoria cuando seas juzgado.

-Por esa misma razón no leerán tu memoria de hoy. El conocimiento de la muerte de Brahma se restringirá al grupo más pequeño posible. Como Yama quizás esté a cargo de la investigación oficial y además es el inventor del sondeo psíquico, no creo que haya gente de la rueda amarilla a cargo de las máquinas. De todos modos, pienso que debo confirmarlo con Yama, o sugerírselo, ahora mismo.

-Antes que te vayas ...

-¿Sí?

-Dijiste que sólo unos pocos pueden enterarse, aun a costa de otras vidas. ¿Eso significa que yo... ?

-No. Vivirás, porque yo te protegeré.

-¿Por qué?

-Porque eres mi amiga.

Yama operaba la máquina que sondea la mente. Sondeó a treinta y siete sujetos, todos los cuales podían haber tenido acceso al jardín de Brahma durante el día previo al deicidio. Once de ellos eran dioses o diosas, incluidos Ratri, Sarasvati, Vayu, Mara, Lakshmi, Murugan, Agni y Krishna.

Ninguno de estos treinta y siete individuos fue hallado culpable.

Kubera el artífice permanecía al lado de Yama, y examinaba las cintas de sondeo.

-¿Y ahora qué, Yama?

-No lo sé.

-Quizás el asesino era invisible. -Quizás.

-¿Pero piensas que no?

-Pienso que no.

-¿Y si todos los habitantes de la Ciudad son sometidos al sondeo?

-Hay mucha gente que llega y se va todos los días, a través de muchas entradas y salidas.

-¿Has pensado en la posibilidad de que haya sido uno de los Rakasha? Están sueltos en el mundo, como sabes. . . y nos odian.

-Los Rakasha no envenenan a sus víctimas. Además no creo que uno de ellos pueda entrar al jardín, con el incienso repelente contra demonios.

-¿Y ahora?

-Volveré a mi laboratorio, para pensar.

-¿Puedo acompañarte a la Vasta Mansión de la Muerte?

-Si quieres.

Kubera regresó con Yama; y mientras Yama pensaba, Kubera registró su índice de cintas maestras, utilizadas al experimentar con las primeras máquinas de sondeo. Se las descartaba por incompletas, por supuesto; sólo los Señores del Karma mantenían cintas de registro actualizadas de todos los habitantes de la Ciudad Celestial. Kubera lo sabía, por supuesto.

La imprenta fue redescubierta en un lugar llamado Keenset, en las márgenes del Vedra. En este lugar también se llevaban a cabo experimentos de plomería. También aparecieron en escena dos refinados artistas del Templo, y un viejo vidriero hizo un par de lentes bifocales y empezó a fabricar otros. Todo parecía indicar, por lo tanto, que en una de las ciudades-estado se estaba gestando un renacimiento.

Brahma decidió que era tiempo de actuar contra el aceleracionismo.

En el Cielo se organizó un consejo de guerra, y los Templos de las ciudades próximas a Keenset convocaron a los fieles a alistarse en una guerra santa.

Shiva el Destructor sólo portaba un tridente simbólico, pues depositaba su verdadera confianza en la vara de fuego que llevaba al flanco.

Brahma, el de la silla dorada y las espuelas de plata, llevaba una espada, una rueda y un arco.

El nuevo Rudra llevaba el arco y la aljaba de su antecesor.

El Señor Mara llevaba un manto brillante que cambiaba constantemente de color, y nadie sabía qué tipo de armas llevaba o qué clase de carro conducía. Pues si uno lo miraba por mucho tiempo sentía vértigos, y las cosas mudaban de forma alrededor del dios, salvo sus caballos, cuyas bocas no dejaban de gotear sangre que al caer se disolvía en humo.

Había además cincuenta guerreros escogidos entre los semidioses, que aún se esforzaban por dominar sus rebeldes Atributos con el propósito de fortificar los Aspectos y ganar méritos en el combate.

Krishna rehusó combatir y optó por tocar la flauta en Kaniburrha.

Lo encontró tendido en una ladera cubierta de hierba, fuera de la Ciudad, contemplando el cielo estrellado.

-Buenas noches.

Él lo saludó con un gesto.

-¿Cómo te va, buen Kubera?

-Bastante bien, Señor Kalkin. ¿Y a ti?

-Muy bien. ¿No tendrás un cigarrillo sobre tu muy imponente persona?

-Nunca me desprendo de ellos.

-Gracias.

-¿Fuego?

-Sí.

-¿Fue un grajo el que circunvoló al Buddha antes que la diosa Kali le arrancara las entrañas?

-Hablemos de cosas más agradables.

-Mataste a un Brahma débil y ahora lo reemplaza uno poderoso.

-¿Ah, sí?

-Mataste a un Shiva poderoso, pero una fuerza similar reemplaza la suya.

-La vida está llena de cambios.

-¿Qué esperabas ganar? ¿Tu venganza?

-La venganza es parte de la ilusión del yo. ¿Cómo un hombre puede matar algo que no vive ni muere realmente, sino que existe como un mero reflejo de lo Absoluto?

-Fue un bonito trabajo, aun si, como tú dices, fue apenas una reordenación.

-Gracias.

-¿Pero por qué lo hiciste... ? Y preferiría una respuesta a un tratado.

-Tenía la intención de borrar a toda la jerarquía celestial. Aunque, como sabes, de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno.

-Dime por qué lo hiciste.

-Si. tú me dices cómo me descubriste.

-Me parece justo. Dime, ¿por qué?

-Decidí que la humanidad podía vivir mejor sin dioses. Si los eliminaba a todos, la gente podía volver a tener abrelatas y latas para abrir, y cosas por el estilo, sin temer la ira del Cielo. Ya hemos pisoteado bastante a esos pobres diablos. Quería darles la oportunidad de ser libres, de construir lo que quisieran.

-Pero viven, y viven y viven.

-A veces, y a veces no. Igual que los dioses.

-Eres prácticamente el último aceleracionista del mundo, Sam. Nadie hubiera pensado que además eras el más peligroso.

-¿Cómo me descubriste?

-Se me ocurrió que Sam habría sido el sospechoso número uno, de no haber estado muerto.

-Supuse que eso era suficiente para que no me detectaran.

-Así que me pregunté si Sam podía haber escapado de algún modo a la muerte. No se me ocurría ninguno, salvo un cambio de cuerpos. ¿Quién, me pregunté entonces, adoptó un nuevo cuerpo el día de la muerte de Sam? Sólo estaba el Señor Murugan. Esto no parecía lógico, pese a todo, porque él hizo el cambio *después* de la muerte de Sam, no antes. Descarté esa posibilidad por un instante. Tú, Murugan, como figurabas entre los treinta y siete sospechosos, fuiste sondeado y juzgado inocente por Yama. Me pareció que había seguido una pista falsa... hasta que concebí un modo muy sencillo de poner a prueba mi hipótesis. Yama puede burlar el sondeo psíquico. ¿Por qué no podría hacerlo otra persona? En este punto recordé que el Atributo de Kalkin se *había* relacionado con el control de los rayos y los fenómenos electromagnéticos. Bien pudo sabotear la máquina con la mente para que ésta no detectara ninguna irregularidad. El modo de comprobarlo, pues, no consistía en considerar lo que había leído la máquina, sino cómo lo había leído. Con las mentes pasa igual que con las huellas de las palmas y las impresiones digitales: no hay dos registros similares. Pero al cambiar de cuerpo uno retiene una matriz mental similar, pese al hecho de que se trata de otro cerebro. Sean cuales fueren los pensamientos que atraviesan la mente, los patrones de pensamiento de cada persona tienen un registro único y singular. Comparé el tuyo con un registro de Murugan que encontré en el laboratorio de Yama. No eran iguales. No sé cómo llevaste a cabo la transferencia, pero te conocí por lo que eras.

-Muy sagaz, Kubera. ¿Quién más está familiarizado con esa intrincada deducción?

-Hasta ahora, nadie. Me temo que Yama no tarde en estarlo. Siempre soluciona los problemas.

-¿Por qué arriesgas tu existencia buscándome de este modo?

-Por lo general, cuando uno llega a tu edad, o la mía, tiende a ser razonable. Sabía que antes de dar el golpe al menos me escucharías. También sé que, como lo que tengo que decirte es bueno, no puedo recibir ningún daño.

-¿Qué te propones?

-Simpatizo contigo lo bastante como para ayudarte a escapar del Cielo.

-Gracias, no.

-¿Te gustaría vencer en esta lucha, o no?

-Sí, y lo haré a mi modo.

-¿Cómo?

-Ahora regresaré a la Ciudad y destruiré a tantos como pueda antes de que logren detenerme. Si caen muchos de los más importantes, los otros no podrán preservar el orden.

-¿Y si caes tú? ¿Qué será entonces del mundo y de la causa que has defendido? ¿Podrás volver a levantarte para seguir con ella?

-No lo sé.

-¿Cómo lograste volver?

-Una vez me poseyó un demonio. Llegó a sentir afecto por mí, y una vez que estábamos en peligro me dijo que había "fortificado mis llamas", de modo que yo podía existir con independencia de mi cuerpo. Yo lo había olvidado, hasta que vi mi cuerpo despedazado tendido debajo de mí en las calles del Cielo. Sólo conocía un lugar donde podía conseguirme otro cuerpo, y era el Pabellón de los Dioses del Karma. Murugan estaba allí reclamando que lo atendieran. Como dices, mi poder es la electrodirección. Allí

Librodot

aprendí que opera sin necesidad de tener asiento' en un cerebro, pues los circuitos fueron momentáneamente interrumpidos. Yo fui al cuerpo de Murugan y Murugan se fue al infierno.

-El hecho de que me cuentes todo esto parece indicar que tienes el propósito de hacerme seguir los pasos de Murugan.

-Lo lamento, buen Kubera, pues te tengo aprecio. Si me das tu palabra de que olvidarás lo que aprendiste y de que esperarás a que otro lo descubra, te concedo la vida y te dejo partir.

-Te arriesgas.

-Sé que nunca faltaste a tu palabra, aunque eres tan viejo como las colinas del Cielo.

-¿Cuál es el primer dios que piensas matar?

-El Señor Yama, por supuesto, pues ya debe de estar pisándome los talones.

-Entonces tienes que matarme, Sam, porque es mi hermano Lokapala y mi amigo.

-Estoy seguro de que ambos lo lamentaremos si tengo que matarte.

-Entonces, ¿es posible que tu contacto con los Rakasha te haya contagiado un poco ese gusto por las apuestas?

-¿De qué tipo?

-Si ganas, tienes mi palabra de que cerraré la boca. Si gano yo, huyes conmigo a lomo de Garuda.

-¿Y cómo nos enfrentaremos? -Lucha irlandesa.

-¿Contigo que estás tan gordo, Kubera? ¿Y yo con mi magnífico cuerpo nuevo?

-Sí.

-Entonces te concedo el primer golpe.

En una oscura colina de los arrabales del Cielo, Sam y Kubera se erguían uno frente al otro.

Kubera echó para atrás el puño derecho y lo dirigió contra la mandíbula de Sam.

Sam cayó, quedó tieso un momento, se incorporó con lentitud.

Frotándose la mandíbula, regresó a su sitio.

-Eres más fuerte de lo que pareces, Kubera -dijo, y le lanzó un golpe.

Kubera quedó tendido en el suelo, aspirando aire. Trató de levantarse, lo pensó otra vez, emitió un gemido, y luego se esforzó para ponerse de pie.

-Pensé que no te levantarías -dijo Sam.

Kubera se colocó en su puesto, con una línea húmeda y oscura en el mentón.

Sam echó el cuerpo hacia atrás.

Kubera esperó, respirando profundamente.

Baja por el muro gris de la noche. ¡Huye! Debajo de una roca. ¡Escóndete! El furor te hace agua las tripas. Estas rejas que te rasguñan. la espalda...

-¡Vamos! -dijo Sam, y Kubera sonrió y lanzó el golpe.

Sam quedó en el suelo temblando, y las voces de la noche vinieron a él, el canto de los insectos y del viento y el suspiro de las hierbas.

Tiembla, como la última hoja que cae en el año. En tu pecho hay un trozo de hielo. En tu cerebro no hay palabras, sólo los colores del pánico...

Sam sacudió la cabeza y se puso de rodillas.

Vuelve a caer, encógete como una pelota y llora. Pues así es como empezó el hombre, y así es como termina. El universo rueda como una pelota negra. Aplasta lo que toca. Rueda hacia ti. ¡Huye! Puede que ganes un instante, una hora quizás, antes de que caiga sobre ti...

Se tapó la cara con las manos, la descubrió, clavó los ojos en Kubera, levantándose.

-Construiste la sala del Miedo -dijo- en el Pabellón del Silencio. Ahora recuerdo tus poderes, viejo dios. No son suficientes.

Un caballo invisible galopa por las praderas de tu mente. Lo conoces por las huellas de los cascos. Cada uno de ellos abre una herida...

Sam tomó su posición y apretó los puños.

El cielo cruje encima de ti. La tierra puede rajarse debajo de ti. ¿Y qué es esa presencia alta y sombría que viene a posarse a tus espaldas?

Sam sacudió el puño y lo lanzó hacia adelante. Kubera rodó sobre sus talones, con la cabeza a un costado, pero no perdió el pie.

Sam temblaba mientras Kubera se disponía a asestarle el golpe definitivo.

-Haces trampa, viejo dios -le dijo.

Kubera sonrió con la boca ensangrentada, y su puño se adelantó como una bola negra.

Yama hablaba con Ratri cuando el grito de Garuda al despertarse laceró la noche.

-Esto nunca sucedió antes -dijo el dios. Los cielos se abrieron con lentitud. -Acaso el Señor Vishnu salga de viaje. ..

-Nunca ha partido de noche. Y cuando hablé con él, hace un rato, no dijo nada de eso.

-Entonces otro dios utiliza su montura.

-¡No! ¡Vamos a los corrales, Señora! ¡Rápido! Puedo necesitar tus poderes.

La arrastró con él hacia el nido de acero del Ave.

Garuda estaba suelto y despierto, pero todavía tenía el capirote en la cabeza.

Kubera, que había llevado a Sam a los corrales, lo sujetó a la silla de montar, todavía inconsciente.

Luego bajó y activó un último mecanismo. El techo de la jaula se corrió. Después tomó el gancho de metal y volvió a la escalerilla de cuerdas. El pájaro despedía un olor penetrante. Garuda se agitó impaciente y frunció las plumas, que duplicaban a un hombre en tamaño. Kubera trepó con lentitud.

Mientras se sujetaba a su puesto, Yama y Ratri se acercaron a la jaula.

-¡Kubera! ¿Qué locura es esta? -gritó Yama-. ¡Nunca te gustaron las alturas!

-Es algo urgente, Yama -respondió-, y llevaría un día terminar de poner a punto el carro de trueno.

-¿De qué se trata, Kubera? ¿Y por qué no tomas una góndola?

-Garuda es más veloz. Te lo explicaré al volver.

-Quizás yo pueda ayudarte.

-No. Gracias.

-¿Pero el Señor Murugan sí?

-En este caso, sí.

-Ustedes dos nunca se llevaron demasiado bien. -Ahora tampoco. Pero necesito sus servicios.

-¡Salud, Murugan... !¿Por qué no responde?

-Duerme, Yama.

-Tienes sangre en la cara, hermano.

-Antes tuve un pequeño accidente.

-Y Murugan parece algo indispuesto, también. -Sufrimos el mismo accidente.

-Aquí hay algo raro, Kubera. Espera, voy a entrar en la jaula.

-¡No entres, Yama!

-Los Lokapalas no se dan órdenes. Estamos en pie de igualdad.

-¡No entres! ¡Voy a quitarle el capirote a Garuda!

-¡No lo hagas!

Los ojos de Yama fulguraron de súbito, y el dios se hizo más alto en su Atuendo Rojo.

Kubera se inclinó hacia adelante, estiró el gancho metálico y alzó el capirote de la alta cabeza del Ave. Garuda echó la cabeza hacia atrás y lanzó otro chillido.

-Ratri -dijo Yama-, arroja sombras sobre los ojos de Garuda, para que no pueda ver.

Yama avanzó hacia la entrada de la jaula. Como un negro nubarrón, la oscuridad encubrió la cabeza del pájaro.

-¡Ratri! -dijo Kubera-. ¡Disipa esta oscuridad y arrójala sobre Yama, o todo está perdido!

Ratri vaciló sólo un instante, luego hizo lo que le pedían.

-¡Sube aquí, rápido! -gritó Kubera-. ¡Monta sobre Garuda y ven con nosotros! ¡Te necesitamos, y mucho! La diosa entró en la jaula y se perdió de vista, pues la oscuridad crecía como un lago de tinta. Yama tanteaba las tinieblas.

La escalerilla se sacudió y osciló, y Ratri montó sobre Garuda.

Garuda lanzó un grito estridente y saltó hacia el Cielo, pues Yama se había adelantado espada en mano, hundiéndola en lo primero que tocó.

La noche los envolvió y el Cielo quedó abajo, en la distancia.

Cuando alcanzaron una gran altura, la cúpula empezó a cerrarse.

Garuda voló hacia las puertas con otro chillido.

Las atravesaron antes que se cerrara, y Kubera aguijoneó al pájaro.

-¿Adónde vamos? -preguntó Ratri.

-A Keenset, junto al río Vedra -respondió-. Y este es Sam. Todavía vive.

-¿Qué ocurrió?

-Este es el individuo que Yama anda buscando.

-¿Y lo buscará en Keenset?

-Sin duda, Señora. Sin duda. Pero antes de que lo encuentre, puede que estemos mejor preparados.

En los días que precedieron a la Gran Batalla, los defensores se reunieron en Keenset. Kubera, Sam y Ratri dieron la alarma. Keenset ya estaba enterada del levantamiento de las ciudades vecinas, pero no de la próxima llegada de los vengadores celestiales.

Sam disciplinó a las tropas que lucharían contra los dioses, Kubera se encargó de las que lucharían contra los hombres.

Se forjó una armadura negra para la diosa de la Noche, de quien se ha dicho: "Guárdanos de la loba y el lobo, y guárdanos del ladrón, oh Noche".

Y al tercer día, Sam vio una torre de fuego en el llano que se extendía ante la ciudad.

-¡Es el Señor del Infierno que viene a cumplir su promesa, oh Siddharta! -dijo la voz que vibró dentro de su cabeza.

-¡Taraka! ¿Cómo me encontraste.. . y reconociste?

-Observo las llamas que constituyen tu verdadero ser, no la carne que las enmascara. Eso tú lo sabes.

-Pensé que habías muerto.

-Estuve a punto. ¡Ésos realmente sorben la vida con los ojos! Hasta la vida de uno como yo.

-Te lo advertí. ¿Traes tus legiones?

-Sí, traigo mis legiones.

-Está bien. Los dioses no tardarán en atacar.

-Lo sé. Muchas veces he visitado el Cielo, allá en la cima de las montañas heladas, y mis espías todavía permanecen allí. De manera que sé que se disponen a venir hacia acá. También invitan a los hombres a participar en la batalla. Aunque no piensan que la ayuda de los humanos sea necesaria, creen que es bueno que se unan a la destrucción de la ciudad de Keenset.

-Sí, es comprensible -dijo Sam, estudiando el gran vórtice de fuego amarillo-. ¿Qué otras noticias tienes?

-El del Atuendo Rojo viene hacia aquí.

-Lo esperaba.

-Viene a morir. Tengo que derrotarlo.

-Estará protegido por el repelente contra demonios.

-Entonces hallaré el modo de quitárselo, o lo mataré desde lejos. Llegará al caer la noche.

-¿Cómo viene?

-En una máquina voladora, no tan grande coma el carro de trueno que quisimos robar, pero muy rápida. No pude atacarlo en el aire.

-¿Viene solo?

-Sí... solo con las máquinas.

-¿Las máquinas?

-Trae muchas. Su máquina voladora está repleta de extraños artefactos.

-Esto puede ir mal.

La torre se volvió anaranjada.

-Pero también vienen otros.

-Dijiste que venía solo.

-Es verdad.

-Entonces aclárame a qué te refieres.

-Los otros no vienen del Cielo.

-¿De dónde, entonces?

-He viajado mucho desde que subiste al Cielo, y recorrí todo el mundo en busca de aliados que detesten a los Dioses de la Ciudad. De paso, en tu última encarnación traté de salvarte de los gatos de Kaniburrha.

-Lo sé.

-Los dioses son fuertes... y lo son más que nunca.

-Pero dime quién viene a ayudarnos.

-Nirriti el Tenebroso, que odia todas las cosas, y más que nada a los Dioses de la Ciudad. Nos envía un millar de no-vivientes para luchar en los llanos de las . márgenes del Vedra. Dijo que después de la batalla los Rakasha podemos elegir los cuerpos que queden de los muchos cuerpos sin mente que ha gestado.

-No confío en la ayuda del Tenebroso, pero no estoy en posición de discriminar. ¿Cuándo llegarán?

-Esta noche. Pero Dalissa llegará antes. Ya la siento acercarse.

-¿Dalissa? ¿Quién...?

-La última de las Madres del Terrible Fulgor. Sólo ella pudo huir a las profundidades cuando Durga y el Señor Kalkin abatieron la cúpula junto al mar. Todos sus huevos fueron aplastados y ella se ha vuelto estéril, pero abriga en su cuerpo el ardiente poder del fulgor del mar.

-¿Y crees que me ayudaría a mí?

-No ayudaría a ningún otro. Es la última de su raza. Sólo colaborará con un igual.

-Has de saber, entonces, que la que fue conocida como Durga viste ahora el cuerpo de Brahma, el jefe de nuestros enemigos.

Librodot

-Sí, con lo cual los dos son hombres. Dalissa pudo sumarse a las filas contrarias si Kali hubiera permanecido mujer. Pero ahora ya tomó partido, y optó por el tuyo.

-Con eso, las cosas están más parejas.

-En este momento, los Rakasha entrenan elefantes, sagartos y grandes gatos para dirigirlos contra nuestros adversarios.

-Bien.

-Y convocan a los elementos ígneos.

-Muy bien.

-Ahora Dalissa está cerca de aquí. Esperará en el fondo del río para salir cuando sea necesario. -Salúdala de mi parte -dijo Sam, volviéndose para entrar en su tienda.

-Lo haré.

Sam dejó caer la cortina a sus espaldas.

Cuando el Dios de la Muerte descendió del cielo a los llanos de las márgenes del Vedra, Taraka de los Rakasha se lanzó sobre él con forma de gran gato de Kaniburrha.

Pero retrocedió en el acto. El repelente contra demonios protegía a Yama, y Taraka no podía acercársele. El Rakasha se alejó y abandonó la forma de gato para transformarse en un torbellino de motas plateadas. -¡Dios de la Muerte! -estallaron sus palabras en la cabeza de Yama-. ¿Te acuerdas del Pozo del Infierno? De inmediato, el vórtice absorbió rocas, piedras y tierra arenosa y se las arrojó a Yama, que se arropó en su manto y se cubrió los ojos con el yelmo, sin hacer otro movimiento.

Al rato, el furor se aplacó.

Yama permanecía inmóvil. Los escombros yacían dispersos alrededor de él, pero ninguno lo había tocado. Yama bajó el manto y contempló el torbellino.

-¿Qué hechicería es esta? -escuchó-. ¿Cómo logras tenerte en pie?

Yama siguió mirando a Taraka.

-¿Cómo logras seguir girando? -preguntó.

-Soy el más grande de los Rakasha. Antes soporté tu mirada letal.

-Y yo soy el más grande de los dioses. En el Pozo del Infierno contuve a todas tus huestes.

-Eres un lacayo de Trimurti.

-Te equivocas. Vine aquí para luchar contra el Cielo, en este lugar, en nombre del aceleracionismo. Mi odio es inmenso, y traigo armas para emplearlas contra Trimurti.

-Entonces supongo que debo postergar, por ahora, el placer de continuar esta pelea...

-Me parece lo más aconsejable.

-Y sin duda deseas que te lleve ante nuestro jefe.

-Sé cómo llegar sin ayuda.

-Entonces, hasta nuestro próximo encuentro, Señor Yama.. .

-Adiós, Rakasha.

Taraka salió disparado al cielo como una flecha de fuego, y se perdió de vista.

Algunos dicen que Yama había tomado su decisión dentro de la jaula de Garuda, en medio de las tinieblas y los excrementos. Otros afirman que al poco tiempo llegó a las mismas conclusiones que Kubera, con la ayuda de las cintas de la Vasta Mansión de la Muerte. Sea como fuere, cuando entró en la tienda de los llanos de las márgenes del

Vedra, saludó a su ocupante por el nombre de Sam. El hombre echó mano a la espada y lo enfrentó.

-Muerte, te adelantas a la batalla -dijo.

-Ha ocurrido un cambio -replicó Yama.

-¿Cuál cambio?

-Un cambio de posiciones. Vine aquí para oponerme a la voluntad del Cielo.

-¿Por qué medios?

-El acero. El fuego. La sangre.

-¿A qué se debe este cambio?

-En el Cielo hay divorcios. Y traiciones. Y humillaciones. La diosa ha ido demasiado lejos, y ahora sé la razón, Señor Kalkin. No estoy a favor ni en contra de tu aceleracionismo. Lo único que me importa es que se trata de la única fuerza en el mundo capaz de oponerse al Cielo. Hecha esta aclaración, me uno a ti, si aceptas mi espada.

-Acepto tu espada, Señor Yama.

-Y la levantaré contra cualquier integrante de las hordas celestiales... con la sola excepción de Brahma, a quien no le haré frente.

-De acuerdo.

-Entonces permíteme ser tu auriga.

-Me agradaría, pero, no tengo carro de batalla.

-Traje uno, uno, muy especial. Hace mucho que trabajo en él, y todavía no está completo. Pero servirá. Tengo que armarlo esta noche, sin embargo, pues la batalla se iniciará mañana al amanecer.

-Lo presentía. Los Rakasha me han dado informes sobre los movimientos de tropas en los alrededores. -Sí, las vi al sobrevolarlas. Al parecer, el ataque principal vendrá del nordeste, por las llanuras. Los dioses se unirán más tarde. Pero sin duda llegarán tropas desde todas partes, incluyendo el río.

-El río está en nuestras manos. Dalissa del Fulgor aguarda en su lecho. Llegado el momento, puede levantar olas portentosas, haciendo bullir y desbordar las aguas.

-¡Creía que el Fulgor estaba extinto!

-Y lo está, con excepción de ella. Es la última.

-Entiendo que los Rakasha lucharán junto a nosotros.

-Sí, y otros también...

-¿Qué otros?

-Una legión de cuerpos sin mente... acepté la colaboración del Señor Nirriti.

Yama entornó los ojos y dilató las fosas nasales.

-No es conveniente, Siddharta. Tarde o temprano, habrá que destruirlo, y no conviene estar en deuda con semejante individuo.

-Lo sé, Yama, pero nuestra situación es desesperada. Llegan esta noche...

-Si ganamos, Siddharta, y derribamos la Ciudad Celestial, destruyendo la vieja religión y dándole al hombre libertad para el progreso industrial, aun así tendremos oposición. Nirriti, que hace siglos espera el ocaso de los dioses, tendrá que ser combatido y derrotado. De lo contrario, esta misma situación volverá a repetirse ... y los Dioses de la Ciudad, al menos, muestran cierta gracia cuando cometen sus injusticias.

-Creo que habría acudido en nuestra ayuda aunque no lo hubiésemos invitado.

-Sí, pero al invitarlo, o aceptar su ofrecimiento, le debes un favor.

-Entonces tendré que manejar esa situación cuando llegue el momento.

-Eso es política, supongo. Pero no me gusta.

Sam sirvió dos copas del dulce y negro vino de Keenset. -Creo que a Kubera le gustaría verte más tarde -dijo, convidándolo.

-¿Qué está haciendo? -preguntó Yama, aceptando la copa y vaciándola de un trago.

Librodot

-Entrenando tropas y dando clases sobre el motor de combustión interna a los sabios locales -dijo Sam-. Aunque nos venzan, algunos pueden sobrevivir e irse a otra parte.

-Si el motor va a tener alguna utilidad, necesitarán conocer algo más que el diseño...

-Hace días que se está gastando la garganta, mientras los escribas anotan todo... Habló de geología, minería, metalurgia, química petrolera...

-Si tuviéramos más tiempo, le ofrecería mi ayuda. Dadas las circunstancias, puede que baste con que retengan un diez por ciento. No mañana, ni pasado, pero...

Sam terminó el vino y volvió a llenar las copas.

-¡Por el día de mañana, auriga!

-¡Por la sangre, Sujetador, por la sangre y la matanza!

-Parte de esa sangre puede ser nuestra, Dios de la Muerte. Pero mientras nos llevemos con nosotros buena parte de la sangre del enemigo...

-No puedo morir, Siddharta, sino por propia elección.

-¿Cómo es eso, Señor Yama?

-Deja que la Muerte conserve sus pequeños secretos, Sujetador de Demonios. Pues quizá prefiera no ejercer mi opción en esta batalla.

-Como quieras, Yama. -¡Por tu salud y larga vida!

-Por la tuya.

El día de la batalla amaneció rosado como el muslo recién mordido de una doncella.

Una tenue neblina se levantó del río. El Puente de los Dioses relumbró hacia el oriente con dorado esplendor, hincando una oscura columna en la noche que se esfumaba y dividiendo el cielo como un ecuador ardiente.

Los guerreros de Keenset aguardaban fuera de la ciudad, sobre los llanos del Vedra. Cinco millares de hombres, con arcos y espadas, hondas y picas, esperaban la batalla. Un millar de zombies integraban la vanguardia; estaban bajo el mando de los sargentos vivientes del Tenebroso, quienes los guiaban con golpes de tambor y lucían en el yelmo estolas de seda negra que ondeaban en la brisa como serpientes de humo.

Quinientos lanceros cubrían la retaguardia. Los Rakasha colgaban del aire como ciclones de plata. En la semipenumbra del mundo, resonaba cada tanto el aullido de una fiera. Los elementos ígneos fulguraban sobre las ramas de los árboles, las lanzas y los pendones.

No había nubes en el cielo. Las hierbas de la llanura aún brillaban con húmedo resplandor. El aire estaba fresco, y el terreno lo bastante blando como para que las huellas se marcaran sin dificultad. Bajo el cielo, el gris, el verde y el amarillo eran los colores que herían los ojos; y el Vedra bullía dentro de su cauce, arrancando hojas de los árboles que formaban su escolta. Se dice que cada día recapitula la historia del mundo, pues nace de las tinieblas y el frío a la confusa luz y a la tibieza inicial, y a media mañana la conciencia parpadea entre pensamientos que mezclan la sinrazón con la emoción distante, y luego todo se precipita en el orden del mediodía, en el lento y patético declinar de la tarde, en la mística visión crepuscular, en el fin de la entropía que es el regreso de la noche.

Se iniciaba el día.

En el horizonte se divisaba una línea oscura. Una trompeta vibró al viento y esa línea avanzó.

Sam encabezaba la formación en su carro de batalla, enfundado en una reluciente armadura y armado con una lanza larga y gris, la lanza de la muerte.

Escuchó las palabras de la Muerte, que vestía de rojo y era su auriga

-Su primera fila es de jinetes a sagarto.

Sam escudriñó la línea distante.

-Son ellos -dijo el auriga. -Muy bien.

Sacudió la lanza en el aire, y los Rakasha avanzaron como una marejada de luz blanca. Los zombies iniciaron su avance.

Cuando chocaron la marejada blanca y la línea oscura, se confundieron las voces, los zumbidos y el clamor de las armas.

La línea oscura se detuvo, coronada por inmensos torbellinos de polvo.

Luego vinieron los sonidos de la selva enardecida, cuando las fieras fueron incitadas a atacar el flanco enemigo.

Los zombies marchaban al son lento y monótono de los tambores, y los elementos ígneos los precedían quemando las hierbas a su paso.

Sam le hizo una seña a la Muerte, y el carro avanzó con lentitud trotando sobre su colchón de aire. Los seguía el ejército de Keenset. El Señor Kubera dormía, sumido por la droga en el sueño que se parece a la muerte, en una bóveda oculta debajo de la ciudad. La diosa Ratri montaba una yegua negra, a la retaguardia de los lanceros.

-La carga fue desbaratada -dijo la Muerte.

-Sí.

-Todos los jinetes fueron derribados y las fieras todavía los asedian. Aún no reorganizaron sus filas. Los Rakasha les arrojan avalanchas que arrecian sobre sus cabezas como lluvias del cielo. Ahora viene el alud de fuego.

-Sí.

-Los destruiremos. Ya mismo ven avanzar hacia ellos a los esbirros sin alma de Nirriti, como un solo hombre, siguiendo el mismo paso y sin temor, al ritmo perfecto y agónico de sus tambores, con ojos detrás de los cuales no hay nada, nada en absoluto. Y al mirar por encima de ellos, nos ven a nosotros como envueltos en una nube negra, y advierten que la Muerte conduce tu carro. Se le aceleran los latidos del corazón y se le enfrían los bíceps y los muslos. ¿Ves cómo las fieras los despedazan?

-Sí.

-Que no suenen las trompetas en nuestras filas, Siddharta. Porque esto es una carnicería, no una batalla.

-Sí.

Los zombies sembraban la muerte al pasar, y al ser abatidos caían sin una palabra, pues para ellos todo era lo mismo, y las palabras nada significan para los novivientes.

Batían el campo, y nuevas oleadas de guerreros se estrellaban contra ellos. Pero la caballería había sido destrozada. Los infantes no podían contener la marcha de los lanceros y los Rakasha, los zombies y la infantería de Keenset.

El carro de bordes cortantes guiado por la Muerte hendió las filas enemigas como una llamarada que devora un campo. Los proyectiles y las lanzas que le arrojaban se desviaban en ángulo recto antes de tocar el carro o a sus ocupantes. Negras llamas bailaban en los ojos de la Muerte, aferrada a los anillos gemelos que dirigían el curso del vehículo. Una y otra vez se abatió sin piedad sobre sus adversarios, y la lanza de Sam silbaba como una lengua de serpiente mientras pasaban entre las filas.

En alguna parte, resonaron las notas que tocaban retirada. Pero había muy pocos que pudieran responder.

-Enjúgate los ojos, Siddharta -dijo la Muerte-, y llama a una nueva formación. Llegó el momento de apresurar el ataque. Manjusri de la Espada debe ordenar una carga.

-Sí, Muerte, lo sé.

-El campo es nuestro, pero el día no terminó. Los dioses nos observan y miden nuestras fuerzas.

Sam alzó la lanza y un nuevo movimiento cundió entre las tropas. Luego volvió a imponerse el silencio. De pronto, se acalló el viento, se acallaron todos los sonidos. El

cielo era azul. El terreno era una masa verdinegra y confusa. El polvo, como un seto espectral, revoloteaba a lo lejos.

Sam contempló sus filas y estiró la lanza. En ese momento, retumbó el trueno.

-Los dioses se unirán a la lucha -dijo la Muerte; mirando hacia arriba.

El carro de trueno rugió en las alturas. Sin embargo, no descendió sobre ellos ninguna lluvia de destrucción.

-¿Por qué estamos vivos, todavía -preguntó Sam. -Creo que ellos prefieren que nuestra derrota sea más humillante. Además, quizá les dé miedo tratar de utilizar el carro de trueno contra su creador... un miedo comprensible.

-En ese caso... -dijo Sam, y dio la señal de ataque. El carro avanzó.

Las cohortes de Keenset le seguían el paso.

Abatieron a los rezagados. Aplastaron a la guardia que intentó demorarlos. Abrumados por una tormenta de flechas, despedazaron a los arqueros. Entonces enfrentaron al ejército de cruzados que había jurado allanar la ciudad de Keenset.

Las notas del Cielo vibraron en una trompeta.

Las filas de guerreros humanos que se les oponían emprendieron la retirada.

Los cincuenta semidioses cabalgaron hacia ellos. Sam levantó la lanza.

-Siddharta -dijo la Muerte-, el Señor Kalkin jamás perdió una batalla.

-Lo sé.

-Tengo conmigo el Talismán del Sujetador. El que incineraron en la pira de Fin-del-mundo era un simulacro. Conservé el original para estudiarlo, pero no tuve tiempo. Si esperas sólo un momento, te lo ceñiré.

Sam alzó los brazos y la Muerte le ajustó el cinturón de conchillas en la cintura.

Luego ordenó un alto a las tropas de Keenset.

La Muerte lo guió para enfrentar a los semidioses por sí solo.

El nimbo de un Aspecto recién adquirido aureolaba las cabezas de algunos. Otros llevaban armas extrañas que concentraban extraños Atributos. Brotaron llamaradas que lamieron el carro. Lo azotaron vientos. Lo estremecieron ruidos brutales. Sam gesticuló con la lanza y sus primeros tres oponentes tambalearon y cayeron de los sagartos.

Entonces la Muerte los embistió con su carro, cuyos bordes son navajas y cuya velocidad triplica a la del caballo y duplica a la del sagarto.

Una niebla lo envolvió al avanzar, una niebla tiznada de sangre. Pesados proyectiles lo buscaban y se desviaban a uno u otro lado. Chillidos ultrasónicos hostigaban los oídos de Sam, pero algo los amortiguaba.

Con un rostro inexpresivo, elevó la lanza a gran altura. Un súbito furor le cruzó el rostro, y de la punta de la lanza brotaron rayos.

Sagartos y jinetes se encogían calcinados.

El olor a carne quemada le penetró las fosas nasales. Sam se echó a reír, y la Muerte se dispuso a atacar nuevamente con el carro.

-¿Estáis observándome? -aulló Sam a las alturas-. No apartéis la mirada entonces, pero apartaos vosotros! ¡Habéis cometido un error!

-¡No! -dijo la Muerte. ¡Es aún demasiado pronto! ¡Nunca te burles de un dios hasta que lo hayas vencido! Y el carro volvió a deslizarse entre las filas de los semidioses, sin que nadie pudiera tocarlo.

Sonaron trompetas, y el ejército de los cruzados acudió en socorro de sus campeones.

Los guerreros de Keenset avanzaron para trabarse con ellos.

Sam se erguía en el carro y los proyectiles llovían por todas partes, sin tocarlo jamás. Guiado por la Muerte, penetraba en las filas enemigas ya como un estoque, ya

como una cuña. Sam cantaba entretanto, y su lanza era la lengua de una serpiente. Los golpes a veces restallaban con brillantes relámpagos. El Talismán fulguraba en su cintura con un pálido fuego.

-¡Son nuestros! -gritó.

-En el campo sólo hay hombres y semidioses -dijo la Muerte-. Todavía están midiendo nuestras fuerzas. Hay pocos que recuerden el poder de Kalkin en su plenitud.

-¿En su *plenitud?* -preguntó Sam-. Jamás fue liberado en su plenitud, oh Muerte. Nunca en todas las edades del mundo. ¡Que vengan contra mí y los cielos llorarán sobre sus cadáveres y el Vedra correrá teñido de sangre! ¿Podéis oírme? ¿Podéis oírme, dioses? ¡Venid contra mí! ¡Os desafío, en este mismo campo! ¡Venid con vuestras fuerzas, a este lugar!

-¡No! -dijo la Muerte-. ¡Todavía no! Arriba volvió a rugir el carro de trueno.

Sam levantó la lanza y un infierno pirotécnico estalló alrededor de la nave que pasaba.

-¡No debiste enterarlos de que podías hacer eso! ¡Todavía no!

Entonces oyó, en medio del estrépito de la batalla y de la canción que zumbaba en su cerebro, la voz de Taraka.

-¡Ahora vienen por el río, oh Sujetador! ¡Y otra hueste asalta las puertas de la ciudad!

-¡Entonces llama a Dalissa para que emerja y haga bullir al Vedra con el poder del Fulgor! ¡Llévate los Rakasha a las puertas de Keenset y destruye a los invasores!

-¡Escucho y obedezco! -y Taraka desapareció.

Un haz de luz enceguecedora cayó del carro de trueno y dividió las filas de los defensores.

-Ha llegado el momento -dijo la Muerte, e hizo un gesto agitando la capa.

En la retaguardia, Ratri se irguió sobre los estribos de su montura, la yegua negra. Alzó el velo negro que le cubría la armadura.

Hubo un clamoreo en ambos bandos cuando el sol se ocultó y la oscuridad descendió sobre el mundo. El rayo de luz del carro desapareció y sus llamas se apagaron.

Sólo se entreveía una lánguida fosforescencia que dimanaba de una fuente invisible. Era el Señor Mara, que había lanzado al campo su borroso carro policromo, uncido a los caballos que vomitaban ríos de sangre humeante.

Sam se lanzó hacia él, pero una gruesa cohorte le cerró el paso; cuando logró derrotarla, Mara ya se había internado en el campo sembrando la muerte a su paso.

Sam elevó la lanza y frunció el rostro, pero su blanco lo eludía a gran velocidad y los rayos siempre caían atrás o al costado.

Entonces, a la distancia, una luz tenue iluminó el río desde adentro. Era cálida y palpitante, y algo semejante a un tentáculo pareció agitar por un instante la superficie de las aguas.

De la ciudad llegaba un clamor de guerra. El aire estaba lleno de demonios. El suelo parecía temblar al paso de los ejércitos.

Sam elevó la lanza y una sinuosa línea de luz penetró en el cielo, haciendo que doce más descendieran al campo de batalla.

Cundieron los gruñidos, toses y gemidos de otras fieras, que asolaban las filas causando estragos en ambos bandos. Incitados por sus tenebrosos sargentos, los zombies seguían matando al monótono son de los tambores; y los elementos ígneos se aferraban al pecho de los cadáveres, como si buscaran alimento.

-Hemos derrotado a los semidioses -dijo Sam-. Ahora probemos con el Señor Mara.

Lo buscaron en el campo sobrecargado de llantos y aullidos, deslizándose sobre los que estaban prontos a ser cadáveres y sobre los que ya lo eran.

Cuando divisaron los colores de su carro, se lanzaron en su persecución.

Librodot

Finalmente el dios se volvió y los enfrentó en un oscuro pasaje, donde el estrépito de la batalla era un eco distante. También la Muerte contuvo las riendas, y a través de la noche se observaron con una mirada recíproca y fulgurante.

-¿Estás dispuesto a luchar, Mara? -gritó Sam-. ¿O hay que darte caza como a un perro?

-¡No menciones a los de tu sangre, el perro y la perra, oh Sujetador! -respondió Mara-. ¿Eres tú, no es así, Kalkin? Ese es tu cinturón. Esta es tu forma de guerrear. Esos eran tus rayos, que caen por igual sobre el amigo y el adversario. Estás vivo, pese a todo.

-Soy yo -dijo Sam, nivelando la lanza.

-¡Y el dios de la carroña es tu auriga!

La Muerte alzó la mano izquierda, con la palma hacia adelante.

-Te prometo la muerte, Mara -dijo-. Si no es por la mano de Kalkin, será por mi mano. Si no es hoy, será otro día. Pero también es una lucha entre nosotros, a partir de ahora.

A la izquierda, el río palpitaba cada vez con mayor intensidad.

La Muerte se inclinó hacia adelante y el carro se lanzó sobre Mara.

Los caballos del Soñador recularon y escupieron fuego por los belfos. Saltaron hacia adelante.

Las flechas de Rudra los buscaron en la oscuridad, pero también fueron desviadas en su vuelo hacia la Muerte y su carro. Explotaron a ambos flancos, acrecentando por un instante la débil iluminación.

A la distancia, los elefantes se apiñaban en una pesada carrera, y gemían mientras los Rakasha los perseguían por los llanos.

Hubo un potente estallido.

Mara se transformó en un gigante, y su carro fue una montaña. Los caballos galopaban atravesando eternidades. El rayo brotó de la lanza de Sam como el surtidor de una fuente. Una gélida ventisca se arremolinó alrededor de él, y el frío del espacio interestelar le caló los huesos. A último momento, Mara desvió su carro y saltó.

Lo chocaron de lleno en el costado y oyeron un crujido al asentarse lentamente en el suelo.

Para entonces, el rugido era ensordecedor y las palpitaciones luminosas del río se habían transformado en un fulgor continuo. Una marejada de agua hirviente barrió el campo cuando el Vedra se salió de madre.

Hubo más aullidos, continuaba el fragor de las armas. Débiles, los tambores de Nirriti aún retumbaban en la oscuridad, y un extraño sonido pobló las alturas cuando descendió el carro de trueno.

-¿Adónde habrá ido? -gritó Sam.

-A ocultarse -dijo la Muerte-. Pero no puede ocultarse para siempre.

-¡Maldita sea! ¿Ganamos o perdemos?

-Es una buena pregunta. Lamentablemente, ignoro la respuesta.

Las aguas rodearon de espuma el carro aplastado.

-¿Puedes volver a arrancar?

-En esta oscuridad, y con tanta agua alrededor, no.

-¿Entonces qué hacemos?

-Cultivar la paciencia y fumar cigarrillos. -Se reclinó y encendió una luz.

Al poco tiempo, uno de los Rakasha apareció y revoloteó en el aire.

-¡Sujetador! -anunció el demonio-. ¡Los nuevos atacantes de la ciudad están protegidos por lo-que-repele! Sam elevó la lanza y un relámpago brotó de la punta. El campo quedó iluminado una milésima de segundo. Los muertos yacían por todas partes. Había grupos de hombres pequeños y dispersos. Algunos se contorsionaban luchando en el suelo. Entre ellos había cuerpos de animales desperdigados. Los grandes gatos todavía merodeaban en procura de alimento. Los elementos ígneos habían emergido del agua,

que había embadurnado de barro a los caídos y empapado a los que aún podían tenerse en pie. Carros rotos y sagartos y caballos muertos formaban montículos en el campo. Por ese escenario vagaban los zombies, siempre obedientes y con los ojos vacíos, quitando la vida a cuanta criatura se les cruzara delante. A lo lejos seguía retumbando monótonamente un tambor, con sólo ocasionales alteraciones de ritmo. Desde la ciudad llegaba el fragor de la persistente batalla.

-Busca a la dama de negro -le dijo Sam al Rakasha- y dile que disipe las tinieblas.

-Sí -dijo el demonio, y voló de regreso a la ciudad. El sol volvió a salir y Sam se protegió los ojos del resplandor.

La matanza era aun más espantosa bajo el cielo azul y el puente dorado.

El carro de trueno reposaba en el campo de batalla, en lo alto de una loma.

Los zombies ultimaban a los hombres que quedaban a la vista. Luego, cuando se volvían en busca de más seres vivos, el tambor se acalló y también ellos cayeron a tierra.

Sam permanecía en el carro, junto a la Muerte. Buscaban alguna señal de vida en los alrededores.

-Todo está quieto -dijo Sam-. ¿Dónde están los dioses?

-Quizás en el carro de trueno.

El Rakasha reapareció junto a ellos.

-En la ciudad ya no pueden defender la plaza -reportó.

-¿Los dioses se han sumado al ataque?

-Rudra está allí, y sus flechas devastan nuestras filas.

-El Señor Mara. Brahma también, creo... y hay muchos otros. Hay mucha confusión. Me apresuré.

-¿Dónde está la diosa Ratri?

-Entró a Keenset y se refugió en su Templo.

-¿Dónde está el resto de los dioses?

-No lo sé.

-Iré a la ciudad -dijo Sam- para ayudar a defenderla.

-Y yo iré al carro de trueno -dijo la Muerte- para tomarlo y utilizarlo contra el enemigo... siempre que todavía sea utilizable. Si no, aún nos queda Garuda.

-Sí -dijo Sam, y levitó.

La Muerte saltó del carro.

-Buena suerte. -También a ti.

Cada cual a su modo, atravesaron el escenario de la matanza.

Ascendió por la pequeña loma. Las botas de cuero rojo pisaban el pasto sin un ruido.

Se echó la capa escarlata sobre el hombro derecho y examinó el carro de trueno.

-Lo dañaren los rayos.

-Sí -asintió alguien.

Se volvió hacia la cola del artefacto para ver quién había hablado.

La armadura brillaba como el bronce, pero no era de bronce.

Llevaba labradas las formas de muchas serpientes.

Tenía cuernos de toro sobre el yelmo bruñido, y en su mano izquierda relucía un tridente.

-Hermano Agni, te has manifestado en el mundo.

-Ya no soy Agni, sino Shiva, Señor de la Destrucción. -Vistes su armadura sobre un nuevo cuerpo y empuñas su tridente. Pero nadie podría dominar tan pronto el tridente de Shiva. Por eso llevas el guantelete blanco en la mano derecha y las gafas sobre la frente.

Shiva se acercó y se cubrió los ojos con las gafas.

-Sé que es verdad. Arroja tu tridente, Agni. Dame tu guante y tu vara, tu cinturón y tus gafas.

Shiva sacudió la cabeza.

-Respeto tu poder, dios de la muerte, tu velocidad y tu fuerza, tu destreza. Pero en este momento nada de eso puede servirte. Apenas quieras acercarte te haré cenizas sin que me llegues a tocar. Muerte, morirás.

Hurgó en busca de la vara que llevaba al cinto.

-¿Quieres volver la dádiva de la Muerte contra quien te la dio? -Mientras hablaba, empuñó la cimitarra rojo sangre.

-Adiós, Dharma. Tus días han terminado. Apuntó la vara.

-En nombre de la amistad que una vez nos unió -dijo el de rojo-, te concederé la vida si te rindes.

La vara tembló.

-Mataste a Rudra para defender el honor de mi esposa.

-Lo hice para preservar la honra de los Lokapalas. ¡Ahora soy el Dios de la Destrucción, no una parte de Trimurti !

Apuntó la vara de fuego, y la Muerte se arropó en el manto escarlata.

Estalló un relámpago de luz tan enceguecedor que los defensores de Keenset, a tres kilómetros de distancia, lo vieron con asombro desde los muros.

Los invasores habían entrado en Keenset. Cundían ahora las hogueras y los gritos, los choques del metal contra la madera, del metal contra el metal.

Los Rakasha derrumbaban edificios sobre los invasores a los que no podían acercarse. Tanto los invasores como los defensores eran pocos en número. El grueso de ambas fuerzas había perecido en los llanos.

Sam se hallaba en lo alto de la torre más alta del Templo, desde donde observaba la ciudad en ruinas.

-No pude salvarte, Keenset -declaró-. Lo intenté, pero no fue suficiente.

Abajo, en la calle, Rudra tensó el arco. Al verlo, Sam elevó la lanza.

Los rayos se abatieron sobre Rudra y la flecha explotó en mitad de su trayecto.

Cuando el humo se disipó, en el lugar donde había estado Rudra quedaba un pequeño cráter en medio de un espacio de tierra calcinada.

El Señor Vayu apareció en un tejado distante y convocó a los vientos, para enardecer las llamas. Sam elevó su lanza una vez más, pero entonces aparecieron una docena de Vayus sobre una docena de tejados.

-¡Mara! -dijo Sam-. ¡Da la cara, Soñador! ¡Si te atreves!

A, su alrededor estalló una risotada.

-Cuando esté dispuesto, Kalkin -dijo la voz desde el aire lleno de humo-, claro que me atreveré. De todos modos, soy yo quien escogerá... ¿No tienes vértigo? ¿Qué pasaría si te arrojaras al vacío? ¿Vendrían los Rakasha a sostenerte? ¿Te salvarían los demonios?

Entonces los rayos arreciaron sobre todos los edificios que circundaban el Templo, pero la risa de Mara se elevó sobre el estrépito. Después se alejó en la distancia, mientras crepitaban nuevas hogueras.

Sam se sentó y miró arder la ciudad. Los clamores de la lucha se fueron silenciando. Sólo quedaban las llamas. Un dolor agudo e intermitente le traspasó el cerebro. Luego se le hincó en la cabeza con tenacidad. Al fin le arrasó todo el cuerpo, y le arrancó un grito.

Brahma, Vayu, Mara y cuatro semidioses estaban en la calle.

Sam trató de elevar el arma, pero la mano le temblaba tanto que la lanza se le resbaló, dio un golpe en el muro y cayó al vacío.

El cetro que era un cráneo y también una rueda apuntaba hacia él.

-¡Baja, Sam! -dijo Brahma, quien con un leve movimiento hacía que los dolores oscilaran y lo quemaran-. ¡Tú y Ratri son los únicos que quedan con vida! ¡Eres el último! ¡Ríndete!

Brahma se esforzó por levantarse y tomó el cinturón brillante.

Se balanceó y dijo, apretando los dientes:

¡Muy bien! ¡Bajaré, y caeré entre ustedes como una bomba!

Pero entonces el cielo se oscureció, se aclaró, volvió a oscurecerse.

Un poderoso grito se elevó sobre el crepitar de las llamas.

-¡Es Garuda! -dijo Mara.

-¿A qué viene Vishnu.. . ahora?

-¡El Ave Garuda fue robada! ¿No recuerdas?

El inmenso pájaro descendió sobre la ciudad en llamas, como un fénix titánico sobre su nido ardiente.

Sam alzó los ojos y vio que un capirote cubría de pronto la cabeza de Garuda. El Ave agitó las alas y luego voló hacia los dioses que estaban frente al Templo. -¡Rojo! -gritó Mara-. ¡El jinete viste de rojo!

Brahma hizo girar el cetro ultrasónico, empuñándolo con las manos mientras lo apuntaba hacia la cabeza del Ave. Mara gesticuló y las alas de Garuda parecieron inflamarse.

Vayu alzó los brazos y un viento huracanado repiqueteó sobre el Monte de Vishnu, cuyo pico despedaza los carros.

El pájaro volvió a chillar, abriendo las alas y aminorando el descenso. Entonces los Rakasha se precipitaron sobre su cabeza, golpeándolo y aguijoneándolo para que bajara.

Bajaba con más lentitud, pero no podía detenerse. Los dioses se dispersaron.

Garuda se estrelló en el suelo y el suelo se estremeció. De entre las plumas del lomo salió Yama, espada en mano. Dio tres pasos y cayó al suelo. Mara saltó de una ruina y le golpeó la nuca dos veces, con el canto de la mano.

Sam saltó antes de que le asestara el segundo golpe, pero no llegó al suelo a tiempo. El cetro volvió a chillar y todo dio vueltas a su alrededor. Luchó por interrumpir la caída, por amortiguar el descenso.

El suelo estaba a veinte metros... a quince... a diez...

Un resplandor oscuro como la sangre, y después negro, enturbió el suelo.

-El Señor Kalkin ha perdido por fin una batalla -dijo una voz apagada.

Brahma, Mara y los dos semidioses llamados Bora y Tikan fueron los únicos que quedaron para llevarse a Sam y a Yama de la moribunda ciudad de Keenset, en las márgenes del Vedra. La diosa Ratri los precedía con un cordel sujeto al cuello.

Introdujeron a Sam y a Yama en el carro de trueno, que estaba aun más destrozado que antes, pues lucía un enorme boquete en el flanco derecho, y atrás le faltaba una parte de la caja. Encadenaron a los prisioneros, despojándolos del Talismán del Sujetador y del manto carmesí de la Muerte. Luego enviaron un mensaje al Cielo, y al cabo de un tiempo góndolas voladoras acudieron para llevarlos de regreso a la Ciudad Celestial.

-Hemos vencido -dijo Brahma-. Keenset ya no existe.

-Una costosa victoria, a mi juicio -dijo Mara.

-¡Pero hemos vencido!

-Y el Tenebroso ha vuelto a actuar.

-Sólo quiso medir nuestras fuerzas.

-¿Y qué pensará? Perdimos todo un ejército, y hoy han muerto hasta dioses.

-Peleamos con la Muerte, los Rakasha, Kalkin, la Noche y la Madre del Fulgor. Nirriti no volverá a alzar la mano contra nosotros, no después de semejante victoria.

Librodot

-Poderoso es Brahma -dijo Mara, apartando los ojos.

Los Señores del Karma fueron convocados para juzgar a los cautivos.

La diosa Ratri fue expulsada de la Ciudad y sentenciada a recorrer el mundo como una mortal, siempre encarnada en cuerpos de mujer madura y sin atractivos, cuerpos incapaces de soportar en su plenitud el Aspecto o los Atributos. Se le concedió esta merced porque su complicidad fue juzgada meramente incidental, un desvío causado por su confianza en Kubera.

Cuando fueron en busca de Yama para que compareciera ante el tribunal, lo encontraron muerto en la celda. Dentro de su turbante había guardado una pequeña caja metálica. La caja había estallado.

Los Señores del Karma practicaron la autopsia y conferenciaron.

-¿Por qué no se envenenó si quería morir? -preguntó Brahma-. Es más fácil ocultar una píldora que esa caja.

-Queda la posibilidad -dijo uno de los Señores de que tuviera otro cuerpo en alguna parte del mundo y que quisiera transmigrar mediante un equipo emisor que se destruiría a sí mismo luego de haber cumplido sus funciones.

-¿Es posible que lo haya hecho?

-No, por supuesto que no. El equipo de transferencia es voluminoso y complejo. Pero Yama se ufanaba de ser capaz de todo. Una vez trató de convencerme de que era posible construir semejante artefacto. Pero el contacto entre los cuerpos tiene que ser directo y por medio de muchos conductos y cables. Y ninguna unidad de ese tamaño podría haber generado la suficiente energía.

-¿Quién fue el inventor del sondeo psíquico? -preguntó Brahma.

-El Señor Yama.

-¿Y el carro de trueno de Shiva? ¿Y la vara de fuego de Agni? ¿Y el terrible arco de Rudra? ¿Y el Tridente? ¿Y la Lanza Brillante?

-Yama.

-Me gustaría advertirte entonces que, aproximadamente a la misma `hora en que puede haber operado esa caja diminuta, un gran generador se puso a funcionar por sí solo en la Vasta Mansión de la Muerte. Anduvo durante menos de cinco minutos, y volvió a apagarse. -¿Transmisión de energía? Brahma se encogió de hombros. -Es hora de sentenciar a Sam.

Así se hizo. Y como había muerto una vez sin que ello sirviera de mucho, se decidió que no era oportuno sentenciarlo a muerte.

Por lo tanto, fue transmigrado. No a otro cuerpo.

Se levantó una torre de radio, Sam fue anestesiado, y se le conectaron los correspondientes conductos para transferirlo. Pero no había otro cuerpo. Los conductos fueron conectados al convertidor de la torre.

El *atman* de Sam fue proyectado a través de la cúpula abierta, hacia la gran nube magnética que circundaba todo el planeta y era llamada el Puente de los Dioses.

Luego tuvo la singular distinción de recibir un segundo funeral en el Cielo. El Señor Yama recibió el suyo por primera vez; y Brahma, contemplando el humo que se elevaba desde las piras, se preguntó dónde estaría Sam realmente.

-El Buddha ha ido al Nirvana -dijo Brahma-. ¡Que lo prediquen en los Templos! ¡Que lo canten en las calles! ¡Glorioso fue su tránsito! ¡Ha reformado la vieja religión, y ahora estamos mejor que nunca! Los que piensen lo contrario, que se acuerden de Keenset.

Eso también se cumplió.

Pero nunca encontraron al Señor Kubera. Los demonios estaban libres.

Nirriti era fuerte.

Y en todas partes del mundo había quienes recordaban los lentes bifocales y los ruidosos inodoros, la química petrolera y los motores de combustión interna, y el día en que el sol se había negado a ver la justicia del Cielo.

A Vishnu se le oyó declarar que en la Ciudad había irrumpido por fin la selva.

VII

A veces también lo llaman por el nombre de Maitreya, que significa Señor de la Luz. Al regresar de la Nube Dorada, se trasladó al Palacio de Kama, en Khaipur, donde hizo planes y se fortaleció contra el Día del Yuga. Un sabio dijo una vez que uno jamás ve el Día del Yuga, sino que sólo lo advierte cuando ya pasó. Pues ese día amanece como cualquier otro y transcurre del mismo modo, recapitulando la historia del mundo.

A veces lo llaman Maitreya, que significa Señor de la Luz...

El mundo es un fuego sacrificante, el sol el combustible, los rayos del sol el humo, el día las llamas, los puntos cardinales las cenizas y las chispas. En este fuego los dioses ofrendan la fe como libación. De esta ofrenda nace el Rey Luna.

La lluvia, oh Gautama, es el fuego, el año el combustible, las nubes el humo, el rayo las llamas, las cenizas y las chispas. En este fuego los dioses ofrendan al Rey Luna como libación. De esta ofrenda nace la lluvia.

Este mundo, oh Gautama, es el fuego, la tierra el combustible, el fuego el humo, la noche las llamas, la luna las cenizas, las estrellas las chispas. En este fuego los dioses ofrendan la lluvia como libación. De esta ofrenda surgen los alimentos.

El hombre, oh Gautama, es el fuego, la boca abierta el combustible, el hálito el humo, el lenguaje las llamas, los ojos las cenizas, el oído las chispas. En este fuego los dioses ofrendan alimentos como libación. De esta ofrenda nace el poder de generar.

La mujer, oh Gautama, es el fuego, las formas el combustible, la cabellera el humo, los órganos las llamas, el placer las cenizas y las chispas. En este fuego los dioses ofrendan el poder de generar como libación. De esta ofrenda nace el hombre, y vive tanto cuanto deba vivir.

Cuando muere un hombre, lo llevan para ofrendarlo en el fuego. El fuego se convierte en el fuego del hombre, el combustible en su combustible, el humo en su humo, la llama en su llama, las cenizas en sus cenizas, las chispas en sus chispas. En este fuego los dioses ofrendan al hombre como libación. De esta ofrenda emerge el hombre, radiante de esplendor.

Brihadaranyaka Upanishad (VI, II, 9-14)

En un palacio alto y azul, con agudas torres y puertas afiligranadas, adonde la risa diáfana traía el regusto de la espuma salada y los chillidos de las aves marinas, estímulo y deleite de los sentidos, Nirriti el Tenebroso hablaba con el hombre que le acababan de ntregar.

-¿Cuál es tu nombre, capitán? -le preguntó.

-Olvagga, Señor -respondió el capitán-. ¿Por qué mataste a mi tripulación y a mí, en cambio, me dejaste con vida?

-Porque quería interrogarte a *ti,* Capitán Olvagga. -¿Respecto a qué?

-A muchas cosas. Cosas como las que puede saber un viejo lobo de mar que ha viajado tanto. ¿Qué te parece mi dominio de las rutas marítimas meridionales?

-Mejor de lo que pensaba, de lo contrario no me encontraría aquí.

-Hay muchos que no se aventuran por esas zonas, ¿no es así?

-Así es.

Nirriti se acercó a una ventana que miraba al mar, dándole la espalda a su cautivo. Al cabo de un rato, dijo:

-Oí que hubo muchos progresos científicos en el norte desde ... eh ... la batalla de Keenset.

-Yo también lo oí. Además lo he comprobado. He visto una máquina de vapor. La imprenta ahora es algo cotidiano. Se hacen saltar patas de sagarto muerto con corrientes galvánicas. Se está forjando acero de mejor calidad. Han redescubierto el microscopio y el telescopio. Nirriti lo enfrentó y se estudiaron recíprocamente.

Nirriti era un hombre pequeño; pestañeaba, sonreía fácilmente, llevaba el pelo oscuro sujeto por una tiara de plata, tenía la nariz respingada y ojos del color de su palacio. Vestía de negro y era muy pálido.

-¿Por qué los Dioses de la Ciudad no hacen nada por impedir todo esto?

-Entiendo que se han debilitado, Señor, si es eso lo que quieres oír. Desde el desastre del Vedra les da un poco de miedo sofocar el progreso mecánico mediante la violencia. También se rumorea que hay un conflicto interno en la Ciudad, entre los semidioses y lo que queda de sus mayores. Además está la nueva religión. Los hombres no temen al Cielo tanto como antes. Parecen dispuestos a defenderse; y ahora que están mejor equipados, los dioses no tienen tantos deseos de enfrentarlos.

-Entonces la victoria *es* de Sam. Los va derrotando con el paso de los años.

-Sí, Renfrew. Creo que estás en lo cierto.

Nirriti miró a los dos guardias que custodiaban a Olvagga.

-Váyanse -ordenó- ¿Me conoces? -preguntó en cuanto se fueron.

-Sí, capellán. Pues yo soy Jan Olvegg, capitán del *Estrella de la India.*

-Olvegg. Eso parece moderadamente imposible. -Sin embargo, es cierto. Recibí este cuerpo, ya envejecido, el día en que Sam venció a los Señores del Karma en Maharta. Estuve allí.

-Uno de los Primigenios y ¡claro... un cristiano! -Cada tanto, cuando se me acaban los juramentos hinduistas.

Nirriti le puso una mano en el hombro.

-¡Entonces todo tu ser tiene que sentirse dolorido por la blasfemia que ellos han fabricado!

-Yo no les tengo mucha simpatía... y ellos tampoco me la tienen.

-No me extraña. Pero en cuanto a Sam... hizo lo mismo al amalgamar esta pluralidad de herejías... sepultó aun más profundamente al Verbo verdadero.

-Un arma, Renfrew -dijo Olvegg-. Nada más. Estoy seguro de que no tiene más interés que tú o que yo en ser dios.

-Es posible. Pero ojalá hubiese elegido un arma diferente. Si él gana, sus almas igual se perderán.

Olvegg se encogió de hombros.

-Yo no soy teólogo, como tú...

-¿Pero me ayudarás? Con el tiempo he armado un ejército poderoso. Tengo hombres y tengo máquinas. Dices que nuestros enemigos se han debilitado. Mis no-vivientes, no nacidos de hombre ni de mujer, no le tienen miedo a nada. Tengo góndolas voladoras... muchas. Puedo llegar hasta la Ciudad del Polo. Puedo destruir los Templos que tienen en el mundo. Creo que ya es hora de limpiar la tierra de esta abominación. i La verdadera fe tiene que regresar! ¡Pronto! *Tiene* que ser pronto...

-Como te dije, no soy teólogo. Pero también a mí me gustaría ver caer la Ciudad -dijo Olvegg-. Te ayudaré en todo lo que pueda.

-Entonces tomaremos unas pocas ciudades y asolaremos los Templos, para ver qué reacción provoca esto. Olvegg asintió.

-Tú me aconsejarás. Tú me darás respaldo moral -dijo Nirriti, agachando la cabeza-. Reza conmigo -ordenó.

El viejo estuvo un buen rato frente al Palacio de Kama en Khaipur, la mirada fija en las columnas de mármol. Por fin una muchacha se compadeció y le trajo pan y leche. El viejo comió el pan.

-Bebe también la leche, abuelo. Es nutritiva y te ayudará a fortificar tus carnes.

-¡Maldita sea! -dijo el viejo-. ¡Maldita sea la leche! ¡Y malditas sean mis carnes! i Y también sea maldito mi espíritu, si es por eso!

La muchacha retrocedió.

-No creo que ese sea el modo más adecuado de agradecer mi caridad.

-No es tu caridad lo que me molesta, mujerzuela. Es tu gusto por los brebajes. ¿No podrías darme un trago del peor vino de la alacena? ¿De ese que los huéspedes han desdeñado ordenar y que el cocinero no se atreverá a esparcir ni sobre los trozos de carne de menos calidad? Me gusta lo que se exprime de la uva, no de la vaca.

-¿No quieres que te traiga un menú? ¡Fuera de aquí, antes que llame a un sirviente!

Él la miró a los ojos. -No te ofendas, señora, por favor. Me es difícil mendigar.

Ella contempló esos ojos profundamente oscuros en el centro de una maraña de curtidas arrugas. La barba tenía surcos negros. En los labios del viejo se insinuaba una levísima sonrisa.

-Bien... sígueme hasta allí. Te llevaré a la alacena, a ver qué se puede encontrar. En realidad no sé por qué lo hago, de todas maneras.

Cuando ella se volvió, el viejo sacudió los dedos y su sonrisa se dilató mientras la seguía, mirándola caminar. -Porque yo quiero que lo hagas -dijo.

Taraka de los Rakasha estaba inquieto. Revoloteando sobre las nubes que surcaban el mediodía, reflexionaba sobre las peripecias del poder. Alguna vez había sido invencible. En los días previos a la sujeción no había nadie capaz de enfrentarlo. Luego había llegado Siddharta el Sujetador. Él lo había conocido con anterioridad, como Kalkin, y no ignoraba su fuerza. Había advertido que tarde o temprano tendrían que trabarse en lucha, pues él debía medir el poder de ese Atributo que Kalkin, según se decía, había desarrollado. El día de la lucha, un día portentoso y pretérito en que las cimas habían fulgurado con el furor de los contrincantes, la victoria había sido del Sujetador. Y en el segundo encuentro, siglos más tarde, su triunfo había sido aun más completo.

Pero había sido el único, y ya no estaba en el mundo. De todas las criaturas, sólo el Sujetador había sobre pujado al Señor del Infierno. Luego los dioses habían desafiado su poder. Pese a lo despreciables que llegaron a ser en los viejos tiempos, esforzándose por disciplinar sus poderes mutantes mediante drogas, hipnosis, meditación y neurocirugía, el curso de los siglos había transformado esos poderes, convirtiéndolos en Atributos. Cuatro de ellos habían entrado en el Pozo del Infierno, sólo cuatro, y las legiones demoníacas de Taraka no habían podido rechazarlos. El que llamaban Shiva era poderoso, pero el Sujetador más tarde le había dado muerte. Esto era como debía ser, pues Taraka reconocía al Sujetador como su igual. A la mujer la desdeñaba. Era sólo una mujer, y Yama había tenido que ayudarle. Pero al Señor Agni, cuya alma era una llama brillante y

Librodot

enceguecedora... a éste casi le temía. Recordó el día en que Agni había entrado a solas en el palacio de Palamaidsu y lo había desafiado., No había podido detenerlo pese a sus esfuerzos, y había visto el palacio arrasado por el poder de las llamas. Y tampoco hubo modo de detenerlo en el Infierno. Taraka se había prometido confrontar este poder como había hecho con el de Siddharta, para aplastarlo o bien ser sometido por él. Pero nunca lo hizo. El Señor de las Llamas había caído frente al del Atuendo Rojo -otro de los invasores del Infierno-, quien de algún modo había desviado el fuego de Agni contra el propio dios, el día de la batalla en los llanos del Vedra. Esto significaba que él era el más grande. ¿Acaso el mismo Sujetador no lo había prevenido contra Yama-Dharma, Dios de la Muerte? Sí, aquel cuyos ojos sorben la vida era el más poderoso que quedaba en el mundo. Casi había logrado hacerlo sucumbir dentro del carro de trueno. Otra vez había sostenido un breve encuentro con él, interrumpido porque eran aliados en la lucha. Se decía que Yama había muerto después en la Ciudad. Luego se dijo que todavía andaba por el mundo. Se decía que, siendo el Señor de los Muertos, no podía morir, salvo por su propia elección. Taraka aceptó esto como un hecho, sabiendo lo que significaba tal aceptación.

Significaba que él, Taraka, regresaría al sur, a la isla. del palacio azul donde Nirriti el Tenebroso, Señor del Mal, aguardaba su respuesta. Le daría su asentimiento. Comenzando por Maharta y abriéndose paso desde el mar hacia el norte, los Rakasha sumarían sus fuerzas a. las del Tenebroso para destruir los Templos de las seis ciudades más grandes del sudoeste, uno tras otro, inundando las calles de esas ciudades con la sangre de sus habitantes y las legiones de las criaturas sin llama de Nirriti, hasta que los dioses acudieran a defenderlas y afrontaran su destino. Si los dioses no venían, todo el mundo sabría que eran débiles. Entonces los Rakasha asolarían el Cielo y Nirriti abatiría la Ciudad Celestial; caería la Altísima Cúspide, la cúpula sería despedazada, los gatos blancos de Kaniburrha contemplarían las ruinas mientras las nieves del Polo cubrían los pabellones de los dioses y semidioses. Y todo esto sólo por una razón, aparte del afán de aliviar el tedio, aparte del afán por apresurar el ocaso de los dioses y los hombres en el mundo de los Rakasha. Cuando hay grandes combates y se llevan a cabo proezas admirables, proezas sangrientas, proezas flamígeras, él acude

-Taraka lo sabía-, el del Atuendo Rojo siempre acude desde alguna parte, pues su Aspecto lo arrastra al reino de su pertenencia. Taraka sabía que las búsquedas, la espera, los trabajos no tendrían fin hasta el día que contemplara la negra hoguera que arde detrás de los ojos de la Muerte. ..

Brahma examinó el mapa y volvió a mirar la pantalla de cristal enmarcada por un Naga de bronce que se contorsionaba con la cola entre los dientes.

-¿Arde, oh sacerdote?

-Arde, Brahma... ¡todo el distrito de los depósitos!

-Ordénale al pueblo que combata el incendio.

-Ya lo están haciendo, Poderoso.

-¿Entonces para qué me molestas?

-Oh Magno Dios, cunde el temor.

-¿Temor? ¿Temor de qué?

-De que el Tenebroso, cuyo nombre no puedo pronunciar en tu presencia, cuya fuerza no ha cesado de crecer en el sur, aquel que controla las rutas marítimas, obstaculice el comercio.

-¿Por qué has de temer pronunciar el nombre de Nirriti delante de mí? Tengo noticias del Tenebroso. ¿Sospechas que él provocó el incendio?

-Sí, Magnífico... o alguien a quien él le pagó por hacerlo. Circula el rumor de que intenta aislarnos del resto del mundo, desbaratar nuestras riquezas, destruir nuestros depósitos y debilitar nuestros espíritus, porque planea...

-Invadirte, por supuesto.

-Tú lo has dicho, oh Dios Potente.

-Puede ser verdad, sacerdote. Así que dime, ¿piensas que los dioses no te ayudarán si te ataca el Señor del Mal?

-Jamás lo puse en duda, Poderosísimo Señor. Simplemente quisimos recordarte esa posibilidad y renovar nuestra perpetua súplica por tu merced y tu divina protección.

-Has sido muy explícito, sacerdote. No temas. Brahma cerró la transmisión. -Atacará.

-Por supuesto.

-¿Y a cuánto ascienden sus fuerzas, me pregunto? Nadie sabe realmente cuáles son sus fuerzas, Ganesha. ¿No es así?

-¿A mí me preguntas, Señor? ¿A tu humilde consejero político?

-No veo a nadie más en mi presencia, humilde hacedor de dioses. ¿Conoces a alguno que pueda tener información al respecto?

-No, mi Señor. Todos eluden a ese dios perverso como si fuera la muerte verdadera. En cierto modo, lo es. Como sabes, los tres semidioses que envié al sur no regresaron.

-No recuerdo sus nombres, pero también eran fuertes, ¿no? ¿Cuánto hace de eso?

-El último fue hace un año, cuando mandamos al nuevo Agni.

-Sí, no era muy bueno, de todos modos ... todavía usaba granadas incendiarias... pero era fuerte.

-Moralmente, quizá. Cuando faltan dioses, hay que resignarse con los semidioses.

-En los viejos tiempos, habría tomado el carro de trueno...

-En los viejos tiempos no había carro de trueno. El Señor Yama...

-¡Silencio! Ahora tenemos un carro de trueno. Creo que el alto hombre de humo que usa un sombrero ancho pasará sobre el palacio de Nirriti.

-Brahma, creo que Nirriti puede detener el carro de trueno.

-¿Por qué?

-Según algunos informes de primera mano que obtuve, creo que usó proyectiles teleguiados contra los buques de guerra que persiguieron a sus bandidos.

-¿Por qué no me lo dijiste antes?

-Son informes muy recientes. Esta es la primera oportunidad que he tenido de mencionarlos.

-¿Entonces no crees que debamos atacar?

-No. Espera. Deja que él se movilice primero, así podremos estimar su poder.

-Eso implicaría el sacrificio de Maharta, ¿no es así?

-¿Y con eso? ¿Nunca has visto caer una ciudad...? ¿En qué ha de beneficiarlo Maharta, por sí misma y por un tiempo? Si no podemos reconquistarla, *entonces* deja que el hombre de humo se quite su ancho sombrero blanco... sobre Maharta.

-Tienes razón. Valdrá la pena estimar sus fuerzas y luego eliminar una parte. Entretanto, tenemos que prepararnos.

-Sí. ¿Cuál será tu orden?

-Alerta a todas las fuerzas de la Ciudad. ¡Que el Señor Indra regrese en seguida del continente oriental! -Cúmplase tu voluntad.

-Y alerta a las otras cinco ciudades del río... Lananda, Khaipur, Kilbar ...

-Ahora mismo.

-¡Andando entonces! -Ya me fui.

El tiempo un océano, el espacio sus aguas, Sam, erguido en el medio, tomó una decisión.

-Dios de la Muerte -llamó en voz alta-, enumera nuestras fuerzas.

Yama se estiró y bostezó, luego se incorporó del catre escarlata donde había estado dormitando, casi invisible. Cruzó la habitación, fijó la mirada en los ojos de Sam. -Sin asumir mi Aspecto, he aquí mi Atributo.

Sam sostuvo la mirada. -¿Esa es la respuesta a mi pregunta?

-En parte -replicó Yama-, pero sobre todo era para probar tu propio poder. Parece que lo estás recobrando. Soportabas mi mirada fatídica más que cualquier mortal.

-Ya sé que estoy recobrando mi poder. Lo siento así. Ahora estoy recobrando muchas cosas. Durante las semanas que hemos vivido en el palacio de Ratri he meditado sobre mis vidas pretéritas. No todos fueron fracasos, dios de la muerte. Hoy llegué a esa conclusión. Aunque el Cielo siempre me ha derrotado, cada victoria le costó muchas cosas.

-Sí, al parecer, eres un hombre elegido por el destino. De hecho, ahora están mucho más débiles que el día en que los desafiaste en Maharta. Además están relativamente más débiles, porque los hombres son más fuertes. Los dioses destruyeron Keenset, pero no destruyeron la aceleración. Intentaron sepultar al budismo dentro de sus propias doctrinas, pero no pudieron. En verdad no sé decir si tu religión colaboró en la trama de este relato que estás escribiendo, estimulando de algún modo la aceleración, pero tampoco los dioses sabrían decirlo. En todo caso fue una buena pantalla... al desviar su atención, les impidió cometer otras maldades, y como además "prendió" como doctrina, sus esfuerzos en contra sirvieron para suscitar ciertos sentimientos antideícratas. Se diría que eres un inspirado, si no hubieses parecido astuto.

-Gracias. ¿Quieres mi bendición?

-No. ¿Quieres la mía?

-Quizás, Muerte, más tarde. Pero no respondiste a mi pregunta. Dime con qué fuerzas contamos.

-Muy bien. El Señor Kubera no tardará en llegar...

-¿Kubera? ¿Dónde está?

-Ha vivido ocultándose durante estos años, introduciendo conocimientos científicos en el mundo.

-¿Durante tantos años? ¡El cuerpo tiene que ser muy viejo! ¿Cómo se las arregló?

-¿Te olvidas de Narada? -¿Mi viejo médico de Kapil?

-El mismo. Cuando dispersaste a tus lanceros después de la batalla de Maharta, él se retiró a otras tierras con un séquito de servidores. Se llevó consigo todo el equipo que habías tomado de la Mansión del Karma. Lo localicé hace muchos años. Después de Keenset, tras escapar del Cielo por el Camino de la Rueda Negra, saqué a Kubera de su bóveda debajo de la ciudad caída. Más tarde él se unió a Narada, que ahora posee una tienda de cuerpos clandestina en los montes. Trabajan juntos. Además han puesto otras en varios lugares.

-¿Y viene Kubera? ¡Bien!

-Y Siddharta aún es Príncipe de Kapil. Todavía pueden reclutarse tropas en ese principado. Ya nos encargamos de investigarlo.

-Un puñado, probablemente. Pero es bueno saberlo... sí.

-Y el Señor Krishna.

-¿Krishna? ¿Qué hace de nuestra parte? ¿Dónde está?

-Estaba aquí. Lo encontré al día siguiente de nuestra llegada. Acababa de mudarse aquí con una de las muchachas. Muy patético.

-¿Y cómo está?

-Viejo. Tan viejo y débil que da lástima, pero sigue siendo el borracho lujurioso de siempre. El Aspecto aún le servía, pese a todo, y periódicamente logra convocar algo de su antiguo carisma y una fracción de su colosal vitalidad. Lo habían expulsado del Cielo después de Keenset, pero la razón era que no había querido pelear contra Kubera y contra

mí, como lo hizo Agni. Hace medio siglo que vagabundea por el mundo, cantando y amando y tocando la flauta y envejeciendo. Kubera y yo habíamos intentado localizarlo varias veces, pero él se lo pasaba viajando. Esto suele ser de rigor en las deidades de la fertilidad renegadas.

-¿De qué puede servirnos?

-El día que lo encontré lo mandé a ver a Narada para que le diera un nuevo cuerpo. Vendrá con Kubera. También él suele recobrar pronto sus poderes después de una transferencia.

-¿Pero de qué puede servirnos?

-No te olvides que él fue quien venció a Bana, el demonio negro que ni siquiera Indra se atrevía a enfrentar. Cuando está sobrio, es uno de los guerreros más temibles que existen. Yama, Kubera, Krishna, y si es tu deseo... ¡Kalkin! Seremos los nuevos Lokapalas, y combatiremos juntos.

-Es mi deseo.

-Cúmplase, entonces. ¡Que envíen contra nosotros toda una compañía de dioses novatos! Estuve diseñando nuevas armas. Es una vergüenza que haya tantas y tan exóticas. Hacer de cada una de ellas una obra de arte, en lugar de producir masivamente una especie de armamento particular, representa un gran esfuerzo para mi genio. Pero así lo requiere la pluralidad de lo paranormal. Siempre hay quien tiene un Atributo destinado a oponerse a un arma determinada. ¡Que enfrenten, pues, el Fusil de la Gehena para ser desintegrados, o que choquen el acero con la Electroespada, o que embistan contra el Escudo Fuente, que lanza chorros de cianuro y sulfóxido dimetílico, y sabrán que se enfrentan a los Lokapalas!

-Ahora comprendo, Muerte, por qué todos los dioses, incluso Brahma, pueden morir y tener un sucesor... salvo tú.

-Gracias. ¿Tienes algún plan?

-Todavía no. Necesito más información con respecto al actual poder de la Ciudad. ¿El Cielo ha hecho alguna demostración de fuerza en los últimos años?

-No.

-Si hubiese algún modo de someterlos a una prueba sin ponernos en evidencia... Quizá los Rakasha...

-No, Sam. No confío en ellos.

-Yo tampoco. Pero a veces pueden ser útiles.

-¿Como en el Pozo del Infierno y en Palamaidsu? -Buena respuesta. Puede que tengas razón. Lo pensaré un poco más. De todos modos, me intriga Nirriti. ¿En qué situación se encuentra el Tenebroso?

-En los últimos años ha llegado a dominar los mares. Se cuenta que sus legiones crecen y que está construyendo máquinas de guerra. Una vez te referí, sin embargo, mis temores al respecto. Mantengámonos tan alejados de Nirriti como sea posible. Con nosotros, sólo tiene una cosa en común: el deseo de arrasar el Cielo. Ni aceleracionista ni deícrata, si pudiera nos sumiría en una Edad Oscura peor que la que acabamos de superar. Acaso el mejor plan de acción para nosotros sería provocar una batalla entre Nirriti y los Dioses de la Ciudad, permanecer al acecho y luego atacar a los vencedores.

-Quizás estés en lo cierto. Yama. ¿Pero cómo lograrlo?

-Puede que no tengamos necesidad. Quizás los hechos se den por sí mismos... pronto. Maharta tiembla, temerosa del mar que tiene delante. Tú eres el estratega, Sam. Yo soy sólo un táctico. Te trajimos de nuevo para que nos dijeras qué debemos hacer. Te ruego que lo pienses con cuidado, ahora que eres tú mismo una vez más. -Siempre repites esas últimas palabras.

-Sí, predicador. Porque no has recibido tu bautismo de fuego desde que volviste de tu estado de- júbilo... Dime, ¿puedes incitar a los budistas a la lucha?

-Probablemente, pero acaso tuviera que asumir una identidad que ahora juzgo desagradable.

-Bien... quizá no. No dejes de tenerlo en cuenta, por si nos vemos en apuros. Para mayor seguridad, sin embargo, practica todas las noches delante del espejo esa conferencia sobre estética que diste en el monasterio de Ratri.

-Mejor que no.

-Ya sé, pero hazlo de todos modos.

-Mejor que practique con la espada. Búscame una y te daré una lección.

-¡Ah muy bien! Si la lección es buena, ya habrás convertido a uno.

-Entonces salgamos al patio, donde procederé a iluminarte.

Mientras Nirriti alzaba los brazos dentro del palacio azul, los cohetes salieron disparados de las cubiertas de sus buques de lanzamiento para formar un arco sobre la ciudad de Maharta.

Mientras le ajustaban el peto de la armadura, los cohetes descendieron en la ciudad y los incendios comenzaron a estallar.

Mientras se calzaba las botas, la flota entró en la bahía. Mientras le ceñían el manto negro a la garganta y le colocaban el yelmo de acero negro en la cabeza, los sargentos iniciaron un suave golpeteo de tambores debajo de la cubierta de los buques.

Mientras le sujetaban la vaina de la espada a la cintura, los no-vivientes despertaron en la bodega de los barcos.

Mientras se colocaba los guanteletes de cuero y acero, la flota, llevada por los vientos provocados por los Rakasha, se acercó al puerto.

Mientras le indicaba a su joven escudero, Olvagga, que lo siguiera hasta la terraza, los guerreros que nunca, hablaban subieron a la cubierta de las naves y contemplaron el puerto en llamas.

Mientras rugían los motores de la oscura góndola voladora y la puerta se abría delante de ellos, los primeros barcos echaron el ancla.

Mientras entraban en la góndola, las primeras tropas entraron en Maharta.

Cuando llegaron a Maharta, la ciudad había caído.

En el alto follaje del jardín cantaban los pájaros. En el fondo de la piscina azul yacían los peces, semejantes a monedas viejas. Las abultadas flores eran en su mayoría rojas y de grandes pétalos, aunque había algunas leporálidas amarillas alrededor del banco de jade. El banco tenía un respaldo blanco de hierro forjado, donde ella apoyaba el brazo mientras observaba las botas que se acercaban por el sendero de losas.

-Señor, este jardín es privado -le advirtió.

Él se detuvo frente al banco y la miró. Era fornido, curtido, de barba y ojos oscuros, inexpresivo hasta que sonrió. Vestía ropa de cuero azul.

- Los huéspedes no vienen aquí -añadió ella -sino que usan el jardín de la otra ala del edificio. Atravesad esa arcada...

-Tú siempre fuiste bienvenida a mi jardín, Ratri -dijo el hombre.

-¿A tu...?

-Kubera.

-¡Señor Kubera! No estás...

-Gordo. Lo sé. Un cuerpo nuevo, y lo hice trabajar duro. Construyendo las armas de Yama, transportándolas...

-¿Cuándo llegaste?

-Ahora. Traje a Krishna, junto con una carga de municiones, granadas y minas cazahombres...

-¡Dioses! Hace tanto tiempo...

-Sí. Mucho. Pero todavía te debo mis disculpas, y vine a ofrecértelas. Es algo que me ha preocupado durante estos años. Ratri, lamento haberte arrastrado esa noche, hace tanto tiempo, a todo esto. Necesitaba tu Atributo, por eso te mentí. No me gusta usar a la gente de esa manera.

-De todos modos no habría tardado en dejar la Ciudad, Kubera, así que no te sientas excesivamente culpable. Preferiría una forma más conveniente, eso sí, que la que tengo ahora. Pero eso no es esencial, pese a todo.

-Te conseguiré otro cuerpo, diosa.

-Otro día, Kubera. Por favor, siéntate aquí. ¿Tienes hambre? ¿Tienes sed?

-Sí, y sí.

-Aquí tienes fruta y soma. ¿O preferirías té?

-Soma, gracias.

-Yama dice que Sam se ha recuperado de su santidad.

-Menos mal, porque lo necesitamos cada vez más.

¿Ha elaborado algún plan para que actuemos en consecuencia?

-Yama no me dijo nada. Pero quizá Sam no le dijo nada a Yama.

Las ramas de un árbol cercano se sacudieron con violencia y Tak cayó al suelo, aterrizando en cuatro patas.

-Toda esta charla me despertó -gruñó-. ¿Quién es este individuo, Ratri?

-El Señor Kubera, Tak.

-Si sois él, entonces... ¡oh, qué cambiado estás!. -dijo Tak.

-Y lo mismo podría decirse de ti, Tak de los Archivos.. ¿Por qué sigues siendo un mono? Yama podría transmigrante.

-Como mono soy más útil -dijo Tak-. Soy un espía excelente... mucho mejor que un perro. Soy más fuerte que un hombre. ¿Y quién puede distinguir a un mona de otro? Conservaré esta forma hasta que mis servicios especiales ya no sean necesarios.

-Loable. ¿Hubo alguna noticia de los movimientos de Nirriti?

-Sus naves se acercan a los puertos importantes más de lo que solían hacerlo en el pasado -dijo Tak-. Parece que cuenta con mayor cantidad de ellas, además. Aparte de eso, nada. Parecería que los dioses le temen,. pues no lo destruyen.

-Sí -dijo Kubera-, porque por ahora no lo conocen. Yo me inclino a pensar que Nirriti es un error de Ganesha. Fue él quien le permitió irse del Cielo sin dificultades y llevarse ese equipo que construyó con él. Creo que Ganesha quería tener a mano a un eventual enemigo del Cielo, por si hacía falta que alguno se rebelara de un momento a otro. Jamás debió soñar que un profano en materias técnicas le diera a ese equipo semejante uso y organizara las fuerzas que ahora tiene a su mando.

-Lo que dices tiene su lógica -dijo Ratri-. También yo he oído que Ganesha suele actuar así. ¿Qué hará ahora?

-Darle a Nirriti la primera ciudad que ataque, para observar sus medios ofensivos y estimar sus fuerzas... si puede persuadir a Brahma de que se contenga. *Después* atacarlo a Nirriti. Maharta debe caer, y nosotros tenemos que estar cerca. Sería interesante, aunque sea para observar.

-¿Pero piensas que haremos algo más que observar? -preguntó Tak.

-Por cierto. Sam sabe que hemos de estar al acecho para fragmentar aun más los fragmentos que queden, y después recoger algunos. Tendremos que movilizarnos tan rápido como los otros, Tak, y eso quizá signifique pronto.

-Al fin -dijo Tak-. Siempre anhelé ir a la batalla junto al Sujetador.

-En las próximas semanas, estoy seguro de que se cumplirán muchos deseos y se frustrarán otros tantos.

Librodot

-¿Más soma? ¿Más fruta?

-Gracias, Ratri.

-Y tú, Tak.

-Un plátano, tal vez.

Bajo la penumbra del bosque, en el pico de una alta colina, Brahma estaba sentado, como la estatua de un dios montada sobre una gárgola, contemplando la ciudad de Maharta.

-Profanan el Templo.

-Sí -respondió Ganesha-. Los sentimientos del Tenebroso no han cambiado con el curso de los años.

-Por una parte, da pena. Por la otra, causa temor. Sus tropas tenían rifles y pistolas.

-Sí. Son muy fuertes. Regresemos a la góndola.

-En seguida.

-Me da miedo, Señor... Pueden ser demasiado fuertes, a esta altura.

-¿Qué sugieres?

-No pueden remontar el río. Si quieren atacar Lananda deben ir por tierra.

-Es verdad. A menos que tengan ya suficientes naves voladoras.

-Y si quieren atacar Khaipur deben recorrer un tramo aun más largo.

-¡Sí! ¡Y si quieren atacar Kilbar deberán recorrer un tramo más largo todavía! ¡Al grano! ¿Qué estás tratando de decirme?

-Cuanto más avancen, más se acrecentarán sus problemas logísticos, más vulnerables se harán a una guerra de guerrillas durante la marcha. ..

-¿Estás proponiéndome que me limite a hostigarlos? ¿Que los deje avanzar y apoderarse de una ciudad tras otra? Acamparán allí hasta que vengan refuerzos para defender lo que han conquistado, *después* seguirán avanzando. Sólo un tonto actuaría de otra forma. Si esperamos...

-¡Mira allá abajo!

-¿Qué? ¿Qué es?

-Están preparándose para salir.

-¡Imposible!

-Brahma, olvidas que Nirriti es un fanático, un loco. A él no le interesa Maharta, ni Lananda ni Khaipur. Sólo le interesa destruir nuestros Templos y destruirnos a nosotros. Aparte de eso, lo único que le importa en esas ciudades son las almas, no los cuerpos. Asolará la tierra para abatir cada símbolo de nuestra religión que encuentre a su paso, hasta que decidamos enfrentarlo. Si no hacemos nada, es probable que envíe misioneros.

-¡Bien, tenemos que hacer algo!

-Entonces debilítalo mientras avanza. Cuando esté lo bastante débil, atácalo. Dale Lananda. Khaipur también, si es necesario. Hasta Kilbar y Hamsa. Cuando esté lo bastante débil, aplástalo. Podemos regalarle las ciudades. ¿Cuántas hemos destruido nosotros? ¡Ni siquiera puedes recordarlo, Brahma!

-Treinta y seis. Volvamos al Cielo mientras considero el asunto. Si sigo tu consejo y él se retira antes de haberse debilitado lo suficiente, habremos perdido mucho. -Apostaría a que no lo hará.

-No eres tú el que arroja los dados Ganesha, sino yo. Y mira, tiene con él a esos malditos Rakasha! Partamos en el acto, antes que nos detecten.

-¡Sí, rápido!

Los sagartos volvieron grupas hacia el bosque.

Krishna dejó su flauta cuando compareció el mensajero.

-¿Sí? -preguntó.

-Maharta ha caído... Krishna se levantó.

-Y Nirriti se dispone a marchar sobre Lananda.

-¿Qué han hecho los dioses para defenderla?

-Nada. Absolutamente nada.

-Ven conmigo. Los Lokapalas están por conferenciar. Krishna dejó la flauta sobre la mesa.

Esa noche, Sam estaba en el balcón más alto del palacio de Ratri. La lluvia lo castigaba con sus frías agujas impulsadas por el viento. En la mano izquierda lucía un anillo de hierro que irradiaba un fulgor esmeralda.

Los rayos caían, caían y caían, y se quedaban.

Sam alzó la mano y los truenos rugieron una y otra vez, como los agónicos alaridos de todos los dragones que pudiesen haber existido en algún tiempo en alguna parte...

La noche se disipó cuando los elementos ígneos se agruparon frente al Palacio de Kama.

Sam elevó ambas manos y los elementos ascendieron simultáneamente, revoloteando en lo alto de la noche. Hizo un gesto y volaron sobre Khaipur, de un extremo a otro de la ciudad.

Luego volaron en círculos.

Luego se separaron y bailaron en la tormenta. Bajó las manos.

Regresaron y volvieron a agruparse frente a él. Sam no se movió. Esperaba.

Después de cien palpitaciones, se acercó y le habló desde la noche:

-¿Quién eres, para mandar a los esclavos de los Rakasha?

-Tráeme a Taraka -dijo Sam.

-No recibo órdenes de ningún mortal.

-Entonces observa las llamas de mi verdadero ser, antes de que te sujete a ese mástil hasta que ya no aguantes.

-¡Sujetador! ¡Vives!

-Tráeme a Taraka -repitió.

-Sí, Siddharta. Cúmplase tu voluntad.

Sam palmeó las manos y los elementos brincaron hacia lo alto. La oscuridad volvió a cercarlo.

El Señor del Infierno adoptó una forma humana y entró en la sala donde Sam estaba sentado a solas. -La última vez que te vi fue en el día de la Gran Batalla -declaró-. Más tarde, me enteré de que habían encontrado el modo de destruirte.

-Como ves, no lo hicieron.

-¿Cómo regresaste al mundo?

-El Señor Yama me trajo de vuelta... el del Atuendo Rojo.

-Su poder es grande, por cierto.

-Demostró ser suficiente. ¿Cómo andan los Rakasha en la actualidad?

-Bien. Continuamos nuestra lucha.

-¿De veras? ¿De qué modo?

-Colaboramos con tu viejo aliado, Nirriti el Tenebroso, en su campaña contra los dioses.

-Lo sospechaba. Por eso me puse en contacto contigo.

-¿Quieres acompañarlo?

-Lo he pensado cuidadosamente, y pese a las objeciones de mis camaradas, *quiero* acompañarlo... siempre que llegue a un acuerdo con nosotros. Quiero que le comuniques un mensaje.

-¿Cuál es el mensaje, Siddharta?

-El mensaje es que los Lokapalas (o sea Yama, Krishna, Kubera y yo) lo acompañarán en su campaña contra los dioses, con todos sus aliados, poderes y maquinarias de guerra, siempre que él convenga en no atacar a los prosélitos del budismo o el hinduismo, mientras existan en el mundo, con el propósito de convertirlos a su propio culto ... y además, que no intentará oponerse al aceleracionismo, como lo han hecho los dioses, si lográramos la victoria. Observa sus llamas mientras te da la respuesta, y dime si habló con franqueza.

-¿Piensas que aceptará ese acuerdo, Sam?

-Sí. Sabe que si los dioses no estuvieran aquí presentes para reforzar el hinduismo, él ganaría conversos. De eso se da cuenta por lo que yo pude hacer con el budismo, pese a la oposición de ellos. Él cree que su camino es el único verdadero y que está destinado a prevalecer sobre los que le hagan competencia. Por esta razón, supongo que aceptaría una competencia justa. Llévale el mensaje y tráeme la respuesta. ¿De acuerdo?

Taraka se agitó. La cara y el brazo izquierdo se le disiparon en humo.

-Sam...

-¿Qué?

-¿Cuál es el camino verdadero?

-¿Qué? ¿Y a mí me lo preguntas? ¡Qué sé yo!

-Los mortales te llaman Buddha.

-Eso es sólo porque los afligen el lenguaje y la ignorancia.

-No. He observado tus llamas y te llamo Señor de la Luz. Los sujetas a ellos como nos sujetaste a nosotros, los liberas como nos liberaste a nosotros. Tuviste el poder de imponerles una creencia. Eres lo que declaraste que eras.

-Mentí. Nunca creí en mí mismo, y ahora tampoco. Nada me hubiera costado elegir otro camino, digamos, la religión de Nirriti, sólo que la crucifixión es dolorosa. Pude haber elegido otra llamada Islam, sólo que sé demasiado bien cómo se confunde con el hinduismo. Mi elección se basó en el cálculo, no en la inspiración, y yo no soy nada.

-Eres el Señor de la Luz.

-Ve a entregar mi mensaje. Otro día discutiremos sobre religión.

-¿Dices que los Lokapalas son Yama, Krishna, Kubera y tú?

-Sí.

-Entonces está vivo. Dime, Sam, antes de que me vaya... ¿podrías vencer al Señor Yama en combate?

-No lo sé, pero no lo creo. No creo que nadie pueda.

-¿Pero él podría derrotarte a ti?

-Probablemente, en una pelea limpia. En el pasado, cuando éramos enemigos a veces tuve suerte y pude vencerlo por la astucia. Recientemente choqué aceros con él y es inigualable. Es muy versátil en los caminos de la destrucción.

-Ya veo -dijo Taraka, al tiempo que se desvanecían el brazo derecho y parte del torso-. Entonces buenas noches, Siddharta. Llevaré tu mensaje.

-Gracias, y buenas noches.

Taraka se hizo todo humo y se internó en la tormenta.

En lo alto del mundo, un huso de luz: Taraka.

La tormenta arreciaba en el cielo, pero él apenas advertía su furor.

Restallaban los truenos, caía la lluvia, el Puente de los Dioses era invisible.

Pero nada de esto lo perturbaba.

Pues él era Taraka de los Rakasha, Señor del Infierno...

Y había sido la criatura más poderosa del mundo, con excepción del Sujetador.

Ahora el Sujetador le había dicho que había Uno Más Poderoso... y que iban a pelear en las mismas filas, como antes.

¡Con cuánta insolencia lo había desafiado con su Atuendo Rojo y su Poder! Aquel día. Hacía más de medio siglo. En las márgenes del Vedra.

Destruir a Yama-Dharma, derrotar a la Muerte, probaría la suprema superioridad de Taraka.

Probar la suprema superioridad de Taraka era más importante que derrotar a los dioses, quienes algún día asistirían a su propio ocaso, de todos modos, pues no eran Rakasha.

Por lo tanto, el mensaje del Sujetador -que contaría, según Siddharta, con la aprobación de Nirriti- sería transmitido sólo a la tormenta, y Taraka observaría las llamas de la tormenta y sabría que decía la verdad.

Pues la tormenta nunca miente... y siempre dice que no.

El oscuro sargento lo llevó adonde acampaban. Había aparecido con una resplandeciente armadura, y brillantes arreos, y no era un cautivo; se había acercado y le había dicho que tenía un mensaje para Nirriti. Esta razón disuadió al sargento de matarlo inmediatamente. Le quitó las armas, lo condujo al campamento -en el bosque próximo a Lananda- y lo dejó bajo custodia mientras consultaba a su jefe.

Nirriti y Olvegg estaban en una tienda negra. Delante de ellos, se desplegaba un mapa de Lananda.

Cuando le permitieron introducir al prisionero en la tienda, Nirriti lo examinó y despidió al sargento.

-¿Quién eres? -le preguntó.

-Ganesha de la Ciudad. El mismo que te ayudó a escaparte del Cielo.

Nirriti pareció meditar la respuesta.

-Recuerdo muy bien a mi amigo de los viejos tiempos -dijo-. ¿Por qué has venido a mí?

-Porque es el momento propicio. Al fin te has decidido a emprender la gran cruzada.

-Sí.

-Quisiera hablar contigo en privado al respecto.

-Habla entonces.

-¿Y este hombre?

-Hablar delante de Jan Olvegg es hablar delante de mí. Dime qué tienes en mente.

-¿Olvegg?

-Sí.

-Muy bien. Vine a decirte que los Dioses de la Ciudad están débiles. Demasiado débiles, en mi opinión, como para vencerte.

-Me pareció que esa era la situación.

-Pero no tan débiles como para no causarte inmensos daños cuando se movilicen. Si congregan todos sus recursos en el momento apropiado, las fuerzas de unos y otros pueden balancearse.

-También lo tuve en cuenta al presentar batalla.

-Es mejor que tu victoria sea menos costosa. Sabes que simpatizo con el cristianismo.

-¿En qué piensas?

-Me ofrecí para encabezar voluntariamente un grupo de guerrilleros sólo para decirte que Lananda está en tus manos. Nadie la defenderá. Si continúas avanzando como hasta ahora, sin consolidar tus conquistas, y te diriges a Khaipur, Brahma tampoco la defenderá. Pero cuando llegues a Kilbar, con las tropas debilitadas después de las batallas por las tres primeras ciudades y las escaramuzas que afrontaron durante la marcha, entonces te derrotarán frente a las murallas de Kilbar. Todos los poderes de la

Ciudad han sido preparados. Esperarán a que ataques las puertas de la cuarta ciudad junto al río.

-Ya veo. Es bueno saberlo. Entonces temen mi campaña.

-Claro que sí. ¿La seguirás hasta Kilbar?

-Sí. Y también conquistaré Kilbar. Mandaré a buscar mis armas más potentes antes de atacar esa ciudad. Los poderes que reservé para utilizarlos contra la misma Ciudad Celestial serán desencadenados sobre mis enemigos cuando acudan a defender a Kilbar.

-También ellos traerán armas potentes.

-Entonces, cuando nos enfrentemos, el resultado no dependerá ni de ellos ni de mí, realmente.

-Hay un modo de inclinar la balanza a tu favor, Renfrew.

-¿Ah, sí? ¿Qué otra cosa piensas?

-Hay muchos semidioses insatisfechos a causa de la situación en la Ciudad. Habían reclamado una intensa campaña contra el aceleracionismo y los prosélitos de Tathagatha. Como después de Keenset no se realizó, sufrieron una decepción. Además, han llamado al Señor Indra del continente oriental, donde conducía la guerra contra las brujas. Es posible que Indra sea inducido a simpatizar con los semidioses... y sus secuaces traerán el. ardor de otro campo de batalla.

Ganesha se ajustó la capa.

-Habla -dijo Nirriti.

-Cuando lleguen a Kilbar -dijo Ganesha-, puede que no luchen para defenderla.

-Ya veo. ¿Y qué ganarás con todo esto, Ganesha?

-Una satisfacción.

-¿Nada más?

-Me gustaría que un día recordaras esta visita que te hice.

-Así sea. No lo olvidaré, y ya tendrás tu recompensa... ¡Guardia!

Abrieron la entrada de la tienda, y reapareció el sargento que había traído a Ganesha.

-Escolte a este hombre adonde él desee que lo lleven, y déjelo en libertad sin hacerle daño -ordenó Nirriti.

-¿Confiarías en éste? -preguntó Olvegg cuando Ganesha se fue.

-Sí -dijo Nirriti-, pero le daría sus dineros más tarde.

Los Lokapalas celebraron consejo en la cámara de Sam, en el Palacio de Kama en Khaipur. También estaban presentes Tak y Ratri.

-Taraka me informa que Nirriti no acepta nuestras condiciones -dijo Sam.

-Bien -dijo Yama-. Temí que aceptara.

-Y por la mañana atacarán Lananda. Taraka opina que tomarán la ciudad. Será un poco más difícil que Maharta, pero está seguro de que vencerán. Yo también.

-Y yo.

-Y yo.

-Luego avanzará hacia esta ciudad, Khaipur. Luego Kilbar, luego Hamsa, luego Gayatri. Sabe que en algún momento de su marcha, los dioses se lanzarán contra él.

-Por supuesto.

-De modo que estamos en el medio y tenemos varias opciones. No pudimos llegar a un trato con Nirriti. ¿Piensas que podemos hacer uno con el Cielo?

-¡No! -dijo Yama, descargando el puño sobre la mesa-. ¿De qué lado estás, Sam?

-Del lado del aceleracionismo -replicó-. Si podemos llegar a algo negociando y sin inútiles derramamientos de sangre, tanto mejor.

-¡Prefiero tratar con Nirriti y no con el Cielo!

-Hagamos una votación, igual que antes de establecer contacto con Nirriti.

-Y un solo voto a favor te bastará para ganar. -Esas fueron mis condiciones para integrarme a los Lokapalas. Ustedes me han pedido que los conduzca, así que exijo el poder necesario para desatar los nudos. Pero déjame exponer mi razonamiento, antes de la votación.

-¡Muy bien... habla!

-En los últimos años, el Cielo ha adoptado, en mi opinión, una actitud más tolerante hacia el aceleracionismo. Oficialmente la posición es la misma, pero en la práctica no han tomado medidas contra la aceleración... presumiblemente a causa del desastre que supuso la victoria de Keenset. ¿Estoy en lo cierto?

-En lo esencial, sí -dijo Kubera.

-Parece que han decidido que sería muy costoso emprender una acción semejante cada vez que la Ciencia asome su fea cabeza. Hubo hombres que pelearon contra ellos en esa batalla. Contra el Cielo. Y los hombres, al contrario de nosotros, tienen familias, tienen lazos que los debilitan... y están constreñidos a mantener en limpio su cuenta kármica si desean reencarnarse. Sin embargo, lucharon. Por lo tanto, el Cielo últimamente se ha vuelto más contemplativo. Dado que esa es la situación real, no pierden nada reconociéndola. En realidad, hasta podrían volcarla a su favor demostrando un poco de divina magnanimidad. Pienso que se prestarían a hacer concesiones que Nirriti no...

-Quiero que el Cielo se derrumbe -dijo Yama.

-Por supuesto. Yo también. Pero piénsalo con detenimiento. Con sólo lo que le has brindado a los hombres durante el pasado medio siglo, ¿puede el Cielo dominar al mundo por mucho más tiempo? El Cielo se derrumbó en Keenset. Otra generación, acaso dos, y su poder sobre los mortales pasará a la historia. En esta batalla contra Nirriti sufrirán otro golpe, aunque obtengan el triunfo. Concédeles unos años más de gloria decadente. Su impotencia es cada vez mayor. Ya tuvieron su auge. Ahora empiezan a declinar.

Yama encendió un cigarrillo.

-¿Acaso quieres que alguien mate a Brahma por ti? -preguntó Sam.

Yama guardó silencio, aspiró una bocanada de humo y la exhaló.

-Quizá -dijo al fin-. Quizá sea eso. No lo sé. No me gusta pensar en ello. Pero es probable que sea cierto.

-¿Y si te prometiera que Brahma morirá?

-¡No! ¡Si lo intentas, te mataré!

-Lo que te ocurre es que en realidad no sabes si quieres a Brahma vivo o muerto. Acaso odies y ames al mismo tiempo. Fuiste viejo antes de ser joven, Yama, y ella fue lo único que quisiste jamás. ¿Me equivoco?

-No.

-Entonces no tengo nada que responder en lo que concierne a tus problemas personales, pero debes separarlos del que ahora tenemos que resolver.

-De acuerdo, Siddharta. Voto por detener a Nirriti aquí en Khaipur, si contamos con la ayuda del Cielo.

-¿Alguno tiene algo que objetar?

Todos guardaron silencio.

-Entonces vayamos al Templo y apoderémonos del equipo de comunicaciones.

Yama apagó el cigarrillo.

-Pero yo no hablaré con Brahma -dijo.

-Seré yo quien hable con él -dijo Sam.

Ili, la quinta nota del arpa, vibró en el jardín del Loto Purpúreo.

Cuando Brahma activó la pantalla de su Pabellón, vio un hombre que usaba el turbante verde-azul de Urath.

-¿Dónde está el sacerdote? -preguntó Brahma.

-Atado, afuera. Puedo ordenar que lo traigan aquí, si te interesa escuchar un par de plegarias...

-¿Quién eres tú, que usas el turbante de los Primigenios y entras armado en un Templo?

-Tengo la extraña sensación de que todo esto ya lo he vivido -dijo el hombre.

-¡Responde a mis preguntas!

-¿Quieres que detengamos a Nirriti, diosa? ¿O quieres cederle todas las ciudades del río?

-¿Pones a prueba la paciencia del Cielo, mortal? No saldrás vivo del Templo.

-Tus amenazas de muerte nada significan para el jefe de los Lokapalas, Kali.

-Los Lokapalas ya no existen, y además no tenían jefe.

-Lo tienes frente a ti, Durga.

-¿Yama? ¿Eres tú?

-No, pero está aquí conmigo... junto con Krishna y Kubera.

-Agni ha muerto. Y todos los nuevos Agni murieron desde...

-Keenset. Lo sé, Candi. Yo no formaba parte del equipo original. Rild no me mató. El gato-fantasma cuyo nombre no se sabrá nunca hizo un buen trabajo, aunque no tan bueno. Y ahora he vuelto a cruzar el Puente de los Dioses. Los Lokapalas me han elegido como conductor. Defenderemos Khaipur y derrotaremos a Nirriti, con la ayuda del Cielo.

-Sam. .. . ¡no puedes ser tú!

-Entonces llámame Kalkin, o Siddharta, o Tathagatha, o Mahasamatman, o Sujetador, o Buddha, o Maitreya. Soy Sam, sin embargo. Vine a adorarte y a hacer un trato.

-Dime cuál es.

-Los hombres han podido convivir con el Cielo, pero Nirriti es otra cuestión. Yama y Kubera han traído armas a la ciudad. Podemos fortificarla y defenderla bastante bien. Si el Cielo suma sus fuerzas a las nuestras, Nirriti encontrará su fin en Khaipur. Lo haremos siempre que el Cielo decrete la aceleración y la libertad de cultos y termine con el reinado de los Señores del Karma.

-Es demasiado pedir, Sam...

-Las dos primeras condiciones sólo exigen la admisión de algo que ya existe y de su derecho a continuar existiendo. La tercera exige algo que pasará te guste o no, así que te ofrezco la oportunidad de ejercer tu misericordia.

-Tendré que pensarlo ...

-Tómate un minuto. Te espero. Te prevengo que si la respuesta es no, nos iremos y dejaremos que Renfrew tome la ciudad y profane este Templo. Cuando se haya apoderado de algunas más, tendrás que hacerle frente. Pero ya no estaremos disponibles. Esperaremos a que todo termine. Si para entonces todavía sigues a flote, no estarás en situación de optar sobre las condiciones que te acabo de ofrecer. Si estás fuera de combate, creo que podremos atacar al Tenebroso y vencerlo a él y a lo que quede de sus zombies. De cualquier forma, nos salimos con la nuestra. Sólo que este es el camino más fácil para ti.

-¡De acuerdo! Congregaré a mis fuerzas inmediatamente. Cabalgaremos juntos en esta última batalla, Kalkin. ¡Nirriti morirá en Khaipur! Deja a alguno en la sala de comunicaciones, para que nos mantengamos en contacto.

-Instalaré aquí mi cuartel general.

-Ahora desata al sacerdote y tráelo aquí. Recibirá algunas órdenes divinas y, en poco tiempo, una manifestación de la divinidad.

-Sí, Brahma.

-¡Sam, espera! Después de la batalla, si estamos vivos, me gustaría hablar contigo... respecto de la adoración recíproca.

-¿Quieres convertirte al budismo?

-No, quiero convertirme otra vez en mujer...

-Hay un lugar y un momento para cada cosa, y ni el uno ni el otro son los adecuados.

-Cuando llegue el momento adecuado, estaré allí.

-Ya te traigo al sacerdote. No cortes.

Después de la caída de Lananda, Nirriti celebró un servicio religioso entre las ruinas de la ciudad y oró por el triunfo sobre las otras ciudades. Los oscuros sargentos tocaron los tambores con lentitud y los zombies cayeron de rodillas. Nirriti oró hasta que el sudor le cubrió la cara como una máscara de cristal y de luz y le empapó el interior de la armadura prostética, que le daba la fuerza de muchos. Luego elevó la cara al cielo, contempló el Puente de los Dioses, y dijo: -Amén.

Después se volvió y enfiló hacia Khaipur a la cabeza de su ejército.

Cuando Nirriti llegó a Khaipur, los dioses lo esperaban. También esperaban las tropas de Kilbar, junto a las de Khaipur.

Y esperaban los semidioses, los héroes y los nobles.

Y esperaban los brahmines de alto rango y muchos de los prosélitos de Mahasamatman. Estos últimos habían venido en nombre de la Divina Estética.

Nirriti observó el campo minado que conducía a las murallas de la ciudad y vio a los cuatro jinetes que esperaban junto a las puertas, los Lokapalas, amparados por los estandartes del Cielo que ondeaban al viento.

Se bajó el visor y se volvió hacia Olvegg.

-Tenías razón. Me pregunto si Ganesha esperará dentro.

-No tardaremos en saberlo. Nirriti continuó la marcha.

En este día el Señor de la Luz fue dueño del campo. Los esbirros sin alma de Nirriti nunca entraron en Khaipur. Ganesha cayó bajo la espada de Olvegg cuando intentaba apuñalar a Brahma por la espalda, mientras el Poderoso luchaba con Nirriti en una loma. Luego cayó Olvegg, las manos aferradas al estómago, y comenzó a reptar hacia una roca.

Brahma y el Tenebroso se enfrentaron a pie, mientras la cabeza de Ganesha rodaba hacia una hondonada. -Ése me dijo que nos encontraríamos en Kilbar Nirriti.

-Ése quería que fuera en Kilbar -dijo Brahma y trató de que fuera allí. Ahora comprendo por qué. Se trabaron en lucha, y la armadura de Nirriti peleó por él con la fuerza de muchos.

Yama espoleó el caballo rumbo a la cuesta y de pronto lo envolvió un torbellino de polvo y arena. Se cubrió los ojos con la capa, y una risa vibró a su alrededor.

-¿Dónde está ahora tu mirada letal, Yama-Dharma?

-¡Rakasha! -dijo con sorna.

-Sí. ¡Soy yo, Taraka!

Y repentinamente torrentes de agua cayeron sobre él; su caballo retrocedió y cayó hacia atrás.

Se incorporó, espada en mano, y el flamígero torbellino cobró una forma humana.

-Te he limpiado de eso-que-repele, dios de la muerte. Ahora descenderás de mi mano a la destrucción! Yama se lanzó hacia adelante con la espada.

Desolló a su gris oponente del hombro al muslo, pero no salió sangre ni quedaron señales del tajo.

-¡No puedes herirme como a un hombre, oh Muerte! Pero mira lo que yo puedo hacerte!

Taraka saltó sobre él, le inmovilizó los brazos y lo arrojó al suelo. Se levantó una fuente de chispas.

A lo lejos, Brahma tenía la rodilla sobre la espalda de Nirriti y le tiraba la cabeza hacia atrás pese al poder de la armadura negra. Fue entonces cuando el Señor Indra desmontó de su sagarto y alzó su espada Centella contra Brahma. Oyó que el cuello de Nirriti se quebraba.

-¡Es la capa lo que te protege! -exclamó Taraka, mientras forcejeaba en el suelo; y entonces miró los ojos de la Muerte...

Yama aprovechó la momentánea debilidad de Taraka para quitárselo de encima.

Se incorporó y corrió hacia Brahma sin detenerse a recoger la espada. Allá en la colina, Brahma eludía una y otra vez las estocadas de Centella. La sangre le manaba del muñón del brazo izquierdo mutilado y brotaba también de las heridas de la cabeza y el pecho. Nirriti le aferraba el tobillo con un puño de acero.

Yama lanzó un alarido al atacar empuñando la daga. Indra se puso fuera de su alcance y se volvió para enfrentarlo.

-¿Una daga contra Centella, ese dios de la muerte?

-Sí -dijo Yama, atacándolo con la mano derecha y pasando la hoja a la izquierda para asestarle el auténtico golpe.

La punta desgarró el antebrazo de Indra.

Indra soltó la espada y golpeó a Yama en la mandíbula. Yama cayó, pero empujó las piernas de Indra y le hizo perder el equilibrio.

Entonces asumió la plenitud de su Aspecto y, bajo su mirada, Indra pareció marchitarse. Taraka saltó sobre él en el preciso instante en que Indra murió. Yama trató de librarse del Rakasha, pero era como si una montaña le agobiara los hombros.

Brahma, que yacía junto a Nirriti, se despojó del arnés, untado con repelente para demonios, y se lo arrojó con la mano derecha. El arnés cruzó la distancia que los separaba y cayó junto a Yama.

Taraka se apartó. Yama se volvió y le clavó los ojos. Entonces Centella saltó del sitio donde había caído y voló hacia el pecho de Yama.

Yama aferró la hoja con ambas manos, el filo a escasas pulgadas de su corazón. La espada comenzó a retirarse. Yama cayó al suelo con las palmas ensangrentadas.

Brahma clavó una mirada letal en el Señor del Infierno, una mirada que debilitó a la vida misma que ardía en su interior.

El filo hirió a Yama.

Yama se arrojó a un lado, volviéndose, y la hoja le traspasó la clavícula y el hombro.

Entonces los ojos se convirtieron en lanzas, y el Rakasha perdió su forma humana y se disipó en humo. La cabeza de Brahma cayó sobre el pecho.

Taraka lanzó un alarido mientras Siddharta cabalgaba hacia él montado en un caballo blanco. El aire crepitaba y olía a ozono.

-¡No, Sujetador! ¡No intervengas! Mi muerte le pertenece a Yama...

-¡Oh demonio estúpido! -dijo Sam-. No era necesario...

Pero Taraka ya no existía.

Yama cayó de rodillas junto a Brahma y le ató un torniquete en lo que le quedaba del brazo izquierdo. -¡Kali! -dijo-. ¡No mueras! ¡Háblame, Kali! Brahma jadeó y sus ojos se abrieron un instante para volver a cerrarse.

-Demasiado tarde -murmuró Nirriti. Se volvió y miró a Yama-. O mejor dicho, justo a tiempo. ¿Eres Azrael, no es cierto? El Ángel de la Muerte...

Yama lo abofeteó y le manchó la cara con la sangre que le corría por la mano.

-"Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos" -dijo Nirriti-. "Bienaventurados los que sufren, porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra."

Yama volvió a abofetearlo.

-"Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios... "

-"Y bienaventurados los pacificadores -dijo Yama-, porque ellos serán llamados hijos de Dios." ¿Cómo entras en ese cuadro, Nirriti? ¿De quién eres hijo, para haber obrado como obraste?

Nirriti sonrió y dijo: -"Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos."

-Estás loco -dijo Yama-, y por eso no te quito la vida. Ya la entregarás tú mismo, cuando estés preparado, y ha de ser pronto.

Luego tomó a Brahma en sus brazos y comenzó a caminar hacia la ciudad.

-"Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan -dijo Nirriti-, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo."

-¿Agua? -preguntó Sam, destapando su cantimplora y levantando la cabeza de Nirriti.

Nirriti lo miró, se lamió los labios, asintió levemente. El agua le gorgoteó en la boca.

-¿Quién eres? -preguntó.

-Sam.

-¿Tú? ¿Tú volviste a levantarte?

-No cuenta para nada -dijo Sam-. No hubo ningún milagro.

Las lágrimas inundaron los ojos del Tenebroso.

-De todos modos, significa que vencerás -jadeó-. No entiendo por qué Él lo permitió...

-Este es sólo un mundo entre tantos, Renfrew. Quién sabe qué pasa en los otros. Y además, no es la pelea que en realidad quise ganar. Eso lo sabes. Lo siento por ti, y siento que todo haya sido así. Estoy de acuerdo con todo lo que le dijiste a Yama, y también lo están los prosélitos del que llamaron el Buddha. Ya ni me acuerda si ese individuo fui yo o fue otro. Pero ahora no lo soy. Volveré a ser un hombre y dejaré que la gente se quede con el Buddha que vive en sus corazones. Sea cual fuere la fuente, créeme que el mensaje era puro. Sólo así se explica que haya arraigado y crecido.

Renfrew tomó otro trago.

-"Aun así todo buen árbol echa buenos frutos" -dijo-. Fue una voluntad más alta que la mía la que determinó que yo muriese en brazos del Buddha, la que decidió este Camino para este mundo... Dame tu bendición, oh Gautama. Agonizo...

Sam inclinó la cabeza.

-"El viento va hacia el sur, y gira al norte; va girando de continuo, y a sus giros vuelve el viento de nuevo. Los ríos todos van al mar, y el mar no se llena al lugar de donde los ríos vinieron, allí vuelven para correr de nuevo. ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará. No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después..."

Luego cubrió con la capa blanca al Tenebroso, que acababa de morir.

Jan Olvegg fue trasladado en camilla a la ciudad. Sam mandó buscar a Kubera y Narada para que lo vieran en la Mansión del Karma, pues era evidente que Olveggno viviría mucho tiempo más en el cuerpo actual.

Cuando entraron en la Mansión, Kubera tropezó con el cadáver que yacía en el pasaje abovedado.

-¿Quién... ? -preguntó.

-Uno de los Amos.

En el camino hacia las salas de transferencia yacían otros tres hombres con el símbolo de la rueda amarilla.

Todos estaban armados.

Encontraron otro cerca de la maquinaria. Un tajo le había partido la rueda amarilla justo en la mitad, y tenía el aspecto de un blanco alcanzado con toda precisión. Tenía la boca todavía abierta para lanzar el grito que nunca gritó.

-¿Habrá sido la gente de la ciudad? -preguntó Narada-. Los Amos se han vuelto más impopulares en los últimos años. Quizás aprovecharon el frenesí de la batalla...

-No -dijo Kubera, alzando el manto ensangrentado que cubría el cuerpo tendido sobre la mesa de operaciones. Miró debajo y lo volvió a colocar-. No, no fue la gente de la ciudad.

-¿Quién, entonces? Señaló la mesa.

-Ese es Brahma -dijo.

-Oh.

-Alguien le debe haber dicho a Yama que no podía utilizar la maquinaria para intentar una transferencia.

-¿Entonces dónde está Yama?

-No tengo idea. Pero si queremos salvar a Olvegg mejor que nos demos prisa.

-Sí. ¡Rápido!

El joven alto entró en el Palacio de Kama y pidió hablar con el Señor Kubera. Llevaba una lanza larga y resplandeciente apoyada en el hombro y no cesaba de caminar mientras esperaba.

Kubera entró en la cámara, miró la lanza, miró al joven, dijo una palabra.

-Sí, es Tak -respondió el lancero-. Nueva lanza, nuevo Tak. Ya no había necesidad de ser mono, así que dejé de serlo. Ha llegado la hora de partir, de manera que vine a despedirme... de ti y de Ratri...

-¿Adónde irás, Tak?

-Me gustaría ver el resto del mundo, Kubera, antes que tus mecanismos le quiten todo el encanto.

-Ese día aún está muy lejos, Tak. Déjame persuadirte de que te quedes un poco más...

-No, Kubera. Gracias, pero el Capitán Olvegg está ansioso por marcharse. Él y yo nos vamos juntos.

-¿Adónde van?

-Al este, al oeste... ¿qué importa? Adonde el viento nos lleve. Dime, Kubera, ¿de quién es ahora el carro de trueno?

-Originalmente le pertenecía a Shiva, por supuesto. Pero Shiva ya no existe. Brahma lo usó mucho tiempo...

-Pero Brahma ya no existe. Es la primera vez que el Cielo está sin un Brahma... y que reina Vishnu el Preservador. Así que...

-Yama lo construyó. Si a alguien le pertenece, es a él...

-Y él no lo necesita -concluyó Tak-. Así que pienso que Olvegg y yo lo tomaremos prestado para nuestro viaje.

-¿Qué. quieres decir con que él no lo necesita? Nadie lo ha visto desde hace tres días, después de la batalla...

-Hola, Ratri -dijo Tak, y la diosa de la Noche entró en la sala-. "Guárdanos del lobo y de la loba, y guárdanos del ladrón, oh Noche, y concédenos un tránsito sin dificultades."

Tak se inclinó y Ratri le tocó la cabeza.

Luego él alzó la mirada, y por un espléndido instante la diosa colmó las honduras y las alturas del ancha espacio. El esplendor apartó las tinieblas. ..

-Ahora he de irme-dijo Tak-. Gracias, gracias.. . por tu bendición.

Se volvió con brusquedad y salió de la habitación.

-¡Aguarda! -dijo Kubera-. Nos hablaste de Yama. ¿Dónde está?

-Búscalo en la Posada de la Gallina de Fuego de Tres Cabezas -dijo Tak por encima del hombro-, es decir, si quieres buscarlo. Pero tal vez sea mejor que esperes a que él te busque a ti.

Luego Tak se fue.

Cuando Sam se acercaba al Palacio de Kama, vio que Tak descendía rápidamente las escaleras.

-¡Que tengas buenos días, Tak! -saludó; pero Tak no le respondió hasta que estuvo casi junto a él. Entonces se detuvo abruptamente y se protegió los ojos como si el sol los lastimara.

-¡Señor! Buenos días.

-¿Adónde vas tan de prisa, Tak? ¿Acabas de poner a prueba tu nuevo cuerpo y te vas a almorzar?

Tak rió.

-Sí, Señor Siddharta. Tengo una cita con la aventura.

-Así me han dicho. Anoche hablé con Olvegg... Les deseo un buen viaje.

-Quería decirte -dijo Tak-. que sabía que acertarías. Sabía que hallarías la respuesta.

-No era la respuesta, pero era una respuesta, y no era demasiado, Tak. Fue apenas una pequeña batalla. Bien pudieron arreglarse sin mí.

-Yo me refiero a todo -dijo Tak-. Estuviste presente en todo lo que condujo a esa batalla. Tenías que estar allí.

-Supongo que sí ... sí, supongo que sí ... Siempre hay algo que me incita a acercarme al árbol sobre el que está por caer el rayo.

-El destino, Señor.

-Más bien una accidental conciencia social y algunos errores atinados, me temo.

-¿Qué harás ahora, Señor?

-No lo sé, Tak. Aún no lo he decidido.

-¿Quieres venir con Olvegg y conmigo? ¿Recorrer el mundo con nosotros? ¿Lanzarte a la aventura?

-Gracias, no. Estoy cansado. Quizá solicite tu viejo trabajo y me convierta en Sam de los Archivos.

Tak volvió a reír.

-Lo dudo. Volveré a verte, Señor. Ahora adiós.

-Adiós... Una cosa...

-¿Qué?

-Nada. Por un momento, algo en ti me recordó a alguien que conocí una vez. Pero no fue nada. ¡Buena suerte!

Le apretó el hombro y siguió caminando. Tak se apresuró a marcharse.

El posadero le dijo a Kubera que tenían, en efecto, un huésped que se ajustaba a la descripción: segundo piso al fondo, pero que tal vez convenía no molestarlo. Kubera subió al segundo piso.

Nadie respondió a sus golpes, así que trató de abrir. La puerta tenía un cerrojo; entonces la golpeó con más energía.

Por fin oyó la voz de Yama

-¿Quién es?

-Kubera.

-Vete, Kubera.

-No. Abre, o esperaré aquí hasta que lo hagas.

-Espera un momento, entonces.

Al cabo de un instante, oyó que alzaban una tranca y la puerta se entreabrió unos centímetros.

-No tienes aliento a alcohol, así que se trata sin duda de una mujer -declaró.

-No -dijo Yama, asomándose-. ¿Qué quieres?

-Descubrir qué te pasa. Para ayudarte, si puedo.

-No puedes, Kubera.

-¿Cómo lo sabes? También yo soy un artífice... de una especie diferente, claro.

Yama pareció considerar estas palabras, luego abrió la puerta y lo dejó entrar.

-Adelante -dijo.

La muchacha estaba sentada en el suelo, rodeada por una pila de objetos. Era casi una niña, y acunaba a un cachorro blanco y castaño; miraba a Kubera con ojos grandes y asustados, hasta que él hizo un gesto y ella sonrió.

-Kubera -dijo Yama.

-Ko-bra -dijo la muchacha.

-Es mi hija -dijo Yama-. Se llama Murga.

-No sabía que tenías una hija.

-Es retardada. Sufrió algún daño en el cerebro.

-¿Congénito, o efecto de una transferencia? -preguntó Kubera.

-Efecto de una transferencia.

-Entiendo.

-Es mi hija -repitió Yama-. Murga.

-Sí -dijo Kubera.

Yama cayó de rodillas junto a ella y recogió un bloque.

-Bloque -dijo.

-Bloque -dijo la muchacha. Alzó una cuchara.

-Cuchara -dijo.

-Cuchara -dijo la muchacha. Recogió una pelota y se la mostró.

-Pelota -dijo.

-Pelota -dijo la muchacha.

Recogió el bloque y volvió a mostrárselo.

-Pelota -repitió la muchacha.

Yama la dejó caer.

-Ayúdame, Kubera.

-Cuenta conmigo, Yama. Si hay un modo, lo descubriremos.

Se sentó junto a él y elevó las manos.

La cuchara se volvió más cuchara que nunca, la pelota más pelota que nunca y el bloque más bloque que nunca. La muchacha rió. Hasta el cachorro parecía estudiar los objetos.

-Los Lokapalas nunca se dan por vencidos -dijo Kubera, .y la muchacha recogió el bloque y lo contempló largo rato antes de llamarlo por su nombre.

Se sabe que el Señor Varuna regresó a la Ciudad Celestial después de Khaipur. Por esa misma época comenzó a resquebrajarse el sistema de promoción dentro de los rangos del Cielo. Los Señores del Karma fueron reemplazados por los Custodios de la Transferencia, y su función quedó divorciada de los Templos. Se redescubrió la bicicleta. Se erigieron siete altares budistas. El Palacio de Nirriti fue transformado en galería de arte y en el Pabellón de Kama. El Festival de Alundil continuó celebrándose todos los años, con bailarines inigualables. Aún perdura el bosquecillo purpúreo, al cuidado de los fieles.

Kubera permaneció con Ratri en Khaipur. Tak partió con Olvegg en el carro de trueno, con destino desconocido. Vishnu gobernaba el Cielo.

Quienes elevaban plegarias a los siete Rishi les agradecieron la bicicleta y el avatar temporal del Buddha a quien bautizaron Maitreya, o sea Señor de la Luz, bien porque podía esgrimir relámpagos o bien porque podía abstenerse de esgrimirlos. Otros siguieron llamándolo Mahasamatman y decían que era un dios. Sin embargo, él aún optaba por dejar de lado el Maha y el atman y llamarse Sam. Nunca dijo ser un dios. Pero por supuesto, nunca negó ser un dios. Dadas las circunstancias, admitir cualquiera de las dos cosas no hubiera traído ningún beneficio. Además no permaneció con su pueblo el tiempo suficiente como para justificar demasiadas divagaciones teológicas. Respecto de los días de su tránsito se refieren historias diversas y contradictorias.

El único hecho común a todas las leyendas es que un gran pájaro rojo con una cola que triplicaba la longitud del cuerpo descendió sobre él durante el atardecer, cuando cabalgaba junto al río.

Antes del alba del día siguiente se marchó de Khaipur y jamás volvieron a verlo.

Hay quienes dicen que la aparición del pájaro coincidió con la partida de Sam, pero que no tenía relación con ella. Dicen que partió para procurarse la anónima paz de una túnica azafrán, pues ya había cumplido la misión para la que había regresado y estaba harto del ruido y la fama de su victoria. Acaso el pájaro le recordó que esas glorias son efímeras. O acaso no fue así, y él ya había adoptado una resolución.

Otros dicen que no volvió a vestir la túnica, sino que el pájaro era un emisario de las Potestades de Allende la Vida y lo convocó a gozar nuevamente de la paz del Nirvana, a sumirse para siempre en el Gran Reposo, el júbilo perpetuo, a escuchar los cánticos que entonan las estrellas en las márgenes del gran mar. Dicen que ha cruzado el Puente de los Dioses. Aseguran que jamás volverá.

Otros dicen que asumió una nueva identidad y que aún camina entre los hombres para protegerlos y guiarlos en los tiempos de tribulación, para evitar que los dueños del poder exploten a las clases inferiores.

Hay también quienes dicen que el pájaro no era un emisario del otro mundo sino de éste, y que el mensaje no estaba destinado a él sino al portador de la espada Centella, el Señor Indra, quien había mirado los ojos de la Muerte. Nadie había visto nunca un pájaro semejante, pero hoy sabemos que esa especie existe en el continente oriental, donde Indra había combatido contra las brujas. Si el pájaro abrigaba alguna inteligencia en su cabeza flamígera, quizá llevara un mensaje urgente a esa tierra lejana. Ha de recordarse que la diosa Parvati, quien había sido esposa, madre, hermana o hija de Sam, o quizá todas esas cosas, había huido hacia esa comarca el día en que los gatos-fantasmas contemplaron el Cielo, para morar allá con las brujas, a quienes consideraba de su misma sangre. Si el pájaro impartió un mensaje semejante, los que refieren esta historia no dudan de que Sam partió en seguida al continente oriental, para liberar a Parvati del peligro que la acechaba.

Estas son las cuatro versiones de Sam y el Pájaro Rojo que señaló la Partida, según las refieren respectivamente los moralistas, los místicos, los reformadores sociales y los románticos. En mi opinión, uno puede escoger la versión más adecuada a su propia

fantasía. Conviene tener en cuenta, sin embargo, que esas aves, si bien no existen en el continente occidental, parecen proliferar en el este.

Aproximadamente un año mas tarde, Yama-Dharma partió de Khaipur. No se conservan datos específicos sobre la época de la partida del dios de la muerte, hecho que para la mayoría ya constituye información suficiente. Dejó a su hija Murga al cuidado de Ratri y Kubera, y Murga creció transformándose en una mujer de belleza deslumbrante. Acaso Yama se dirigió hacia el este, y hasta es posible que haya cruzado el mar. Pues en otra región hay una leyenda que narra cómo el del Atuendo Rojo desafió el poder de los Siete Señores de Komlat en la tierra de las brujas. No existe al respecto ninguna certidumbre, como tampoco la hay en lo que concierne al verdadero fin del Señor de la Luz.

Pero mirad alrededor de vosotros...

La Muerte y la Luz están en todas partes, siempre, y comienzan, concluyen, luchan, esperan, dentro y encima del Sueño de lo Innominado que es el mundo, quemando palabras dentro del Samsara, quizá para crear algo bello. Los monjes de la túnica azafrán todavía meditan en el Camino de la Luz, y la muchacha llamada Murga visita diariamente el Templo y deposita en el altar del padre oscuro la única ofrenda que él recibe, flores.

Librodot